

Son numerosos y muy significativos los aciertos de este libro de Susana Mallo que tiene su origen en la tesis con que la autora se doctoró en la Universidad de Buenos Aires. Desde su esclarecedora perspectiva académica y plural atiende varios aspectos de la asombrosa personalidad y obra de Carlos Real de Azúa, un intelectual que hizo de sus contradicciones una verdad que las implica a todas, oponiéndolas a las definiciones que suelen limitarla. Tal como se presenta y analiza en esta publicación, Real de Azúa es una figura tan inasible como la realidad que supo cuestionar y examinar con extraordinaria lucidez; un visionario, dice la autora, de elusiva definición, que manifestó, entre otras premisas, en "Mi posición" (un documento de 1970) su "simpatía por un riguroso orden disciplinario", "antipatía por la rebeldía revolucionaria, el resentimiento, la indisciplina social." Y, prosigue, su "simpatía por una sociedad armónica, disciplinada, trabajadora, modesta, sin privilegios ni abusos, con exclusión total de privilegio del dinero". El libro atiende las disquisiciones cada vez más valiosas y vigentes de un pensador excepcional, un uruguayo que conoció, como pocos, en profundidad y extensión, el país, la región y el continente latinoamericano desde la extraterritorialidad a la que habilita la relevancia de su inusual sabiduría.

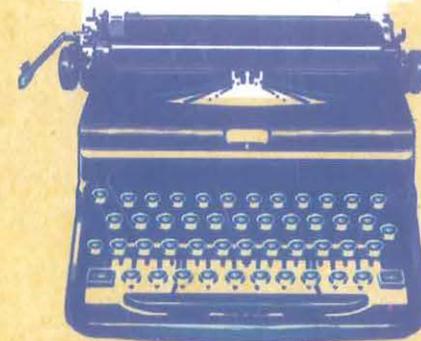
Lisa Block de Behar



Susana Mallo

Carlos Real de Azúa

MALL
C



Susana Mallo

Carlos Real de Azúa

Un intelectual inasible

El papel del intelectual, la política y los vaivenes del Uruguay
y la región en la segunda mitad del Siglo XX.





SUSANA MALLO

Doctorada en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es autora, colaboradora y coordinadora de diversos libros:

“Subjetividades autogestionarias y participación social”. En colaboración con Anabel Rieiro, en el libro *El Uruguay desde la Sociología*, IX Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. 2011.

“Las controversias del intelectual: ¿hacia dónde?”, en *La Investigación en Trabajo Social*. Volumen IX. Universidad de Entre Ríos. Argentina, 2011.

“Semántica de la Pobreza: Axel Honneth y las implicancias del reconocimiento”, en *Pobreza y Des-Igualdad una relación en debate*, de Miguel Serna. CLACSO, 2010.



Carlos Real de Azúa:
un intelectual inasible

Susana Mallo

**CARLOS REAL DE AZÚA:
UN INTELLECTUAL INASIBLE**

El papel de los intelectuales, la política y los vaivenes
del Uruguay y la región en la segunda mitad del siglo XX



*A Juan Carlos Dean, mi querido compañero
In memoriam*

Carátula: Matías Bervejillo

Diseño interior: Silvia Shablico

ISBN 978-9974-1-0718-2

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL

Gaboto 1582 – Tel.: 2 408 3206 – 2 401 0164 – Fax: 2 409 8138

11.200 – Montevideo, Uruguay.

www.bandaoriental.com.uy

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en el Uruguay – 2011

Agradecimientos

Todo libro es una búsqueda que nunca finaliza y este no es la excepción. El acercamiento a las últimas obras de Carlos Real de Azúa es un producto de la ayuda, el comentario, la crítica y el afecto de la familia y los amigos

A mis hijas Moira y Ayelen, mi nieta Malena, quienes supieron ser pacientes compañeras en esta ruta. Mi profundo amor para las tres.

A Juan Carlos y Lisa Block de Behar, que me enseñaron a buscar otro Carlos Real de Azúa. Seguramente no lo encontré, pero el esfuerzo está. Lisa, tu apoyo fue invaluable.

A Anabel Rieiro, gran compañera en la búsqueda de un pensar distinto. Apoyo incondicional en horas oscuras. Gracias por todo.

A Irene Viera, por su capacidad creativa y su manera de discutir “todo” mirando siempre a lo lejos.

A Sylvia González Mateo, por su poesía y sus comas.

Lucía Pérez Chabaneau merece un párrafo aparte. Joven, lúcida y audaz, encaró tareas casi imposibles en el tramo final. Gracias, Lula.

Con Miguel Serna nos unen años de espacio de trabajo común e ideas similares. Ayudó con su talento de joven ya consagrado.

A Horacio González quien condimentó siempre discusiones importantísimas para este libro.

A Elbio y Cristina Scarone, puntales en horas felices y también en las oscuras.

A Memé y Silvina, por su gran ayuda.

La lista sería interminable, pero quiero agradecer a mis amigos, los de aquí y los de allá; los de otros exilios, por pensar que esto era posible.

Gracias a todos.

RESUMEN

Carlos Real de Azúa (Montevideo, 1916-1977) fue un controvertido intelectual cuyos escritos, a lo largo de toda su vida y aún hoy, repercuten en las discusiones académicas y políticas de nuestro país. A partir de los años sesenta y setenta sus originales trabajos intentaron dar respuestas a los convulsionados contextos por los que atravesó nuestra región.

Su obra –vasta y profunda– toca las más diversas disciplinas pasando por la literatura, la crítica literaria, la historia nacional y latinoamericana, la sociología y la ciencia política, a la vez que transita por los cambios políticos, sociales e ideológicos de esos años. Dicha trayectoria ha sido y es reconocida como una de las más importantes para las ciencias sociales en Uruguay, así como por su proyección regional. Nos ocuparemos en este libro de los últimos textos de Real de Azúa que apuntan, esencialmente, a la ciencia política, la economía y lo que denominaríamos sociología política con el fin de retomar el último período de su producción teórica. Resaltamos el carácter visionario y de vanguardia del autor en la creación de una línea de pensamiento que instala la producción científica sobre la política.

Este trabajo se propone una re-construcción del papel del intelectual y su tiempo para la conformación del pensamiento nacional y latinoamericano. Por una parte, intentamos un acercamiento a su subjetividad, a partir de la cual se analizan los aspectos sociales, teóricos e históricos de una casi inagotable obra donde se articulan pensamiento y política.

Por otra parte, discute los conceptos, instituciones y actores centrales que construyen la identidad nacional, así como la perspectiva comparada de los elementos singulares y comunes de la configuración uruguaya con respecto a la región, dando cuenta, en profundidad, de una realidad social multifacética y compleja. No pretendemos llegar a la verdad; lo que buscamos es una interpretación verosímil, una entre otras posibles. Nos enfrentamos a una situación insalvable: la distancia entre los textos (como producto discursivo) y lo que llamamos ‘realidad’, la diferencia entre ‘discurso’ y ‘vida’. Es por eso que pensamos nuestra

interpretación en términos relativos. Verdad y verosimilitud, invención y representación, fragmento y totalidad, son efectivamente dos lógicas diferentes y, en un punto, también incomunicables.

Doble problema: por un lado, verdad y verosimilitud son radicalmente inconmensurables y están colocadas en espacios regidos por reglas diferentes; por otro lado, la verdad nos muestra sólo sus grietas, deja de ser una verdad, se oculta o se disipa. Así, lo verosímil no es equiparable a la verdad.

Esta inquietud es dominante en la obra de Carlos Real de Azúa. La incomodidad que lo llevó a revisar y a cuestionar permanentemente su mirada, a construir metáforas y caracterizaciones nuevas que le permitieran interpretaciones novedosas y arriesgadas de los fenómenos sociales que estudió, proviene de su intento por hacerse de la totalidad del fenómeno, aun sabiéndolo imposible como tarea intelectual.

En el primer capítulo se harán consideraciones acerca de la elección de Real de Azúa como personaje intelectual que permite indagar sobre aspectos importantes en la construcción histórica, social y política de América Latina.

En el capítulo segundo, recorreremos algunas líneas teóricas acerca del papel de los intelectuales en la construcción ciudadana y nacional de nuestras sociedades. Pondremos especial énfasis en las características que hacían de nuestro autor un '*intelectual inasible*'.

En el tercer apartado proponemos una re-elaboración del perfil de Carlos Real de Azúa como pensador y crítico de una sociedad que, a través de su obra, revela continuidades y rupturas. Como ejemplo de sus laberintos intelectuales, nos detendremos en las diversas formas de aproximarse al ensayo. Nos brinda, además, no sólo desde los aspectos objetivos, sino también subjetivos, elementos para decodificarnos en nuestro quehacer político, social y ciudadano. En este abordaje analítico esbozaremos secuencias en Real de Azúa que permitan acercarnos a su comprensión del mundo, a través de la reconstrucción del discurso —y la vivencia que por medio de este puedan manifestar— de amigos cercanos, familiares, compañeros intelectuales, estudiosos del autor.

En el capítulo cuarto proponemos recorrer un arduo camino hacia la conceptualización y problematización de algunos conceptos por demás importantes en Real de Azúa, como son el concepto de Nación, de Poder y el de Clase Dirigente. Imbricados todos ellos en el complejo proceso de constitución de los Estados, articularemos estas cuestiones con las múltiples interrelaciones a las que invitan, en un trabajo de desmenuzamiento y juego conceptual, teórico e histórico.

En el quinto apartado caminaremos por una de las grandes preocupaciones del autor: los orígenes de la nación uruguaya y sus vinculaciones con el poder. Asimismo, abordaremos importantes categorías con las que definió una parte importante de la idiosincrasia y cultura política nacional.

En el capítulo seis se trazarán líneas interpretativas entre los totalitarismos europeos y sus versiones latinoamericanas. Para ello, nuestro autor profundiza los puntos de conexión entre los imperialismos y sus facetas totalitarias, pretendiendo visualizar las particularidades en la construcción de la identidad regional y sus originales desempeños autoritarios.

Por último, haremos el intento de sintetizar algunas de las ideas e interrogantes aquí expuestas y propuestas, en lo que será el capítulo de conclusiones.

Recorreremos, entonces, un camino de sendas históricas, con obstáculos políticos espesos, con claros —y oscuros— sociales. Transitaremos el camino del Uruguay, de sus fisuras y sus logros, de América Latina: un bosque frondoso.

INTRODUCCIÓN

En el exilio mexicano (y supongo que en muchos exilios) la figura de Real de Azúa y su oscura muerte eran motivo de reiteradas conversaciones en donde cada uno de los presentes contaba anécdotas, comentaba sus libros, sus hábitos, su erudición y cada uno se apropiaba un poco de él y hacía ostentación de su amistad.

Carlitos era una figura omnipresente, aun para aquellos que disientían con él. Carlos Quijano –uno de los protagonistas que gozó de una relación permanente de acercamientos y distancias– retornaba a través de la publicación de *Marcha* en México en el anecdotario del vínculo *Marcha* – Real de Azúa.

Carlos Martínez Moreno, quien había tenido una profunda amistad con Carlitos, no dejaba de hacernos reír con las anécdotas desopilantes y exageradamente contadas, pero también de sufrimiento, de su prematura muerte en un contexto que había intentado dejarlo a él y a su pensamiento en el olvido.

En mi caso sólo lo había leído esporádicamente, pero a través del afecto de sus amigos y de las eternas historias de Juan Carlos Dean, pasó a ser parte de mi cotidianeidad privada y social. Así como los pocos libros que teníamos de viejas ediciones de *Arca* o *Banda Oriental*, a los cuales volvíamos incesantemente.

El retorno a Uruguay le significó readecuarse a nuevas realidades. Sin embargo, la presencia de Carlos Real de Azúa permanecía omnipresente en reuniones, conversaciones, pasillos de facultades, amigos, bibliotecas, etc.

Lisa Block de Behar fue otro acicate en el conocimiento de esta persona-personaje. Era prácticamente la única con la que había mantenido relación durante los oscuros años de la dictadura. Salvo alguna propuesta académica para dar cursos en EEUU que le había ofrecido Rodríguez Monegal, Real de Azúa permaneció en el insilio de su amada Montevideo.

Cuando construíamos los programas de Historia Latinoamericana el autor era un infaltable. Poco a poco la curiosidad, ese amor que uno comienza a sentir por esos personajes “extraños” fue permeando nuestra sensibilidad y la preocupación de recuperar esta figura tan enigmática, tan brillante, tan irónicamente inteligente y su pensamiento siempre a contramano de lo obvio.

No es que fuéramos originales en nuestra preocupación, sino que muchas figuras de la escena uruguaya recurrían permanentemente al pensamiento del autor, pero esta invasión de Real de Azúa sobre nuestra intimidad revirtió en la búsqueda de su intimidad intelectual y vital. Por ello recurrimos a amigos, preguntamos, indagamos y recuperamos al único Real de Azúa que desde nuestro humilde lugar podíamos recuperar.

Este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo y los inagotables relatos de cada uno de los amigos, familiares y allegados a Real de Azúa, que me abrieron las puertas de sus recuerdos para comenzar a armar el puzzle de este intelectual inasible.

CAPÍTULO I: ¿Por qué Real de Azúa?

*¡Otra vez!, tras la lucha que rinde
y la incertidumbre amarga
del viajero que errante no sabe
dónde dormirá mañana,
en sus lares primitivos
halla un breve descanso mi alma.*

Rosalía de Castro

Elegir es siempre un acto arbitrario, menos para quien hace la selección, cuando esta es producto del hacer consciente, nunca exento de subjetividades varias. No obstante, el mismo acto de decir sobre otro discurso impone una justificación de lo dicho y el sujeto que emite.

Debemos abordar entonces la producción, la forma de la producción, su anclaje histórico social, el sujeto enunciante y las resonancias heurísticas que nos permiten continuar con los legados y las voces.

En los tiempos que vivimos, el saber se ha constituido, en muchos casos, en fragmentos de fragmentos, dispersos en identidades difusas e incapaces de reconstruir su origen, por tanto impedidas de las fugas a la reproducción y la dura consecuencia de no cuestionar los mecanismos de dominación que las inhiben como agentes colectivos.

De ahí uno de los primeros méritos de Real de Azúa: allegarse a las ciencias sociales sin dejar de lado la densidad histórica que permite reconstruir desde el presente un pasado y proyectarnos al futuro. Densidad histórica que para el autor, en sus últimos escritos, revela la necesidad de posicionamientos políticos vinculados a la identidad latinoamericana y el antiimperialismo.

Entre los años 1960 y 1977 —este último, año de su fallecimiento— Real de Azúa ofrece claves de comprensión de lo que se ha llamado el “insilio”, que no se reduce al facilismo de la inmediatez y la reverencia al statu quo, y que, como consecuencia, aisló al sujeto para dejarlo en soledad. Observar, estando inserto en

este contexto, requirió de innumerables rupturas teórico- metodológicas. De ahí, quizás, cierto eclecticismo en las construcciones del autor que, no obstante, salva con dignidad lo amorfo para constituir un decir singular.

Su curiosidad lo condujo por los más intrincados vericuetos; por supuesto estos caminos no fueron secuenciales sino que se superpusieron y entrelazaron siguiendo sus múltiples pasiones intelectuales. Muchas de ellas son acicates para nuestro pensamiento, y por tanto centrales para nuestro trabajo, aquellas que lo amarraron a temas como la nación, el poder, el totalitarismo y sobre todo el papel de los intelectuales. Esto último justifica *per sé* la centralidad del autor en nuestro trabajo. Vivimos un mundo que va dejando de pensarse paulatinamente en su complejidad, dejando espacio para las construcciones intelectuales fragmentarias que sustituyen lo holístico. Como consecuencia, el desarrollo de una ciencia social vinculada a teorías de "alcance medio" aborta la posibilidad de repensar la articulación de los intelectuales con la realidad social y como agentes de mediación política.

Quizás ningún otro concepto tenga más necesidad de ser vinculado al papel del intelectual que el de totalitarismo, otro de los ejes articuladores del pensamiento del autor.

Claro fue su rechazo no sólo al autoritarismo político sino al intelectual que deviene de las industrias culturales, a las cuales despreciaba profundamente por ser conformadoras del hombre masa y un mundo altamente burocratizado.

Real de Azúa fue, sin dudas, una figura excéntrica, pese a una vida casi lineal —afirma Halperin Donghi—; su cuna patricia no le impidió recorrer espacios casi intransitables de su amado Montevideo, ciudad a la que adhirió no sólo con su producción intelectual sino con toda su corporeidad, negándose a abandonarla en múltiples oportunidades.

¿Por qué elegir los últimos trabajos de Carlos Real de Azúa? En primer lugar, este período final de su producción instala las bases para la producción científica sobre la política. Una nueva manera de ver la teoría política, formas originales de interpretar la realidad histórica del Uruguay y de América Latina.

En segundo lugar, la impronta novedosa para releer aportes clásicos y brindar miradas alternativas a los problemas socio-políticos que aquejaban al país. Sin ignorar su prolífica producción de crítica literaria, de análisis de los autores que marcaron la literatura del Siglo XIX.

Es nuestra vocación ocuparnos de los textos de teoría política, de historia nacional desde una óptica política y económica, observando sus impactos en lo social y lo cultural.

La elección de Carlos Real de Azúa no es casualidad; el retomarlo implica volver a las metáforas e interpretaciones que nos definen como ciudadanos uruguayos. Presentarlo, en alguna de las formas más conocidas o convencionales que se tienen para abordar autores de su talla intelectual, podría resultar, cuando menos, reiterativo.

Aunque reconozcamos de antemano que eso sería en cierta forma ineludible no es prueba concluyente de la vigencia de un pensamiento el hecho de que podamos encontrar en él apelaciones a temas, o problemas que hoy todavía nos interesan y preocupan, porque en tal caso deberíamos arbitrar algunos procedimientos y criterios para distinguir entre diferentes clases de actualidades y vigencias; y aun así, subsiste el problema de *para quiénes*.

A juzgar por el grado de inserción y de interés que tiene hoy la figura de Carlos Real de Azúa en algunas de las reflexiones políticas o académicas que fueron surgiendo entre nosotros, esta elección se vería justificada.

Nuestro empeño no fue solamente enfatizar la actualidad de su obra, sino más bien "trabajar con ella", tematizar con sistematicidad algunos de los problemas que abordó y otorgarles sentido a partir de los juicios emitidos por quienes lo conocieron y de nuestras propias conclusiones.

Los variados énfasis que podemos llegar a encontrar en las muchas biografías posibles sobre un personaje nos recuerda las imágenes de los cinco hombres ciegos que describen a un elefante (esto en referencia a un antiguo poema inglés).

Una biografía es —a la vez— una recopilación y una invención. Esta tensión que identificamos como la *diferencia* entre el 'discurso' y la 'vida' convive con otra no menos importante, lo que Bourdieu llamó la *ilusión biográfica*, es decir suponer que el sujeto biografiado y su vida siempre tuvo un sentido desde el origen.

Es necesario tomar en cuenta que el sujeto, a lo largo de los relatos con los que se presenta a sí mismo, y de otros que lo representan a él, no es uno sino múltiple. Encontramos que el enfoque que introduce las dimensiones de tiempo, proceso y contexto en las historias de vida de personajes destacados es particularmente útil, porque nos permite comprender los procesos de cambio y transformación, da cuenta de las modalidades de adecuación de los sujetos a los cambios producidos en su vida, en su propio pensamiento y en su entorno: ambos estarían profundamente implicados. Con este trabajo no tuvimos (o no tuvimos *sólo*) el propósito de exponer otra versión biográfica y de obtener evidencia y argumentos fundados para la defensa de un pensamiento.

Lo que intentamos aquí es introducirnos en el curso de una deriva, es triangular un personaje, su discurso y el contexto (en el que vivió y produjo su obra) para desentrañar algunas de las claves de su pensamiento y de la historia social de la época.

Para ello enfrentamos un asunto complejo, porque como se verá en el desarrollo de este trabajo, lo que hicimos fue evadir la tentación de hacer un recorrido lineal por su vida y por su frondosa producción intelectual, y advertirnos de no caer en “el olvido del detalle”.

Podemos decir que en la elección de un cierto tema o problema —los estudios biográficos que se centran en la producción discursiva de un intelectual no serían la excepción— se ponen en juego algunas cuestiones que son de distinto orden. Unas tienen que ver con la necesidad de justificar y fundamentar la pertinencia de la elección de un personaje y no otro.

Otras son de tipo estratégico y responden al hecho de que con los estudios biográficos se pretende ‘algo más’, se persigue una finalidad más amplia que la propia *historia de vida*; se va de la biografía a la *historia social*. En este caso ha de tenerse en cuenta que se trabaja también con la producción intelectual del biografiado, con textos que conectan dos niveles: la trama de los acontecimientos a los que alude y el relato complejo de quien la cuenta (en inglés: *history* y *story*; en italiano: *istoria* y *storia*).

Lo otro que es ineludible señalar, y no menos importante, es el nivel subjetivo de la elección. Aun cuando el campo que transitamos no es el del arte o la literatura, en cuyo caso las elecciones de un autor responden más claramente a su deseo y a su imaginación creadora, lo que hacemos en nuestro trabajo como investigadores tiene algo en común con lo otro y es que lo subjetivo no está ausente.

Esto es porque ‘algo’ se supo antes del personaje, algo que ejerció un cierto influjo o seducción, algo distintivo, sugerente, que inclinó la elección en su favor. Con esto queremos decir que la elección biográfica no se produce al azar, ni aun en el nivel subjetivo.

Diferenciamos este procedimiento del de la narración literaria ya que, en nuestro caso, la decisión va a ser argumentada, siguiendo un método sistemático. En la filosofía y en la ciencia la elección de los problemas se argumenta. De esto justamente trata este capítulo.

Los motivos que tuvimos al abordar los derroteros del pensamiento de Carlos Real de Azúa encuentran, en primera instancia, su justificación en las profundas raíces que este dejó en la construcción del pensamiento social, nacional y lati-

noamericano, caminos que aún continúan re-significándose y adquieren nuevos sentidos en nuestro particular contexto socio-político regional.

Sin duda es un autor que evitó todos los atajos, todas las simplificaciones; y como consecuencia, su obra es densa en ideas. Trabajamos con un pensar “arborescente” que rompe con lo establecido, con las normas que lo regulan, con la visión hegemónica; se trata de un pensamiento que siempre se puede volver a examinar desde otro lugar, tanto desde el juego enigmático que adquiere un texto cuando se “independiza” (por decirlo de alguna manera) del propio autor, como desde el inter-juego de los discursos propios y ajenos, nunca des-atados del todo del protagonista y su contexto.

Sus escritos intentaron buscar la globalidad, el todo, y adoptaron un sentido esencialista de la sociedad. Esto no es casual, así operaba la impronta intelectual de su época. Para ello se internaron en las luces y las sombras, en lo evidente y su reverso, y trabajaron con los reflejos que, a manera de fragmentos, nos *hablan* de acontecimientos. El autor intuía que daban cuenta de una parte y sólo de una parte; de ahí su forma radical de la angustia, su desconsuelo por lo incompleto, por lo eternamente inacabado. Esto es lo distintivo, la peculiaridad de Carlos Real de Azúa.

¿Cómo construir el punto de vista, el enfoque que nos permita recorrer los lugares y la mirada de un autor que no acepta la representación simple ni lo obvio?

Transitando, por un lado, por los aspectos más subjetivos de sus rasgos creadores —caracterizados por una probidad escrupulosa, incompaciente y severa— a través de un abordaje biográfico. Nuestro interés por la subjetividad es también el deseo de contextualizar la experiencia estudiada y de interpretarla teóricamente.

Y por otro, aproximarnos a una parte de su enorme obra, considerada imposible de abarcar con profundidad; es por ello que se seleccionaron algunos textos que nos permiten recorrer, si bien no todas sus huellas —o *sus restos*, como diría Horacio González—, sí recorrer aquellas áreas donde transitamos con alguna comodidad. De allí uno de los primeros porqué de la elección: reconocemos en Real de Azúa a uno de los intelectuales más notables “que vio el Uruguay del siglo XX” (al decir de Tulio Halperin Donghi), y a “uno de los más brillantes de América Latina” (complementa José Pedro Barrán).

En la elección de un personaje del pasado no hay un interés por el pasado mismo, sino que, en un sentido bien definido, el compromiso es con el presente. Entonces las preguntas que fueron surgiendo son:

¿Qué nos dicen de la historia social de su época los aportes de un intelectual brillante que vivió y produjo su obra hace más de 30 años? ¿Cómo se lee un texto del pasado? (Esta será una tensión permanente que identificamos durante todo el transcurso de la indagación y aproximación a su obra).

¿Cómo responder a la infinita cantidad de preguntas de Real de Azúa? ¿Cómo dar cuenta de sus respuestas? ¿Juego de palabras? No, camino sinuoso que nos llevó a escoger algunos y sólo algunos de los tópicos con los que el autor trabajó. Las preguntas de Real de Azúa son de él; hacerlas nuestras supuso una cuidadosa operación de apropiación y selección. Por eso es tan complicado, aunque no menos desafiante, seguir su derrotero intelectual y vital.

La palabra *vida*, para los griegos, se descompone en dos términos semántica y morfológicamente distintos, aunque reducibles a un étimo concepto común: *zoë* expresaba el simple hecho de vivir, común a todos los seres humanos, y *bios*, indicaba la forma o la manera de vivir propia de un individuo o grupo (Agamben, 2006: 9). Para nuestro autor nunca hubiéramos podido utilizar el término *zoë*; para él pensar y existir significaba un modo de vida singular generado con ideas no canónicas. Es por ello que la lectura de Real cuesta tanto y hasta diríamos que se convierte muchas veces en enigmática.

De los escritores importantes del 45, Real de Azúa es sin duda el que escribe peor. Es también el que organiza más desordenadamente sus libros [...] Todo esto no impide que Real sea el ensayista más valioso, el más típicamente fermental y enriquecedor de su período.

(Rodríguez Monegal, 1987:389).

El tratar de decir tantas cosas, tantas ideas, tantos datos, hacía intrincados sus escritos. En las afirmaciones de Rama, la posesión de un pensamiento “arborescente” conducía a este abigarramiento en la escritura. ¿Cómo retomar esta complejidad de caminos abiertos sin cerrar ramificaciones, sin traicionar su propia decisión de escapar a las simplificaciones?

¿Por qué abordar la vida y obra de Real de Azúa? Porque encarnó y aún encarna muchas de las definiciones del Uruguay, sobre todo aquellas que se sintetizaron en expresiones como la sociedad amortiguadora, el impulso y su freno, el patriado uruguayo, el país de cercanías.

Ocurre con él lo que no sucede con otros teóricos: trascendió su época, su generación, y sus definiciones pasaron a constituirse en parte del lenguaje “común”, de la cita “común”, lo que hace de él un referente permanente. Sus definiciones funcionaron tan bien porque identifican a una sociedad que también quería verse a sí misma como “eso” que él definía.

Seguramente esta cierta popularidad de sus ideas lo induciría a la autocrítica y reformulación de las mismas, llegando incluso a negarlas, abriendo un abanico de ‘aclaraciones’ respondiendo a lo que consideraría ‘malas interpretaciones’ de su pensamiento.

Como plantea Halperin Donghi,

Su vivo interés por las ideas y su historia se combina así con una desconfianza igualmente viva por las ideologías, como enmascaradoras de la realidad, que sobrevive en perpetua lucha con una tendencia igualmente profunda a la adhesión afectiva a ciertos complejos de ideas. Es esta una de las tantas tensiones que caracterizarán para siempre a su estilo intelectual [...] Esa abrumadora acumulación de hechos y argumentos ceñidos a los datos de la realidad empírica podía parecer quizá fruto del ensañamiento polémico: era sobre todo desconfianza frente a las construcciones de ideas, a las ajenas no más que a las propias.

(Halperin Donghi, 1987:103).

Además de estos atributos, de un pensamiento en caracol que entre sus espirales no deja de marcar un camino, nuestro autor construyó un itinerario intelectual que recorre la historia, la formación de la conciencia nacional, las ‘teorías y críticas literarias’ y los vaivenes en la política internacional que lo llevaron a adentrarse en el latinoamericanismo y el antiimperialismo con una profundidad original.

¿Cuál es entonces nuestro interés hoy? Que en simultáneo fue “una cantera de hipótesis” (Caetano, entrevista propia, 2007); algunas las desarrolló, otras no, otras sólo en parte. Y en ese sentido fue un buscador de respuestas, también en tiempos de oscuridad del Uruguay y de los otros países del Cono Sur. Estudiar qué dijo, qué dijo aun entre líneas, qué predijo. Porque si algo es de destacar en este autor es su capacidad predictiva (Zubillaga, entrevista propia, 2007).

Real de Azúa tuvo una enorme capacidad para ensayar una visión sobre el futuro de nuestra nación. La actualidad de su planteo surge en este fragmento, que ya en su época parece predecir nuestros años futuros y los procesos recientes que se han dado en llamar de *latinoamericanización*, proceso que parecía —siguiendo su pensamiento— estar esperando a Uruguay, a pesar de ideologías que en la época en que él escribe, negaban dicho destino con construcciones soberbias de excepcionalidad sintetizadas en frases como “la Suiza de América”.

Ya en 1975 nuestro autor decía:

Que el Uruguay viva al margen de la peripecia común de los países del continente es un hecho. Un hecho que feliz o infelizmente descansa cada día más en nuestras meras ideas, en nuestras meras convicciones y cada vez menos en las presiones, en las inflexiones objetivas de un

destino que nos enrola. [...] Es como si supiéramos que ese destino que nos acucia será más áspero, más duro, y más riesgoso que el que nos fijaban todas las azucaradas versiones que en el tiempo nos hicieron “la Atenas del Plata”, o “de América”, “el paraíso de la democracia” o “del turismo...”, “el laboratorio del mundo” en el que creyeron y hasta soñaron tantos crédulos, tantos simples de las generaciones que nos precedieron.

(Real de Azúa, 1975:103).

¿Cómo definir a Real de Azúa? Sobre todo ¿cómo ubicarlo en un gran tema de la edad moderna: la emancipación? ¿Qué penetra las viejas lógicas y situaciones donde amplios sectores o la masa deviene sujeto y llega a adoptar una voluntad? ¿Cómo su profundo espíritu crítico lo lleva a postergar una parte esencial de sus estudios y emprender nuevas tareas?

En principio, podemos decir que transitó caminos ignorados en los que, aún al bifurcarse, conservó su enorme capacidad de trabajo erudito. Adscribió entonces tardíamente a la sociología o la ciencia política y a sus metodologías, muchas veces cuestionándolas, lo que no impidió su apertura a estas formas nuevas de conocimiento. Pero nada de esto es novedoso; sólo es la continuación de su pensamiento abierto, “fragmentario”, pero sin dispersión: “Digresiones colaterales, no menos rigurosas, definiendo el discurso por registros diferentes” (Block, 1987:114).

En suma, Real de Azúa se presenta como una figura que concita las más diversas adhesiones; pero también, las más adversas críticas. Es sin duda uno de los intelectuales de este período que han marcado casi retóricamente la historia del Uruguay. Dio origen a expresiones que han trascendido sus propios libros y son parte de la utilización generalizada de definiciones del país, remitiéndonos no solamente a la historia, a la sociología o a la ciencia política, sino también a la construcción de una teoría abarcativa en donde la interacción entre los hombres, y de los hombres con la sociedad, es analizada incorporando elementos de profundidad psicológica. Hoy parece no haber lugar para semejante tarea.

En un momento dijo:

Se quiere también, más modestamente, despejar el interrogante de si hay una psicología colectiva “nacional”, un repertorio de rasgos, de modos que los uruguayos mayoritariamente compartan. ¿Cuáles son los objetivos, las prácticas, las rutinas, los ideales, las devociones, que permiten inferirla? [...] Se aspira a establecer la real, auténtica entidad de valores nacionales, la causa de la postergación de unos, de la hiperbolización de otros, las inferencias que de estos hechos se desprenden.

(Real de Azúa, 1964:53).

Si esta primera justificación, que resultaba ineludible, vino por el lado de la vigencia o relevancia del personaje elegido, lo que intentamos fue rescatar lo distintivo acudiendo, en primera instancia, a lo que “otros” señalaron.

Pero aun habría más para exponer y esto tiene que ver con la productividad que dan los estudios biográficos para la historia social y, dicho más precisamente, para la historia del pensamiento social de una época.

De acuerdo con Ferrarotti, en el nivel estratégico la elección de un determinado personaje responde a objetivos más amplios que la propia biografía. Esto se sustenta con arreglo a la idea [teórica] de que algún aspecto de lo social se puede llegar a conocer a partir de la especificidad irreductible de una praxis individual.

Por lo tanto, podemos tomarlo a él [y a su pensamiento] como referente intelectual, e identificar tanto las continuidades, a modo de líneas de larga duración, como las dis-continuidades, las rupturas. Y si las hubo, preguntarnos si pueden llegar a ser tan hondas que hoy no funciona como descripción, tanto en lo que respecta a la forma de *ser* en lo social como en la forma de *pensar* lo social.

¿De qué hablan los textos escritos por Real de Azúa? ¿Cómo se representó el presente, cuál fue su discurso sobre el pasado y qué anticipaciones tuvo sobre los destinos de la nación, la región y el continente latinoamericano? ¿Qué versión nos ofrecen de él sus amigos e intérpretes? ¿De qué hablan esos discursos?

Esta pertinaz búsqueda lo conduce en sus últimos años por los nuevos derroteros de la ‘ciencia formal moderna’, llevándolo a replantearse la cuestión latinoamericana y su destino, lo cual lo remite a la temática del imperialismo. Inserto en esta temática se concentra en los orígenes del Uruguay como herramienta de comprensión de la trayectoria de este país (sus logros, sus fracasos, sus líneas de continuidad y de ruptura), incorporando esta mirada a los temas a los que había destinado gran parte de su producción histórica, crítica y teórica.

Ante la amplitud y variedad de los temas trabajados por Real de Azúa, hemos decidido concentrarnos en cuatro ejes temáticos que consideramos esenciales y que, además, guían y vertebran este trabajo. En primer lugar, el *papel del intelectual* en una región que siempre mantuvo una mirada hacia Occidente, rescatando aquellos intelectuales adscriptos a diversas ideologías, pero que le permitiesen una comprensión más vasta de la compleja situación de América Latina. Salvando las excepciones que intentaron escapar a la imitación de procesos alejados de nuestras realidades, como lo fueron el caso de José Carlos Mariátegui y José Enrique Rodó.

En este sentido, para nuestro autor fueron esenciales los mecanismos por los cuales se erigen y solidifican los *sistemas de poder en Uruguay* (nuestro segundo

eje temático) en un largo recorrido, desde el fracaso del Patriciado en la conformación de una cúspide de poder que creara y consolidara una Nación organizada. Este período marcó en forma indeleble toda la secuencia histórica posterior del país en lo que refiere a los mecanismos de dominación. En el análisis de dichos sistemas, es fiel al concepto de dominación en el sentido weberiano del término, poniendo especial énfasis en el liderazgo de Batlle y su tipo de legitimación, para el cual creó una nueva tipología a la cual denomina "personal y redistributiva". Dice Real de Azúa: "las dos muy inestables y la segunda la más débil, corto poder de legitimación tanto en la intensidad como en tiempo" (Real de Azúa, 1969: 111).

Esta interpretación cuestiona las ideologías dominantes que oponen barbarie y civilización/ tradición y modernidad. Sumará a ello la interpretación sobre el período crucial del desarrollo del batllismo y su particular desempeño gubernamental, marcado por las profundas transformaciones en materia de políticas sociales y económicas de José Batlle y Ordóñez.

A partir de los años 50, se centrará en las contradicciones del segundo batllismo, tanto económicas como sociales, las cuales comienzan a acentuarse de forma cada vez más explícita.

En tercer lugar, retomamos el concepto del origen de la Nación; tema por demás conflictivo, dadas las luchas intestinas entre los caudillos y las elites dirigentes patricias; disputa que, posteriormente, toma color y pasa al plano político partidario al definirse los partidos blanco y colorado.

Las luchas intestinas que signaron parte del siglo XIX, repercutieron en la consolidación de un estado independiente. Los enfrentamientos entre caudillos de las divisas tradicionales tuvieron como uno de sus ejes la tensión entre unitarios y federales. Tal como se ha señalado, el papel de Artigas en la defensa de la soberanía particular de los pueblos es una clara demostración del concepto de nación que persiste en algunos sectores, hasta nuestra época.

La invasión portuguesa en 1816-1829, produce profundas contradicciones en las elites, que oscilan entre aceptar la dominación portuguesa o continuar con un proceso libertario de liberación. El levantamiento contra el invasor y el triunfo de 1828 permiten la estructuración de un estado muy endeble. La presidencia del caudillo Fructuoso Rivera y luego la de Manuel Oribe, y la denominada "Guerra Grande", incitan a los gobiernos a la búsqueda de una solución para finalizar la guerra.

No obstante, el fin de la Guerra Grande no elimina las competencias y luchas internas. Los años de peleas inter e intrapartidarias se suceden, con interregnos

militares, hasta la última revolución de 1904, que permitió la institucionalización estatal de la nación.

El ciclo de la modernización política estuvo marcado por lo que se denominó el período batllista, cuyo resultado fue una consolidación de una primera implantación democrática.

La acuciante disputa sobre la conceptualización de la nación cobra vida en muchas de las obras de Real de Azúa, en las que intenta rescatar los logros y los fracasos del proyecto batllista que supo ser "vino nuevo en odre viejo", señalando así la tensión entre la construcción histórica de las identidades mismas y la modernización política y social.

Por otra parte, el pensamiento de Real de Azúa da lugar a la emergencia de nuevas problemáticas contemporáneas a su tiempo, como las luchas políticas y sociales desde una óptica latinoamericanista y antiimperialista. A pesar de la distancia cronológica que separa algunos de sus textos, como "*España: de cerca y de lejos*" del año 1943 de sus últimos escritos cercanos a la década del 70, el hilo conductor hallado es su reflexión sobre los rasgos y orígenes del totalitarismo.

El escepticismo que ronda sus trabajos finales está signado por el período de creciente deterioro de la democracia y los inicios de las dictaduras en el país y la región. Sin embargo, el oscuro período del final de su vida no le permitió caer en la desconfianza de que el futuro pudiera ser otro.

Que el Uruguay viva al margen de la peripecia común de los países del continente es un hecho. Un hecho que feliz o infelizmente descansa cada día más en nuestras meras ideas, en nuestras meras convicciones y cada vez menos en las presiones, en las inflexiones objetivas de un destino que nos enrola.

(Real de Azúa, 1975: 103).

Su vigencia, en la actual coyuntura de nuestros países, ciertamente no se ha amortiguado.

CAPÍTULO II: Carlos Real de Azúa: ¿extraño o extranjero?

"...no es frecuente la existencia de estructuras sociales concretas que integran al 'intelectual' en la constelación dominante de poder ni es sin graves daños y contradicciones que algunos de ellos (y por períodos breves) lo hacen. Como se comprenderá, punto de dilucidación compleja y acometimiento polémico es este, puesto que se relaciona con temas tan candentes como el de la revolución, las concepciones normativas de la misión de la inteligencia y la indole clasista del intelectual"

Carlos Real de Azúa

"Si vagar es la liberación de todos los puntos dados en el espacio, y es conceptualmente contrario a la fijación en estos puntos, la forma sociológica de "el extranjero" presenta la unidad de estas dos características" (Simmel, 1950:1).

La vida y obra de Carlos Real de Azúa podría ser analizada desde esta definición del 'extranjero' presentada por Simmel. Esa cercanía-lejana que algunos señalaron como un rasgo de su personalidad, y que aparece en algunos de los textos que empleamos en esta indagación, se constata por una posición que buscó situarse en los bordes de lo definido y que, dicho con las palabras de Carlos Zubillaga, dejó ver "*un cierto sentimiento ambiguo de pertenencia y apartamiento*", como lo expresaran también otros entrevistados.

Él era imposible de seguir, y además no buscaba ni quería seguidores, era un poco elitista, la política activa no fue lo suyo, lo que no quiere decir que no haya jugado un papel muy importante como analista.

(Santiago Real de Azúa, entrevista propia, 2006).

Esa solitaria presencia, figura callada, fue capaz de *des-silenciar* lógicas sociales, de presentar "*a todo riesgo*" nuevos enfoques (Caetano, entrevista propia, 2007), de proponer explicaciones sociológicas y de efectuar contribuciones concretas a la visión del pasado (Halperín Dongui, entrevista post-conferencia, 2007).

El extranjero o el fenómeno del extranjero es el de aquella persona ubicada en las márgenes de un grupo social. Su capacidad de interacción está signada por el vaivén de pertenencia y no pertenencia, una especie de dialéctica que atraviesa

todo su ser. El dualismo de lejanía y cercanía marcan indeleblemente la trayectoria del extranjero.

Los aportes y recorridos son muchos. Abogado, en general sin enfoques jurídicos, fue profesor de teoría literaria (disciplina inicial de su recorrido), escribió historia, se cuenta entre quienes fundaron en Uruguay la ciencia política y, posteriormente, al encontrarse con mayor reconocimiento en el área, incursiona en la filosofía de la historia. No podemos dejar de mencionar su herencia cristiana, que deviene de la mano de su querida madre, acentuada por múltiples lecturas de pensadores cristianos que van desde filósofos como Miguel de Unamuno y Jacques Maritain hasta literatos como Herman Hesse y Roman Rolland.

De su inicial pensamiento cristiano, algunos de sus amigos dicen que permaneció a lo largo de toda su vida, produciendo en él una enorme tensión. Sin duda, no podemos dejar de señalar cierto sentimiento trágico de la vida donde el sentimiento de la incompatibilidad de una existencia basada en la razón, alienta en ella al mismo tiempo el sentimiento de la imposibilidad de que la carne, los huesos y la razón vivan separados.

Las palabras de Unamuno afectaron al sensible joven que fue nuestro autor: "toda posición de acuerdo y armonía persistente entre la razón y la vida, entre la filosofía y la religión se hace imposible y la trágica historia del pensamiento humano no es sino la de una lucha entre la razón y la vida, aquella empeñada en racionalizar a esta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la mortalidad..." (Unamuno, 1947: 97).

La imposibilidad de Real de Azúa de conjugar las raíces cristianas de su juventud no le impidieron, sin embargo, a lo largo de los años incorporar todos los aportes que le sugerían sus lecturas cada vez más alejadas de este pensamiento cristiano. ¿Podemos afirmar que sus últimos trabajos mantienen todavía un tono cristiano? En principio, pensamos que si bien quedan rastros, huellas y, sobre todo, esta ambivalencia persistente en sus escritos, no podemos hablar de una resolución de este conflicto interno. De hecho, estas influencias de la juventud se plasmaron en el autor, dejando una marca indeleble que en muchas oportunidades fue omnipresente, pero no siempre de manera explícita. Concretamente, Carlos Real de Azúa murió en su habitación de soltero en la cual colgaba un crucifijo a la cabeza de la cama; a lo que sus pocos amigos en el país agregaron dos cirios. La dictadura militar alejó a sus amigos dejándolo, además, en una profunda soledad espiritual.

Descendiente de familias aristócratas, Real de Azúa narra y objetiva aquellas historias patricias, criticando fuertemente el fracaso del *patriciado uruguayo* en la construcción de un proyecto nacional.

Pero fue una conmoción el conocer, por alguien que había pertenecido a ese patriciado, que en el fondo era como un auto-retrato [...] Todo eso que cuenta del patriciado, tiene que ver con el padre, tiene que ver con él, con su madre.

(Juan Oddone, entrevista propia, 2007).

Matizada la idea de 'el extranjero' para una caracterización de Carlos Real de Azúa, igualmente podemos sostener que "su posición como miembro pleno [de un grupo] involucra ambos: estar fuera y en confrontación a este, [...] lo que produce una forma de coordinación y consistente interacción" (Simmel, 1950: 18).

En un contexto (60-70) donde el exilio era algo frecuente, nuestro autor elige quedarse en Uruguay, sin dejar de ser 'transfronterizo', en una constante migración no de su cuerpo pero sí de su ideario, una tensión entre el arraigo a su país y un desarraigo de los lugares comunes construidos y reproducidos por el imaginario de los uruguayos.

Al mismo tiempo que dejaba entrever una suerte de incomodidad permanente al panóptico disciplinario de la sociedad en la que le tocó vivir, se comprometía con otra mirada, dándole un giro —a veces imprevisto— a las afirmaciones con las que concluía sus propios trabajos, optando por la crítica y desafiando las tesis de los historiadores vernáculos.

Los intelectuales uruguayos en general no lo quisieron mucho. Con los intelectuales él tenía una relación, digamos, con altibajos. La relación con los intelectuales era una relación tomentosa.

(Juan Oddone, entrevista propia, 2007).

Durante cierto tiempo hasta las propias ciencias sociales entendieron que la *identidad* (el ser nacional, la nación, el país) era básicamente un amplio consenso moral que se construye desde adentro, y lo que es más, *es* el adentro. Y que formar parte de una cierta comunidad política, o intelectual o académica, es participar y adherir *en todo* a ello.

Desde ahí se sostenía que los imaginarios sociales se configuran [o se configuran *sólo*] desde lo más típico, lo más frecuente, desde las representaciones colectivas más influyentes, desde los discursos dominantes. En este sentido es que estuvimos —en primera instancia— viendo al personaje (Real de Azúa) como *un eterno extranjero*.

Hoy estamos más proclives a aceptar que en la periferia y desde los bordes de un cierto territorio ("el adentro") existen otras voces (*extranjeras*, o *extrañas*), existen otros actores, otras versiones, otro pensamiento, cuya influencia en cierto

contexto puede ser poca y pasar inadvertida, y en otro contexto sí tenerla, hacerse visible y ser reconocida. Igualmente a la inversa.

Precisamente a esto quisimos referirnos en el Capítulo I cuando fundamentamos la elección del personaje y argumentamos que se intentaría no caer en "el olvido del detalle". Porque el olvido u omisión del detalle de que algunos sujetos no son típicos, o no son típicos *en todo*, sino *sólo en parte*, no es un gesto inocente, es una postura complaciente con las versiones dominantes, incluyendo las de la propia *akademia*.

Este es el caso de nuestro personaje, típico intelectual de su época, habituado a las discusiones frontales, tan hinchado de Peñarol como otros miles de uruguayos, cuyo trabajo intelectual versó sobre los temas y problemas que ocuparon y preocuparon a muchos de su tiempo, sin omitir el hecho de que sus propias reflexiones lo llevaban, muchas veces, a moverse de su posición inicial.

Sí, creo que se sentía un intelectual, [...] por más que era demasiado lúcido como para saber cómo era un intelectual, estuvo demasiado involucrado en los proyectos centrales de la época.

(Hugo Achugar, entrevista propia, 2007).

Cabe señalar una interesante observación de Hugo Cores, quien encontró en Real de Azúa "una voluntad y ganas de entender el país" desde un doble juego de universalista/localista, lo que problematiza en mucho la figura de 'el extranjero' en nuestro personaje.

Aquella vocación de totalizar, [...] que formaba parte de una preocupación en la cual él iba redondeando lo que era una caracterización de la dominación, de la subordinación, [...] y a la vez él no perdió nunca esa impronta un poco herrero del pago chico, de saber qué pasaba por Florida, por el caudillo tal o cual, temas sobre los cuales el seguía teniendo una mirada provinciana, provinciana en el sentido de proximidad. La forma que él tenía de pensar el Uruguay era muy rica, porque no eran sólo generalidades, ajustaba esas realidades teóricas a una voluntad y ganas de entender el país en el que estaba.

(Hugo Cores, entrevista propia, 2006).

El pronunciamiento de nuestros entrevistados nos lleva a sostener hoy que el carácter de *extraño* o *extranjero* de Carlos Real de Azúa debería adjudicarse teniendo en cuenta esa actitud tan suya de tomar distancia de "lo generalmente aceptado", a un estilo muy personal de cultivar la crítica y la autocrítica, a la continua mutación de sus ideas y, sobretodo, a la persistente voluntad de no inscribirse en una corriente de pensamiento determinada.

Fue crítico, crítico de la “política de acá”, del círculo de intelectuales de su medio, de la *historia oficial* y del creciente autoritarismo de la década de los 60 en Uruguay. *Extraño o extranjero* en ese sentido, del que no es complaciente con el discurso dominante, de “escribir aquello que pensaba, de no refugiarse en una escuela, [...] de no escapar al debate, a la confrontación de ideas” (Caetano, entrevista propia, 2007).

Como a un bárbaro o *meteco*, en este caso no fue Platón quien aconsejó la vigilancia del extranjero porque atentaba contra las costumbres, sino un régimen militar que destituyó al profesor Real de Azúa (casi a modo de aplicar una cuarentena) por considerarlo un ‘atentado para el orden’ dejando que, silenciosamente y en soledad, pasara inadvertida su muerte.

La discusión sobre el papel del intelectual: una barroca polifonía

La clásica y controvertida discusión sobre el papel del intelectual adquiere dimensiones emergentes en nuestra época, en la cual gran parte de América Latina se encuentra atravesando procesos de profundas transformaciones socio-políticas y económicas.

Es necesario, entonces, el desarrollo de una crítica intelectual que ponga en sus justos parámetros las nuevas y angustiosas demandas. No porque el intelectual posea –ni tuviera que poseer– todas las respuestas, sino porque es su función específica en la sociedad aportar “otra mirada”, otra forma de experimentar el mundo, su espíritu, su esencia interpeladora, sumándole a ello, la función de lector, porque justamente, como afirma Lisa Block, “Por esa reserva ocurre el acontecimiento literario: el libro como reserva de misterio; no es inaccesible ni incomprensible, es misterio porque algo en el texto permanece, guardado y en silencio” (Block, 1994:191). Mirada del autor, mirada del lector, y un océano de búsquedas, para respuestas inacabadas, incompletas, este trabajo no escapa a ninguna a de estas problemáticas.

A partir de estas inquietudes es que hemos planteado el enfoque teórico a dos niveles: por un lado, como primera aproximación intentaremos un recorrido socio-histórico que nos permita recuperar, en esta primera instancia, los aportes de Gramsci, Mannheim, Adorno, y Raymond Aron. Autores a los que frecuentemente recurrió nuestro autor, recuperando algunos de los hilos conductores que guían este trabajo: los temas de la “nación”, el “poder” y el “totalitarismo”.

En relación con las discusiones del intelectual como cuestión teórica, se ha incorporado el pensamiento de los autores elegidos, en la medida de su influencia, y en muchos casos de la capacidad de orientar la obra de Real de Azúa; elección si se quiere arbitraria, dada su inconmensurable capacidad de desbrozar los autores más diversos. Por otro lado, se abordará el caso latinoamericano a través de la figura y la obra de Real de Azúa, con el objetivo de retomar y actualizar algunas preguntas para nuestro contexto regional actual.

Podemos decir que ha existido en las últimas décadas una cierta desconfianza, tanto por parte de la sociedad civil como del Estado, sobre la función de los intelectuales en la política. Sea por su integración a estructuras de gobierno, sea por su papel netamente opositor, ha faltado a la “*intelligentsia*” la capacidad crítica y comprometida de nuevas ideas para incidir en la construcción de proyectos alternativos.

A ello debemos agregar la función del nuevo orden social, el cual alimenta la pluralidad y la fragmentación, genera formas de exclusión, transgrede normas consideradas sagradas; en suma, incorpora nuevas formas de vida, nuevas jergas, orígenes étnicos, estilos de vida y culturas nacionales, lo que Mijail Batjín define como polifonía.

Sobre este contexto, se hace indispensable interrogarnos sobre el lugar de los intelectuales en la política, pero también el lugar de lo político en los intelectuales (Sigal, 2002:16).

Los intelectuales han oscilado entre la participación ostentosa, o el encierro en un mundo aséptico, lejos de lo mundano. No obstante esta actitud, consideramos como dice Said que “no hay huida posible a los reinos del arte y del pensamiento puro, o si se nos permite decirlo, al reino de la objetividad desinteresada o la teoría trascendental” (Said, 1996:38).

Nuestra propuesta es analizar cómo las diferencias de lógicas entre el saber sobre la sociedad que sustenta una militancia política, y las consecuencias ideológicas de una actividad organizada alrededor del conocimiento –dimensión ideológica de los letrados– expresan la existencia de una esfera propiamente cultural y política dotada de principios y reglas de funcionamiento específicos.

El término ‘intelectual’ posee una historia azarosa, nacido casi a fines del siglo XIX a raíz del debate que dividió y movilizó la opinión pública francesa en torno al caso Dreyfus. El famoso alegato de Emile Zola (Yo acuso) fue el resultado de una discusión que partió las aguas, aún, en nuestra región.

La mera palabra intelectual produce escozor, por ello cobra sus actuales resonancias: polisémico, controvertido, multívoco. Utilizado para confrontar, degra-

dar o enaltecer al amigo o al adversario, ha sido y sigue siendo resignificado de tal modo que produce cambios de sentido en los debates culturales.

A esta sencilla, pero obligada descripción deseamos incorporar un elemento más, también nacido de la polémica Dreyfus: el del 'intelectual comprometido', definición que conduce de inmediato al sentido de izquierda-derecha. La paradójica propuesta de Aron nos afirma "que la derecha es el partido de la tradición y de los privilegios contra la izquierda, partido del porvenir y de la inteligencia"; pero afirma también el autor que si bien esta interpretación no es falsa representa exactamente la mitad de la verdad, ya que "en todos los niveles conviven los dos tipos de hombres" (Aron, 1957:17).

El término 'intelectual', 'intelligentsia' ha atravesado varias definiciones, tanto como variedad de usos. ¿Cómo diferenciar a un intelectual de quien no lo es? En primer lugar, incorporamos la definición realizada por nuestro autor, quien adjudica a los intelectuales un papel de:

Científico político o social como vanguardia más ostensible del sector intelectual, deberá ser el hombre de la crítica, el hombre del no, la voz que invoque aquellos valores que amenazan el cambio drástico y su dialéctica entre los cuales están la libertad de pensamiento y la trascendencia de toda creación cultural auténtica" [...] El científico social está en posición privilegiada para amonestar que este carácter trágico de la condición humana no espera plazos para ser percibidos.

(Real de Azúa, 1973:17-8).

Abordaremos ahora, en un breve recorrido, los principales aportes de cuatro pensadores ineludibles que han inspirado al autor, desde el punto de vista tanto teórico como político.

La generación del "45" supo tener en su haber a un personaje como Real de Azúa, quien luego presentó fuertes críticas al grupo conformado por los intelectuales más destacados (Onetti, Benedetti, Rama, etc.). Su papel inquisidor para con la cultura oficial lo lleva a catalogarla como:

Una cultura de consumidores y de espectadores, con tan prominente atención por ciertas manifestaciones: cine, música, novela (extranjeras), que resultará en nuestras condiciones presentes una actividad en algún modo vicaria, sonambúlica, espectral.

(Real de Azúa, 1971: 283).

De un rechazo elitista a la incipiente cultura, su pronóstico no fue alentador: "Como uruguayos sabemos que un período de irresponsabilidad, malabarismo e ilusión toca a su fin" (Real de Azúa, 1964: 54).

En esta constante disputa con los intelectuales, y por qué no, consigo mismo, la premisa de nuestro autor es:

El hombre completo sólo es completo cuando vive en dos mundos; sólo es completo cuando es escindido [...] dos dimensiones: una es el orbe de los valores inmediatos, el mundo de lo que nos aprieta y nos apremia, bruto, caótico. El otro es el de la cultura: es ese orbe mucho más transpersonal, límpido, expresivo y, sobre todo, pensable. Desde él, el otro adquiere (también) coherencia y sentido.

(Real de Azúa, Marcha, 15 de enero de 1954, No 704).

Cabe preguntarnos si este fragmento no es, para el autor, una aspiración idealizadora cuya fuerza determinará, no solamente sus propias contradicciones individuales, sino también las formas de vida de una democracia real, sin ficciones pseudo-participativas.

Su particular ambivalencia de vincularse con el "otro" está signada por una impronta austera, distante, con gran reticencia a los espacios compartidos con los ámbitos masivos, vaya la ambigüedad (con la salvedad de la pasión futbolística, tan uruguaya). "Algo es seguro: detestaba el engolamiento, los lugares comunes y las ideas preconcebidas. Se sabía solo y lo estaba" (Halperín, 1987: 30).

En un breve recorrido, y con mucho cuidado, elegimos aquellos autores que han influido de manera creciente en las áreas que tomamos para trabajar con mayor profundidad, de su casi inagotable obra. No es nuestra intención reproducir pensamientos de intelectuales hartos estudiados, sino recobrar los aspectos que, a partir de ellos, repensó el autor.

Gramsci, Mannheim, Aron y Adorno bajo la lupa de Real de Azúa

Se retoma a continuación la cuestión del intelectual a partir de los últimos trabajos de Real de Azúa. El primero de los aportes será el de Antonio Gramsci al pensamiento marxista, el cual, al incorporar el problema de lo nacional y lo popular, hizo cobrar una enorme importancia a la política, creando y propiciando nuevas investigaciones sobre la historia italiana. Esto le permitió integrar los aspectos políticos, culturales e ideológicos del papel de los intelectuales y las clases subalternas, temas en donde se distinguió de sus coetáneos, y que le confiere aun hoy –globalización mediante– mucha vigencia.

La permanente atención que Gramsci otorga al tema de los intelectuales es desarrollada constantemente, aun en sus escritos de la cárcel. Cuando se refiere a

los intelectuales no se está refiriendo a los hombres de la cultura, sino al conjunto [complejo] de los que tienen como tarea elaborar y ejecutar, asegurando la transmisión del patrimonio técnico-conceptual indispensable para el funcionamiento de la organización social. En este sentido, la crítica formulada a Benedetto Croce fue su obvia pertenencia al conjunto intelectual que responde a la clase dominante, aceptando dicho papel e insertándose en la jerarquía social con diversas funciones.

A diferencia de Croce, para Gramsci "la historia es sobre todo política, o sea acción de los hombres objetivamente determinada en el mundo" (Gramsci, 1975:57). Sólo así podemos entender las ideologías y cómo los ideólogos desempeñan un papel de orientación social, sea de justificación o de transformación del orden. Los ideólogos no son traducción alienada de la relación entre los hombres, sino que "organizan las masas humanas, forman el terreno en el cual los hombres adquieren conciencia de su posición, luchan, etc." (Gramsci 1977:204). Este es el papel fundamental que el teórico del *aggiornamento* les otorga a los intelectuales orgánicos, constituyéndolos en un elemento estratégico para la construcción del pensamiento y la acción política.

Todos los hombres son intelectuales, pero no todos tienen la función específica como tales en las relaciones objetivas. Desde su concepción de hegemonía Gramsci propone que los miembros de un partido político tendrían que ser considerados intelectuales. El autor "reemplaza" el concepto ideología por el de hegemonía, esto es, cómo los gobernantes logran el consentimiento de las clases subalternas. También es cierto que el concepto de coacción es empleado en este mismo sentido.

La hegemonía logra subsumir la ideología, y le incorpora la denominada "sociedad civil". Asimismo, otra fuente de hegemonía política es la supuesta neutralidad del Estado burgués, que detenta el poder dominante mediante la coacción. Sin embargo, para que el monopolio de la violencia sea legítimo, debe lograr el consentimiento general de la gente para operar con efectividad entre la coerción y el consenso.

De modo muy general podemos definir la hegemonía como toda variedad de estrategias políticas, mediante las cuales el poder dominante obtiene consentimiento. Para Gramsci la hegemonía es la obtención del liderazgo moral, político e intelectual de la vida social mediante la difusión de su propia "visión del mundo". Para obtener el poder del Estado en las sociedades capitalistas se recurrirá a la violencia (directa o simbólica) con el fin de mantener el orden social estatuido.

Por tanto, el concepto de hegemonía actualiza dos elementos que componen el Estado: la coerción y la dirección. Esta noción orienta su búsqueda hacia la formación de un Estado unitario italiano. Esto le permite comprender por qué en el Estado unitario la dirección ha quedado en manos de los liberales.

Su otra orientación está signada por su trabajo sobre la literatura italiana, dada la preocupación que tiene con respecto a la ausencia de una literatura nacional popular, como la existente en Francia o Inglaterra. La pregunta es: ¿por qué el pueblo lee antes a Víctor Hugo o a Balzac que a Manzoni?

Esta situación se explica por la distancia que existe entre el carácter aristocrático cosmopolita de la literatura y su influencia sobre la cultura.

Los laicos han fracasado en su tarea histórica de educadores, y en la elaboración de una forma de intelectualidad y de conciencia moral para el pueblo-nación. No han sabido satisfacer las exigencias intelectuales del pueblo mismo, porque no han sido los representantes de una cultura laica, porque no han sabido elaborar un humanismo moderno, capaz de difundirse hasta las capas sociales más frustradas e incultas, tal como era necesario desde el punto de vista nacional, porque han seguido atados a un mundo antiguo, mezquino, abstracto, demasiado individualista, a una casta.

(Gramsci, 1975: 73).

En este sentido el concepto de literatura nacional-popular no disuelve en absoluto las bases de clase de la cultura, en una noción genérica de pueblo o de nación. Por el contrario indica una debilidad de la burguesía, que es precisamente una debilidad de clase. La fuerza de una clase en el campo cultural no consiste en permanecer en sus límites, sino en su posibilidad de expansión, en su capacidad de conquistar al pueblo, de llegar a ser nacional; consiste, en suma, en lograr la hegemonía. Este concepto pone el acento en la función de los intelectuales. Estos, en su gran mayoría, lejos de ser autónomos, son los agentes de la clase dominante, la que elabora su hegemonía en el marco de las ciencias, la técnica, las artes y las ideas.

La construcción de una hegemonía popular exige el abandono del materialismo mecanicista y la revalorización del sujeto revolucionario, de su iniciativa, del momento de la conciencia. Es precisamente la ideología [o algunos temas ideológicos] los que permiten a las clases dominantes soldar a su alrededor un bloque de fuerzas sociales diferentes.

Para reformular las teorías marxistas tradicionales, Gramsci aporta el concepto de "bloque histórico", definiéndolo como el conjunto de la estructura y de la superestructura cimentado por la ideología. El bloque histórico es un conjunto de

fuerzas contradictorias cuyos antagonismos podrán estallar en cualquier momento; sin embargo son mantenidos unidos, tanto por la ideología (dirección) como por la dominación y la política (dirección mas dominación). De ahí el profundo interés por la cultura de masas populares, de las capas más desprotegidas del pueblo, por su folklore, por su visión de “sentido común”. Ligado a ello, Gramsci reflexiona sobre la “opinión pública”, señalando que está íntimamente ligada con la hegemonía política, siendo el punto de unión de la sociedad política y la sociedad civil, entre el consenso y la fuerza.

La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser opositora; por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de opinión pública, tales como diarios, radios parlamentos, de manera que una sola fuerza modele la opinión y, por consiguiente, la voluntad política nacional, dispersando a los disidentes en un polvillo individual inorgánico.

(Gramsci, 1977:197).

La cultura popular está compuesta de elementos impuestos, recibidos sin crítica de las clases dominantes, que se imbrican con las antiguas sedimentaciones. Todo ello es reelaborado por la cultura popular, en un pastiche que impide la crítica, sin poder superar el carácter heterogéneo cosmopolita de la literatura de los diferentes estratos culturales. Nos dice: “La cuestión debe ser extendida a toda la cultura nacional popular y no limitada únicamente a la cultura narrativa. Lo mismo puede decirse del teatro y de la literatura científica en general (ciencia de la naturaleza, historia, etc.)” (Gramsci, 1976:126).

Sin embargo, las contradicciones reales de interés entre las clases dominantes y las dominadas estallan en determinados momentos. Estas explosiones no se traducen en una lucha organizada; debido a la ausencia de una concepción orgánica del mundo, de un método de pensamiento crítico en las clases dominadas. Consecuencia de esto es su carácter subalterno.

¿Cómo explicar el profundo interés que despertó el pensamiento gramsciano en América Latina? A la aventura intelectual en la cual se embarcó Mariategui debemos agregar los exhaustivos estudios que se realizaron en parte de nuestro continente a partir de los años 60, 70 y 80. Debemos señalar, tal como lo plantea Aricó, la relativa ajenez del debate marxista respecto de la problemática del movimiento obrero en nuestro continente. Sin embargo, existe la posibilidad de traducir los lenguajes teóricos, referidos a la igualación de ciertos procesos históricos, políticos y sociales, a otras realidades. Asimismo, debemos destacar que algunas de las reflexiones de Gramsci estarían más cerca de ciertos tipos

de sociedades latinoamericanas correspondientes a esos años, que de las formas capitalistas contemporáneas más avanzadas. Las desventuras de la izquierda latinoamericana derivan del hecho de que sus estrechos paradigmas ideológicos le impidieron comprender “la singularidad de de un continente habitado por profundas y violentas luchas de clase, pero donde estas no han sido los actores principales de su historia” (Aricó, 2005: 117).

¿Cuáles son las razones de esta búsqueda del pensamiento gramsciano, en Real de Azúa? Nuestro autor leyó y estudió y citó al pensador italiano, lo que le permitió unir etapas históricas disímiles, formaciones diferentes, pensamientos teóricos distantes. Su “uso” del concepto de hegemonía fue particularmente empleado. Sobre este particular afirma: “El concepto de hegemonía (ya usado por Plejanov) supondría un mayor poder y más decisivo (tal vez más persuasivo) pues involucra la imposición de una teoría y el logro de un *consentimiento condicionado* más que la dominación estricta” (Real de Azúa, 1999:74).

Quizás el hilo conductor sea el idéntico interés que poseía Gramsci acerca de la contradicción de la fundación de la nación, el poder, la hegemonía, pero sobre todo la concepción de un estado totalitario que ambos sufrieron y al cual intentaron encontrar respuestas desde miradas originales, que escaparan a la resignación de los lugares ya muchas veces visitados. Tanto para Gramsci como para Real de Azúa, los factores esenciales de conformación de una sociedad se deben esencialmente al factor educativo; por ello la insistencia en la creación de escuelas, o institutos de educación terciaria, permitiendo su acceso a diversas formaciones de los sectores más desprotegidos.

Desde una segunda perspectiva teórica, basada en lo que se ha denominado “sociología de la cultura”, donde no existe una única visión sino varias interpretaciones de este objeto, recuperaremos algunas ideas de Karl Mannheim, quien sin duda representó un hito en la formación y definición del papel del intelectual.

Para este autor una sociología de la cultura es una sociología de la *intelligentsia*, porque en toda sociedad hay grupos cuya función especial es otorgarle a los sujetos que los anima una concepción general del mundo. De esta manera, la clave de una época de saber estriba en el hecho de que el hombre culto ya no constituye una casta o un rango compacto sino una capa social, abierta a la variedad cada vez más amplia de posiciones sociales.

No se trata necesariamente de una capa ubicada por encima de las clases, sino un segmento intersticial situado entre las clases. Esta afirmación pone en duda la tesis gramsciana sobre el ‘intelectual orgánico’, intérprete de las clases subalternas, y el intelectual que responde a ‘la clase dominante’.

La variante del autor nacido en Hungría es que a los intelectuales “su educación los ha formado para enfrentarse a los problemas cotidianos desde varias perspectivas y no sólo desde una” (Mannheim, 1957:55). Por supuesto que esta situación los hace más inestables políticamente que a otros grupos y, simultáneamente, menos rígidos en la comprensión de los conflictos, apreciación señalada y compartida por Real de Azúa.

La sociología de la *intelligentsia* es la portadora de la capacidad de pensar y asumir puntos de vista contrapuestos y son los intelectuales los portavoces de la cultura en la sociedad; sin embargo, nuestra pregunta es cómo abordar la cuestión de la ideología en los intelectuales o, como se pregunta Carlos Altamirano desde Mannheim, ¿de qué manera tratar sociológicamente la cuestión de los intelectuales sin elaborar criterios y esquemas de clasificación, para grupos, clases y jerarquías del mundo social, que no se dejen apresar por la definición económica de las clases y las divisiones sociales? (Altamirano, 2006 :75).

Mannheim define a los intelectuales constituidos por su posición diferencial en la cultura, como un sector desplazado o ascendente, una capa social bloqueada en su posibilidad de éxito. Esto significa que, en la vida cultural, cada uno de ellos se desliga cada vez más de una clase determinada. Tienden a cristalizar las convicciones dominantes en su sociedad. La naturaleza del intelectual varía de una cultura a otra, pero sin duda su papel está directamente ligado a su asunción de las funciones claves de la sociedad. (Mannheim, 1991:163-77).

Las variaciones pueden ser muchas. Sin duda, un intelectual integrado establecerá las normas de una cultura para una minoría dominante y, a través de ellas, para la sociedad en general. Es lo que Mannheim advierte como ‘eslabones de la conexión entre la dinámica social y la ideación’, produciendo ideas e ideologías que justifican relaciones de dominación. Así, los hombres de letras de instituciones como los partidos políticos estables y tradicionales crean su propio intelectual orgánico.

Siguiendo con el pensamiento de Mannheim, se puede analizar la diversidad de la *intelligentsia*, diferenciándola y valorándola a partir de cuatro criterios de cultura y educación:

- 1 El tipo de labor -manual o intelectual
- 2 La remuneración -del profesional libre y del poseedor de un oficio- distingue al intelectual de los funcionarios políticos que están bajo la disciplina de las organizaciones y que reciben un salario por ello. En este caso la autonomía del intelectual está más ligada a la conformación de un ideario que dé respuestas a los cambios de sentido en la sociedad, en un proceso de homogeneización y control.

- 3 La posesión de cierto ‘capital cultural’ –cultos y no cultos-. El término ‘culto’ es definido por Mannheim como el status que la sociedad otorga a ciertos personajes que se reúnen alrededor de la mesa de la fonda preferida y se mantienen en contacto, interactuando tres principios de intercambio: cultura, rango y renta. El hombre culto es el que se mantiene *en rapport* con el estado de nuestros asuntos y no sólo de los suyos.
- 4 Y, por último, el autor distingue al ‘culto’ –que ha ido perdiendo vigencia- del que posee un título académico; este último sería el intelectual que crea una jerarquía burocrática, según sus criterios de distinción –a través de las carreras de la administración civil-.
- 5 Advirtiendo la uniformidad de la educación en la sociedad industrial, considera que pese a ello “se encuentran bastante diferenciados como para poder considerarlos una clase particular. Existe un lazo sociológico unificador entre todos los grupos de intelectuales; de modo principal la educación, que los une de una manera evidente” (Mannheim, 1966:218).

Las paradojas a las cuales se enfrenta la burguesía moderna implican, por un lado, replegarse en certezas metafísicas tradicionales o, por otro, adoptar un escepticismo, que casi podríamos llamar cinismo, que conduciría a la pérdida total de su legitimidad. La moderna burguesía ha tenido desde sus principios una doble raíz social: por una parte, los propietarios de capital; por otra, aquellos individuos cuyo capital consistía solamente en su educación.

El pensamiento de Mannheim percibe claramente la pérdida de la vieja visión totalitarista del mundo y su misión será derrotar cualquier versión trascendental, sin ignorar los peligros del relativismo. Así imagina la posibilidad de ubicar la idea dentro del sistema social que la origina, señalando esta innovación con el concepto de “relacionismo”.

Esto conduce a cierta ambigüedad latente en su concepto de ideología; es por ello que la sociología del conocimiento intenta atenuar la totalidad de la concepción marxista de ideología, para reemplazarla por una visión más adecuada a otros procesos históricos. La obra de Mannheim minimiza los conceptos de mistificación y racionalización y también descrea de la función del poder de las ideas en nombre de la evolución de las formas de la conciencia histórica.

La ideología consistiría, entonces, en un cuerpo de creencias incongruentes, fuera de época con lo que la sociedad reclama. En síntesis, sería un conjunto de mitos, normas e ideales obsoletos. La ideología, percibida desde esta óptica, no

es nada más que mentiras, engaños o ilusiones creadas por motivaciones sociales conscientes o inconscientes, lo que Paul Ricoeur llamaría “hermenéutica de la sospecha” (Ricoeur; 1988: 73-4).

La propuesta mannhemiana es romper con estructuras preestablecidas, traspasar fronteras, transgredir los límites fijados por visiones del mundo que no responderían a un nuevo orden social. Su propuesta es la construcción de una utopía, lo que significa mirar un futuro no previsto; es decir, una manera de romper esquemas, aportando nuevas ideas adelantadas a su época y, como consecuencia de ello, discrepantes con la realidad social. “Solamente llamaremos utópico a aquellas orientaciones que trasciendan la realidad y que, al informar la conducta humana, tiendan a destruir, parcial o totalmente, el orden de cosas predominante en aquel momento” (Mannheim, 1966:260-1).

En su crítica a la perspectiva conservadora, señala la falta de interés por las ideas; insiste en que fue necesaria la presencia cada vez más intensa del liberalismo para cambiar el orden de las cosas. Es interesante observar que las ideas conservadoras fueron obra de un conjunto de ideólogos que se asociaron a los sectores más tradicionales. “En esta dirección, la tarea de los románticos conservadores y particularmente la de Hegel consistió en su análisis intelectual del sentido de la existencia conservadora” (Mannheim, 1966:305).

Así, mientras que para el liberalismo el futuro lo era todo y el pasado nada, el conservadurismo encontró el modo de experimentar el tiempo como una forma de recuperar la importancia de ancestrales tradiciones. La utopía, en la época contemporánea, condicionada por el proceso social, sufre una profunda desfiguración; esto significa una lucha entre las diferentes formas de la mentalidad utópica que, si bien no aniquila el utopismo, tiende en la época moderna a la destrucción del adversario. El ejemplo más paradigmático, según Mannheim, se encuentra en la manera en que los socialistas procuran “desenmascarar las ideologías” de los adversarios: “Los socialistas, que han desenmascarado a todas las utopías de los adversarios considerándolas como ideología, no han resuelto el problema de la determinación de su propia posición” (Mannheim, 1966:305).

Otro de los problemas señalados apunta a un tema crucial, el de la “falsa conciencia”, planteo existente, en nuestros días, ocultando la comprensión de una realidad que es resultado de una reorganización constante de las ideas que construyen el mundo.

La siguiente contradicción que señala está referida a los valores, pensamiento y existencia, los cuales fueron considerados como polos fijos, hasta que el nue-

vo sentido histórico comienza a penetrar y la ideología es concebida como un concepto dinámico de la realidad. Es entonces cuando lo ético se visualiza como nulo si no es concebido dentro de acciones morales que se correspondan a las nuevas fases históricas. Por ello el ejemplo tomado de falsa conciencia apunta a la interpretación incorrecta de la propia personalidad y de su papel en el mundo. Por último, la ideología se transforma en deformación cuando, como forma de conocimiento, no es adecuada para captar el mundo actual.

La principal preocupación de Real de Azúa sobre el legado de Mannheim se encuentra en su concepción de utopía y, sobre todo, en la categorización que realiza acerca de los intelectuales. En este sentido, nuestro autor retoma algunos de estos conceptos, intentando un enfoque más novedoso de la *novel* ciencia política en el país.

La política requiere, ante todo, el conocimiento de la historia del país en su tiempo y sus conexiones. En la política se da una pluralidad de instituciones, posiblemente reductibles a una síntesis no estática sino dinámica, de carácter progresivo. En este sentido, la *intelligentsia* asume el papel de elaborarla. Como lo hemos señalado, la pluralidad de concepciones que ha observado Mannheim responde a un orden ya existente: el conservador (burocrático-historicista), el burgués (liberal-democrático), el social-comunista y el fascista. Este señalamiento apunta a contrastar las ideologías con las utopías que pretenden trascender la realidad existente, con la intención de destruir una proyección temporal (quiliasm) o espacial, las utopías. En las anteriores concepciones indicadas hay siempre un componente utópico significativo, en un mundo que ya se ha avizorado con conflictos irreductibles.

El tercer aporte a la discusión del intelectual será Raymond Aron, quien toma una profunda distancia de los pensadores marxistas, formulando serias críticas al papel otorgado al intelectual revolucionario y consecuentemente al proceso histórico que cumplió la revolución soviética. En este sentido, este autor afirma que las revoluciones del siglo XX no son proletarias, sino pensadas y conducidas por intelectuales. Si bien abaten los poderes tradicionales, debido a que las clases dirigentes no han podido —o querido— renovarse lo suficientemente rápido, la insatisfacción de los burgueses, la impaciencia de los intelectuales y las ambiciones inmemoriales de los campesinos han provocado esas explosiones.

Por otra parte, Aron agrega:

La capacidad de enumerar las circunstancias (las fuerzas de la unidad nacional, la intensidad de las querellas de lenguas, de religiones o de partidos, la integración o disolución de las co-

munidades locales, la capacidad de las élites políticas, etc.) que determinan en cada país las oportunidades del éxito parlamentario.

(Aron, 1957:305).

La actualidad de Aron consiste en el modo en que estudió el universo político, mediante el uso crítico de la razón y el rechazo a cualquier a-priori ideológico, "sin ilusiones y sin pesimismo", para decirlo con sus palabras.

El método del autor fue sin duda el "realista". Sabemos que este método no posee una escuela ni una familia intelectual, es más un pensamiento que se siente autónomo, dirigido a establecer una objetividad conceptual y analítica, sin esquemas ideológicos preconcebidos. Del método realista Aron sólo aceptó una parte de la teoría y con críticas a dicha tradición, que va desde Maquiavelo y Hobbes hasta Morgenthau, quienes reducen la política al reino de la fuerza en estado puro, un comportamiento inmoral y cínico, y se limitan a presentar los hechos con simples evidencias, acabando en un positivismo reduccionista.

Como adepto a la política experimental, siempre censuró lo que definía como "realismo ingenuo", "realismo integral" o "pseudorealismo". Por tanto, critica profundamente el pensamiento de Maquiavelo, concibiéndolo como una forma degenerada y patológica del realismo en la cual el pesimismo se reduce al cinismo.

Plantea Aron:

Quedará aún sitio para una doctrina realista que no se abandone al cinismo, para el establecimiento del equilibrio social y la reafirmación de una elite autorizada, sin los excesos del autoritarismo, sin el ascenso de regimenes bárbaros y del terror de maleantes astutos y violentos organizados técnicamente.

(Aron, 1998: 173-4).

Otro de los puntos relevantes que conducen al "realismo" es su crítica a la ideología y la utopía, alejándose de casi todas las propuestas de Mannheim, entendiéndolas a ambas como instrumentos de manipulación y movilización en manos de líderes políticos. Tales manejos revelan construcciones realizadas por intelectuales y políticos (de izquierda y de derecha), que aportan la objetividad que justifica las diferentes preferencias políticas en nombre del "bien común", solapando subjetividades y visiones personales del mundo.

Cercano siempre a las esferas de poder, Aron no fue nunca un consejero del "príncipe"; sin embargo, a lo largo de su vida participó activamente en el periódico "Le Fígaro", donde pudo unir su punto de vista crítico entre el pensamiento filosófico y el comentario de la actualidad política.

Por tanto, esta concepción teórica apunta a que algunas instituciones políticas son aún fuertes, dado que los sentimientos nacionales son, y deben seguir siendo, el cimiento de las colectividades. Por ello, una ideología supone un acontecimiento de hechos, interpretaciones, deseos y previsiones y por eso el intelectual que se considera esencialmente nacionalista debe interpretar consecuentemente esta lucha para poder sobrevivir al debilitamiento de los estados.

Asimismo, en la identificación de liberalismo y socialismo, Aron los define como "animadas controversias", debido a las cuales resultaba cada vez más difícil transformar tales preferencias en doctrinas. Centra su atención en la controversia entre progreso técnico y desarrollo social, en la que se involucra la posibilidad de conjugar tres elementos: la visión de un porvenir conforme a aspiraciones colectivas, la relación entre ese porvenir y distintas clases sociales específicas y la confianza en valores humanos. Más allá del significado que para algunos sectores podría tener una victoria obrera, lo central "es la confianza en las virtudes de una técnica económico-social, sin caer en el prejuicio de ciertas teorías que se centran, principalmente, en iluminar la rivalidad entre burguesía y proletariado y sus diferencias con la antigua rivalidad entre aristocracia y burguesía" (Aron, 1957:299).

Otro tema-fuerza que define Aron es el papel del 'especialista,' el cual sólo conoce una estrecha 'provincia' del saber; así, "la ciencia actual dejaría al espíritu que la poseyera por entero, tan ignorante de las respuestas a las preguntas últimas como el niño que recién despierta a la conciencia" (Aron, 1957:311).

La perspectiva de Aron lo lleva a poner en duda la denominada sociología sintética e histórica, que define como una ideología, y la sociología empírica y analítica de la que afirma: "es sólo una sociografía, que tiene caracteres de caricatura" (Aron, 1980:11).

Asimismo, su crítica profunda al marxismo está señalada en todos sus trabajos. "La sociología marxista del Siglo XIX era revolucionaria: saludaba de antemano la revolución que destruiría el régimen capitalista. De ahí en más, en la Unión Soviética la revolución salvadora ya no pertenece al futuro, sino al pasado" (Aron, 1980: 11-2).

Debemos tener en cuenta que para Aron la realidad colectiva aparece menos trascendental que inmanente para los individuos. Éstos se ofrecen a las observaciones sociológicas sólo en la medida en que existen varias sociedades, con diversas realidades, en un mundo crecientemente global. En este sentido, las dos influencias ideológicas se dejan sentir tanto en Europa como en los países del

Tercer Mundo. Influencia empírica en el primer caso y reformista en el segundo, ambas con carencias notables para sus respectivos objetivos, la interpretación y la transformación.

El gran proyecto que el autor intentó fue quitarle el aura de conservador a la tradición del realismo político. Plantea que no es una doctrina conservadora la que justifica el orden actual sino, más bien, una fuerte crítica al poder constituido, cualquiera sea el régimen político, la ideología o la organización política. Su función intelectual intentó ir más allá de los hechos y mostrar la incoherencia de las diferentes doctrinas.

Asimismo, se alejó del positivismo, negando la aceptación de leyes externas y qué estas configuren un modelo racional, adecuado a las leyes de la naturaleza. Por ello, la casi total negación del maquiavelismo, al cual definió como un realismo distorsionado. En el mismo sentido criticó al modelo instrumentalista, basado en el cálculo personal. Ante lo inevitable de la construcción de una clase política, exigió que la selección y organización de dicha clase admitiera un elemento calificador y de diferenciación y que fuera en todos los regímenes políticos respetuoso de las formas constitucionales, sin distinción de gobernante/ gobernados.

Raymond Aron actualizó la relación del punto de vista del realismo entre historia, política y poder, temas de preocupación constante en el recorrido intelectual de Real de Azúa. Al igual que Aron conoció el arduo camino de filósofo, lingüista y todo el bagaje de intereses ya recorrido. Para saciar la sed de conocimiento, Aron afirma la necesidad de mantener siempre viva nuestra conciencia histórica, sin caer en una idolatría de ella ni en una aceptación del pasado tal y como está dado. Esto está señalado por una afirmación fuerte del pensamiento aroniano con respecto a los intelectuales:

Prefieren una ideología, es decir una representación más o menos literaria de la sociedad ideal, antes que estudiar el funcionamiento de una economía determinada, de una economía liberal, de un régimen parlamentario y de todo lo demás". Y luego hay un segundo rechazo, quizás el más esencial, que es el rechazo a la pregunta que me hicieron una vez: ¿Qué haría usted si estuviera en lugar del ministro?...Los intelectuales no se formulan esa pregunta. Se preocupan, se angustian por lo que nuestro régimen tiene de malo...pero sus opiniones se basan esencialmente en imperativos o postulados y no en un análisis de la coyuntura.

(Aron, 1983:163-4).

En cuanto al enfrentamiento que Aron mantiene con los denominados intelectuales de izquierda, se plantea –si todavía tiene sentido– la polarización entre izquierda y derecha. De así tenerlo, borrada la separación entre hombres de de-

recha e izquierda, cobra centralidad la pregunta de qué significa ser de izquierda. En este sentido, en 1957 afirma la existencia de ciertos rasgos característicos de la izquierda, como por ejemplo, la preocupación por las leyes sociales, la inquietud por la ocupación plena y la nacionalización de los medios de producción. Se pregunta, además, si esto efectivamente se opone al llamado ‘liberalismo esencial’ que sostiene como eje el respeto de las libertades personales y de los métodos pacíficos de gobierno. Concluye en que el aporte de esa perspectiva no es monopolio de un partido o corriente sino que ha llegado a ser patrimonio de la humanidad. Por tanto, confrontar responsabilidades sociales con libertades personales es alimentar falsas disyuntivas. Es en este punto que Real de Azúa se acerca al planteo de Aron, pues aspira a que los intelectuales aporten a la recuperación de una práctica democrática que no se oculte tras la organización del terror que, afirma, siempre desemboca en el despotismo.

El último intelectual al cual hemos recurrido en sus últimos diálogos con Real de Azúa es Theodore Adorno. ¿Qué ámbito, qué perspectiva no recorrió Adorno? Trascender lo conocido es el impulso que lo llevó a usar todas las concepciones posibles –la dialéctica, la teoría hegeliana, el marxismo, el psicoanálisis, el pensamiento kantiano, la composición musical–, sin pretender con ello construir una nueva identidad, un nuevo centro, otro *Erzats*. Más que perderse en la búsqueda ilusoria del ajuste entre el sujeto y su entorno, o entre la acción y el proceso objetivo de la historia, Adorno reflexiona sobre la soledad del sujeto que debe huir de la seducción de la apariencia. Para decirlo en palabras de Ricardo Forster,

Enfatiza el vacío de una cultura que ha roto todos los límites como resultado de la quimera desmesurada del imperio de la técnica; de una cultura que se ha ido constituyendo cada vez más de cara al mercado, verdadero territorio desde el cual todo parece cobrar significación, lógica que despliega consecuentemente la apoteosis de lo nuevo asumido como fundamento de una sociedad que ha perdido sus huellas y que prefiere lanzarse velozmente hacia el futuro.

(Forster, 1991:162).

Al bucear en la obra de Adorno es nuestra intención rescatar aquellas trazas estéticas de la “La escuela de Frankfurt”; reflexiones recogidas por las redes de Real de Azúa debido a la consonancia con su pensamiento “libertario”, en el que los esquemas cerrados o los sistemas totalizadores son inadmisibles, en cuanto discordantes con la sensibilidad de un pensamiento que fluye.

El concepto de “negación” es lo que distinguió a dicha escuela del pensamiento marxista menos ortodoxo. De las múltiples consecuencias derivadas de ello, subrayamos la imposibilidad de reducir los fenómenos culturales y el arte

a la mera explicación de un reflejo ideológico de los intereses de clase. Para Adorno, el arte no sólo es reflejo de tendencias sociales, sino que el arte genuino actúa como el último reducto de los anhelos finales de los humanos, haciéndose necesaria la incorporación no sólo de la crítica sino también de la protesta.

Como expresamos anteriormente, más que buscar una ilusoria unidad entre el sujeto y su entorno, o entre la acción y el proceso objetivo de la historia, Adorno quiere huir de la seducción de la apariencia. Por ello, la confrontación con Thorstein Veblen, para quien el “consumismo conspicuo” tuvo como eje la negación del deseo constituido socialmente:

En concreto, progreso significa para él la esfera del consumo – correspondiente a la técnica industrial. El instrumento para conseguir esa correspondencia es el pensamiento científico [...] En concreto, progreso significa para él las formas de la conciencia, de la vida– la vida como esfera del consumo.

(Adorno, 1969:45).

Por otra parte, señala que en Veblen la existencia de la doctrina de los estadios no es muy diferente a la comtiana, a pesar de ciertos rasgos del marxismo, con el cual tuvo siempre una ambigua actitud. Junto a ello, “Veblen hipostatiza el poder total. Toda la cultura de la humanidad se convierte para él en nudo de mudo terror” (Adorno, 1969:45).

De más está decir que Adorno subraya sus diferencias con distintos ejes, en particular el positivismo y la supremacía dada al mundo técnico, con lo cual la declarada “neutralidad científica” de dicha epistemología no es sino la negación de la facultad crítica, en la medida que opera desde la facticidad total. La razón dominada por el positivismo “reverencia los hechos con sumisión” y su tarea finaliza cuando ha afirmado y explicado los hechos. Bajo el influjo del positivismo la razón crítica desaparece.

En contraposición, Adorno enfatiza el tema artístico, tanto en un sentido individual como social, puesto que las obras de arte expresaban tendencias sociales no previstas por sus creadores.

La formación intelectual se integra en este pensador con una especial sensibilidad por la música. Ella lo impulsa a sus derroteros por Viena y a profundizar en los conocimientos musicales, incluyendo los de compositor e instrumentista. De esta manera emerge un campo fértil para la imaginación dialéctica. Nunca introdujo la antinomia música seria o música ligera como articuladora de su discurso sino que enfatizó aquella existente entre música dedicada al mercado y música orientada hacia las minorías cultas.

Según este autor, la última crisis de la Ilustración se revela en la crisis del gusto estético. “El gusto es el sismógrafo más preciso de la Ilustración histórica; a diferencia de todas las demás facultades, es capaz de registrar aun su propio comportamiento. Reaccionado en contra de sí mismo, reconoce su propia falta de gusto” (Adorno, 2004:145).

El reino del gusto es la cultura, la cual no debe ser necesariamente “bella”; es por ello que está sometida constantemente al análisis y al juicio crítico. La cultura posee un movimiento dialéctico propio, fundado no solamente en su relación con lo económico sino derivado de su propia reflexibilidad:

El movimiento de la cultura, como el movimiento de toda dialéctica, tiende hacia la resolución de sus tensiones antinómicas. En tal caso, el propósito de la cultura es identificar gusto y belleza. Al término de la historia de la cultura, la belleza, en primer lugar, debería impregnar el mundo y, en segundo lugar, más importante desde la perspectiva del gusto como tal, debería ser valorada.

(Adorno, 1986:145).

La escuela de Frankfurt y en especial Adorno (retomando algunas ideas nietzscheanas), consideran que no hay retorno de la cultura de masas. A través de la divulgación de la obra de arte por radio y televisión (proceso que no pudieron imaginar en todo su alcance), el arte llega a ser el telón de la vida. Si bien pretendía significar una vuelta a la naturaleza, el jazz es la evidencia más clara en cuanto se constituyó en un mero sustituto de una emancipación sexual inexistente. En todo caso el mensaje sexual del jazz era la castración.

El jazz ofrece a las masas de jóvenes que, año tras año, persiguen la moda perenne para olvidarla presumiblemente en pocos años, el compromiso entre la sublimación estética y la adaptación social. Se permite la supervivencia del elemento “irreal”, imaginativo y prácticamente inútil al precio de mudar de índole; debe reforzarse incansablemente para rehacer la figura de la realidad, por repetir las órdenes más recientes, por someterse a ellas.

(Adorno, 1986:157).

El jazz como música marginal o como estructura afirma una clase de existencia. La radio y la televisión cumplen una función similar, integran la cultura de la sociedad deslizándose por lo marginal. Están siempre presentes, se las oye pero rara vez conscientemente; sin embargo, el mensaje está subconsciente.

La afirmación adorniana de que el consumidor no es rey, concentra la esencia del pensamiento de la Escuela de Frankfurt. En la cultura de masas quien consume no es sujeto sino objeto. La tarea de la época histórica residía para dicha corriente teórica en evitar el fascismo sin perder la sensibilidad estética. El surgimiento de

la tecnología rompió radicalmente los paradigmas artísticos. El arte transformó totalmente su función y en lugar de continuar siendo el ámbito de la crítica, mutó en el soberano de lo real o, más concretamente, en el espacio complaciente del deseo manipulado de las masas:

La industria cultural –como su antítesis el arte de vanguardia– fija positivamente sus prohibiciones, su propio lenguaje, con sus sintaxis y su vocabulario, la necesidad permanente de nuevos efectos, que permanecen sin embargo ligados al viejo esquema, no hace más que aumentar, como regla adicional, la autoridad de lo tradicional, a la que cada efecto particular querría sustraerse.

(Adorno, 1998:173).

Proponer distintos dominios para el arte y la cultura es la propuesta de Adorno, alejando así al arte de la reificación de la razón instrumental. La tecnología racionaliza a la sociedad y puede convertirse en principio de organización social, porque sólo una organización burocrática puede dar respuesta a las demandas del arte tecnologizado.

En los derroteros anteriormente señalados es donde Real de Azúa conecta y reafirma el pensamiento de la Escuela de Frankfurt, reconociendo a Adorno como pilar:

Sumemos la racionalización impasible (de alguna manera hay que llamarla) y la desautenticación de los vínculos inter-individuales que ya codificaron hace décadas esos abyectos catecismos para la influencia sobre las gentes, del tipo de los del famoso Dale Carnegie. Y la identificación de la felicidad con la dependencia total a las cosas y a consumos de más en más prescindibles y hasta atrofiadores del ejercicio vital.

(Real de Azúa, 1987:300).

De este modo el conocimiento, para Adorno, es consciente de las inconsecuencias en las que se encuentra, pues no existe para el autor la primacía del concepto, la ilusión de que la mente está más allá del momento en que se encuentra a sí misma, es decir volvemos al viejo problema de la obsolescencia entre sujeto y objeto. En palabras de Adorno, “Mientras la conciencia tenga que tender en su forma a la unidad, es decir, mientras mida lo que no es idéntico con su pretensión de totalidad, lo distinto tendrá que parecer divergente, disonante, negativo” (Adorno, 1998:14).

En conclusión, se podría pensar la noción de intelectual como aquellos “letrados” que combinan conocimiento con una responsabilidad social explícita o bien con una relación con valores colectivos de una sociedad, identificable sea a través de los textos producidos, sea a través de la clasificación que otros actores hacen

de ellos. Serían “agentes de valores comunes, lo que no depende de la decisión individual de asumir ese papel, sino del sentido ideológico-político que adquiere el ejercicio de la actividad cultural en la sociedad” (Sigal, 2002:21-22).

Esta definición se asemeja a la propuesta de Real de Azúa, quien define a los intelectuales como “los más destacados entre el conjunto humano de creadores o adaptadores de ideas, contenido, imágenes, expresiones y formas culturales”. Ese espíritu indagador de la *intelligentsia* es el que lleva a interpretaciones diversas del mundo. La noción de intelectual trae aparejada la idea de “traducción”, traducción del mundo circundante. Los intelectuales son, por definición, intérpretes de la experiencia en sus más diversas formas, políticas, culturales y sociales. En consonancia con las últimas palabras citadas de Adorno, Real de Azúa afirma:

Las metas de la sociedad occidental, los símbolos de la modernidad que son ciencia, progreso, razón, justicia, libertad se le escapan a estos núcleos, por así decirlo, de las manos y en un tipo de sociedad progresivamente uniformada, vulgarizada y ferozmente competitiva un número creciente de sus devotos no reconocen ya el rostro de los antiguos dioses.

(Real de Azúa, 1953: 14).

CAPÍTULO III: Perfil de un intelectual inasible

*"Si un hombre no marcha al paso de sus acompañantes,
quizás sea porque oye un tambor diferente.
¡Que camine al son de la música que oye,
cualquiera sea su ritmo o su lejanía"*

Henry D. Thoreau

Un hombre fronterizo

Carlos Real de Azúa se opuso a ser estereotipado, 'fijado', peregrinación continua que se presenta como huida de lo 'estático'. Esto se expresó no sólo en su 'iconofobia' (como llama Block de Behar a su rechazo a ser fotografiado), sino en un inocultable malestar ante las restricciones impuestas por las disciplinas, provinieran estas del saber o del poder lo que, al fin y al cabo, si coincidimos con Foucault, es lo mismo.

En oportunidad de la conferencia que realizó en el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), Tulio Halperín Donghi expresaba a propósito de nuestro autor:

En cuanto a si Real de Azúa es o no un historiador, yo diría que *escribió historia*. Que él no se haya definido específicamente como historiador, creo que mostraba su posición, en su momento, y en el contexto del tipo de influencias que provenían de una (cierta) toma de posición respecto al pasado [...]. Si se habla de disciplinas, creo que hay otra manera de aproximarse que es directamente interesarse en un problema [...]. Lo que ocurre es que en algún momento todos lo hacemos, incursiones en el territorio del vecino. Lo que pasa en el caso de Real de Azúa es que estos movimientos están dictados por una mente particularmente inquieta. Sus saltos son casi mortales [...]. Es un modelo seductor y peligroso. Porque cuando efectivamente lo lleva a examinar un problema a fondo, y no pararse en la disciplina, sino entre una frontera y otra, es un modelo admirable. Pero no es un modelo para que cualquiera lo imite.

(Tulio Halperín Donghi, diálogo post-conferencia, 2007).

La idea que se sostuvo en la cita anterior no es tanto que nuestro autor trabajó interdisciplinariamente tal cual lo entenderíamos hoy, sino más bien (lo del subtítulo) que optó por un modelo (en sentido laxo, blando del término) compo-

nedor de diversidades que, como tal, lo situó en la intersección de varios saberes disciplinarios. Lo anterior nos recuerda que toda caracterización o adjetivación deber ser tomada 'con cuidado' en el análisis, particularmente cuando trabajamos con biografías.

El modelo de Carlos Real de Azúa no podría ser imitado en la actualidad (comparten Halperín Donghi y Santiago Real de Azúa), en principio porque responde a las características de un tipo de saber que manejaban los intelectuales de su época.

Hoy seguramente hubiera sido distinto, porque la producción intelectual corresponde a otros cánones, a otras exigencias, a otra demanda [...]. Creo que Carlitos encarnó un estilo único, irreplicable, en una época donde la gente todavía podía pretender aspirar a incursionar en muy diferentes temas sin por eso encasillarse.

(Santiago Real de Azúa, entrevista propia, 2006).

Según lo expuesto por Santiago Real de Azúa, era "un estilo único, irreplicable", en el sentido de que no podría [o no debería] ser replicado hoy, sin correr el riesgo de hacer más literatura que ciencia.

No obstante, su modo de trabajar también puede ser visto como un hallazgo, como una anticipación, como un pre-test para aquellos que estuvieran hoy dispuestos a cuestionar las limitaciones de las disciplinas y proponer un abordaje interdisciplinario (e incluso transdisciplinario) para los problemas que nos ocupan, y no constituye por sí mismo un obstáculo para hacer ciencia, aún en el sentido más actual del término.

Esto no implica afirmar que Real de Azúa fuera un relativista, sino en todo caso era un complejizador de sus análisis. Es una actitud totalmente distinta que tiene que ver con lo andado de su capacidad crítica. Si uno rechaza una categoría muy férrea porque complejiza el análisis, no es lo mismo que el que descalifica una categoría férrea para suplirla por otra, ahí me da la sensación que está mucho de la clave de Real de Azúa.

(Carlos Zubillaga, entrevista propia, 2007).

Real de Azúa no descuida nunca el hecho de que la realidad es dinámica, que los problemas que examina tienen espesor temporal. En referencia a esta cuestión es que Halperín Donghi expresó:

Es esa una de las tantas tensiones [...], su visión de la realidad como "diversidad" y su convicción de que su tarea era no sólo evocarla en su riqueza inagotable, sino descubrir un modo de orientarse en ese laberinto sin traicionar esa contradictoria variedad de su objeto. El instrumento que buscaba para superar esa tensión era en efecto una "aguja de navegar diversidades".

(Halperín Donghi, 1992: 895).

Otros textos que se analizaron aluden a un Real de Azúa fronterizo, a esa característica suya de ubicarse en las fronteras de las disciplinas, a esa postura que supo manejar con talento y originalidad y que hizo de él, concomitantemente, un intelectual “a todo riesgo”.

Era un hombre fronterizo [...] Él era totalmente distinto, él ponía “parte” de todo lo que sabía, y era tanto más lo que sabía. Se cuestionaba también, típico de ese saber multidisciplinario, fronterizo [...] A mí me da la impresión que él se sentía a gusto en el campo fronterizo de las disciplinas.

(José Pedro Barrán, entrevista propia, 2007).

En síntesis, producto de una época marcada por pertenencias fuertes a grandes complejos de ideas, lo fronterizo o interdisciplinario en Real de Azúa, si bien respondió a algunas de sus características personales, le permitió –al mismo tiempo– romper con los monismos, liberarse de encasillamientos, adentrarse más a fondo en los problemas, tomarse unas libertades que la producción del llamado “conocimiento científico” no tenía en su tiempo, y sostener, desde allí, enfoques más críticos.

El ensayo

Queremos destacar la relación dialéctica de Real de Azúa con el ensayo como una de las formas privilegiadas que le permitieron a nuestro autor trabajar con los intelectuales del siglo XIX (en su conocido libro *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* [1964]). La tradición ensayística ha sido motivo de profundas polémicas desde el periodo clásico hasta épocas más recientes, no decimos hasta la actualidad porque ya no tenemos “profundas polémicas”. Parecería que el campo de la discursividad tiene hoy otras reglas, se discute en “otros términos”. Con el imperio de la ciencia el ensayo se convirtió en objeto devaluado, por la falta de rigurosidad científica entre otras muy variadas críticas.

Real de Azúa, en su largo recorrido intelectual, se perdió y se encontró por senderos que lo condujeron a diversas interpretaciones sobre el ensayo, con lo cual interpelaba a otros e interrogaba –a la vez– su propia producción intelectual.

Por tanto nos encontramos nosotros en la compleja tarea de intentar acometer los vericuetos realizados por nuestro autor sobre el ensayo, como también comprender su posición y las definiciones aportadas.

En este sentido se hace necesario delimitar dos planos. En primer lugar aceptar la definición de Real de Azúa cuando señala “todo lo que no es” el ensayo, partiendo de la pregunta: ¿un género ilimitado? La respuesta es inmediata, acota espacios; se trata, desde su óptica, de un “género limitado”, dedicándose a desbrozar caminos para definir lo que no es: narrativa, poesía o teatro.

En segundo lugar, veremos su intento de afirmar lo que sí es: “una formulación cargadamente impresionista y retórica y que sólo es aceptable si se la apunta hacia nociones de “levedad”, “libertad” y se la pone de espaldas a la previsible “superficialidad” con que tenderá a confundirse” (Real de Azúa; 1964:18).

Partiendo de los trabajos de Benedetto Croce (quien disuelve el formato de los géneros tradicionales) surge, entonces, la pregunta: ¿Qué es un ensayo? El estudio realizado señala en primer lugar la reacción antirretórica; esta, a pesar de todo, no pudo romper totalmente con esa loca capacidad del ensayo de ser fronterizo, invadir y dejarse invadir por todas esas formas del decir y del pensar, y señalar su tono coloquial, sugerente y a veces confesional.

En su recorrido el autor señala los “orígenes” del ensayo: Montaigne, Bacon, Maquiavelo y, en nuestro continente, Sarmiento y Montalvo, y afirma que en el siglo XX todos los que han pensado al hombre fuera de los cánones de la ciencia, la historia o la filosofía han transitado por el sendero difuso del ensayo. Nos encontramos ante una *forma* (un estilo, un género) que, precisamente, en su ilimitada intencionalidad de comprender, entender y explicarlo todo, parece residir su mayor fortaleza y su mayor fragilidad. Retomando a Michel de Montaigne afirmaba que nada de lo denominado “ensayos” era lo que el lector esperaba.

Como afirma Horacio González:

Era en los escritos de los ensayistas que la forma se hacía destino: mientras el destino seleccionaba la relevancia de las cosas, las formas evitaban que lo designado se disolviese en el todo. Y era el modo en que el tren de la dialéctica alzaba la cuestión de la forma, pero rozando el artificio mayor de la metamorfosis: ese mito según el cual una forma es sólo una estación provisoria de la naturaleza.

(González, 2001:145).

La gran pregunta que se hizo Real de Azúa fue: ¿será posible limitarlo? O por el contrario, asumiendo lo dinámico, lo cambiante de la realidad, es esta la *forma* que nos aproxima y nos permite distinguir “la muy diferente vitalidad de lo retardado, de lo vigente y lo minoritario” (Real de Azúa, 1987:21). Si la realidad es “diversidad” puede que el instrumento que nos oriente en ese laberinto, esa “aguja de navegar diversidades” [adversidades], encuentre un formato en el ensayo que la “fije” provisoriamente para interpedarla.

Su preferencia por el ensayo viene de la libertad, el ensayo tiene eso, es un pensamiento sistemático, pero no absoluto, no rígido, no dogmático, y donde le permitía a él desarrollar eso que lo caracterizaba, que era la riqueza, la capacidad de asociación de esa fabulosa cantidad de archivos simultáneos que tenía.

(Hugo Achugar, entrevista propia, 2007).

Así su intención es, como lo será a lo largo de toda su vida, de abrir murallas, de recorrer ámbitos desconocidos, en fin, de re-construir una historia sin sombras ni materiales considerados “innobles”. Sin duda, a esto apuntará Real de Azúa señalando que, tal como la paloma de Kant necesitaba el aire que la sostuviera, su *Antología* debe lograr limitar los contornos del trabajo a realizar.

[...] Era un ensayo, y ese era su campo. [...] eran ideas muy libres, y discutibles en algunos casos. Él tenía una auto-percepción muy clara, no del valor que él tenía, que siempre se cuestionaba, pero sí de que su territorio era ése, que no era otro.

(Juan Oddone, entrevista propia, 2007).

Entonces, ¿cuáles son sus fronteras? o, como diríamos en términos más actuales, ¿cuáles son los “otros discursos” con los que entra en conflicto el ensayo? En primer lugar la ciencia. La operación discursiva del autor de posicionarse en la *diferencia* es una actitud intelectual “fuera de época”, una más de sus intuiciones, una originalidad para su tiempo, en el cual lo más común del trabajo intelectual era confiar en las *semejanzas*.

Hoy, andados más de 30 años de cursos y discursos, la inquietud que produce pensar este problema se disipa bastante, y estamos más dispuestos a admitir que no es posible aferrar esas dos lógicas (inconmensurables, por otra parte): ensayo y ciencia.

Son diferentes y, en algún punto, también comunicables. Hay una fractura que las limita y para definir las hay que colocarse en espacios regidos por reglas distintas. La aspiración de verdad de cada cual será, por tanto, relativa (relativa a cada régimen de producción del discurso).

La pregunta sobre la proximidad de dos órdenes de discurso que se sustentan sobre reglas diferentes no puede ser respondida, lo cual no quiere decir que ambos no tengan algo en común: el imposible de capturar la verdad, una verdad que nos muestra finalmente sólo sus grietas.

Ya en su momento Real de Azúa advertía que la experiencia ensayística y la experiencia científica (cuyos logros no desconoce) eran disímiles y –por lo que fuimos advirtiendo– el ensayo se le presentaba como un formato más amigable a su estilo personal e intelectual. En eso encontramos amplias coincidencias entre quienes fueron nuestros entrevistados:

Su preferencia por el ensayo como género creo que se corresponde con su talento y con su época. Hoy seguramente hubiera sido distinto, porque la producción intelectual corresponde a otros cánones, a otras exigencias, a otra demanda.

(Santiago Real de Azúa, entrevista propia, 2006).

El ensayo es él. Es el lanzar hipótesis, es el género literario que permite y que obliga a estar en los límites de la disciplina. [Sus ensayos tienen “espesor académico”]

(José Pedro Barrán. Entrevista propia, 2007)

En general esa generación era muy proclive al ensayo, y era muy bien visto el ensayo. Porque muchas veces esos ensayos estaban llenos de ideas, llenos de intuiciones más que nada, que no tenían (como después se fue haciendo cada vez más establecido, cada vez más exigido, cada vez más necesario) fundamentaciones de investigación. Uno toma cualquiera de esos libros, eran todos ensayos [...] No quiero decir que era lo que estaba de moda, pero era lo que se entendía que era “lo que había que hacer” en la época, una especie de esfuerzo interpretativo de la realidad, que no estaba basado en investigación (una especie de seguir la huella de Zum Felde, que lo que hizo fue un ensayo global de la historia del Uruguay, que no estaba basado en investigación histórica) Y lo que me interesa decir es que no se lo consideraba necesario.

(Benjamín Nahum, entrevista propia, 2007).

Por lo visto, el ensayo que, si se quiere, admite una mayor ductilidad en el entramado de sus afirmaciones y enunciados, proveía a nuestro autor de esa mayor libertad, por lo cual, una y otra vez, volvía a elegirlo. Si el discurso científico, inscripto en aquel contexto socioproductivo, se presentaba como *la* visión del mundo y *la* (única) verdad sobre la vida y por sobre todo acontecimiento, es lógico pensar que nuestro autor tomara distancia y expusiera sus desconfianzas.

Así, de manera categórica por su parte, Adorno afirmaba [acerca de las mediciones que hace la ciencia]:

El pensamiento es silenciado por medio del uso de un par de alternativas casi ineludibles. Lo que puede verificarse empíricamente, con todas las pruebas exigidas por los competidores, siempre puede preverse por el más modesto uso de la razón. Son preguntas tan evidentes que, en principio, las respuestas sólo pueden determinar que el porcentaje de casos de tuberculosis es más elevado en un barrio bajo que en un distrito rico. El socarrón sabotaje de los empiristas florece de este modo, ante la condescendencia de los creadores de presupuesto que administran los fondos de todos modos, y que, con una mueca de las comisuras, dan a entender “Ya lo sabíamos”.

(Adorno, 2003:51).

Si la función de la hipótesis en la ciencia es la comprobación, la tarea ciclópea en el ensayo es la persuasión y, afirma nuestro autor, ambas poseen la convicción “a que apuntan la novela y el teatro y a esa convicción mágica que logra, en sus más altos momentos, la poesía”. Pareciera que se acerca al pensamiento de

Walter Benjamin: “materia y memoria definen el carácter de la experiencia de la duración en forma tal que el lector debe decirse: sólo el poeta puede ser el sujeto adecuado de una experiencia semejante. Y ha sido en efecto un poeta quien ha puesto a prueba la teoría bergsoniana de la experiencia” (Benjamin, 1970:91).

Como dice Forster, el ensayo es el género de la modernidad, que supuso un discurso a contrapelo de las tradiciones hegemónicas, convirtiéndose en una artesanía de la sospecha, ubicándose estratégicamente para pensar las fisuras del edificio de la modernidad. Su marca es la interrogación crítica, la inquietud y la sospecha, intentando colocar su indagación fuera de los cánones establecidos y las gramáticas del uso. “La escritura del ensayo es provisional, va tanteando el territorio porque se desplaza sabiendo que no existe rumbo fijo, caminos seguros hacia la certeza” (Forster, 2003:12).

Señalando la libertad ideológica del ensayo, Real de Azúa separa el ensayo (su ensayo) de la filosofía (la filosofía del fundamento) y afirma que sólo el ensayo tiene esa libertad de crear, de pensar, de escapar a todo rigor fundante, requisito esencial y suprema necesidad de la filosofía. “La tradición ensayística ha implicado, desde sus lejanos inicios, una fuerte toma de partido, un impulso crítico y una profunda interrogación respecto a las condiciones de su propia época” (Forster, 2003:13).

A veces, también, intenta escapar a la censura de la racionalidad. Recurriendo a Adorno, toma de los griegos la “mimesis” como una relación no mediada entre sujeto-objeto, y advierte que entre el autor y su tema hay siempre una profunda afinidad: “no se trata de una relación de intencionalidad, sino de afinidad” sostuvo. En ese sentido es que se nos dijo, a propósito de *El Patriciado Uruguayo*:

Nuestro autor participa de la crítica que realiza Adorno a los últimos ensayos de Lukács, el cual asfixia “con la militar disciplina” los cambiantes universos del hombre. [Lo que pensamos es que en esta discusión –de alto vuelo– se halla oculta la persistencia del marxismo y el marxismo crítico, en relación al hollado término de “conciencia”].

La crítica que realiza Real de Azúa a esta concepción (más cercana a los planteos de Althusser) está fuertemente permeada por una visión de corte anti-historicista, en la cual plantea que cada clase social tendría su propia visión del mundo, corporativa y peculiar, explicativa de una visión del mundo, que trataría de imponer sobre la totalidad de la formación social. Se menciona así, por parte de uno de nuestros entrevistados, quien afirmaba:

Y cuando yo pienso en el concepto de ideología yo me remito a eso, es decir, las ideologías como visiones [...] Es en esa mezcla de lecturas del mundo, que conviven en determinado momento, y que resultan en una serie de ideologías encontradas, y que supone una ideología global. Ese es el concepto, una ideología de mezclas, metido ahí adentro.

(Roberto Apratto, entrevista propia, 2007).

En su recorrido teórico, nuestro autor recupera como propio el tema de las clases sociales desde la visión relacional, donde se expresa menos el modo en que una clase vive sus condiciones de existencia, que el modo en que las vive en relación con la experiencia vivida de otras clases.

Estas varias perspectivas le permiten discurrir sobre la función del ensayo negándose a pensarlo como un trabajo plano, sin virajes, sin la posibilidad de la revisión o de cambio de los ejes iniciales. ¿Significa esto la permisividad total del ensayo? Por cierto que no. Sin duda todo ensayo parte de premisas, de ideas construidas previamente, lo que viene a coincidir, de alguna manera, con lo señalado por nuestros entrevistados:

A diferencia de lo que ocurría con muchos ensayistas, su avance sobre la ignorancia lo fue haciendo en silencio y no siempre lo expuso, no siempre se apuró en exponerlo, [...] iba armando sus esquemas, sus papeles, a la espera que aquello estuviera lo suficientemente estructurado y maduro para hacerlo público.

(Hugo Cores, entrevista propia, 2006).

Sobre el ensayo, Real de Azúa señala, asimismo, su temor a la heterodoxia, a toda permisividad, y afirma que la libertad del ensayo está esencialmente arraigada en los fundamentos [teóricos] de su hacedor.

El ensayo es, por lo tanto, un trabajo metódico que se encuentra en la confluencia de varias disciplinas; se relaciona con casi todas las áreas del conocimiento y “convoca diferentes puntos de vista que pueden lograr el impacto iluminador que la metáfora alcanza” (Real de Azúa, 1964:21).

Reaparece otra vez la disputa con la llamada “ciencia”, planteando que a veces esta logra acercarse a su objetivo pero, encerrada en su propio discurso, se vuelve “extraña” a los otros. En cambio, como observa Adorno, “el ensayo conserva aquellos elementos comunicativos que sistematizaba la vieja retórica y que hoy han desaparecido de la exposición científica” (Adorno, 2003:15).

Agrupando sus características (personalidad, construcción, ocurrencia, multiplicidad de miradas) el autor intenta una definición más o menos exhaustiva y dice: “todo ello hace que el ensayo sea más comentario que información, más interpretación que dato, más reflexión que materia bruta, más creación que erudi-

ción, más postulación que demostración, más opinión que afirmación dogmática, apodíctica” (Real de Azúa, 1964:21).

Esta definición es, a la vez, una renuncia y una elección, esta última en aras de no encorsetarse en una (única) visión del mundo completamente racional que nos haga perder de vista que la ciencia podrá decirnos el *cómo* pero no puede explicarnos el *por qué*, ni darle sentido a la experiencia.

En la persistencia [o no] de este imperialismo de las ciencias, a veces fútil y pretencioso, se estaría jugando el destino del ensayo. Recordemos que, en aquel contexto en el que Real escribió, lo distintivo del conocimiento científico era “su método”, a través de él la ciencia pretendía equipararse a la verdad. Una síntesis de los propósitos del ensayo y de la “afinidad” del autor con su texto la encontramos en lo dicho por Benjamín Nahum:

El ensayo era un alarde de inteligencia, de intuición, de premoniciones de que se estaba diciendo “una cosa importante”, pero no tenía porqué estar basado en investigación. Y no lo estaba [...] Muchas veces uno trata de dar explicaciones ideológicas y filosóficas y no se trata de eso. Se trata de una evolución personal de alguien que se siente golpeado por la realidad o por la vida y que va evolucionando y cambiando como persona, de tal manera que eso se refleja en sus ideas.

(Benjamín Nahum, entrevista propia, 2007).

Otro de los señalamientos de Real de Azúa es observar la distinción entre ensayo y periodismo, las diferencias entre tratado y artículo, entre discurso y material de propaganda. La posibilidad del ensayo de permanecer, de perpetuarse ante lo efímero, está dada por la posibilidad que contiene de construcción teórica (que la actividad periodística, el artículo y el material de propaganda no tienen), “en un proceso de trascendencia superadora de lo banal”, diríamos en un lenguaje acorde a su época.

Así, en un esfuerzo analítico de deslindar campos, se puede separar el ensayo de la filosofía, la historia o la literatura. El autor de ensayos siempre va a partir de un núcleo de problemas y a acudir a la crítica, porque el ensayo es la suprema forma de la crítica.

La historia ocupa una larga digresión. ¿Cómo separarla de la historiografía? ¿Cómo incorporar “nuestra historia”? Sin duda, esto implicó un volumen aparte. De forma, los planteos son claros: en primer lugar la pretensión de que la historia no se transforme en “amasijo sin ton ni son”, de “supuestos”, en “tendenciosa” y hasta “ideológica”, en este punto recalando que en “nuestra historiografía” esta ideología corresponde al pensamiento oligárquico-liberal, como en casi toda América Latina.

Va a sostener que es imposible la existencia de una historia neutral; el ensayo histórico no escapa a la precaria distinción entre evidencia e interpretación, científicas las primeras, ensayísticas las segundas, y dice: “demasiado se sabe, por fin, hasta dónde toda historiografía sin distingos es selección libre de hechos, dotación de significados, construcción del espíritu, y que imposible, por ello es trazar la frontera entre un ‘más acá’ y un ‘más allá’ filosófico-histórico elaborado en base a generalidades” (Real de Azúa, 1991:29).

El período del 900 es la época de oro de la ensayística uruguaya; ejemplo destacado es el *Ariel* de José Enrique Rodó (1900) [menos destacable es la promoción correspondiente a los años del centenario hasta la guerra española].

Con la generación del 45 reverdece no sólo el ensayo, sino la novelística, inconforme, crítica, desdeñosa ante las instituciones políticas, destacándose grandes figuras. Quizás los más reconocidos sean, sin duda, Juan Carlos Onetti y Mario Benedetti.

Como señala Rama, los treinta años transcurridos (1915-1945) miden la obra de dos generaciones, y encuentran “la progresión y aceleración de una misma voluntad” (Rama, 1971:334).

Sin embargo, a nosotros nos cabe señalar que, si hacemos otro corte (1917-1977) y ampliamos la mirada, nos encontramos con que en este tramo de “nuestra historia” hay un cambio radical de contextos. “Dos épocas, dos sociedades” afirma Ruben Cotelo en su prólogo a *Carlos Real de Azúa de cerca y de lejos* (1987). Comparando en paralelo la muerte de Rodó (1917) y la de Real de Azúa (1977), mientras que al primero se homenajeó, en señal de duelo, aun por sus adversarios, al segundo se le cubrió con un manto de silencio. La dictadura domesticaba las palabras y los cuerpos:

En Rodó se reconocieron las calidades literarias de su obra y el prestigio que ella trajo al país. Real de Azúa, en cambio, representaba ya al intelectual apestado [valga el término y el dolor que conlleva], por su belicoso compromiso social, por su manía de disentir, por su tímida resistencia a toda clase de oficialismo, por su marginalidad, heterodoxia e independencia.

(Ruben Cotelo, 1987:9).

La crisis de 1955 señala un parteaguas en esta generación, por un lado el denominado internacionalismo (sector intelectual que continuaba la rutina de la mirada puesta en Europa, en su democracia política y demás virtudes); por otro “los intelectuales críticos” que cuestionaron las *formas* establecidas (incluidas las instituciones), problematizándolas, rompiendo con lo que ya era costumbre: mirar hacia el Norte. El latinoamericanismo había irrumpido con fuerza en algunos

círculos de esta sociedad amortiguada y amortiguadora. Más precisamente Hugo Achugar nos dice en referencia a Real de Azúa:

[En la perspectiva teórica] el hilo conductor es ese nacionalismo, ese antiimperialismo muy fuerte, esa defensa de lo propio frente a los imperios, la defensa de lo hispanoamericano (tenía un conocimiento muy agudo de las historia hispanoamericanas) En algún modo es el sueño de la patria grande.

(Hugo Achugar, entrevista propia, 2007).

Pero el momento de mayor destaque lo constituye la llamada “Generación de Marcha”. Con Carlos Quijano como director, conformó no sólo una generación de escritores, comentaristas, críticos, sino también un público ávido, con una conciencia especialmente aguda de la pertenencia a un país marginal, de “condición económica débil, de estructura oligárquica, con los resortes decisivos de la “cultura de masas” en manos de grandes agencias mundiales, y mediatizadas a decisiones que nos son extrañas”.

Pese a ello, “Marcha” se transformó en paladín de las nuevas ideas, figuras muy jóvenes en ese momento, como Eduardo Galeano, quienes lograron plasmar lo mejor de la “alta cultura” diría Bourdieu.

Esto no significó que la dirección de la revista “Marcha” y sus periodistas y lectores tuvieran en todo momento plena conciencia de las tensiones [irresueltas, por otra parte] entre clases populares, políticos e intelectuales, aún las buenas intenciones de quienes se sabían de izquierda. Así afirma Bourdieu posteriormente:

Hay una suerte de división de facto entre trabajo y división social, variedades mayores de apariencia [...] Lo cierto es que muchas veces el habla del mundo oscila desconociendo totalmente su modus operandi. Los trabajadores saben mucho, más que cualquier intelectual o sociólogo. Pero en cierto sentido no lo saben, les falta el instrumento, para comprenderlo, para hablar sobre ello.

(Bourdieu, 2003:303).

Las implicaciones, los problemas del presente y del pasado de nuestro continente, son una reproducción agravada de lo señalado por Bourdieu. “Las condiciones de vida y creación del intelectual, las dificultades de su formación, el aislamiento que suele circundarlo, la falta de eco que lo ahoga, la comunicación, en suma, entre autor y sociedad, con todas sus implicaciones” (Bourdieu, 2003:49).

Y por ello, la preocupación constante encontrada en los trabajos de Real de Azúa en la elección/delimitación de sus núcleos temáticos, en su interrogación sobre el futuro del ensayismo latinoamericano y sus disyuntivas, las condiciones

de quien lo realiza, sus deberes, derechos, fines éticos y la conducta de “su misión”, permanente conflicto del intelectual con respecto a sus compromisos, y a los valores suprahistóricos a los que cree deberse.

Del nacionalismo se derivaba esa postura del nacionalismo de izquierda, el antiimperialismo, su visión del papel de los intelectuales y su propio comportamiento, [...] se infería claramente la reivindicación de los valores nacionales y de la independencia, no sé si del Uruguay, pero la independencia cultural de estos países [...] Se sentía un intelectual, y los intelectuales debían justamente articular ideas, proponer deslindes, proponer matices para enriquecer la visión colectiva sobre los acontecimientos. Y hacerlo sin concesiones y como que jugándose la vida un poco en eso.

(Cesar Aguiar, entrevista propia, 2007).

Así la disyuntiva entre acción o contemplación, militancia o apartamiento, gratuidad y compromiso, intimismo o lucha social, Real de Azúa siente que es la complicada elección que debe realizar el intelectual [la presencia del pensamiento weberiano en estos planteos es digna de señalar].

Este *ritornello* sobre el tema se manifiesta en su gran preocupación por el papel del intelectual en este continente infradesarrollado, literalmente colonial, como lo llama, destacando la necesidad de la lucidez ante señales contradictorias que oscilan entre la originalidad o la imitación-reflejo, la emancipación cultural o la tradición, señalando los lastres (tema recurrente), complejos de inferioridad, complejos de insularidad, sentimientos de destierro, o presuntuosos resentimientos sociales o raciales.

El papel del intelectual latinoamericano lo entendía como la lucha por una personalidad cultural e inseparable de una emancipación social y económica de cada comunidad, además de la enorme necesidad de construcción de bases culturales sólidamente establecidas.

¿Significó esto, para Real de Azúa, desconocer el proceso hoy llamado globalización? De ninguna manera. Señaló en reiteradas ocasiones la necesidad de un debate “sobre el valor y la conveniencia de las influencias modeladoras, el de los límites, el valor, la impronta, la crisis de la educación; del cual es la medida saludable una relación entre creación y consumo de cultura”. El ensayismo ha sido reiterativo en esta temática, lo que ha dado la sensación del eterno comenzar entre una cultura inmanentista y una cultura de la trascendencia, sumando a ello la visión, a veces catastrofista, a veces optimista, de la llamada “sociedad-masa”.

La cuestión nacional ocupa parte de este trabajo, donde el tema de la identidad nacional, o una psicología colectiva nacional, o una personalidad “preten-

ciosa, mistificada, es un repertorio de rasgos que muchos uruguayos comparten” (Real de Azúa, 1991:53).

Finalmente, no deja de destacar en los ensayos seleccionados su estricto carácter de generalización del conocimiento histórico, como así mismo la relatividad de las interpretaciones tanto de la historia oficial como del revisionismo.

Lo visto hasta ahora no significa de ninguna manera la “glorificación” del ensayo, sino que, simplemente tiende a recuperar una forma del saber y del pensar que en 1964 Real de Azúa consideraba olvidada, bajo sospecha, haciéndose cargo de los cuestionamientos, de las contradicciones, pero también de los elementos creadores, porque estas ambigüedades son el alma de las ciencias sociales, por tanto usaba y negaba, validaba y cuestionaba. Como dice Halperin Donghi, esa exploración, que será característica de los trabajos de Real, está marcada por constantes zigzagueos y retornos al punto de partida, necesarios para hacer justicia a una realidad cuyos caminos parecen bifurcarse a cada paso (Halperin Donghi, 1992: 4).

La contribución del autor en todo este periodo fue, tal como hemos destacado, muy significativa, su oscilación entre el arte y la historia, el subjetivismo y el populismo, entre la política y la ideología, entre las fuentes cristalinas y las aportaciones de una sociología modernizada, “ha trazado un camino zigzagueante en la cultura uruguaya que es como el negativo solidario y enriquecedor del periodo” (Halperin Donghi, 1992:4).

Real de Azúa fue un fronterizo que escribió en los intersticios y lindes de varias disciplinas, entre lo literario y lo científico, con actitud persuasiva y no demostrativa, también se construyó en la práctica, no en la teoría, un subgénero propio dentro del ensayo.

Su interés se mostró por el ‘qué nos ha pasado’ y también sobre ‘qué ha sucedido con...’, lo que lo llevaba a ensayos como balances y ajustes de cuentas personales. Así se despidió de José Antonio Primo de Rivera, Mallea, Vasconcelos, del patriciado, de Batlle y del batllismo (Real de Azúa, 1964:71).

El dualismo y la oposición dialéctica de pares opuestos como método prosiguió hasta el fin de su carrera; en *El Clivaje* intenta trabajar con 39 variables que expliquen la prosperidad económica de algunos países frente al ‘fracaso latinoamericano’: “Fue más la efectivación de un rumbo político personal que el resultado de un juego de factores determinantes”. El ensayo era para Real de Azúa ‘una agencia verbal del espíritu, del pensamiento, del juicio, situada –ambigua, incómodamente–, en las zonas fronterizas de la Ciencia, de la Literatura, de la Filosofía’ (Real de Azúa, 1964:31).

“Siempre más espiritualista y nacionalista que economicista o cosmopolita, siempre más apegado a la aventura personal del hombre que a los esquemas sociales, más existencial pero a la vez más ideólogo, pagando su inclinación por la belleza, no se ha consentido un sistema que lo aprisione con el fin de resguardar su disponibilidad, pero eso mismo le ha conferido la lozanía de anclar vivamente en el presente” (Rama, 1971: 364).

Cosa poco frecuente para su época encontramos en Carlos Real de Azúa un buen trabajo de demarcación entre los conceptos de ideología y de teoría [“un milagro” diríamos en palabras de Caetano, entrevista propia, 2007].

Construyó teoría desde diversas fuentes (“fue un lector voraz de Stuart Mills, del mismo modo que lee en profundidad a y a Marx: Caetano, 2007); teoría entendida como el conjunto de enunciados o hipótesis, conjeturas más fuertes o más débiles, que inspiran el trabajo del analista-investigador, ideas previas que funcionan como marco y como orientación. En “El Patriciado Uruguayo” sostuvo (como enunciado de cierre al capítulo que llamó ‘Un método para el estudio’: “Pero como se decía antes, aún para obtener este número de biografías y poder realizar sobre él las inducciones hay que tener una previa idea de lo que el Patriciado es” (Real de Azúa, 1961:132).

En las grandes metáforas de Real de Azúa, entendidas como tipologías o caracterizaciones (*El impulso y su freno; El país de las cercanías; La sociedad amortiguadora; Una clase más dominante que dirigente*), han sufrido la influencia weberiana, pero también, la diversidad de autores ya citados.

En la huella de Dilthey y situado de manera más radical en el terreno de los estudios históricos propiamente dichos, Max Weber insistió en la dimensión comprensiva de los estudios historiográficos, y nuestro autor lo recoge, puesto que va a combinar la sucesión de acontecimientos con la búsqueda de sentido en el plano empírico (la explicación/comprensión sigue siendo un imperativo weberiano) Desde ahí Real de Azúa sostuvo al referirse al método en su libro *El Patriciado Uruguayo* anteriormente citado: “Optando así por un concepto más laxo pero también más comprensivo [...]” (Real de Azúa, 1961: 127).

La historia se le presenta entonces como una ciencia de lo singular, y se entiende que el basamento de la historicidad está marcado por coordenadas espaciotemporales singulares o específicas. Y en esa línea de pensamiento va a sostener: “Desde Dilthey hasta nuestros días, la viva conciencia de este problema es común a todas las disciplinas histórico-culturales o, con latitud, humanas ¿Cómo lograr los contornos de un concepto o de un valor históricamente encarnados los indu-

cimos de unos determinados fenómenos del mundo real? (Real de Azúa, 1961: 127).

Sus metáforas tuvieron, y tienen hasta hoy, una enorme influencia, y se les sigue reconociendo potencialidad teórica y analítica. Esto es independiente de la concordancia o la discrepancia que se tenga con las conclusiones y los juicios a los que Real de Azúa arribó.

Lo importante que queremos resaltar es que aportó caracterizaciones y tipologías nuevas para pensar algún aspecto del presente o del pasado.

Y desde allí es que trabajó la *ideología* (o las ideologías) como una dimensión más en sus análisis.

Y cuando yo pienso en el concepto de ideología yo me remito a eso, es decir, las ideologías como visiones. En ese concepto de ideologías y cosmovisiones está metido el “aire epocal del Novecientos” por ejemplo. Es decir el aire epocal es esa mezcla de lecturas del mundo, que conviven en determinado momento, y que resultan en una serie de ideologías encontradas, y que supone una ideología global. Ese es el concepto, una ideología de mezclas, metido ahí adentro.

(Roberto Apratto, entrevista propia, 2007).

Porque la cuestión de la ideología en Real de Azúa tiene como tres niveles. Uno es el que ya expresáramos, la dimensión de *lo ideológico* incorporada como categoría de análisis, aquello que le permite explicar y, a la vez, trabajar con análisis más complejos.

Estas construcciones teóricas, que conectan en algún punto las varias dimensiones de lo social que sus indagaciones requerían, suponen un distanciamiento con algunos de los análisis marxistas más toscos que circularon en su época y así lo están afirmando hoy algunos de nuestros entrevistados:

Siempre me pareció un aporte interesantísimo para comprender las relaciones complejas que existen entre los partidos, la sociedad, el estado, la ideología, la economía, los gremios, etc. [...] El concepto de política, si vos lo mirás desde un marxismo tosco, como un mero reflejo de lo que pasa en la infraestructura económica, terminás no entiendo nada, ¿no?.

(Hugo Cores, entrevista propia, 2006).

En este su empeño de romper con el economicismo (cuestionando los determinismos y cualquier “en última instancia”). Real de Azúa se sitúa en el corazón de una racionalidad más contemporánea y se aproxima a un tipo de construcción teórica muy cercana a Louis Althusser. El precio a pagar es un apartamiento [momentáneo] de la praxis, de la dialéctica hegeliana, y adoptar un enfoque de índole estructuralista que le permitiría romper con ese proceder puramente mecánico de

que venían algunas interpretaciones del marxismo e introducir la pluricausalidad en sus análisis.

Con Althusser lo que se hace es pluralizar la estructura y descomponer la temporalidad unitaria en temporalidades múltiples. “No hay historia en general sino estructuras específicas de la historicidad” (Althusser, 1965:59). Este movimiento trae consigo sus consecuencias: por un lado, se le reconoce una eficacia propia a otras dimensiones no económicas de lo social (que adquieren autonomía relativa de lo económico o bien pueden prevalecer incluso); y por otro lado, se hace necesario marcar una diferenciación bien nítida entre teoría (ciencia) e ideología (porque de lo contrario no podría ser empleada ella misma como categoría de análisis). [Recordemos que en Althusser es precisamente la ideología (lo simbólico en Lacan o Lévi-Strauss) el punto de ensamble (o “punto de acolchado” en Zizek) entre las distintas temporalidades y con esta de-construcción se sustituye al otrora sujeto (histórico) por un nuevo sujeto de la historia: la ideología].

Si adoptamos la definición de ideología propuesta por Slavoj Zizek, como matriz generativa que regula la relación entre lo visible y lo no visible, lo imaginable y lo no imaginable, podríamos decir que nuestro autor, mediante su propuesta ampliaba del campo de lo ideológico, se hizo de una categoría que le permitió cuestionar cosas antiguamente incuestionables.

Su vivo interés por las ideas y su historia se combina así con una desconfianza igualmente viva por las ideologías, como enmascaradoras de la realidad, que sobrevive en perpetua lucha con una tendencia igualmente profunda a la adhesión afectiva a ciertos complejos de ideas. Tensión que caracteriza su estilo intelectual.

(Halperín Donghi, T., tomado de Coteló R., 1989).

Este es el concepto de ideología como enmascaradora de la realidad, como el corsé o encasillamiento que conspira contra la libertad del pensar y condiciona el recorrido de la acción. Y este es el nivel que más le incomodó. Hacia este nivel de la ideología es que dirigió su desconfianza y sus críticas, la ideología entendida con toda la fuerza y el sesgo que tienen los grandes complejos (cerrados) de ideas, sean estas propias o ajenas, locales o foráneas.

El odiaba todo lo que fuera esquematismos, sectarismos, no estaba de acuerdo con la visión ideológica marxista, no creo que estuviera de acuerdo con [el papel que se le da] a la infraestructura económica, a la base material. Deduzco que la visión de ideología que tenía el marxismo no es la de él.

(Mercedes Denis, entrevista propia, 2006).

Como intelectual, Real de Azúa se sumerge en el colchón ideológico —que sostiene la identidad de un terreno ideológico más allá de los significantes flo-

tantes, término utilizado por Zizek— definiendo los puntos nodales que fijan el significado sólo para luego cuestionarlos.

Creo que el recorrido político que lo va llevando luego al análisis crecientemente riguroso de una realidad (sus análisis sobre el batllismo), sobre el agotamiento de ciertas experiencias e ideologías en América latina, tienen que ver con un creciente fortalecimiento de sus sustentos teóricos.

(Carlos Zubillaga, entrevista propia, 2007).

Pone en discusión el sentido común y afirma: “se modeló en términos conceptuales como imaginativos una figura de la nación y la sociedad, nueva interpretación de su pasado y presente”.

Sobre todo el ‘último’ Real de Azúa, aporta a la desmitificación de un fácil tránsito del país hacia la modernidad, a través de ‘modelos’ de los países desarrollados. A partir de allí cuestiona el rol que en estos ‘imaginarios colectivos’ y ‘conciencia de marginalidad’ han tenido en estos ‘estados de espíritu’ los intelectuales. “Desde este lado atlántico, retomando una línea que iría de Buffon a Papini sin dejar de enrolar al mismo Marx, vertieron un europeocentrismo y un nordocentrismo cuya vigencia hace muy poco empezó a debilitarse” (Real de Azúa, 1975:22).

Sabiendo que toda realidad histórica está simbolizada —seguramente por eso Lisa Block lo compare a Roland Barthes— :

Las afinidades docentes y disciplinarias, no disimulaban, a pesar de su dedicación, una apasionada reflexión sobre las alternativas de esta época inquietante, conciliada con una inclinación nostálgica hacia otras épocas, la preocupación profunda por la teoría y realización de una escritura literaria, por las formalizaciones epistemológicas, por la indagación de los hechos y las versiones de los historiadores.

(Block, 1995:6).

La búsqueda de una democracia se encarnaba, para nuestro autor, por la negativa, definiendo lo que no era. Así, su pensamiento latinoamericano se va definiendo por las ausencias y contra las falsas conceptualizaciones. Es decir, lo propio era lo no europeo, lo diferente al Norte. En este desdibujamiento de concepciones ‘importadas’ se va adentrando en las lógicas imperialistas desarrollando su veta latinoamericanista.

Sin embargo, estos impulsos contienen su freno. La crítica a cualquier ideología sólo puede hacerse desde otro corpus de doxa que haga distinguir la ideología criticada. Posiblemente por ello Real de Azúa se obsesionaba por cuestionar todas las respuestas planteadas como realidades definitivas, inclusive las propias

ideas, abriendo puertas que llevaban a otras habitaciones laberínticas, sin poder cerrarlas. Un tercer uso del término es la ideología como parte constitutiva del sujeto, la que se refiere al propio pensamiento.

Era un tipo que se aggiornaba permanentemente, no se quedaba con un saber establecido. Y además cuestionaba lo que él mismo decía, él atenuaba su propio pensamiento. Una de las cosas que me quedaron muy en claro, es lo contingente de todo pensamiento. [...] Como servir en cuanto a modelo de tipo de pensamiento, era muy difícil tomarlo como modelo. Abrió todas las posibilidades que se puedan imaginar en cuanto a maneras de pensar las cosas.

(Roberto Apratto, entrevista propia, 2007).

Estas apreciaciones de Roberto Apratto complementan las de Gerardo Caetano cuando dice que Real de Azúa fue un hombre que estaba siempre “entre la batalla y el matiz”.

Su movilidad entre filiaciones político-partidarias hizo que se viera en su medio como una persona políticamente dudosa. Al plasmarse la movilidad dentro de las relaciones espaciales y simbólicas de las relaciones humanas, aparece nuevamente la figura del extranjero. “Se corporiza esa síntesis de lejanía y distancia que constituye la posición formal del extranjero” (Simmel, 1950:402).

Pero se corrobora básicamente en la mirada de los otros, a través de la mirada de los otros, en el marco de una sociedad como la uruguaya, de perfil conservador, que celebra las fidelidades partidarias hasta hacerlas parte de su discurso moral y de su cultura política.

El recorrido de su obra está en paralelo con sus adhesiones políticas, que no logran encausarse en una única filiación partidaria, sino que recogen tanto el interminable dinamismo de su pensamiento como la contingencia del propio devenir político.

Así, desde una temprana y fugaz adhesión falangista, la cual luego critica tomando distancia de la hispanidad, recorrió un trayecto que desemboca en una autodefinición de izquierda, aunque nunca se reconoce como partidario del ‘socialismo real’. Real de Azúa era escéptico de la concepción de poder que desde allí se proyectaba: la dictadura del proletariado.

Este recorrido ideológico, que partiera de una cierta fascinación por la figura de Primo de Rivera y desembocara al final en un izquierdismo-nacionalista, del hispanismo al latinoamericanismo, va acompañado de una militancia política muy tenue y amortiguada.

Él opinaba “culturalmente” acerca de los partidos. Los miraba de afuera y decía [...] desde un punto de vista muy subjetivo. Pero no se sentía embanderado, nunca dijo “nosotros”. Lo cual

lo hacía poco simpático para alguna gente, [...] y al mismo tiempo lo convirtió en un pensamiento muy fructífero, muy útil para mucha gente.

(Roberto Apratto, entrevista propia, 2007).

Nuestro resbaladizo autor comienza en su juventud militando en Acción Nacional, participa contra el golpe de Estado de 1933, apoya la salida baldomirista en el 38, trabaja para la candidatura de Eduardo Blanco Acevedo, contribuye al proyecto de Benito Nardone, más conocido como Chico-Tazo (pertenecientes al Partido Nacional), pasa a ser eje de referencia en la generación del 45 y participa en la fundación del Frente Amplio en el 71.

Así decía:

Me asumo [...] y no pido disculpas. Demasiado ineficiente fui en todas estas salidas para haber causado a nadie un mal objetivo e irreparable. [...] la necesidad que a mí y a otros nos ha acuciado. Esto es: encontrar no en el año 2000 sino ahora y aquí, una salida, una apertura, un take off al estancamiento, al envejecimiento, a la lenta muerte del Uruguay que vivimos.

(Real de Azúa, Revista Época 1963:24).

Su trayecto intelectual y su ética de investigador no estuvieron atados a sus súbitos enamoramientos partidarios ni a su militancia política, tal vez por haber hecho suyo lo que Max Weber planteara en El político y el científico, aquello de separar las esferas de la ciencia y la política.

Su búsqueda de las verdades las dirige recurrentemente a través del rechazo de 'la' verdad oficial. Su obsesión por la cuestión del poder lo mantiene corporalmente lejos de este y de su lógica, el poder entendido también, desde la idea weberiana, como poder institucional.

Acaso esta búsqueda de objetividad se relaciona con su concepto de la libertad. La objetividad puede ser también definida como libertad: la objetividad individual no está lindada por ningún compromiso que pudiera perjudicar su percepción, entendimiento y evaluación de lo dado. Como nos dice Cotelo, para Real de Azúa desmarcarse no negaba el compromiso; por el contrario, lo reforzaba éticamente con el ejercicio pleno de la libertad.

La pretendida objetividad no significaba para el autor pasividad ni tampoco pensar sin actuar. Rechazaba la idea de actuar sin pensar. En sus propias palabras "...al sesgo de mucha confusa estimación de la "praxis", la clásica exigencia del inteligir primero para actuar después sigue (también creo) limpiamente en pie" (Real de Azúa, 1975:18).

La tensión generada por el fácil desprendimiento de las instituciones políticas lo sitúa en un lugar particular a la hora de buscar la objetividad. Para el extran-

jero 'objetividad no significa no-participación (que estaría fuera de la interacción subjetiva y objetiva) sino un tipo específico de participación [...] que opera acorde a sus propias leyes, y la eliminación, por consiguiente, de dislocaciones accidentales y énfasis, donde las diferencias individuales y subjetivas producirían diferentes imágenes del mismo objeto' (Simmel, 1950 :404).

El trayecto ideológico de su obra también lo construye a partir del acercamiento a lo político, pero sobre todo a un marcado compromiso social. Tal vez la obsesión por comprender una historia nacional encuentra su fundamento en ese anhelado esfuerzo por orientar su accionar. En palabras de Mariano Arana:

Era demasiado culto a la hora de tener que soportar las formas más degradantes del amiguismo y el clientelismo político que, en aquellos años, después de la segunda mitad del siglo XX, estaban lejos de tender a superarse.

(Mariano Arana, entrevista propia, 2007).

Ideas sobre el poder y las instituciones

Desde sus escritos, Carlos Real de Azúa sostuvo que en el siglo XIX la función intelectual era un deber del patriciado, clase alta dotada de un 'nivel de cultura' que adhirió a una organización republicana de gobierno.

Posteriormente, y hasta mediados del siglo XX, los intelectuales provenían de las nuevas capas medias (comercial, burocrática o pequeña burguesía), a las que les atribuyó un rol más bien 'decorativo', sin demasiada influencia.

La razón otorgada por el autor a la politización de la cultura se basa en la idea de que gran parte de la cultura era una extensión del propio poder oficial. A través del modelo batllista las instituciones culturales del Estado habrían quedado dormidas. Emerge la visión del batllismo como continuidad y en fidelidad a las elites conservadoras. A través de la propuesta del batllismo basada en el estímulo a la participación y en la confianza de la representatividad, se construyó un 'sistema de conciliación o compromiso' que dio como resultado un Estado generador y articulador de equilibrios sociales; gran cuerpo y sólido espíritu 'supra partidario' que 'absorbe la cultura'.

Y escribió: "Poco o ningún ingrediente original se hace presente en el sistema justificativo de ideas que sostiene el nivel social superior uruguayo [...] Por ello el material ideológico es, prácticamente, sin elaboración" (Real de Azúa, 1969:34).

La relación que Carlos Real de Azúa tuvo con las instituciones fue muy peculiar; lo más señalado por el material analizado es su enfoque fundado en el cuestionamiento y la crítica. Se constata aquí el doble movimiento de “pertenencia y apartamiento” que señaláramos al principio del capítulo. Así lo expresaron algunos de los entrevistados:

Yo creo que tenía mucho respeto por las instituciones, por ese lado conservador de él, tradicionalista, él hablaba de sus tradicionalismos, [...] a las instituciones que en algún modo son históricas del Uruguay.

(Mercedes Denis, entrevista propia, 2006).

A mediados del siglo XX, frente a la crisis inflacionaria y al estancamiento generalizado, el autor propone la quiebra de la pertenencia de clase a una sociedad global, lo que genera nuevos líderes culturales. Nace la generación del 45' que, en su visión y por poco tiempo, representa una “contrasociedad”. Real de Azúa llega a decir que no existe en el Uruguay otra cultura que la que en esa “contrasociedad” se involucra.

Sin embargo, frente a la búsqueda de estabilización de la elite en el poder, desde el gobierno se acude al recurso de una ‘renovación temporal’ dejando gobernar a la elite empresarial. Es lo que el autor llama la irrupción del ‘intruso político’, entendido desde Mills. El intruso político para Stuart Mills es definido como “el magnate económico que pasa desde la des-implicancia política a ocupar altas responsabilidades en el Estado”.

Nuestro autor representó un pilar en la generación del 45, a pesar de que luego toma distancia, llegando a afirmar que se trataría de ‘animadores culturales’, con pliegues alienantes que se vuelcan a intereses literarios y estéticos, creando una cultura de consumidores y espectadores de cine, novelas y música extranjeras que no se relaciona con nuestra realidad.

¿Acaso sea este compromiso latinoamericano lo que termina excluyendo —una vez más— a nuestro autor, generando un rechazo en el campo político partidario, pero también en el campo intelectual, por no integrarse al subsistema canónico del colonizador?

Encontramos a partir de este análisis al Real de Azúa más radical, polémico y sobre todo más anti establishment en la medida en que este no genera una cultura propia, reproduciendo las consignas, la estética y las ideas provenientes del imperio.

No era un militante a favor del prestigio de ninguna institución, ni se arrimó al poder de ninguna manera. Y quien hace eso es porque descreo del poder, lo que significa el poder institucional

en cualquier ambiente; cosa que en el Uruguay es muy fuerte. Lo institucional genera una especie de halo protector de cualquier cosa que se diga en su nombre, genera cargos, genera poder, genera fuerza de las palabras y él estaba muy escéptico con respecto a eso, creo que nunca le interesó demasiado.

(Roberto Apratto, entrevista propia, 2008).

Nuevamente, como participante de la generación del 45 se interna en su seno para luego pararse desde los márgenes; participa y luego se excluye. La marginalidad en este caso se debe a su independencia y autonomía, a la fidelidad a su propio método. Este es el ‘último Real de Azúa’, el ideólogo que logra desprenderse del hispanismo y presenta un discurso latinoamericanista.

Sin fronteras naturales en el norte, con evidente continuidad socio-económica y cultural hacia el oeste, con menguada población y más menguadas rentas (para no enumerar sino unos pocos rasgos configuradores de su circunstancia), la nueva entidad nacional adolecerá durante décadas de una crónica, radical insuficiencia. Una insuficiencia que mediatizará todas sus decisiones, cancelando su ámbito específico de poder y hará pasar sobre sus fronteras durante un tercio de siglo por lo menos, todos los conflictos ideológicos y sociales del área.

(Real de Azúa, 1997: 57).

A lo mejor está ‘falta de atadura’ a las instituciones lo acercaban, a pesar de su rechazo discursivo, a un tipo de anarquismo y por allí se comprenda que un alumno y amigo fuera Hugo Cores, destacado dirigente de la izquierda radical.

El otro término al cual nos remite el inicio del capítulo, y con el cual quisimos trabajar, es “inasible”. También sentimos al autor como un artista en un mundo flotante. Con esto queremos señalar que, como todo intelectual con capacidad creadora, fue capaz de criticar, de criticarse, transformándose, contradiciéndose y aun reírse de sí mismo, generando “un discurso en discusión”, para decirlo en palabras ya dichas. La ironía sutil, fina, es reconocida por sus interlocutores y las personas a las cuales hemos entrevistado, quienes han afirmado precisamente este rasgo.

¿Historia o teoría de la historia?

¿Efectivamente fue Real de Azúa un historiador? O por el contrario, en sus derroteros la historia significó uno de las tantas aproximaciones posibles a un mundo en el cual todas las ciencias serían parte de sus búsquedas interminables y de su ansiedad por conocer. Así lo expresaba Halperín Donghi.

La relación de Real de Azúa con el pasado estuvo siempre muy vinculada con su relación con el presente [...] Todo lo que él presentaba lo presentaba en un sesgo, en cierta medida, inesperado, y en un sesgo que obligaba a sus lectores a pensar de manera nueva en algún aspecto del pasado.

(Tulio Halperín Donghi, entrevista post-conferencia, 2007).

Nuestros entrevistados mediatizaron la afirmación de que Real de Azúa fuera un historiador o pretendiera serlo. También nosotros preferimos no circunscribirlo al oficio de historiador, en todo caso sí decir que escribió historia (Halperín Donghi), reflexionó sobre lo que hoy llamaríamos la operación historiográfica (lo que resulta explícito en el Apéndice I de *El Patriado Uruguayo*) y tuvo un aporte muy relevante en torno a la historiografía sobre la idea de nación (Zubillaga). Muchos de nuestros entrevistados aportaron a esta síntesis:

No fue y no quiso definirse como historiador [...] Tomó posición con respecto al pasado y con respecto al tipo de influencias que —en ese momento— definían una toma de posición respecto del pasado [...] Sería más legítimo preguntarnos qué podemos recoger los historiadores de una obra que es muy rica en cuestiones históricas y en cuestiones que tienen menos que ver con la historia.

(Tulio Halperín Donghi, entrevista post-conferencia, 2007).

Uno no encuentra en la múltiple producción de Real de Azúa ausencia de dimensión histórica, y de comprensión de los fenómenos y de los problemas en clave histórica. Incluso cuando comienza a penetrar de manera fundante en el campo politológico, sus aportes, el diseño de algunos proyectos, tienen un anclaje histórico inocultable, que no se puede decir de todos los que se acercaron a estos campos.

(Carlos Zubillaga, entrevista propia, 2007).

Las disciplinas son siempre formas de atrapar las realidades absolutamente particulares, a veces subjetivas, y que no pueden por supuesto apresar la realidad, que es mucho más rica que el conocimiento que se ha subdividido por especialidades. Esa especialidad es una creación, por supuesto, del análisis, pero no de las realidades. A veces no hay más remedio que usarlas, pero sabiendo también las limitaciones que tiene el uso de un saber exclusivamente disciplinario [...]. Fue un avanzado en el campo del conocimiento de esta provincia, de esta provincia desde el punto de vista académico.

(José Pedro Barrán, entrevista propia, 2007).

Quizás por ello podemos sostener que fue capaz de intuir los profundos cambios que ocurrirían en el lapso de unas pocas generaciones. Transformaciones de tal naturaleza que apenas podían ser avizoradas en su época, y que abarcaron la vida cotidiana, la interpretación del mundo de vida y, por supuesto, aspectos cruciales de la política; transformaciones inesperadas e incompresibles para quien

las mirara solamente desde ese provincianismo, atemperado a veces, que caracterizaba el imaginario social de su época.

“La historia es un cementerio de posibilidades frustradas” Este enunciado, que pertenece a Real de Azúa, citado por Gerardo Caetano en entrevista (2007), nos muestra a un analista que se cuida de no caer en la hipótesis contra-fáctica y que trabaja interpelando “lo que fue” [los hechos] con “lo que pudo ser” [el escenario de posibilidades que toda sociedad conlleva si se hace jugar la contingencia de lo político].

Si la historia es construcción, es —al mismo tiempo— una ciencia de lo singular, lo contingente, lo ideográfico (en oposición a la epistemología de las ciencias de la naturaleza).

La disciplina histórica que se autonomiza al margen de la literatura, de la misma manera que deberá dar la espalda a la filosofía, deberá pensar su desarrollo como una carrera específica. Sin embargo, Real de Azúa no rompe [ni quiere romper] con la idea de la historia-narración; si el historiador debería ponerle freno a su subjetividad, él no lo haría, o lo haría sólo en parte, y renunciaría a ser etiquetado o circunscrito a “los mandatos de la disciplina”.

Nos encontramos en Real de Azúa con un pensador que protagonizó lo que las nuevas versiones historiográficas llamarían hoy “los retornos al relato”. Desde la década de los 70, algunos historiadores (Paul Veyne, 1978; Michel de Certeau, 1975; Lawrence Stone, 1980) insistieron en que la noción de *historia* adquiere un valor polisémico al designar —a la vez— la acción narrada y la narración misma.

Si la historia depende, simultáneamente, de una escritura performativa en el acto de hacer historia y de una escritura en espejo en el hecho de narrar historias, el género histórico está, desde un comienzo, en tensión entre una vertiente científica y una vertiente ficcional. Y así, el relato histórico hace las veces de un “rito de sepultura”, que exorciza la muerte al introducirla en su propio discurso. De ahí la afirmación tan removedora de Real de Azúa al afirmar: *“La historia es un cementerio de posibilidades frustradas”*, que se anticipa a [o coincide con] lo que Michel de Certeau afirmara en su momento: “Marcar un pasado es hacerle un lugar a lo muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles” (M. de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, 1975:118) La función simbolizadora de la historia está en permitir que una sociedad se sitúe, dándose un pasado en su propio lenguaje y abriéndose en el presente a la pluralidad de posibilidades. Nuestros entrevistados (en particular los historiadores) retoman el uso del tiempo en los escritos de Real de Azúa.

Al rescatar el discurso histórico en su tensión entre ciencia y ficción, la operación historiográfica vuelve a re-situar en cada oportunidad el discurso histórico en la contemporaneidad de su producción, lo que en ciencias sociales llamamos la tríada (insoslayable) de actor-discurso-contexto.

Con esto, el historiador vuelve, después de haber creído que rompía para siempre con la historia-narración, a ser invitado a interrogarse sobre su acto de escritura. A lo largo de la inmensa obra de Real de Azúa nos encontramos con ese tema transversal: su preocupación por la escritura [su propia escritura], en la que advierte el peligro de que *el discurso espacio-temporal de la escritura* [dé] *mal la simultaneidad de los fenómenos* (citado por Lisa Block en artículo titulado “Carlos Real de Azúa en su biblioteca”) Se trata de una muy valiosa afirmación de índole teórico-metodológica: ningún relato, aún el más riguroso –por desmesurado intento que haga– podrá dar cuenta de los hechos, de “la realidad tal cual es”. La realidad es inasible, como dirían las ciencias sociales más contemporáneamente.

Al formular los objetivos de este trabajo dijimos –entre otras afirmaciones– que el interés nuestro era también rescatar la contribución teórica y metodológica de Real de Azúa, re-crearla, apropiarse de su *forma de mirar*, y dejar a otros la posibilidad de testear cuál es su rendimiento a la luz de nuestras preocupaciones más actuales.

La indeterminación propia del discurso histórico, que no desconoce la tensión entre *ciencia y literatura*, le da una importancia particular a la operación historiográfica, a los procedimientos mismos por los cuales la escritura de la historia es historia narrada, y desde ahí es que puede identificarse ese doble juego, tan propio de Real de Azúa, de proximidad y distancia.

Tres tensiones –a la manera de nudos epistemológicos– pueden identificarse en un recorrido por su obra, aunque no serían todas: *lo singular/lo global*, *lo simultáneo/lo consecutivo* y *la parte/el todo*. Estas tensiones no resueltas, no parecen haber estado entre sus pretensiones. Las trabajó, convivió con ellas, transversalizan su obra, y podemos identificarlas si hurgamos en los intersticios de su escritura y también las encontramos como planteo más directo en el Apéndice I de “El patriciado uruguayo” (Real de Azúa, 1961: 125-132).

Se preocupó por los datos históricos (escribió historia), pero también por la literatura (hizo crítica literaria), preguntándose, muchas veces, qué era historia y qué era ficción. Sin cerrar sus argumentos, Real parece no seguir las tesis más radicales de los narrativistas, no entendió que la historia fuera, ante todo, escritura, artificio literario. Fue incesante su preocupación por identificar cuál es el contrato

de verdad que liga al historiador con su objeto, con la intensión de comprender cómo se fabrican los regímenes de veracidad y para oponerse a todas las formas de falsificación y manipulación del pasado.

¿Cómo recuperar, entonces, la historia? Porque sin duda, no nos podemos remitir a reconocer, sin más, la experiencia del pasado, o por el contrario ignorar el tiempo histórico. Antes bien se impone el intento de superar el presentismo, sin desconocer la acción social que conlleva el germen de la acción transformadora.

Negar el pasado, es declarar inútil el conocimiento, y no hay verdadero conocimiento si no se tiene una escala de comparación, porque hoy no creemos, como afirmaba Maquiavelo o Hume que en el tiempo haya algo inmutable: el hombre.

Antes bien pensamos que no hay una esencialidad humana, que esta es construida, y que en esa consumación, no necesariamente consciente, se talla en el cuerpo y la sensibilidad; donde precisamente, el capitalismo crea sus propias deformaciones.

Los caminos de la historia son azarosos; el modelo liberal, que constituía “el paradigma”, ha demostrado su endebleces, paradójicamente, en su subsistencia, esto es evidente en sus organizaciones políticas y sociales, pero también, de manera más global, en la ineficacia de los valores políticos. De igual manera fracasa la concepción conservadora del estado –potencia, en la cual, se acentúa los acentos de irracionalidad y la idea política de racionalidad instrumental, excluyendo los contenidos más democráticos de una sociedad.

La concepción de sociedad civil, entendida por él, incorporaba la economía clásica, asociada al trabajo y a las necesidades de los hombres. Por supuesto, como ya es sabido, se inscribe en una filosofía idealista. Consecuentemente las instituciones y los valores políticos, están en relación con las diversas fases históricas de la evolución de las estructuras económicas, sin embargo, su autonomía relativa hace de ellas una dimensión de lo social con historicidad propia.

La versión de Real de Azúa con respecto a los procesos históricos es precisamente reconocer la complejidad, construyendo problemáticas y la sofisticación teórica necesaria para la comprensión de estos procesos. Ponerle límites a las estrategias para el conocimiento, es ignorar las vías imprevisibles o, peor aún, “barbarizar” la cultura en nombre de una seguridad dogmática. “Podrá ser, es, el destino del pensamiento teórico consumarse o consumirse en la acción – la idea de la realización de la filosofía– pero este proceso sólo se sigue en alegría cuando se sabe que cumplida la acción y modificada la realidad, esa nueva realidad, volverá a reproblematicar todas las seguridades que se hayan tenido” (Real de Azúa;

1987:67). El tiempo histórico, la (in)determinación entre el pasado y el futuro, entre experiencia y expectativa, son asunto transversal en los escritos de Real de Azúa:

El lugar desde donde hablamos o desde donde actuamos el presente, está indefectiblemente unido al futuro. Es tiempo en el cual la pertenencia es doble, como paciente, como agente, y como formas de la finitud humana.

La cuestión de la temporalidad (o de las temporalidades), son entendidas como “una estructura trascendental tanto de la existencia histórica como de la escritura histórica” (Real de Azúa; 1997:47), otra vez aparece aquí la interpenetración de los dos niveles de la historia: la trama de los acontecimientos y el relato complejo de quien la cuenta.

El acercamiento de Real de Azúa a la historia y a la crítica histórica son elementos que están mimetizados, pues ambas tareas fueron concebidas como la posibilidad de una acción crítica que permitiese unir creación, con una visión distinta, no reiterativa de lo ya dicho. Una buena exposición de lo que venimos trabajando la encontramos en este trozo de la entrevista realizada a José Pedro Barrán:

Un gran libro “El Poder”, discutible también [...] Porque él tenía casi como ambición (que no era difícil en un plano), destruir la tesis independentista de Blanco Acevedo. Y lo hizo con acritud, con ironía devastadora, enfrentándose, que no era tan sencillo, a Pivel Devoto, con el cual tenía en este plano absolutas diferencias [...] La idea central de él de que las nacionalidades se van construyendo, hoy todo el mundo la admite. Las nacionalidades no nacen “armadas”, eso es cierto [...] También tenía un sentido de la dignidad nacional muy intenso. Pero Pivel Devoto, a esto último lo tenía en un grado mayor que él, y sin embargo fue, me parece más equilibrado en sus juicios [...] Yo diría que esta es una visión no académica de ideología, de ideología “actuante”, de la ideología de yo veo funcionar en la sociedad. La definición no debió ser dicha en un sólo término, son las ideologías, son visiones. [...] En el campo de la historia oficial, era un enemigo, un enemigo no, pero un cuestionador muy fuerte de las tesis recibidas del independentismo.

(José Pedro Barrán, entrevista propia, 2007).

Estas controversias están ahí también para recordarnos que la historia sigue siendo un lugar de conflicto, “un campo de batalla”, donde lo que se juega no es tanto el pasado como tal sino las grandes posibilidades y elecciones del presente.

CAPÍTULO IV: Poder, Clases Sociales y Estado: algunos de sus insomnios.

Las artimañas del poder

El Poder ha sido y es motivo de desvelo de personas y sociedades enteras. Para un estudioso como Real de Azúa la comprensión exhaustiva de aquellos sectores que detentan el Poder fue sustancial en la medida en que buscó comprender los orígenes, elementos constitutivos y quehaceres de un Estado. Las últimas preocupaciones intelectuales de Carlos Real de Azúa han estado marcadas por la articulación de la categoría del poder en la sociedad uruguaya. Largas han sido las líneas que hemos heredado de Real de Azúa que hoy nos permiten visualizar las relaciones de poder entre nuestra elite nacional a la luz de sus brillantes ideas.

Persiguiendo una mayor rigurosidad conceptual, nuestro autor plantea una serie de elementos que permiten al sector dirigente establecerse como una minoría supra ordenada. Si entendemos a las elites como unidades dinámicas de la estructura social, deducimos que su análisis permitirá la comprensión de toda una serie de dispositivos generados a partir de ellas en la conformación estatal.

El fenómeno del poder está en el centro de su análisis político de nuestro autor. El poder no es autónomo a la relación entre-hombres, aún cuando esta relación del poder se encubra bajo visos de necesidad para ciertos acuerdos y una vida democrática. Aún cuando esta fuerza se reduzca a la más simple expresión de dominación de un hombre o un grupo sobre la colectividad, esto sigue sin explicarnos nada. En los modelos sociales tradicionales el poder se articula de forma tal que hasta es capaz de lograr la obediencia y la fidelidad necesaria para una forma determinada de representación.

Las formas explícitas e implícitas relativas a la legitimidad del orden social deben ser analizadas desde la perspectiva del poder. Porque no nos conforma que se adjudiquen al poder procedimientos de legitimación capaces de forjar la imagen de un poder desnudo. Dicha falacia tendería a producir ideas que encubrirían dicha fuerza opresiva, haciéndola aparecer como necesaria y deseable. Por ello señala:

Si las interacciones sociales raramente son simétricas (fuera- y no siempre del amor y la amistad) y la realidad invasora de las relaciones de poder es justamente inseparable de su asimetría, si ellas importan un miembro dominante y un miembro dependiente, admito buenamente que haber transferido esta evidencia a la relación entre las zonas centrales...o marginales o periféricas.

(Real de Azúa: 1973, 14).

De esta forma identificamos, por un lado, las "elites funcionales" sectoriales, cuya unión corresponde a lazos del tipo de origen social, rama laboral, entre otros. Por otro, hablamos de una "clase dirigente" global. Cuanto más homogéneas sean las características compartidas por estos sectores, mayor será la posibilidad de que estos grupos sociales se congreguen en torno a un objetivo en común: el Poder.

Nos dice Real de Azúa, con respecto a las elites funcionales, que en sociedades complejas se promueven aquellas actividades en las cuales los dirigentes reclutados encuentran mecanismos para renovarse apenas en el límite de la misma elite, por tanto, "comporta tanto una constante renovación de titulares como, pese a los lazos que entre cada tope puedan anudarse, la relativa independencia de cada sector" (Real de Azúa: 1969: 6). Las elites que interactúan no poseen una homogeneidad que las identifique, según el autor: las hay residuales, dominantes y emergentes, formales e informales, etc. El estudio realizado acerca de la composición y formación de las elites centran el debate en el significado de la profesionalización y autonomía de la política; así como de la existencia o no de una clase política homogénea profesional.

Las dimensiones propuestas para estudiar los grupos dirigentes son: en primer lugar, el origen social, que tiene que ver con la experiencia de socialización, esos elementos constitutivos de etapas importantes de la vida que han sido compartidas. En segundo lugar, las bases de sustentación económica, relacionadas con los vínculos establecidos en el proceso económico. En tercer lugar, la composición racial, étnica o geográfica, referidas a la afinidad a partir de símbolos compartidos generados por algunas de dichas características. En cuarto lugar, formas de reclutamiento y de mantenimiento de ese grupo, vinculadas a los mecanismos seleccionados para el ingreso y permanencia de sus miembros; ya sea por "derecho adquirido" o por algún sistema de méritos que permita el ingreso.

En quinto lugar, Real de Azúa señala las habilidades que son requisitos para pertenecer a los sectores dirigentes; pueden referirse a ciertos "modos y maneras", siguiendo a Simmel, o pueden tener que ver con "conocimientos" especí-

ficos. En sexto lugar, encontramos la función o vocación requerida para formar parte de una elite. El séptimo elemento para analizar los sectores dirigentes es la cultura, en su versión de formación educativa y nivel intelectual. En octavo lugar, la ideología como sistema organizado y organizador de creencias, valores y pautas compartidas que habilitan la decodificación del lenguaje. En noveno lugar, los estilos de vida son sustanciales en esto de las aristas de encuentro para que la clase dirigente pueda "fluir" como tal. En décimo lugar, los contactos sociales: amistades y parentescos. Por último, nos enfrentamos a la estructura y organización para establecer los medios de acción y garantizar el poder.

El establecimiento de las jerarquías, los liderazgos, las instituciones, la aceptación externa de que ese poder es tal, delimitan una estructura organizacional con una identidad propia y diferente a otras.

Algunas de dichas categorías servirán para estudiar hasta qué punto existen y son unitarios los grupos dirigentes en relación con sus fines y metas, es decir identidad de intereses y estrategias, grado de coordinación, nivel organizativo y representatividad social.

Cabe resaltar algunos de los debates a los que el propio Real de Azúa remite. Comenzamos resaltamos la pluralidad de definiciones existentes de la categoría clase social, cada una de las cuales se imbrica con una teoría particular; en segundo término, resaltamos la tensión existente entre los sectores dirigentes vistos como producto de factores ético-intelectuales y la que deviene de vincular dicho sector a la categoría poder. Este último será el camino abordado por Real de Azúa, quien ahondará en la relación entre poder político y poder económico. Ello significa la admisión de las pautas dominantes: un abandono, una pasividad a lo debido, en lo que conforma el fenómeno de alienación política y social de las sociedades contemporáneas. Un modo de validación del poder con fuerte operancia en los mundos de vida.

Las sociedades que han superado la fase incipiente de desarrollo y la participación han adquirido cierto empuje; existe una nueva forma de validación de la autoridad, que Real de Azúa califica de legitimación retributiva. "Es la que individuos y grupos en la sociedad global o esta, en una idea de agregación, conceden a las autoridades y al régimen, según y a la medida que el comportamiento de éstos, en términos de beneficios o ventajas, parezca merecerla" (Real de Azúa, 1969: 52).

Se exponen a continuación las afirmaciones del autor en el momento de comenzar su análisis de las clases dirigentes. El poder político no es nunca neutral, se

articula con los intereses económicos y la base social. No obstante, su legitimidad depende de que se gobierne para un amplio espectro, y esta es la única forma de hacer viable una sociedad “mínimamente consensual” (independencia relativa del Estado y del gobierno con respecto a los intereses económicos). Los gestores estables del gobierno, esto es la burocracia, segregan intereses específicos, lo cual se potencia en los estados intervencionistas. Una de las consecuencias de lo anterior es la existencia de “elites funcionales” que, según el momento histórico específico, mantendrán una relación contingente con el sector dirigente “real”, sustituyéndolo, integrándose a él, replicando su dominio o actuando al margen del mismo.

Real de Azúa no cree en la ‘inocencia’ y ‘espontaneidad’ del sector que ejerce el poder, sino que plantea la “sospecha” de que esa minoría (percibida por sus efectos) se cuida de aceptar puestos muy visibles. Se ubica en zonas discretas del espacio social y político, formando con cierta coherencia una especie de súper gobierno que manipula a los gobernantes institucionales. Así, el autor advierte y admite que “hay una perceptible relación entre la falta de equidad en el reparto de las cuotas de poder político y la desigualdad general económica, social y cultural, que hay opinión dominante en atribuir al sistema de clases y a la institución de la propiedad privada” (Real de Azúa, 1990: 28).

Hace una alusión permanente al contraste entre el supuesto modelo participativo—representativo democrático y lo que encontramos en la realidad, es decir, una minoría gobernando de manera elitista. “*En ninguna parte se ve esa democracia concebida como gobierno “del pueblo”, “para el pueblo” y “por el pueblo”*” que enunció Lincoln. Aunque sea a través de elecciones los candidatos factibles a ellas son en buena parte elegidos por otros hombres—los que ocupan los “puestos-clave” y votados pasivamente por el resto. El poder se gana más fácilmente obteniendo el favor de los que ya lo detentan, que obteniendo el favor del pueblo.

Uno de los errores del modelo, advierte, es que la democracia implica que debería existir un grado de igualdad sustancial, no descentrándose de la realidad, dada la diferencia, además, perpetuada mediante ventajas y opresiones que se tejen desde los grupos con mayores “privilegios” para seguir manteniéndolas. De esta forma, Aron dirá que existe una contradicción entre la realidad y el proyecto democrático.

Es porque ya se sabe que la sociedad, la mayoría, no puede gobernarse por sí misma, que la voluntad general o la dictadura del proletariado son mitos eficaces, pero no modelos de supraordinación posibles de verificarse. Ya se sabe que es imposible una sociedad sin poder, o en que

se alcance la identidad completa de comunidad y Estado, o en que pueda evitarse la acción de la ‘ley de hierro’ de la imposición de las minorías.

(Aron, 1965: 7).

Pero esta cierta ‘necesidad’ de la masa de recibir dinamización y dirección sale de una teoría específica de liderazgo individual, que toma énfasis en los neomaquiavelistas y que, según el autor, da por ‘natural’ y supuesto una manera de organizarse que no deja de ser cuestionable.

Desde estas ideas se supone concebir al gobierno popular como una especie de catastrófico desborde, además de que se haya considerado la democracia incompatible con la existencia de elites. Si estas se hallan abiertamente reclutadas, son por mérito y competitivas entre sí.

La más inadecuada teoría, según el autor, es la que supone que el pueblo decide la acción del gobierno y después elige a los encargados de controlarla y ejecutarla. Puesto que si se llama “voluntad política” a un lote de principios claros, capaz de orientar la actividad del ejecutivo y del legislador, esta, sólo se halla en la misma minoría actuante” (Real de Azúa, 1990:43). Para Mannheim, al tiempo que acepta como fenómeno inevitable que las elites gobiernen se conserva el carácter democrático si los que están alejados del poder tienen por lo menos la posibilidad de hacer sentir sus aspiraciones a ciertos intervalos.

Desde el momento en que los términos aristocracia, elite o clase dirigente fueron considerados como instrumentos de dominación, pero también instrumentos para la comprensión del poder y asociadas a una teoría del valor, se incrustaron en la sociedad, dejando en muchos periodos cierta incapacidad para una conciencia de la resistencia. Si sumamos a ello la diferencia, perpetuada mediante ventajas y opresiones que se tejen desde los grupos con mayores “privilegios” para seguir manteniéndolas, el cuadro cierra con las peores imágenes.

¿Qué caminos han tomado los procesos de dominación en el Uruguay? ¿Cuál es el legado que hemos heredado de los sistemas de adjudicación y conquista del poder? ¿Cómo se han sucedido los mecanismos de legitimación de la autoridad con respecto a las diferentes etapas que ha atravesado el país y la región?

Antes que nada, hablamos del papel del intelectual; no debemos olvidar la estrecha relación existente entre estos y los circuitos de poder—sea como integrantes de los mismos, sea como inquisidores de éstos—. El compromiso que deben establecer los intelectuales para con la nación (en tanto creadores, traductores, continuadores de símbolos y significados de esa conciencia nacional, emulada a la vez que autóctona) no se agota en la exhibición compulsiva de las causas

políticas, sino que implica asumir parte de las luchas sociales y las relaciones de dominación actuales. En tal sentido, estamos convencidos de que la “neutralidad” en este caso es una falacia. El compromiso significa deber ético del colectivo intelectual en la producción y diseminación de instrumentos defensivos contra cualquier tipo de dominación.

Ya desde nuestro nacimiento como Estado-Nación no contamos con una clase dirigente, ese patriciado capaz de llevar adelante un proyecto político común. El proyecto nacional podría haber sustentado su existencia como clase y prolongar su desempeño como sector director. Sin embargo, parte de nuestra herencia socio-política ha sido la de una clase patricia relativamente débil, que muchas veces es fragmentada y enfrentada a sí misma. Claro está que no siempre el patriciado es uno solo —no sería posible pensar en algo tan compacto—, pues los intereses que se persiguen no siempre son los mismos y no siempre los medios para alcanzarlos son considerados de la misma forma.

El poder se ha ejercido en un silencio gritado, la clase dominante ha mutado y ha pasado del caudillismo y las guerras civiles a la profesionalización de la política. Han mutado, también, las formas de legitimación de ese poder. La legitimidad de una dominación puede fingirse o darse por la adhesión de grupos o personas por motivos de oportunidad. Así, las mismas clases que han llevado al poder a diversos grupos políticos o personas, después de cumplidos sus objetivos —o viendo que éstos no se cumplen— son quienes los destronan posteriormente.

En Uruguay otra de las claves interpretativas de su sistema de poder es el aparato burocrático, conformado para aportar filas y legitimidades a los cuadros políticos. Este legado de larga data nos acompaña y hoy parece algo impensable el hecho de no contar con una burocracia de la magnitud que tenemos para que el sistema de poder siga en marcha.

¿Cuáles son y cómo se dan esas manías de la democracia que hablábamos anteriormente? ¿Qué papel juega el poder en el campo de la democracia y con qué instrumentos lo hace?

Si seguimos la línea analítica de Real de Azúa, encontraremos que la “voluntad política” es una suerte de engaño. El “gobierno del pueblo” es una de las estrategias de obtención de legitimidad de los partidos políticos para lograr establecerse en el poder. La acción en la que el pueblo decide sus gobernantes y, posteriormente, delega en ellos la representación de su “voluntad”, quedaría siempre en manos de esa minoría elitista que pugna por el poder y que, casualmente, posee los medios económicos.

Estos lastres que acompañan la historia del Uruguay y del resto de América Latina tienen una vigencia sustantiva en los nuevos contextos internacionales. Por esta causa es que subrayamos la relevancia y pertinencia de las categorías analíticas de Real de Azúa en tiempos actuales.

En busca de respuestas: la clase dirigente

Variado, lleno de sobresaltos y dificultades es el tema que se plantea estudiar: el poder y sus dirigentes “En pocas cuestiones político-sociales subsisten con más intereses y disfraces ideológicos, partidarios y de clase como en esta” (Real de Azúa, 1990:124). Por ello, explica que de cierto modo todas las teorías de la “clase dirigente” se hallan dominadas por la obsesión del “poder oculto” y frecuentemente se les acusa de pre-juicio e inducción ideológica.

Conceptualizar a la clase dirigente, élites, sectores dominantes o como optemos por llamarle no es tarea sencilla. Por un lado, podemos hacer referencia a la distinción de Real de Azúa de una clase dirigente global o, por otro lado, a las élites funcionales que operan independientemente las unas de las otras.

Partiendo de la polifonía teórica en relación con el tema, presentaremos algunas líneas interpretativas para pensar estas ideas. En su libro “*El Poder*” realiza una recopilación, y muchas veces una discusión, con todos aquellos que en las más diversas etapas históricas han elaborado conceptos con respecto al tema. Hablamos desde Aristóteles, pasando por Maquiavelo, recorriendo los neomaquiavelistas y la escuela norteamericana, sin dejar de lado, por supuesto, el marxismo en su corriente clásica y los aportes del marxismo europeo. Todo el escrito ha sido de una gran densidad, donde se debe realizar un esfuerzo de desbrozamiento que permita seguir el hilo de sus opciones teóricas, y, por qué no, vitales.

Para el marxismo los antagonismos de clase son el motor de la historia, explicados por una constante lucha entre las clases (la cohesión de la “clase dominante” se explica por sus intereses comunes); en los elitistas la relación es más pasiva y se exige estudiar la naturaleza de las elites con más atención, negando que sólo lo económico determine la lucha de clases y sobre todo que se pueda “superar” esta forma de organización (se señala como determinista la doctrina de la sociedad sin clases). Desde esta perspectiva, las “elites” (en el caso de que existieran) serían nada más que un instrumento de esa clase dominante para perpetuar su dominación.

Para hacer una observación no muy profunda, Real de Azúa en su ser intelectual se aproximó, casi siempre a Marx refiriéndose al concepto de clase. Clase dominante propietaria de los medios materiales de producción. Las categorías de superestructura e infraestructura social creadas por las relaciones de producción y la estructura de clases por ella determinada, relacionan al Estado, al poder político y al orden jurídico con los intereses de la clase dominante. La noción de clase social tiene para Marx una "naturaleza social" y sus bases se cimentan sobre lo económico.

A partir de estas apreciaciones Real de Azúa hace dos consideraciones: por un lado, subraya la noción de "dominio"; en segundo lugar, llama la atención sobre la naturaleza global y masiva de la noción de "clase" Resultando necesario un corte vertical de los distintos segmentos de la estratificación social y de cómo cada uno de estos segmentos actúa. Así, termina cuestionando si el estado como tal tiene una función impositiva y de asociación con el capital, o si depende de los grupos que allí gobiernen.

El concepto de "elite" hace referencia a la noción de una minoría organizada y a una mayoría desorganizada. No hay, para los "elitistas", una causalidad entre el factor económico y la conformación de un sector hegemónico, sino que el sustento justificativo ha de buscarse en otras esferas. Para Aron, por ejemplo, la diferencia entre clase y elite es la relación entre diferenciación social y jerarquización política.

La teoría funcionalista concibe que la única forma de reclutamiento de las élites sea a través del mérito. Por tanto, las "funciones" de estos grupos son las de articulación entre los diversos cuadros que se miden por el rendimiento. A pesar de que las diferencias son grandes y evidentes, muchos críticos tienden a pensar que las teorías pueden llegar a ser complementarias.

Estas discusiones, como ya hemos señalado al comienzo de nuestro trabajo, generan profundas discrepancias que se prolongan en los debates político -sociales; donde los intereses y los "disfraces" ideológicos partidarios y de clase se manifiestan intensamente.

Salvando los vaivenes y las pasionales aseveraciones que suscitan este tipo de conceptualizaciones, podemos decir que nuestro autor toma una posición al respecto de la discusión. "Clase dominante" subraya el concepto de dominio, más allá de las continuidades en los escalones de la estructura. Defiende acérrimamente el quiebre entre los niveles medios y superiores, separando así la clase media de la alta. El concepto "dirigente" grafica mejor un direccionamiento en la toma de decisiones de gobierno. El "sector dirigente" no conforma en sí mismo una

clase unificada, consolidada *per se*, pero sí implica un ente real y de poder. Real de Azúa identificará el concepto de "elite funcional" con ese grupo especializado y sectorizado que no necesariamente se corresponde con una clase dirigente real. Las élites sectoriales son reflejo de la complejidad de la sociedad moderna que permite que se desplieguen subgrupos dirigentes especializados.

Mientras tanto, la teoría aroniana propone las siguientes "categorías dirigentes": a) el personal político, b) los grandes funcionarios civiles y militares, c) los gestionarlos del trabajo (público y/o inmanente y científico-racional). Real de Azúa complejiza la división.

Clasificar los sectores dirigentes es complejo dados los múltiples entrelazamientos, la carga ideológica y las diferencias contextuales que adoptan dichos grupos. Sin embargo, a pesar de advertir las múltiples combinaciones, nuestro autor se anima a proponer una docena de sectores dirigentes, con funciones nítidamente identificables: aquellos correspondientes al personal político, los grandes funcionarios de carrera, los altos mandos de las Fuerzas Armadas, los propietarios y gestores privados de los medios de producción, aquellos propietarios de la tierra y gestores de la empresa agropecuaria, los propietarios y gestores del capital financiero comercial, los propietarios y gestores de los medios masivos de comunicación, el sector profesional y técnico, la elite religiosa, la elite educativa, dirigentes de la enseñanza, la elite intelectual, y los dirigentes sindicales.

En torno al poder unificado, son las primeras categorías las más factibles de especificar. Las tres últimas parecen las más capaces de conformar una contra elite, en tanto la profesional y técnica, la religiosa y aun la militar, pueden oscilar entre un polo y otro.

Real de Azúa se manifiesta a favor de la aseveración de Mosca "*la riqueza produce poder y el poder riqueza*", y remarca el predominio primario de la riqueza. Esto es, de la elite económica; aquella que dispone de la propiedad y ejerce la gestión y el control productivo. De ahí su impacto decisional.

Sobre la naturaleza de los vínculos y acción unitaria del sector dirigente, dice que aunque no se pueda hablar de un "complot" (difícil de verificar), existe una conciencia de clase derivada de la mayor organización y resultado de una común situación en el tope social: intereses interdependientes, valores compartidos y percibida amenaza social. Como consecuencia el sector superior utilizará, para su beneficio, medios concretos de acción, tales como los de comunicación, para crear el 'disfraz de la democracia abierta'.

La acción de los grupos económicos sobre los centros del poder estatal se ejercerá sobre los gobernantes y administradores, dado el poder de compulsión

que poseen los intereses, el involucramiento personal y social de los miembros políticos, un gran entrelazamiento político-empresario, la incidencia discreta y en comisiones asesoras integradas por sectores interesados. También, sobre los medios de información a través de la injerencia económica de los avisadores, o la propiedad directa de órganos de comunicación.

Finalmente la acción de los grupos económicos se daría en los partidos políticos a través de la financiación de sus gastos, especialmente eleccionarios, la utilización de la distancia existente entre 'representatividad' y representados, el ejercicio de relaciones sociales de dominación y dependencia, muy frecuente en el campo, etc. De esta manera se construye la dominación, concepto que, para Real de Azúa, implica una forma de obediencia hacia un "otro", basada en los principios de subordinación. La separación entre poder y dominación está referida a dos variantes, la autoridad y la obediencia.

Las largas discusiones sobre el poder y la riqueza son completadas tematizando la relación entre los conceptos de indispensabilidad, escasez y vinculación con el mando o dirección. La secuencia sería: esa función, indispensable y de titulares escasos, confiere poder; en un "mundo de escasez", ese poder busca estabilizarse en el control para su mayor beneficio, adoptando formas de propiedad; las mismas se transforman en fuente de nuevo poder.

Acercas de las teorías sobre la "pluralidad" de la elite, Real de Azúa advierte sobre la 'pluralidad enmascarante'. Esto significa que, a pesar de reconocer la gran diversidad, especialidad y pluralidad de sectores y elites (empresariales, políticas, militares, sindicales) no habría que olvidar en un análisis estructural el discontinuo abrupto con una "elite real" cooptada y unificada en la cumbre, en un análisis estructural, y con la cual dichos grupos no se integran con la misma intensidad (la heterogeneidad/ unidad variará según el contexto).

"Si es rara la existencia de sectores dirigentes sin clivajes y divisiones a veces considerables, ello no es contradictorio con la existencia de un 'interés común' de todos, de fines y metas practicables objetivamente por el sector entero" (Real de Azúa, 1990: 307). Cabe señalar que él hace referencia a las condiciones del Tercer Mundo, subrayando la incidencia de la acción externa, decisiva en el caso de dependencia.

La existencia del sector dirigente unificado o plural, los alcances de su poder, se hacen inseparables de las conveniencias que la potencia imperial considere identificadas con el interés de su dominación y la supervivencia de su propia estructura social de poder.

(Real de Azúa, 1990:332).

Si la nación y el poder son temas recurrentes en Real de Azúa, es a través del análisis de la clase dirigente que construye el puente entre ambos. Sin duda, es una de las grandes obsesiones del autor que será plasmada desde sus objetivos más teóricos a los de reconstrucción histórica. Las tensiones entre la configuración del poder y la clase dirigente serán elementos claves a la hora de comprender los itinerarios (con sus ciclos, continuidades y rupturas) de la identidad nacional. A veces de manera obvia, otras de manera sutil, estas temáticas fueron su gran pasión, y su gran angustia. Muchos de los escritos al respecto fueron escritos entre los años 1960 hasta su muerte en 1977, pero recién pudieron ser editados a partir de la recuperación democrática.

Para el autor no existe tema que ofrezca más resistencia a cualquier pretensión de objetividad científica. "La tendencia a situarse en planos oscilantes entre lo pasional y lo objetivo, entre lo valorativo y lo descriptivo ha sido, pues, característica general de nuestro tema" (Real de Azúa, 1990:16). La complejidad del tema deviene problema metodológico; el autor advierte la imposibilidad de agotarla con estrategias cuantitativas, ya que

Si nos atenemos sólo a los planos cuantificables de la realidad, la de un sector dirigente unificado puede escaparse airoosamente entre sus mallas (...) lo que ocurre es que "el poder tras el poder", los vínculos entre los distintos sectores, la coordinación operacional y actitudinal implican fenómenos que, o no son documentables (y menos cuantificables) o no lo están, o si lo estuvieran la prueba no sería accesible al investigador.

(Real de Azúa, 1990:21).

Para estudiar la cima unificada del poder y las elites funcionales parciales, se propondrán cuatro caminos:

1. El análisis de las decisiones de importancia.
2. La corriente de intercambio y desplazamiento de titulares, roles y funciones.
3. Examen de incongruencias en cuanto "status", desniveles de prestigio y significación.
4. Estudio de variables externas, especialmente importante en los países dependientes.

Real de Azúa marca una discontinuidad de pensamiento político en el tema de pensar las "aristocracias, elites y clases dirigentes", antes y después de 1800. Para el pensamiento tradicional la existencia directiva es un dato natural que integra el orden del mundo, donde los pocos que dirigen se determinan por sexo, clase,

raza o edad. En los últimos siglos se retoma la existencia de elites abiertas a la capacidad individual. Claro que no hay una fecha exacta que delimite el cambio. Ya en la antigüedad existían críticas morales en relación con el primer planteo, que se enfrenta al de Maquiavelo, quien hacía radicar el poder en la naturaleza y en el realismo: donde el gobierno de la mayoría es imposible y la oligarquía es inevitable.

CAPÍTULO V: Los orígenes de la Nación, sus transformaciones y destinos

*"... Nuestra historia es la de los héroes.
El carácter constante y sostenido
que habéis ostentado en los diferentes lances que ocurrieron,
anunció al mundo la época de la grandeza.
Sus monumentos majestuosos
se hacen conocer desde los muros de nuestra ciudad
hasta las márgenes del Paraná.
Cenizas y ruinas, sangre y desolación,
he ahí el cuadro de la Banda Oriental,
y el precio costoso de su regeneración.
Pero ella es pueblo libre".*

José Gervasio Artigas

(Discurso Inaugural al Congreso de Abril de 1813)

Las dudas que se presentaron en la elaboración de este capítulo estuvieron fundadas por la elección de un método que oscilaba entre respetar las secuencias del autor y trabajar con sus derivas, o reconstruir a partir de sus textos una cronología socio-histórica que nos permita recorrer las disputas teóricas y políticas sobre ese tema. Todavía, acuciante de la creación del Uruguay como nación independiente. Sus últimos textos fueron escritos en plena dictadura (por ello durante muchos años inéditos) dan cuenta de una construcción en soledad casi absoluta. Sólo después de su muerte y regresada la democracia será posible conocerlos y en algunos casos editarlos, dada la profusión de temas por él escritos. Elegimos el segundo camino en aras de una mayor claridad y posibilidad de reconstrucción desde nuestro polémico autor.

Bucear entonces en la construcción de categorías a lo largo de su móvil pensamiento, es vencer riesgos y sorpresas, sobre todo tratar de develar su creación sin caer en el congelamiento, ni en la vulgarización o estandarización de sus renovadas ideas. La cuestión nacional está indisolublemente asociada al proceso independentista y a la consolidación sobre las etapas de modernización del Uruguay como nación.

A continuación, remitiremos a las principales afirmaciones que Real de Azúa formuló sobre temas tan controvertidos.

Uno de los temas persistentes en el recorrido vital-intelectual de Real de Azúa es su reflexión sobre el concepto de nación y sus derivaciones (nacionalidad, nacionalismo, nacionalismos).

La preocupación y ocupación casi constantes sobre los temas de la nación y el nacionalismo derivan de la extrema debilidad de la base material e histórica del nacimiento del país, lo que no aconteció con otros países de América Latina.

Definió al Uruguay –en sus comienzos la Banda Oriental– como una región fronteriza, una organización política de rasgos muy especiales; “marca del imperio hispánico en Indias, el Uruguay colonial no escapó a la regla”.

El perfil esquemático de los órganos de gobierno, la preeminencia de la institución militar, el empleo, mayor de lo habitual, de los medios más drásticos de autoridad, la índole trashumante –si cabe el término– del ejercicio de una peligrosa y competida extensión semi-desierta [...] Todas estas características presentó el gobierno de la Banda Oriental tanto antes como después de la gobernación de Montevideo (1751).

(Real de Azúa 1997:52).

Leído con cuidado, no sería [o no sólo sería] el territorio, el gobierno y sus límites, los descriptores elegidos para definir al país, sino éstos en relación a la cuestión del poder (al mejor estilo weberiano) en un interjuego de balances y des-balances, favorables o des-favorables a la conformación y permanencia de la entidad estado nacional. Como afirma Grüner, para los tiempos actuales

Es imprescindible, pues, volver a reponer, en el lugar de los multiculturalismos despolitizados, una noción de conflicto cultural que dé cuenta de la incomodidad, de la im-propiedad de nuestra(a) historia(s) y nuestra(s) cultura(s). El de nación es un concepto del cual no podremos desembarazarnos tan fácilmente.

(Grüner, 2004:102).

Habría algo más en el concepto de nación que la demarcación de un territorio, sus formas de gobierno y los juegos de poder intra y extra-territoriales: la co-existencia de sensibilidades distintas y la inevitable confluencia de voluntades para cristalizar en normas la contingencia de lo político.

En esta puntualización se trasunta, por un lado, la idea kantiana de un orden de razón práctica, un tipo de consideración normativa del orden político y social que caracterizó al jusnaturalismo moderno y a Kant, en la que –sin duda– se inspiró la primera Carta Constitucional de la República Oriental del Uruguay (y de otras en América Latina). En ella el principio constitutivo de la nación está

basado en la convivencia en sociedad como fundamento de lo moral. Por otro lado, acude al pensamiento hegeliano, de manera de no excluir el nivel subjetivo (o de las sensibilidades) puesto que para el autor, en la raíz de la construcción de ese peculiar estilo de convivencia que es la nacionalidad, está siempre presente la problemática de las identidades individuales y colectivas.

De acuerdo con Halperin Donghi, no obstante el carácter contingente del concepto de nacionalidad,

Se le había aparecido siempre como intrínsecamente valioso. Era una cosa sola con la definición de un peculiar estilo de convivencia en que se reflejaba la coincidencia en un implícito y original sistema de valores;...su propia relación con este, desde el comienzo ambigua, había sido uno de los aspectos esenciales de su autodefinición.

(Halperin Donghi, 1992: 901).

De ahí se desprende la necesidad del autor de no hurgar en las razones últimas por las cuales una comunidad se mantiene unida; en sus propias palabras, “en las telas más íntimas, delicadas, de esa concordia de la cordialidad recíproca, supremamente deseable como fundamento de la mejor convivencia” (Real de Azúa, 1991: 244).

Su definición incorpora al concepto de nación la idea de lo contingente, de lo no inmutable, le sirve para afirmar que aún en las viejas naciones existe el embate de los regionalismos. Entonces, ¿cómo no entender que este embate exista también en las zonas periféricas?

El tema de los regionalismos en Europa (a nivel intra-estatal) y el tema de la región ampliada (a niveles supra-nacionales) en ambas zonas, con sus virtudes y defectos, sigue siendo en nuestro continente un tema que nos ocupa hoy día. No sólo por su indiscutible contenido económico (como señalara Real de Azúa en su momento), sino por su componente político, específicamente por el sentido político que tienen las controversias en torno a los procesos regionales hoy irresueltos, donde la nación y su componente, las nacionalidades, aparecen enfrentados.

Vale decir que el tema de este apartado, y los problemas a los que puede conectarse, no sólo responden a una preocupación original y exclusiva del autor, sino una temática de especial importancia en los años 60 – 70, tanto en el mundo intelectual como en el político y académico.

Real de Azúa, un personaje interesante en el medio intelectual uruguayo y sus aledaños, pero más que nada un hombre de su tiempo, hizo de la pregunta ¿cuánta contingencia política era capaz de dar cabida un país que nació en circunstancias tan especiales y que fue construyendo también unos muy particulares arreglos de

convivencia? un problema articulador de su reflexión a lo largo de toda su trayectoria intelectual. En forma derivada de lo anterior se impondrá el análisis sobre los límites del derecho y la contingencia de la política en circunstancias históricas específicas, y en consecuencia, sobre el quiebre del Estado de derecho y la sobrevivencia o no de las instituciones propias de una democracia.

La creación de la Banda Oriental es interpretada como resultado al contrapeso de la omnimoda presencia de Buenos Aires y, por supuesto, de los peligros que implicaba la provincia lusitana. El nacimiento de Uruguay como nación derivó de una plaza fuerte, de una región fronteriza, de una ciudadela, zona casi desconocida de un imperio español cada vez más amenazado por otros imperios aún más rapaces. La estructura virreinal, al igual que el resto de América Latina, se caracterizó por la coerción, la burocracia y el autoritarismo del "iluminismo borbónico".

Por tanto, la Banda Oriental es un país constituido de una delimitación territorial, presentado como producto de una ciudad portuaria sujeta a tres jurisdicciones: Buenos Aires, Yapeyú y Montevideo. Una configuración nacional condicionada por la diversidad política y el arbitrio de virreyes y gobernadores que desconocían la propia tierra. A esta conjunción se agrega la aparición en 1811 de lo que se denominó la impronta artiguista.

En la reconstrucción histórica del nacimiento nacional el autor se detiene en los años 1819 y 1820 para reconocer el carisma de Artigas, a quien otorga excepcional autenticidad frente a otros caudillos, los cuales

Sólo se sostuvieron cuando tuvieron una función efectiva que cumplir: intermediación, reparto, saqueo, mediatización a una intervención extranjera, voz de un grupo sin expresión política adecuada [...] Este es el caudillismo y el caudillo que acuna y prefiere la interpretación romántico-partidaria.

(Real de Azúa, 1997:141).

Para nuestro autor, José Gervasio Artigas es un caudillo con un proyecto de nación ampliada, definiéndolo con don de gracia, autoalimentación de prestigio sin investidura política pero con algo que ofrecer o alguien a qué servir, elementos que poco conoció nuestra historia. Interpreta al artiguismo como el representante más idóneo de una ética política y de un proyecto latinoamericanista. Utiliza la alegoría de lo que debía ser la función que un ejército de "pie en tierra", esto es, capaz de defender valores nacionales, éticos y políticos.

En este sentido afirma que

Un lustro más tarde había aprendido que toda patria nace y muere en torno a un puñado de desesperados, que con las armas en la mano hacen de las exigencias de su acción la ley suprema de conducta. El pueblo reunido y armado se sostuvo con la admirable fuerza que Virgilio fijó en un verso inolvidable: 'una salus victis nullam sperare salutem'⁽¹⁾.

(Real de Azúa, 1997:158).

Queda claro que sus afirmaciones están dadas sobre el reconocimiento de la manifiesta debilidad en la base histórica de la independencia nacional. Dentro de esta búsqueda histórica exhaustiva son pocos los personajes a los que otorgue un lugar tan protagónico, como es el caso de Artigas. Señala la persistencia de su pensamiento respecto de la construcción de 'la Patria Grande', "las numerosas y explícitas manifestaciones con que Artigas expidió su pertinaz voluntad de no romper los vínculos que ligaban la Banda Oriental con las restantes regiones de la zona platense, han representado siempre un denso punto de perplejidad para la apologética independentista usual" (Real de Azúa, 1991:76).

Alrededor del tema de la Patria se constituirá una especie de misterio histórico, el cual se mantiene aún en nuestros días, en tanto elemento clave que persiste en occidente (a pesar de la guerra, del nacionalismo y del multiculturalismo). Sobre esta base, una de las preguntas que realizó, es si en el primer cuarto del siglo XX es posible concebir "un proyecto nacional basado en una estructura confederal laxa sin centros urbanos de consideración y sin clase dirigente letrada" (Real de Azúa, 1997:56).

Lo cierto es que la invasión portuguesa canceló el programa intentado por Artigas y el territorio de la Banda Oriental fue saqueado por diversas fuerzas, lo que llevó a sectores importantes de la sociedad a intentar compatibilizar el dominio extranjero con la constitución de un Estado propio. Los diez años de dominio de la ocupación del Imperio Cisplatino dejó una honda huella en la conciencia nacional, en lo que concierne a cómo hacer frente a la visión lusitana de corte imperial y las consecuencias político-sociales e ideológicas de dicha ocupación.

Por otro lado, existió la pretensión hegemónica de Buenos Aires con su proyecto anexionador, del cual la Banda Oriental sufrió con sus contradicciones internas y sus luchas intestinas. A todo ello debemos sumar el histórico "movimiento fraterno" con las provincias litorales, en las que el corazón del viejo artiguismo aún latía, aumentando el dramatismo del pacto o nacimiento de la nación.

La larga mano del pujante imperio inglés encaminaba su acción mundial a allanar los caminos para la expansión del capitalismo industrial y comercial. Esta

(1) "La única salvación de los vencidos es no esperar la salvación"

conjunción de elementos conlleva a concluir sobre “cuál fue el determinante de la decisión que hizo del Uruguay el ‘estado tapón’ del costado sur atlántico de América, la pieza maestra de la libertad de navegación y de penetración en toda el área” (Real de Azúa, 1997:57).

La comprensión del reconocimiento de “un otro” conduce a la interpretación de un tema clásico en el Río de la Plata: la oposición caudillos-doctores, civilización o barbarie, pueblo-antipueblo, campo-ciudad. Problema hasta nuestros días insoluble ¿Es quizás forzar demasiado un concepto si lo trasladamos al planteo hegeliano de la relación amo-esclavo? ¿Siguen siendo los “dueños del país” los mismos sectores tradicionales, que han digitado la política, siempre, detrás del escenario?

¿Dónde se encuentran los principios ordenadores constitutivos y constituyentes de una nación? Es sobre esta pregunta que los temas claves como liberalismo, totalitarismo, nacionalismo e imperialismo, aparecen en la obra de Real de Azúa como una preocupación permanente e intencional de desglosar zonas profundas discusiones estériles, diletantismos y confusiones ideológicas. Esto fue obsesión permanente cristalizada en constantes intentos de otear con una nueva mirada un tema tan sentido y controvertido como es la construcción del ser nacional.

Su primera crítica hacia las interpretaciones tradicionales apunta a la resistencia que la entidad estado nacional presenta para un ‘análisis objetivo’. Así, observa que “pareciera existir en todas partes una tendencia incoercible a ritualizar la fuerza de los dictámenes tradicionales sobre la cuestión, a preservarla, por una especie de sacralización o tabuización, contra todo revisionismo y cualquier variación crítica” (Real de Azúa, 1997:15).

Por cierto, la crítica contra los fundamentalismos políticos, en el sentido de “nuestros mayores mandan” y son los hacedores de la historia oficial, demandó al autor enfrascarse en apasionadas y ácidas polémicas con historiadores de su generación que, en cuanto a los recursos metodológicos tradicionales lo cual implicó un debate historiográfico y político contra la indiferencia o negación de “lo nacional” y la ocultación de la importancia del vínculo con lo regional.

El tema de los regionalismos en Europa y el tema de la región ampliada en ambas zonas, con sus virtudes y defectos, sigue siendo en nuestro continente un tema que nos ocupa hoy en día. No sólo por su contenido económico, tal como señala nuestro autor, sino por su componente y necesario sentido político. Buscar formas políticas y culturales para escapar de falsos nacionalismos es un deber de nuestras sociedades. De acuerdo con Nun, la nación y la integración, lejos de ser incompati-

bles, se potencian (Nun, 2006:56). Idea que ilustra en la metáfora de Amos Oz para que pensemos las naciones como penínsulas: una mitad unida a la tierra (a la propia historia, costumbres y tradiciones) y la otra mitad con cara al mar (abierta a la integración y concertación). El tema de la construcción del “ser nacional” y la formación de “conciencia nacional” se encuentra indisolublemente ligado a la posibilidad de una alianza regional, tema que no desconoce Real de Azúa.

Son múltiples las problemáticas con que el autor transversaliza los temas expuestos, donde va introduciendo diferentes temas y variables; variables que a la vez que hacen más compleja la ecuación de su obra, van preparando el terreno para su resolución y dilucidación finales. Ejemplo de ello son:

1. Su crítica a la interpretación histórica adversa a las tradiciones en las que se funda la credibilidad nacional.

2. La necesidad de un planteo académico de lo nacional no en términos inevitablemente estereotipado o esquematizado, sino, por el contrario, como factor interviniente a la hora de conformar un dinamismo colectivo, esperanza, orgullo en lo conquistado y en las metas a alcanzar como nación. La interpretación de lo nacional a partir de la politización partidaria o grupal fue la forma distorsionante a la hora de construir un sentido nacional, que resultó, por lo menos, inexacto.

3. La necesidad de ir contra los fundamentalismos políticos que han fijado y restringido a la vez un camino de “vivir nacional”. Se hace necesaria una movilización colectiva con validez común de manera de construir positivamente puesto que

La vida personal y social son perspectivas y están disparadas hacia un contexto incesantemente nuevo para que sólo relativamente valgan las inducciones de cualquier experiencia decantada, puesto que imposiciones, desafíos nuevos, imponen la invención de ideas igualmente nuevas que sólo muy analógicamente pueden nutrirse con las lecciones de lo ya vivido.

(Real de Azúa, 1997:17).

4. La afirmación de que:

Uno de los rasgos mas firmes de nuestro tiempo es que la masa de conocimiento científico disponible sea tal vez lo más esencial. Si esto siempre fue así la indecisa instancia presente que tantos designan como postmodernidad le ha dado la relevancia más conspicua.

(Real de Azúa, 1997:17).

Las motivaciones ideológicas políticas que dogmatizan la realidad constituyen, así como el discurso sobre la inespecificidad de las funciones del conocimiento científico, uno de los peligros principales para la consolidación de valores que permitan priorizar la necesidad de pensar los temas del desarrollo.

Nuestro autor otorga al conocimiento múltiples funciones; algunas de ellas tienden a presentarse en el plano psicológico o existencial en forma autónoma. Por tanto, la función descriptiva-explicativa y la argumentativa-justificativa se constituyen en una de las más habituales.

Todo el progreso de la ciencia histórica se ha ganado insistiendo en el primero, el descriptivo (o narrativo) y explicativo de los términos de la antítesis. Inocultablemente, empero el tema de la independencia nacional se ha movido por lo general sobre el quieto argumentativo-explicativo [...] embanderado ardorosamente a veces, el abogado reemplaza o desplaza al examen historiográfico desapasionado.

(Real de Azúa, 1987:326).

5- La necesidad de reformular los indicadores de la nacionalidad tanto en el plano objetivo, fáctico de la viabilidad, como en el psicosocial o subjetivo implicado en la construcción de consensos (“voluntad nacional o ser nacional”).

El tema de la formación de la conciencia nacional llevó nuestro autor a polemizar con los historiadores que desarrollaron la tesis independentista tradicional, las tesis de la tradición marxista y también las revisionistas.

En este sentido en el texto “Los orígenes de la nacionalidad uruguaya” (1991) el autor construyó una serie de hipótesis sobre la conformación de la conciencia nacional desarticulando los conceptos “tradicionales”, los llamados “revisionistas” y confrontando con autores marxistas. Realizó una exhaustiva investigación de textos, documentos, fuentes primarias, fuentes secundarias y ‘adendas’ donde se señala los peligros de la ideologización política que dogmatizan la historia nacional. Lo que él buscó fue encontrar una ‘historia’ fuera de la órbita mitológica a nivel explicativo, para desarrollar concepciones con criterios científicos.

La polémica fue muy dura y farragosa, los argumentos algunas veces pasaron de lo meramente académico a acusaciones político-personales, sobre todo porque trataba de mostrar que todo el discurso histórico estaba montado invariablemente en un lote de presunciones. José Luis Romero señala cómo la corriente romántica de tanta influencia en el Río de la Plata, exaltó los valores nacionales a veces míticamente, a veces mutando acontecimientos, a veces creando héroes y villanos (Romero, 1987:15). La pasión permeó esta discusión a la cual Real de Azúa como intelectual trató, según afirma, de ponerle “paños fríos”: “nosotros nos encontramos entre los que creemos que la historia debe escribirse a la temperatura normal del espíritu. Ni frío, ni febricitante ni energuménico, o, lo que quiere decir lo mismo, que no debe escribirse como tesis” (Real de Azúa, 1997:26).

La compleja formación nacional y el proceso independentista del Uruguay se realizaron en medio del signo del apresuramiento judicial global, y según afirma, acompañado de una postura apodíctica que preestablece la primacía absoluta, o por lo menos, absolutamente mayoritaria y prácticamente invariable, de voluntad autónoma oriental de índole tempranamente nacional, condenando todos los acontecimientos que no dieran cuenta de dichas afirmaciones.

Retomando el pensamiento de Raymond Aron, el autor expresa que esta situación hacía caer en trampas de coherencia típica de todo historicismo ingenuo en que la historia se construye a partir de deducciones forzadas, excesivas que se pueden extraer de documentos donde se “buscan” evidencias más allá de todo lo razonable.

Ante la falta de test científico, se pregunta sobre la imposibilidad de discriminar fluidamente entre significados, con los cuales cualquier historiador sensato deberá enfrentarse con una gran cautela y enormes perplejidades. Por tanto, su pregunta es:

¿Qué se debe imputar, por ejemplo, auténticas resistencias al obvio afán centralizador y absorbente del gobierno oteño en los de Rivera y Lavalleja, y que a los impulsos hegemónicos y connaturales con la misma práctica y vocación caudillesca a los celos sensibilísimos de los jefes, y que a transitorios aflojamientos del aliento independentista popular, etc.?

(Real de Azúa, 1975:29).

La crítica a la visión tradicional está fundada en el vaivén del literalismo en el análisis de los documentos. La postura del autor se basa en la crítica a estilos de pensar que pueden incidir sobre materias o tema muy variados. Por tanto, las tesis independentistas tradicionales deberían, para el autor, “ostentar una más baja aleación de sofismas, elusiones, juicios indocumentados y meramente presuntivos, meras hipótesis que sin el menor esfuerzo de verificación pretenden hacerse pasar por verdad forzada” (Real de Azúa, 1997:31).

Para Caetano y Rilla recién podemos encontrar el primer imaginario nacionalista uruguayo en las últimas décadas del siglo XIX cuando Uruguay adquirió un primer impulso modernizador de sesgo capitalista, asociándose la perspectiva nacionalista en el plano simbólico con la experiencia anclada en la “excepcionalidad nacional” promulgada por el primer batllismo. En la búsqueda de los orígenes de la conciencia nacional Real de Azúa, a pesar de la reconocida “fragilidad” del proyecto y de las élites locales para implantar un modelo propio y auténtico, indaga sobre tiempos más remotos (Real de Azúa, 1987: 97).

Sin duda, parte de la originalidad del trabajo del autor consiste en prever históricamente el desarrollo y la consolidación de los particularismos territoriales, conjuntamente con la idea artiguista de consolidación de la gran nación.

Nos encontramos con cuatro temas fundamentales en el abordaje en relación a la conformación de la nacionalidad:

1. La convención preliminar de 1928.
2. Los indicadores de variabilidad que definieron, en el plano fáctico, la viabilidad de la nación y en el plano psicosocial el proceso subjetivo del consenso o voluntad nacional que se desarrollan en los debates de 1860.
3. La antología de textos sobre la cuestión nacional y, por último,
4. La teoría de la construcción nacional, tal como se plantea en la sociología histórica contemporánea.

El autor parte de una afirmación contundente: "Uruguay y su predestinada diferenciación desde el inicio: "una visión histórica, genética y estrictamente acumulativa donde los indicadores confluyen en la diferenciación y el conflicto a lo largo de los dos siglos" (Real de Azúa, 1971: 186).

Los factores que llevaron a la diferenciación prematura serían de índole:

1. geográficos, "arcos de grandes ríos",
2. determinantes sociales y psicosociales: "aspereza del medio, virilidad y manzana de discordia entre España y Portugal",
3. factores demográficos: "simpatía indigenista",
4. determinantes jurídicos,
5. frondosas y entusiastas versiones providencialistas de la 'individualidad uruguaya',
6. rivalidad con Buenos Aires, antagonismo y hostilidad tradicional, el puerto como punto de competencia fundamental (Real de Azúa 1991:67).

En la lectura profunda de la extensa bibliografía del autor debemos señalar un concepto que aparece prematuramente en la literatura uruguaya gracias a Real de Azúa; nos referimos a la palabra "Contingencia", asociada íntimamente al concepto de posmodernidad.

¿Qué señala como contingente? "El destino de nuestra ciudad, de no producirse la ruptura que implicó la independencia patria, el haberse convertido la fiel, la reconquistadora, capital de la banda este en centro señero de una unidad imperial liberalizada y modernizada" (Real de Azúa, 1991:68).

Sobre el tema nos dice Halperin Donghi:

El mismo surgimiento de una nacionalidad en Uruguay le parece colocado bajo el signo de esa contingencia, hasta mucho más tarde de lo que generalmente se admite; ello le permite no sólo eludir las acrobacias interpretativas que hacen posible algunos historiadores prolongar hacia el pasado la prehistoria del sentimiento nacional uruguayo, sino registrar sobriamente el consenso patricio que por un instante rodeó a la Cisplatina.

(Halperin Donghi, 1987:31).

En este mismo sentido nosotros nos encontramos con un proceso de lectura exhaustiva que realizó Real de Azúa de las distintas corrientes historiográficas uruguayas y su relación tan controvertida con el imperio y con Buenos Aires. Estas profundas investigaciones explicarían por ejemplo, la función del gobernador Elío y su antiporteñismo vivido en el país como otra manifestación de la versión tradicional, que insiste en el antagonismo con Buenos Aires. Interpretando desde una nueva mirada la función de las ciudades hegemónicas en el origen de las nacionalidades.

Realizó, también, una consulta bibliográfica profunda que le permite señalar el conflicto inter-clasista, pugna entre monopolistas y contrabandistas de ambas orillas con intereses urbanos y rurales. Pese a sus críticas a las concepciones más tradicionales, no deja de señalar la existencia de proyectos especiales de la corona española hacia Montevideo con la fundación del cuerpo de blandengues en 1797 como manifestación de la integración de Montevideo a la corona española en 1812. Observamos que la lucha por la primacía de los puertos del Río de la Plata se transformará en el eje más importante del proceso de comercialización de larga data.

Señala que, dada la ambigüedad de las ideologías y la naturaleza dialéctica del desarrollo histórico, el caso de Artigas late en las aseveraciones de un lote de historiadores y polemistas sobre las interpretaciones independentistas del país.

Para algunos autores el pueblo oriental se hizo nación en la experiencia de la Redota o el Éxodo, migración masiva que habría comportado el embrión de un Estado donde los procesos revolucionarios estarían en función de la defensa de la soberanía del pueblo y la nacionalidad fundada en la soberanía particular. Asimismo en este ideal de confederación vemos cómo en las notas entre Buenos Aires y el Paraguay se conforma una nacionalidad ya perfilada en la que aparecía una combinación entre la vocación autonomista de los pueblos y la unidad política rioplatense.

Adentrarse en el proceso del federalismo artiguista para la futura independencia es una manera de buscar la explicación que se recupera con el tema de los regionalismos. La idea artiguista de la confederación logró tomar vida

tan sólo durante los años 1815 y 1816, período al que le siguieron los años de la ocupación y creación de la Provincia Cisplatina. Lo que se señala es la diversidad de comportamientos, donde la suerte individual o grupal tendrá una enorme importancia en lo que representó el modelo viable independentista. Marcamos la pluralidad de direcciones y la ambigüedad de actitudes en el sector dirigente oriental que, en este período, tuvo las manifestaciones más diversas y menos mensurables.

La idea independentista y la factibilidad de constituirse como Estado independiente suscitaban contradicciones en el sentido político habitual; es clave la puja existente entre la tesis independentista y aquella representada en la opción de la unión con las demás provincias argentinas.

Es en este marco que se desarrollaron varios discursos de 'disculpas' y 'justificaciones' en torno al proyecto de construcción nacional: 1. la tesis del error, 2. la de la máscara, 3. la necesidad subconsciente e irracional de un querer independentista absoluto, 4. la tesis de unión y unidad, designaciones incorrectas de una intención diversa, 5. una voluntad de unión y unidad revocable y condicional, 6. unión sin contenidos y víctimas de las trampas del lenguaje, 7. una decisión de unidad por la cual la provincia oriental era independiente y nadie tenía derecho a ella.

Estas tesis intentan redondear el dialéctico contrasentido de una heteronomía en la que se abdicó de una autonomía momentáneamente asumida en la asamblea de la Florida, impidiendo sus delegados de poder efectuar su declaración en uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria.

El problema historiográfico que se plantea como insoluble es globalizar actitudes identificables imputándoselas a entidades supranacionales (estados, gobiernos, naciones, imperios) y ello especialmente cuando deben hacerse en períodos de tiempo relativamente dilatados y sobre el seguimiento de personalidades o elencos políticamente diferentes. Es en este sentido que el autor analiza desde octubre de 1822 hasta 1825 el ambiguo rol que jugó Bernardino Rivadavia con respecto al destino de la Banda Oriental, en la cual la argumentación más poderosa que el argentino asumía era el espectro de la anarquía montonera y la imposibilidad de la construcción de un estado moderno.

Tanto en la Banda Oriental como la Confederación argentina, ambas inmersas en un juego de negociaciones directas con Brasil, surge lo que se denominó el espíritu de patriotismo (abril de 1825). En este sentido el revisionismo histórico

ha destacado el comportamiento porteño como indicador inequívoco de la vocación irremediamente anti nacional del unitarismo.

Buenos Aires, afirma el autor, "vivía con brío y deslumbramiento el proceso de su crecimiento local, el modelo a tamaño reducido del trasplante civilizador" (Real de Azúa, 1991:102). Los intereses porteños oscilaron entre el deseo de tener a Uruguay como feudo productivo y gran estancia de sus empresas ganaderas y el temor al federalismo oriental y "la eventual influencia deletérea que la provincia podía tener sobre las otras, tan precaria y transitoriamente domeñadas o desglosadas, así como los logros evidentemente positivos de la obra modernizadora, impresa por Buenos Aires desde 1822" (Real de Azúa, 1991.204).

Respecto al papel de la conciencia nacional, el autor afirma que se fundó en la aceptación de la tesis de "la máscara del acto de unión" y la postura historiográfico-independentista, apareciendo considerables coincidencias entre jefes porteños y orientales, en especial entre Lavalleja y los generales Martín Rodríguez por un lado y Carlos de Alvear por otro. En ese sentido, realizando una profunda crítica Hernández Arregui define la conformación del "ser nacional" como

Una comunidad establecida en un ámbito geográfico y económico, jurídicamente organizada en nación, unida por una misma lengua, un pasado común, instituciones históricas, creencias y tradiciones también comunes reservadas en la memoria del pueblo y amuralladas, tales representaciones colectivas, en sus clases no ligadas al imperialismo, en una actitud de defensa ante embates internos y externo.

(Hernández Arregui, 1973:313).

Observando el choque entre Buenos Aires y la Banda Oriental vemos, por un lado, la concepción de un ejército nacional que incluyera "la Patria grande", pero por otro lado, los reflejos 'localistas' del pueblo en armas que configurará el independentismo oriental o la Patria completa.

¿Cómo recuperar la historia de nuestra América Latina? ¿Cómo reflexionar sobre procesos donde la sobreabundancia de datos, pero también de distorsiones interpretativas con sesgo políticos-ideológicos, han logrado opacar procesos tiñéndolos con arbitrarias conjeturas?

La intención del autor es realizar una deconstrucción de "mitos" en una doctrina que posee especial vigencia en la órbita educativa. Denuncia, como ya señalamos, apresuramiento de una postura apodíctica de absoluta mayoría de voluntades independentistas. Existiendo una actitud inductiva, donde el prejuicio y la ambigüedad se manifiestan en una sola dirección, a ello se suma la carga ética de acentos normativos y valorativos, el indudable recurso de las deducciones

nes forzadas, más allá de lo que los documentos permiten. Existencia de meras presunciones, sin el menor esfuerzo de verificación; una relevante tendencia del literalismo al inefabilismo; la imposibilidad de detectar con certeza los ánimos psico-sociales existentes en la época. Agrega, además, el terrible equivoco que produce la utilización de un lenguaje ambivalente, donde significados como: Patria, Nación Independencia, Libertad, han sido transformados por la historiografía, la ciencia política, la lingüística o la sociología (en una universal polisemia del lenguaje político), cargado por las más diversas connotaciones.

Las personalidades intervinientes y las divisas partidarias pusieron diversos énfasis en los roles de los caudillos nacionales, así el Partido Nacional destacó el heroísmo de Lavalleja, mientras los sectores colorados enfatizaron las cualidades nacionales de Rivera. Para las divisas partidarias el resultado final de la contienda se explica hartó fácilmente. Lavalleja era porteñista, como fue más tarde federalista, lo que hace lógico que mientras mantuviera la preeminencia política, fueran los acentos unionistas y anexionistas los que predominaran.

Manteniendo una ecuanimidad metodológica, de la cual trata de no apartarse, Real de Azúa señala la existencia de una vitalidad creciente de las posiciones independentistas, apreciando en su justa medida el alcance de ellas. Resaltando lo difícil que fue "incomunicarse" del conjunto platense, de modo que el proceso de diferenciación de los países limítrofes fue lento y complicado.

Al señalar la cuestión de la voluntad independentista, resaltó la necesidad de analizarla desde por lo menos dos variables: como una cuestión de vitalidad o querencia colectiva de sesgo acentuadamente voluntarista o subjetivista que supone la construcción de la nación, o aquella que está permanente ligada a los términos de la "viabilidad". Problema aún en discusión sobre la viabilidad de un país pequeño, rodeado de grandes países.

La concepciones revisionistas de la historia anidaron en Uruguay, realizando otra posible interpretación sobre el proceso independentista. La ayuda solicitada en los años de 1822- 24 chocaron con el unitarismo de Rivadavia, para quien los "Caballeros Orientales no poseían representación suficiente". En realidad los argumentos rivadavianos ocultaban el temor al espectro de la "anarquía montonera". La reticencia de los unitarios a la consolidación de la Patria Grande está permeada por los miedos de una resurrección federalista disgregadora y la reaparición de los caudillos, imágenes negadas contra todo intento de unidad de las provincias. "El revisionismo histórico ha destacado este comportamiento porteño como indicadores inequívocos de la vocación irremediamente antinacional del unitarismo" (Real de Azúa 1987:102).

Afirma el autor que ese bloque de poder que representaba el partido unitario y el interés agro comercial osciló entre "el Uruguay productivo" como una gran estancia de sus empresas y el temor al federalismo oriental y la eventual influencia que podría tener sobre las otras provincias tan transitoriamente domesticadas. La continuidad de la polémica y el sentimiento antiporteñista perduró, y aún perdura a través del tiempo, de la misma manera que la imputación de arrogancia a pesar de ciertos sesgos ideológicos comunes que, sobre todo, caracterizaban a la clase dirigente de ambas orillas. Todo esto no contribuyó a borrar el recuerdo de dependencia e intervención desembozada de Buenos Aires; tampoco la idea de que la creación de la Banda Oriental era resultado de una "inversión inglesa", y cuyo fin era un "paisito sin futuro".

Casi un siglo después la polémica que permanecía larvada se aviva, al fuego de la interpretación del revisionismo histórico-ideológico de los historiadores argentinos.

En forma muy drástica y a veces hartó simplista esa corriente ha tendido a ver en la independencia uruguaya un episodio, un paso más en la balcanización sudamericana y argentina, un proceso promovido de consuno por la carencia de sentido nacional de las minorías portuarias y una artera política exterior británica siempre movida por la consigna del *divide et impera*. Lo concreto es que el revisionismo argentino logró en estas orillas una gran cantidad de prosélitos.

(Real de Azúa, 1987: 85).

Nuestro autor tiende a apoyarse más en las tesis tradicionales, ante lo que llama cierto energunismo de las tesis revisionistas, aceptando la necesidad de un más vasto cotejo con otros procesos de implantación y construcción nacional que permitirían aclarar el nuestro y conformar una cultura histórica digna de acercarse a la condición de definitiva.

Respecto de esta teoría distingue la tesis del revisionismo de izquierda y de derecha, que, con diferentes motivaciones, refuerza un estereotipo en el cual se tiende a poner explícitamente de manifiesto la posición doctoral, liberal, urbana y europeizante, donde la masa cumplió un papel socialmente sumiso, obediente y fácilmente manejable, despreciando por liberal y perfeccionista el género intelectual.

El revisionismo de izquierda comparte el mismo desdén hacia los intelectuales, como asimismo a los "oligarcas" y los doctores por ser, en suma, una elite conservadora y utilitaria del caudal popular. Siente un profundo afecto por la "masa criolla" que, aunque se hallaba inarticulada, poseía la capacidad de acción

progresiva, donde el apoyo incondicional al caudillo logra encausar la creatividad de la masa, dotándola de un imaginario autonomista y nacionalista.

Finalmente, cabe preguntarse qué lo une y qué lo separa de la tesis marxista. Una 'coincidencia' con los historiadores marxistas es que intentan desenmarañar la 'realidad oculta' a través de un método que aborda la parcialidad, siempre negando la totalidad histórica ("como proceso unitario"). Sin duda las lecturas de Antonio Gramsci lo ayudaron a escapar de los totalitarismos intelectuales.

Sin embargo, parece conceder a las elites dirigentes la fuerza motora del desarrollo histórico nacional, percibiendo en las contradicciones de clase un factor importante en el proceso en cuestión, a lo que se suma un especial énfasis en el estudio del papel histórico de los grupos más oprimidos dentro de nuestra formación nacional.

Su perspectiva parece más cercana a la concepción de Lukács, a quien leyó y citó en sus últimos estudios profusamente, como lo ejemplifica la transcripción de este párrafo.

La contraposición entre la descripción de una parte de la historia y la descripción de la historia como proceso unitario no es una diferencia de alcance sino una contraposición metódica, una contraposición de puntos de vista. La cuestión de la captación unitaria del proceso histórico se presenta necesariamente en el tratamiento de cada época, de cada campo parcial. En este punto se evidencia la significación decisiva de la consideración dialéctica de la totalidad. Pues es perfectamente posible conocer y describir muy correctamente en lo esencial un acaecimiento histórico sin ser por ello capaz de entenderse ese acontecimiento como lo que realmente es, según su función en el todo histórico al que pertenece, o sea, sin conceptuarlo en la unidad del proceso histórico.

(Lukács, 1969.14).

La línea de los historiadores marxistas es teóricamente considerada por el autor como leninistas. Es desde esta óptica que se suman a la tesis independentista, indicando dos problemas: a) el continuismo de la ortodoxia historiográfica, al recordar el apoyo británico al Brasil oficial; b) el desconocimiento de los imperativos subjetivos o la posibilidad de una acción sin el componente exclusivamente económico-racional.

Empero, la lista de reproches o reticencias (según Real de Azúa) 'las trabas que dificultan la labor histórica marxista', resultó aquí más numerosa: cierto enfoque reduccionista, la falta de un sistema de mediación verdaderamente eficaz para el esclarecimiento de conductas personales.

(Caetano y Rilla, 1987: 97).

Una mirada hacia adentro: el patriciado uruguayo

Los convulsionados años 60 no transformarán las preocupaciones socio-políticas del autor; por el contrario, incitan su pasión por la interpretación de un pasado que cobra por estos años y, por qué no también, en los actuales una primordial significación. Su visión del patriciado uruguayo es producto de este sentimiento de búsqueda, explicación e interpretación de los procesos históricos, de los cuales se derivan sus proyecciones a futuro, vislumbrando el manto oscuro que cubrió gran parte de la América Latina.

Dice Halperin Donghi que "El Patriciado" es la más feliz de las obras de Real de Azúa. "Esta perfecta joya de la historiografía hispanoamericana es ante todo el fruto de una afinidad profunda entre el autor y su tema. "Se apoya en un material excepcionalmente rico "admirablemente controlado, se ubica bajo el signo del gozo más bien que del esfuerzo". (Halperin Dongi, 1987: 14).

Uno de los mayores méritos del libro es la lograda reconstrucción del patriciado, a través de la elección de ciertos problemas profundos que permite un análisis de las oligarquías y su supervivencia a pesar de las tormentas políticas. Real de Azúa puede analizar dicho universo, que no llega al centenar de personas, por conocerlo desde sus raíces, contrastando ese saber a través de fuentes muy importantes pero también desde un saber interno del sector.

Una segunda virtud a señalar es la manera en que el autor se plantea autónomamente los problemas, dejando de lado a los historiadores 'eruditos'.

A ello debemos sumarle la definición precisa de la base económica del patriciado y su función en lo político-administrativo, y la visualización de cómo el germen de una economía autónoma se vio frustrada por presión del imperialismo. La aparición de un nuevo grupo terrateniente anglo-germano se incorpora al patriciado tradicional, transformando algunas de sus formas de vida y pensamiento. Para Real de Azúa el problema de la decadencia del patriciado y la magnitud que se le concede depende de la imagen que se tenga de este grupo en su apogeo.

Por esto, al recobrar los orígenes de la nacionalidad el tema del patriciado es ineludible, de acuerdo con Halperin Donghi, que en Uruguay como Argentina surgen las mismas reconstrucciones históricas que intentan dar cuenta de nuestros procesos políticos similares; por ejemplo, la historia social inglesa. Sin embargo, no es este el caso de Real de Azúa, quien sostiene convicciones muy profundas

con respecto a la especificidad del patriciado uruguayo, dando así una imagen más matizada y exacta de las tensiones del grupo.

Lo que es de difícil resolución en el texto de Real de Azúa es esta comunión de sentimientos y convicciones, de las cuales provienen algunas de las debilidades de la construcción general.

Como señala Halperin Donghi:

Cuando al linaje de los Batlle, esos tráfugas del patriciado aquí perseguidos con incansable saña, se lo acusa de haber contagiado a una entera nación de su falta de conciencia de lo nacional, se deja de lado el hecho, la ausencia por entero del grupo patricio que no se caracterizó —no podría haberse caracterizado— por el vigor de sus sentimientos nacionales. Esta insuficiencia no tiene nada de extraño; se vincula con el destino de este grupo y es más bien que su culpa una de sus desdichas.

(Halperin Donghi, 1987:10).

Ser patricio significa para nuestro autor una situación de jerarquía superior, una pertenencia a las clases altas, una noción de destino vinculada a un destino histórico dado, explicación de una intervención incisiva e importante en la vida pública, no referido estrictamente a lo político sino a lo económico, a lo cultural y social. “Significa una vinculación con la ciudad y de apego a formas civiles de vida, un mínimo de dignidad o decoro exterior que marque la importancia de la persona en su continente en su presencia dentro del ámbito de deliberación y de lucha” (Real de Azúa, 1961:10).

Por supuesto está sobreentendido que la calidad ‘patricia’ significa un grado mayor de cultura, aunque esta no necesariamente estuviera ligada a un intelectualismo libresco, sino a un perfil vital que sostenía creencias y actitudes culturales que ellas determinaban.

Es evidente que la clase directora en cualquier sociedad no es necesariamente el patriciado; él toma la concepción de patriciado en el sentido romano en contraposición a la denominada plebe. El patriciado, entonces, estaría asociado por un sector que está ligado visiblemente a lo que es el trayecto inicial de una nación. Asimismo, está ineludiblemente ligado a una constitución política republicana que, en el caso uruguayo, no implica una calificación ética de gente que hicieron la patria, sino de individuos que estuvieron presentes cuando aquella se hizo.

Un grupo patricio es admisible a partir de tres definiciones:

- Patriciado es un rótulo vacío que encubre una pluralidad de clases (estanciera, militar, comerciante, letrada) con lo que los vínculos de identidad

económica, cultural y social son menos fuertes que sus diferencias recíprocas en los conflictos.

- Patriciado es un concepto pluriclasista, históricamente efectivo, en el que conflicto y solidaridades se contraponen.
- Es un concepto referente a una clase fundacional, especialísimo, con conflictos interclasistas que son fuertes pero menos intensos de cualquier manera que las efectivas solidaridades que los unen.

Real de Azúa, elige la tercera opción. Sostiene que el patriciado fue la clase dirigente del principio de nuestra formación nacional y que se integró con distintos sectores. El patriciado fue la clase dirigente en nuestra formación nacional; se integró con distintos sectores (militares, estancieros, burócratas, letrados, eclesiásticos) que aportaron ideales y modos de vida propios, sin que esto implicara una profunda tensión interna para la sociedad. A pie de página, Real de Azúa menciona la construcción de una lista con 115 nombres, propuestos como el núcleo patricio a partir del cual realizará su estudio.

En el mismo realiza las siguientes preguntas problemáticas alternativas. ¿Fue el patriciado uruguayo la alta burguesía de nuestros orígenes?, o ¿fue la clase nobiliaria de afiliaciones hispánicas, una aristocracia ad-hoc de cuño local con credenciales hispánicas, poseedora de la tierra, dueña de tradiciones, modos de vida, mentalidad precapitalista y pre-burguesa?

Su respuesta se construye a partir de la complejidad. Acuerda que en el Río de la Plata no ocurrió nada semejante a la aristocracia de países como México o como Perú; antes bien, sus orígenes son modestos. Algunos altos funcionarios civiles y militares españoles —los Zavala, los Alzáibar, etc— fueron grandes latifundistas y serían a los que se puede atribuir la calidad de nobleza rioplatense. El proceso revolucionario dispersó a la mayoría de ellos, exiliándolos. No existió pues, en términos relativos, una riqueza sólida de la aristocracia española, y tampoco puede señalarse el traslado al país de una clase de este tipo. Simplemente lo que aparecen son funcionarios que estaban cerca de gobernadores y virreyes.

Balanceando con cuidado todo lo anterior, es posible sostener que al margen de muchos humos, de numerosas presunciones, remanentes, la tendencia central fue la de un progresivo borrar de todas las distinciones sociales venidas de España, si bien no ocurría lo mismo con las aquí determinadas por la fortuna y el exilio. Se ha señalado cómo algunas familias prescindieron de la partícula “de” que acompañaba su apellido, democratizándose por esta ahorrativa vía. El mismo término de patriciado cuando aparezca se cargará entre nosotros de esta tensión igualitaria.

(Real de Azúa, 1961:18).

Como consecuencia de lo anterior, desde el inicio de la política uruguaya es difícil distinguir categorías distintivas basadas en un orgullo general de población nativa y fundadora, y a medida que pasa el tiempo será difícil hallar indicios de una realidad psicológica y social de este tipo. Por ello la palabra patricio prácticamente no existe en los estudios de los primeros historiadores.

La posición de un pequeño grupo de poseedores de grandes extensiones de tierra, la consolidación de un régimen agrario, asociada en términos económicos a actos de ocio y consumo conspicuo, o ausencia radical de espíritu capitalista característicamente burguesas no constituye un patriciado por falta de aparato exterior de títulos y jerarquía que los identifique claramente. Dadas estas afirmaciones, pareciera que en Uruguay la presunta aristocracia ha carecido de varios de los elementos definitorios de una clase nobiliaria normal. El 'punto de partida' (sangre y nacimiento) actuó en el patriciado de igual manera que en las sociedades burguesas modernas.

Frente a la tesis del "feudalismo" agrario y la supuesta identidad de una comunidad en la "estancia cimarrona" que disminuye las diferencias entre patrones y su personal, Real de Azúa advierte que "el argumento de un estrecho vínculo igualitario de tipo vital y emocional es eficaz, pero es corto" (Real de Azúa, 1961:19).

Dado este nivel del desarrollo argumental nos preguntamos sobre su definición de feudalismo, la cual no se corresponde con algunos de los planteos marxistas y no marxistas.

Mientras que para

Pivel Devoto existía un feudalismo agrario oriental por las funciones defensivas en las estancias del Norte, que tendió a congregarse funciones de soberanía indiscutible de patrón, pueblo, comercio, capilla, cementerio y gentes, haciendo de cada establecimiento una fortaleza que se bastaba por sí sola.

(Real de Azúa, 1961:20).

Una de las diferenciaciones con el feudalismo de la edad media es que en Uruguay sí existía (aunque dentro de ciertos límites y alcance) el Estado. A lo que se suma una activa aunque irregular economía de mercado, la inexistencia de indios mansos consecuentemente de las encomiendas y más tarde el desarraigo del peón, su resistencia a la estancia, la incoercible aspiración libertaria que tanto se subrayó en los análisis de nuestra sociedad rural, todo lo cual impediría una concepción clásica del feudalismo.

"Desde 1750 a 1900 nuestro latifundio parece haber vivido en un régimen que no fue ni feudal, ni capitalista, sino una mezcla de esas dos modalidades imbricadas en una dominante nota patriarcal bastante anterior a ellas" (Real de Azúa, 1961:21). Por tanto, es dado concluir que "La clase estanciera y cabildante constituyó el principal caudal que engrosó al futuro patriciado, extender esto más allá no tiene sentido si lo que se está intentando es una tipificación social" (Real de Azúa, 1961:21). En cuanto a las convicciones religiosas, el autor señala que fue el patriciado menos militante de América Latina.

En el siglo XVIII se formaron cuadros del Cabildo y se adjudicaron, desde 1726 hasta la independencia, títulos, primero para gallegos y vascos y a partir de 1800 para catalanes. Estos sectores se sostuvieron practicando la frugalidad y desarrollando capacidad de trabajo, conjuntamente con una escasa tendencia a la escasa imaginación. Con el énfasis en estos valores es que se ha idealizado los procesos de la primera acumulación.

A partir de 1780 se produce la industrialización de la grasa, el cebo y el charque de tasajo, lo que implica la emergencia del saladero.

Montevideo es un puerto natural, y el patriciado no abandonaría la idea de convertirlo en el máximo emporio del Río de la Plata, pese a los impuestos demandados por Buenos Aires en 1808, Rosas en 1835 y la Confederación a partir de ese período.

Entre 1800 y 1810 fueron no sólo los comerciantes quienes amasaron riquezas, sino también los asientos de esclavos. Ante esta situación los hacendados afirmaban que el comerciante no tenía más patriotismo que el interés propio, más impulso que el lucro, ni más actividad que el giro pasivo de comprar y vender. Manuel Belgrano pensaba lo mismo de esta clase en Buenos Aires. Las acusaciones eran múltiples: rutinismo, lucro desmedido, visión angosta de los intereses comunes, localismo. La usura fue un verdadero azote hasta mediados del siglo XIX.

Concomitantemente coexisten una serie de grupos: indios, mestizos, gauchos, la incipiente clase peonal y la futura clase montonera, que no estaban en condiciones de ahorrar en un espacio donde el costo de la tierra era bajo, debido a su baja rentabilidad. Recordemos que sólo se explotaba al principio el cuero del ganado, subiendo algo más el precio del mismo cuando se desarrolló la industria saladera. Sumemos a esta multiplicidad los habitantes de la ciudad, fundadores, descendientes, inmigración artesana y militar posterior.

Por un lado, los poseedores de tierras se contentaban con el poco valor de las mismas, lo que llevaba a que se remataran fundos valiosos sin que existieran ofertas importantes. Por otra parte, quienes apetecían la tierra carecían del dinero necesario para el acceso. La condición de peón era tan deplorable que la mano de obra fue sustituida hacia el último tercio del siglo XVIII por paraguayos.

La clase postergada campesina fue la gran preocupación de Artigas, quien intentó dar una solución a sus reclamos con el Reglamento Provisorio de Tierras de 1815, sector que luego acompañaría las huestes de Fructuoso Rivera.

En este contexto se dan una serie de posiciones no exentas de conflicto. Por un lado la riqueza de los que poseían la tierra, por otro los estancieros progresistas que reclamaban paz y libertad económica, y los comerciantes de Montevideo, grupo que tenía el objetivo del lucro crecido y seguro, ligado a formas de estricto monopolio. El país ayer y hoy sería lo mismo: un país comercial y agropecuario.

El patriciado monopolizó comercio, latifundio y poder económico, establecimientos comerciales y saladeros. Este esquema, del cual es partícipe la historia nacional es correcto; sin embargo es un esquema a afinar.

En relación al tema Real de Azúa retoma la tesis de Edmund Burke (1790), eminente teórico del liberalismo contrarrevolucionario, quien afirma que el gobierno de la sociedad debía descansar en los ricos. Ellos debían asumir la representación de la comunidad entera. La fortuna, decía Burke, daba cultura y conocimientos para el manejo de la gestión, valores supremos del orden.

En el caso de los orientales, la jerarquía social no estaba dada sólo por el prestigio, sino en cuanto se era financiador de los movimientos militares o civiles. El grito de Asencio fue financiado por los patricios Julián y Espinoza, el desembarco de los 33 contó con la generosidad de Tomás de Anchorena. Durante la Guerra Grande, la defensa de Oribe fue una de las más grandes contribuciones de Joaquín Suárez, quien afirmó: "no le cobro cuentas a mi madre".

Sin embargo, Real de Azúa nos recuerda que la posición general del patriciado fue de apartamiento y desdén ante la política, sin ninguna relevancia en los puestos electorales, sin tiempo general para el servicio y el compromiso, y sí para la dedicación exclusiva a sus propios intereses. Nos encontramos con una clase dirigente sin ideología única. A la inversa de lo ocurrido en otros países, en Uruguay siempre hubo variedad de proyectos históricos de dicha clase. Fue después de 1851 que los grandes estancieros extranjeros tomaron el mando para finalizar las revoluciones.

De hecho ya se iban perfilando las diferencias entre un país desarrollado y un país latinoamericano, además pequeño. Los detentores del poder constituyeron una clase unida menos por la homogeneidad en cuanto a la riqueza, que por la educación, los modos de vida y los bienes adquiridos para mantener su status. Ni el sector militar, ni el letrado ni el político representaban una mayoría pudiente; incluso los sueldos militares eran relativamente bajos.

Hacia 1851 lo que quedaba del patriciado reanudó el proyecto del 35: una nación independiente, con vigoroso desarrollo económico basado en la modernización. Pero dicho sector no fue capaz de construir un país abierto a la energía del capitalismo y espíritu burgués europeo. No pudo como cuerpo enfrentar este desafío; así las direcciones de los primeros bancos y la sociedad rural recayeron en manos de extranjeros y sólo participaron algunos uruguayos de vieja cepa. Ya no hay política patricia a desarrollar entre el empuje mesocrático y la poderosa presión inglesa que hacen del Uruguay un rodaje importador-exportador del mercado inglés.

"Se ha dicho que para la formación de una clase alta con prestigio, se requiere: dinero, más inclinación, más tiempo" (Real de Azúa, 1961:122). Como sostiene Wright Mills, siempre hay una clase alta y siempre existen otras que a ella se adhieren, es decir, una aristocracia o un patriciado implican, para su plena vigencia, una aspirabilidad hacia ella de los otros sectores sociales, un deseo de imitación y entrar en contacto. Dicho mecanismo exige un rol canónico importante que entre nosotros no existió.

Después de 1940 el patriciado arribó a un orden estatutario en el que se confundió con pantanosas formas alto burguesas y tendencias burocráticas crecientemente desembozadas. El resultado fue la disidencia de sus cuadros:

Los patricios siempre producen sus disidentes, tanto José Batlle Ordóñez, como Luis Alberto de Herrera tuvieron algo de ello. El primero, llevó al poder a las clases medias y dio lugar a los obreros. El segundo, dio al nacionalismo la base popular privado.

(Real de Azúa, 1961: 123).

La historia del Uruguay está indisolublemente ligada a las divisas partidarias; más aún, se acepta como tesis generalizada que el nacimiento de los partidos es anterior a la creación del Estado. Eso hace de la imbricación entre uno y otro, una tarea difícil.

Como afirma Moreira, "Es el país del continente donde la cultura democrática está más arraigada, en primer lugar, por la longevidad de la democracia uruguaya,

así como por la capacidad de supervivencia que han mantenido las instituciones políticas de la democracia: los partidos” (Moreira, 2004:125).

Uruguay, con una base económica agro-comercial asentada sobre la clase propietaria, hace difícil —si no imposible— su consolidación como una ‘economía de enclave’. A diferencia con el unificado sector dirigente argentino, la particularidad de la naturaleza de ciudad-puerto de Montevideo y el interés subyacente en mantener la unidad imperial tuvo importantes consecuencias y dividió las aguas bipolarmente en Uruguay: el sector blanco (tradicional con predominio rural) y el sector colorado. Entre ellos se desatarán las guerras civiles que asolaran por años el país.

Si bien los caudillos político militares (Rivera, Lavalleja, Oribe) jugaron un rol ‘pontifical’, el juego cuauillesco se caracterizó por la heterogeneidad y bipolaridad, lo cual impidió la formación de un caudillo hegemónico (como el caso de Rosas en Argentina): “por amortizable que la división fuera, siempre pareció capaz de frustrar la conformación de una unidad de comportamiento de grado comparable a la de la clase dirigente porteña” (Real de Azúa, 1964:29).

Al constituirse la nación bajo este sino, los modelos de desarrollo bajo los cuales se asentaron los procesos de modernización fracasaron muchas veces. Real de Azúa afirma, en forma casi benjaminiana:

La historia es un cementerio de posibilidades frustradas —en un último término local— del Paraguay y Uruguay del 65 lleva a pensar si no existió una vía histórica eventual, y un camino distinto a aquél en el cual Europa y después Estados Unidos dirigieron el mundo periférico en su principal provecho.

(Real de Azúa, 1987: 276).

El proceso de constitución del Estado conduce a observar como se alinean los sectores sociales en una constelación típica de la construcción de poder. Dicha constelación también se alejó de las “normas” latinoamericanas. Las clases dominantes, esto es, el patriciado, los sectores agroindustriales, los ligados a la iglesia y el ejército, no se unieron, en una primera etapa, para la construcción de un proyecto hegemónico. Como contrapartida, resultó decisivo para la organización nacional el impulso del Partido Colorado y la integración del ejército a esa fuerza política. “Mientras las guerras civiles, entre 1870 y 1910, constituyeron fenómeno endémico del país, partido y estructura militar representaron verdaderamente algo así como el ala civil y el ala castrense de una verdadera fuerza de ocupación en el Uruguay” (Real de Azúa, 1971:177).

El Partido Colorado quedó definido por el liberalismo doctrinal, con asiento urbano y un fuerte proceso de integración al que se sumaron las olas de inmigrantes de clase media y baja que transformaron el país a partir de 1850. Una especificidad significativa a explicar es la movilidad ascendente, dada por la rápida incorporación laboral y educativa, que tuvieron estos sectores inmigrantes, contrariamente a lo ocurrido en Argentina, donde la clase alta tradicional impuso su dominación hasta el siglo XX.

El final de las guerras y el ascenso de las clases medias confluían para dar cabida a los llamados partidos de masas. La ideología batllista conlleva la idea de partido de gobierno, idea fundamentada en el gobierno como dirección única, rumbo cierto y proyecto nacional. El gobierno es, por tanto, unidad de voluntad e impulso, y debe ser protagonizado por hombres que comparten una misma causa.

Una mentalidad afirmativa e instintivamente dogmática sentía con suficiente fuerza, abrazaba con suficiente pasión sus postulados como para no pensar que la pertenencia a uno u otro partido (que Batlle veía como actitudes enterizas ante la vida, la sociedad y la moral misma) no tuviese que teñir, de algún irrevocable modo, el propio juicio, el trato que los hombres merecían.

(Real de Azúa, 1987:197).

Las características del Partido Nacional devienen de raíces de otro origen: sectores sociales e ideológicos más tradicionales, económicamente más poderosos y fuertemente ligados a la tierra. Pese a todo su poderío, al Partido Nacional le fue imposible integrarse al Estado. El poder de la oligarquía y su capacidad económica encontraron siempre el vallado de la operatividad del Partido Colorado.

El carácter legitimador de las instituciones no se apoyó sólo en una actitud ideológica crédula, sino en razones retributivas sostenidas por un “sistema de compromisos”(clientelismo) que asumía la izquierda política y gremial tradicional.

Ideológicamente es dado señalar un “principismo” liberal democrático europeo, a la que se incorporaron jóvenes del Partido Nacional, universitarios casi siempre, imbuidos por las teorías liberal-democráticas, produciendo gran impacto en los sectores medios, sin que esto se reprodujera a nivel electoral. La docilidad e impermeabilidad a los valores foráneos trajo como secuelas, luego de 1872, cierto ‘vacío de poder’. “Que una clase o un sector social puedan no acertar con el matiz ideológico más eficiente es accidente que no ha dejado de ocurrir y es de creer que fue lo que sucedió entonces con el llamado principismo” (Real de Azúa, 1971:35) a quien nuestro autor llama ‘sarampión juvenil’.

El ritmo de reemplazo en el poder global era ligero, al menos en comparación con Argentina, donde había una sustancial continuidad patronímica. Real de Azúa caracteriza la transición como una "transición a la británica": tan gradual que al terminar el estadio de 'desarrollo hacia afuera' probablemente no se había consumado.

A partir de 1903 el Estado, a cargo de José Batlle y Ordóñez, adquiere una nueva fisonomía, desarrolla una estructura transformadora de tipo social, económico, político y cultural, las que perdurarán durante muchos años. El Partido Colorado logró sólidas bases en el campo y en la ciudad, amalgamando un activo emotivo-tradicional y un fuerte poder de agregación que permitió al Estado un llamativo proceso de modernización, del cual se sienten autores, aún en nuestros días. Se concretó un sistema político llamado de "conciliación" entre el sistema ganadero, comercial y financiero, los sectores medios burocráticos, profesional, militar y pequeño comerciante. Estos se transformaron en una "clase de apoyo", pasando a ser integrantes de ese bloque de poder de tónica burguesa.

El batllismo modelado por don José Batlle y Ordóñez fue un proyecto parecido al Estado de bienestar en Occidente, un radicalismo a la francesa, "con matices laicos y socializantes de un férvido humanitarismo" (Real de Azúa, 1964:44).

La pregunta que se impone a Real de Azúa es ¿por qué se detuvo el impulso progresista que un partido —el batllismo— imprimió al Uruguay en las primeras décadas de este siglo? El autor, con una actitud de cautela, intenta no guiarse por prejuicios. No cree en respuestas claves ocultas, sino en la posibilidad de entendimiento por acumulación concienzuda de rasgos. Así, no dará respuestas fáciles como: 'el propio proyecto ya tenía sus trabas' o 'la sociedad no supo valorar la obra de Batlle'... sino que analizará complejamente la difícil relación entre el proyecto y la sociedad.

En principio, parece relevante contextualizar al batllismo con el atributo de progresista,

Hacia principios de siglo es indudable que en cualquier lugar del mundo se calificará de 'progresista' un movimiento que desplace la hegemonía social de los sectores agrarios tradicionales a los burgueses o mesocráticos abriéndose desde ahí, por vía evolucionista (...) al 'derecho social' a la tutela de los sectores trabajadores.

(Real de Azúa, 1973: 12).

Tampoco será infrecuente que ese 'progresismo' implique una política de nacionalización y estatización en lo político que consolide el principio de 'legalidad' y 'representación' que asegure al ciudadano sus derechos y garantías. Otros

aspectos relevantes serían la obligatoriedad y gratuidad educativa, el reemplazo de las estructuras militares por las civiles, la suplantación de la centralidades agro-campesinas por la urbana e industrial, la transición de lo religioso a lo moderno, secularizado, y finalmente la articulación entre la nación y el humanitarismo universal.

¿Era el batllismo tan progresista como se plantea? ¿O se configuró más como un factor de estancamiento hasta devenir un estamento? ¿Batlle llevó a una comunidad al dinamismo para cumplir la tarea de elevar a los desposeídos y humildes?

La complejidad que Real de Azúa construye en base a estas preguntas es profunda. Se plantea cauteloso y ecléctico, señalando una acumulación concienzuda de rasgos importantes. Era una utopía, el paraíso de los locos, la singularidad ha atraído atenciones y despertado fervores. El país: ejemplo de democracia y permanencia institucional.

La originalidad uruguaya se encontraría en la tercera década del siglo entre las dos guerras. Sin embargo, este sueño termina en 1933, barrido por el golpe de Terra. La 'dicta-blanda' que produjo el proceso de ruptura democrática construyó un discurso contra los excesos burocráticos; el ascenso de gastos públicos, el peso de la carga fiscal y la ruina de la producción agraria justifica la represión, a lo que se le sumaron argumentos políticos represivos contra la actividad comunista, huelgas, etc.

El reemplazo y la sustitución del elenco político se dieron dentro del personal político unificado, reunificación ideológica del personal político y social que llevó a una salida rápida. El resultado final fue la estabilidad, haciendo más sorda la estructura política a las iniciativas de nuevas fuerzas con marcado éxito (vistas como desestabilizadoras).

La división ideológica permea como en casi toda América Latina una división política mundial que pasa por todos los estratos sociales, pero en especial por el partido gobernante. El conflicto entre democracia y totalitarismo se desplegó sin matices, se apreció en la impronta uruguaya con tal ruido (tal furia) con lemas tan ambiguos y estridentes, que el país de "medianías" se vio profundamente dividido. No obstante las críticas mencionadas, el proyecto de Batlle se definió por los procesos de nacionalización que fueron siempre acompañados de estatización; industrialización sólo en la rama de industrias 'livianas' tradicionales, así denominadas por el desarrollismo; política aduanera, proteccionista; un proceso de industrialización que conllevó conflictos con los grandes propietarios, así

también como el desarrollo, más que de una clase burguesa, de la llamada clase media. El desarrollo significaba modernización y diversificación productiva de la tierra, crédito rural, enérgica política de obras públicas, proceso acompañado de una profundización en la legislación laboral e intentos infructuosos de redistribución de la riqueza, como por ejemplo el intento de impuestos a los sectores sociales que vivían en Europa.

En el plano educativo fue objetivo primordial la universalización de la enseñanza laica, denotando una veta iluminista y fe en la cultura intelectual como factor de movilidad ascendente mesocrática. Para entonces se fundan las escuelas de Agronomía con la motivación de unir práctica y técnica. Hoy dichas escuelas son síntoma de desarrollo frustrado.

Entre las ideas fuerza o ideología del batllismo señalamos: un humanismo filantrópico con tinte del siglo XVIII, pero también emotivo, romántico y de altruismo laico. Piedad difusa casi cósmica, de sello casi tolstosiano, autodefinido como antitotalitario y laico. Opone a las viejas naciones las jóvenes, libres del pasado de la tradición y de toda jerarquía social rígida, así como también de la guerra y el militarismo. Para el pensamiento en cuestión son las ideas las que unen las historias de hombres y de naciones, de clases y de pueblos.

Como señala Real de Azúa, el primer Batlle posee un optimismo sarmientino en cuanto portador de una filosofía de tajantes oposiciones: libertad o autocracia, civilización o barbarie. En términos estrictamente políticos existe una voluntad nacionalizadora del partido; no obstante ello, Real de Azúa plantea que hay una duplicidad que generó el primer batllismo entre una actitud antiimperialista que aceptó empresas y no aceptó naciones, contradicción que evidencia la ceguera para ver la relación umbilical entre el gran capital inversor y exportador y los gobiernos occidentales.

De todas formas, el partido se presenta como proteccionista, antiimperialista, estatizador, prescindente de los señuelos emocionales del nacionalismo. Con respecto al plano político / estatal presentó un imaginario radical, con un pueblo participante, responsable y vigilante. Esto se plasma en la constitución del 17, en la cual se otorga y da proporcionalidad (junto con estabilidad) la representación de las minorías, además de voto secreto y autonomía departamental. Particularmente el primer batllismo impuso su autoridad natural y el prestigio que lo rodeaba hizo innecesario el desplante, la amenaza o el soborno. Su proyecto colegiado pretendía asegurar la continuidad de su influencia, rechazando simultáneamente la idea de figuras insustituibles o providenciales dentro y fuera de su partido.

En tanto la actitud del batllismo fue la de negación del otro, la respuesta de los blancos ha sido caracterizada de slogan deportivo: "Los contrarios también juegan". Batlle no escatimó a la hora de afirmar dónde estaban los justos y dónde los réprobos, los intachables y los desconfiables. Eso negó la aceptación de la diversidad, como lo hace evidente su política de partido, que es a la vez entendida como política nacional. Asumir para sí lo valioso "de todo el país" produce contradicciones dentro del propio partido, donde se erigían figuras emblemáticas no batllistas, como el caso de Brum y Terra. Con el tiempo el partido sufrirá el desfibramiento "latente" ideológico, cuyos efectos serán perceptibles en 1933.

Batlle logró pesar en forma decisiva en todos los ámbitos, todos los asuntos políticos, por técnicos y especiales que pudieran parecer. La actitud ante el plebiscito no fue del todo clara. Sí propugnó la elección popular a los más altos cargos de la judicatura. Propugnó partidos estables coherentes y organizados desde la base, con una militancia popular permanente y activa, accediendo a través de una organización piramidal desde donde late la aspiración de democracia directa. Desconfiaba del poder unipersonal, raíz de todos los males de Hispanoamérica. Y, por sobre todo, tenía fe en la deliberación.

Batlle habría barruntado que la realización estatal tiene que pagarse siempre en términos de ciertas cualidades morales o de segura atracción sobre los demás. En su caso, habrían sido la tolerancia, el gesto magnífico de olvido, el entendimiento con el enemigo. También habría sospechado que quien prefiera ostentarlo debe dedicarse a cualquier otra tarea que a la política mayor. Todo esto si se le calibra resta al hombre y no al político del que eventualmente fueron una fuerza, pero en el hombre aún una seriedad radical, una consistencia y una persistencia, una honradez, un temple último de nobleza, de salud moral, de alma bien hecha, que no se repite demasiado en nuestras historias nacionales y menos aún en personalidades políticas de su volumen.

(Real de Azúa, 1964:37).

El batllismo vende y la sociedad quiere comprar. La presunción en lo político es la democracia perfecta, en lo social el laboratorio del mundo y en lo cultural la Atenas del Plata, en lo económico 'pequeño, pero rico'. Sobre estos mitos se vertebró este período y fueron diversas las críticas a las que se vieron expuestos. Veamos algunas de ellas. Desde el marxismo se define el batllismo como una revolución nacional pequeño burguesa, demasiado endeble para realizar las revoluciones proletarias.

¿Qué la hubiera completado? Por ejemplo, el haber tocado las estructuras de propiedad básicas que no fueron movidas, como el latifundio. Para Rama fue un

movimiento de clase media, de pequeña burguesía, lo que pautó desde el inicio los límites de este proceso. Mientras que para Ares Pons y Servando Cuadro las trabas se vinculan a limitaciones de tipo cultural y a la inspiración filosófica de ese Uruguay aluvial: el racionalismo, el individualismo, el hedonismo ramplón, el desconocimiento de la “naturaleza religiosa y trascendente, su ceguera ante la dimensión trágica del mundo y de la historia”.

En definitiva, un Uruguay envarado en su “raída elegancia” de 1920. Sin dudas, además de los elementos “solidaristas” que obran en la parte legislativa, el individualismo parece el signo dominante porque se habla de móviles sociales pero sin ética coherente que lo avale.

Por otra parte, Arturo Despouey enfatiza la deficiencia de una perfección en función del trasfondo de una Hispanoamérica encadenada y dramática.

Ahora bien, si algo señala Real de Azúa como complejo en el batllismo es una ideología que, en algún sentido, se comportó como dura caparazón sectaria que dejó sin integrar a los blancos. No hay lugar a dudas que sostuvo una filosofía hostil al campo, de raíz urbana, civilizada y racionalista y que ello implicó in-comunicación con el Partido Nacional, en cuanto dicho partido representaba “lo criollo” con rasgos comunitaristas, tradicionalistas y católicos.

A pesar de su hostilidad al viejo campo y el carácter urbano del batllismo, el latifundio siguió teniendo el mismo peso al término del gobierno, lo que evidencia la imposibilidad del desarrollo de estructuras agrarias modernas. Por otra parte, el proceso industrializador se realizó con una legislación exigente y relativamente costosa. La idea de “hacerlo todo”, renunciando a la inexorable “selección de fines”, significó el sacrificio de una conducta política eficaz. Dicho de otra manera, hubo un fracaso ante el excesivo rol de finalidades. Los entes adquirieron cierto tipo de feudalización que hizo de ellos cotos cerrados, la autonomía financiera con que fueron creados no bastó para liberarlos de la politización directa y burocrática. A esto debemos agregarle la inflación.

No menos significativo resultará, para el desgaste del proyecto, la invocación de un Estado llamado a reemplazar la autoridad paternal y familiar y en general la de todos los grupos intermediarios entre él y el individuo, configurándose, en consecuencia, cierto jacobinismo que permaneció en estado de suspensión, haciendo del Estado un Estado providencial.

Se consolida así, con la figura de Batlle como uno de los grandes intérpretes de la modernidad al estilo uruguayo, un Estado laico que refuerza una tradición poco eclesíastica de un país que fue poblado por animales antes que por personas. Las primeras industrias traen aparejadas un desarrollo importante de la clase

obrero que, con una impronta anarquista exige (a través de movilizaciones) mejoras salariales y una reducción del horario de trabajo.

La segunda presidencia de Batlle y Ordóñez advino con un programa de reformas legislativas importantes, con un fuerte énfasis en la cuestión social. Sustanciales aportes como lo fueron las leyes laborales; preservación de los niños en el trabajo, ley de ocho horas, ley de la silla, beneficios sociales laborales (licencias y jubilaciones). Todo ello sumado a otro conjunto de avances en materia de políticas públicas muy enrabadas a la construcción ciudadana (mejoras en lo educativo, voto secreto, etc.).

Esta “sociedad amortiguadora” sigue su línea característica, también en el despliegue batllista: el impacto de la legislación laboral tiene que ver con el surgimiento de una masa obrera que comienza a movilizarse; un mecanismo estratégico de “amortiguación”, de contención de esa ebullición obrera era— también — contestar antes de tiempo, adelantarse a esos reclamos a través de políticas concretas en lo laboral.

La crisis del 29 trae aparejada una oleada de dictaduras latinoamericanas que, de la mano de Terra en Uruguay, es un quiebre en el modelo reformista de Batlle. La crisis internacional sacude hondamente a nuestro país, dejando en evidencia una estructura económica sumamente dependiente.

Vuelta la democracia en 1942-3, se había consolidado una nueva generación que comienza de manera urgente a tratar los problemas que han emergido. Cuando se disipó la contienda universal, se develaron sus endeble raíces económicas, apareciendo el tema de la estagnación nacional. Esa fue la primera evidencia: estancamiento, lasitud, involución, raquitismo escondido de todo lo que se había mostrado tenso y tuberoso. El mismo diagnóstico de los economistas del desarrollo en nuestra vida nacional.

¿Cuáles de los rasgos emergentes entre 1908 y 1915 se continuaron y vertebraron en el gobierno de Luis Batlle Berres (1946-1958)?

Este también será un período de industrialización que tendrá límites en la propia dimensión del mercado interno. Fue una industrialización terminal, producto de la coyuntura internacional (Segunda Guerra Mundial, de la Guerra Fría y la Guerra de Corea). En este caso, la política industrial se caracterizará por la existencia de subsidios y el incremento de la deuda.

Muchos fueron los factores que Real de Azúa señaló como nodales para el estancamiento del proyecto. Entre ellos destacamos que:

- No se contó con una clase técnico-administrativa eficaz
- El agro no perdió la centralidad primaria
- Se descuidaron ciertos valores de contención, decoro, sobriedad, siempre deseables.

Los sectores sociales que acompañaron al batllismo fueron múltiples: clase media burocrática, artesana y pequeño comercial, empresarios, industriales y proletariado urbano.

Este último se mantuvo fiel al policlasismo de los partidos tradicionales. Real de Azúa apunta – de manera tangencial – a un fenómeno que se caracteriza de esquizofrenia política; se refiere al divorcio entre la arena política y la esfera sindical. Creemos que no bastaba apuntalarlo, ya que no se trata de un fenómeno lo suficientemente patológico como para analizarlo más detenidamente. Se trata del apoyo que los líderes de izquierda concitaban en –prácticamente– todos los niveles del ámbito sindical, no traduciéndose en una adhesión mayoritaria de las bases trabajadoras a dichos sectores políticos.

A su vez los partidos políticos que constituían las opciones reales de acceso al gobierno por la vía electoral carecían casi por completo de vínculos orgánicos con el movimiento obrero; aunque prevalentes en la escena de la movilización social, no lograban traducir esa influencia en apoyos electorales.

De hecho, la política económica que fuera fuerza impulsiva del gobierno durante las primeras décadas paulatinamente fue llevando a la base social a una atomización de grupos que pretenderán representar y dirigir a la sociedad. Hacia 1950 se continuará con el uso electoralista del Estado y con políticas de concesión; a ello se sumará la inflación. Para entonces, según Carlos Real de Azúa, las clases medias tuteladas profundizarán viejas contradicciones al verse tironeadas entre el economicismo y el moralismo.

Son varias las críticas hacia el gobierno de Luis Batlle Berres; muchas de ellas apuntan a los efectos negativos que produjo un sistema de tutela anclado en la seguridad social. También contra el desarrollo de una política educativa intelectualista y universalista conjugada con una sobredimensionada burocracia. El aumento del Estado hace que el instrumento y el fin se confundan. La inexistencia de grupos independientes en la estructura productiva impele a una sociedad políticamente esclerosada. En este contexto se va a producir un equilibrio relativo, en el cual ningún sector de clase es capaz de procesar la ruptura.

En el plano ético de producirá un decaimiento de la moral pública; los dichos y consignas del batllismo se van transformando en aforismos repetidos como salmos con verdades talmúdicas; el proyecto es tan sólo apariencia de vida, “es sólo fachada”. Ya en 1938 era visible el comportamiento faccioso en el reparto de empleos, que será una cuestión que se acentuará a lo largo de los años.

Agotadas las condiciones, el batllismo no fue capaz de mantener un país laico, liberal, con fuertes núcleos esencialmente centralizados y urbanizados. No pudo crear otras condiciones que logaran mantener el impulso creador, en tanto el poder ganadero se mantendrá poderoso hasta 1968.

Como constantes y limitantes (de índole económica y estructural) al proyecto batllista, Real de Azúa resalta que:

- La permanencia del sector latifundista (hostil al proyecto batllista) no permitió la plena modernización de la estructura latifundista, sino que trató de circuirlo con zonas de modernización, lo que resultó en el mantenimiento de la estructura social rural y la emigración rural.
- El énfasis global en la industrialización sin minerales pasó a industrias ‘pesadas’ y sin un mercado espacial interno para su desarrollo.
- La amortiguación de las relaciones de dominio y explotación que se utilizó a través de las políticas redistributivas para sectores, así también como la creación de una ‘clase media conservadora’ de medianas aspiraciones, que comenzó a ocupar puestos cada vez más significativos.
- A pesar de las carencias mencionadas, se logró mantener a la sociedad uruguaya con un grado importante de cohesión y consenso, legitimando no sólo al Estado, sino también al sistema de partidos, logrando de esta manera amortiguar las inevitables tensiones sociales.

El ascenso de las clases media, producto, entre otras cosas, de un sistema educativo muy ampliado, permitió de manera creciente la posibilidad de ocupar puestos de poder. Dicho sector, perteneciente en su casi totalidad al partido gobernante, habría de permitir la consolidación de una burocracia que durante casi 60 años mantuvo con “éxito” su status. Sin duda, el paso del tiempo coadyuvó a que dicha burocracia tuviera, cada vez más, un mayor manejo discrecional del poder.

No cabe duda de que este sector burocrático pertenecía a la burguesía. Polémica que lleva al autor a enfrentarse con los sectores marxistas, quienes tienden a caracterizar a la misma como oligarquía. Nuestro autor indica:

Creemos que el término 'oligarquía' es legítimo si basta para ello el sostén fáctico de tres realidades: que existe estratificación de clases; que hay mayor preponderancia de las altas; que es difícil el ascenso al tope. En cambio no es adecuado, y ello es la base de nuestra opinión y de la razón de no usarlo, si se entiende que los niveles más elevados de la estructura del poder social uruguayo han sido siempre menos 'cerrados', a la vez menos 'estables' y 'tradicionales' que los de la inmensa mayoría de las típicas oligarquías latinoamericanas.

(Real de Azúa, 1971: 210).

Dadas las condiciones del sistema económico y las alianzas de clase, el sistema político que surge de esta estructura permite una relativa autonomía del Estado. El sistema batllista logró legitimar al Estado, pero además logró el consenso de gran parte de los sectores medios y populares. No planteamos una adhesión pasiva de los mismos; existían pruebas fehacientes de ello, el voto de los trabajadores en su sindicato eran para las listas de los partidos de izquierda, pero a nivel nacional votaban por los partidos tradicionales, en especial el Colorado. El motivo de esta ambivalencia fue que el proyecto nacional contó con el conjunto de sentimientos positivos de los ciudadanos hacia las instituciones democráticas.

Es cierto que el país no escapó a la marginalidad y dependencia latinoamericana; sin embargo, es necesario rescatar la especial estabilidad del sistema político y económico, hasta la crisis del 29, entendida por el autor como fecha límite para cerrar la etapa de 'desarrollo hacia afuera', marca procesos políticos sociales dramáticos, mientras que se viven amortiguadamente en Uruguay.

En la región la crisis mundial del 29, entendida por el autor como fecha límite para cerrar la etapa de 'desarrollo hacia fuera', marca procesos políticos sociales dramáticos, mientras que se viven amortiguadamente en Uruguay.

Con mayor fuerza, la variable externa irrumpe en 1945, creando gran zozobra a nivel económico y consecuentemente afectando al sistema político de poder. Las bases del Estado creado por Luis Batlle comenzaron a sufrir, cada vez en mayor medida, la erosión del sistema. Tal como lo afirmamos anteriormente, se había creado y consolidado una burocracia, acorde con el crecimiento del aparato estatal, no muchas veces acorde con los procesos de modernización necesarios para el país.

La estructura más afectada fue el viejo bipartidismo que sobrevivía desde el siglo XIX, con su ala permanentemente gobernante y su ala permanentemente opositora.

La ideología cumplió un importante rol en la organización del sistema de poder; la línea liberal-democrática más ortodoxa se alineó claramente con el Estado

tutelar e intervencionista, en el cual el laicismo, herencia de la Ilustración, tendió a constituir una "personalidad nacional" distintiva y con un alto grado de orgullo por los logros alcanzados como una sólida fe en el futuro.

En verdad, a ambas alas de tal dominio, ni las formas más incisivas de la democracia radical de masas tal como fueron sostenidas programáticamente por el batllismo ni el nacionalismo conservador y antiestatista que propugnó la parte más considerable del partido adversario representaron un desafío frontal a esta vía media.

(Real de Azúa, 1971:185).

A fines de la Segunda Guerra Mundial, al igual que en resto de la región se tuvieron altos saldos disponibles para inversión o redistribución. En lo político fue afirmativo, permitiendo cambios en la presidencia de Luis Batlle Berres, quien pese a sus aspectos "populistas", teoría muy discutida, no logró desarrollar el proyecto transformador de la conformación de un partido pluralista estable basado en su liderazgo (Real de Azúa, 1973: 59).

El batllismo en 1942 inició su reincorporación a la actividad cívica. Se adaptó al nuevo status quo, buscando encaminar la expresión electoral del país, aspirando a conservarla a partir de prácticas constitucionalistas: el tercer cambio de la constitución de 1934, que es retocada por cuarta y quinta vez en 1942 y 1951 con el intento de frustrar coaliciones tipo "frentes populares".

La famosa democracia uruguaya no es original; existe vigencia de lemas partidarios (son los viejos rótulos históricos) convertidos en propiedad de los sectores mayoritarios. Esto fue un proceso de acumulación, sólo fructífera para los equipos dirigentes partidarios. También se da la acumulación con sublemas, y aún bajo de estos aparecen los "distintivos". Este sistema posee, tras la aparente unidad, una forma anárquica, heterogénea, de inmutables núcleos. Transcurrida la elección prevalece su tribal autonomía al punto que Real de Azúa, definió a los partidos como "una confederación de clanes unidos por un gran tótem" y aunque el quincismo y el ruralismo parecen dotados de mayor unidad, la afirmación es extensible a todos ellos.

Los partidos, "son patrias subjetivas" y como patria posee sujetos indeseables. La acumulación lleva a resultados indeseables o inesperados. La imposibilidad de trabajar en conjunto y la posibilidad de trabar quitó al régimen representativo toda posibilidad de discriminación entre lo nacional y lo local, entre lo partidario y lo personal. Se imponen la separación a toda posibilidad de combinación de alianza en la que se subordine lo secundario a una identificación básica de designios. Lo pequeño impide la identidad total.

Para Real de Azúa, toda concepción progresista descansa y es optimista de la democracia e implica el desarrollo de ciertas cualidades tales como responsabilidad, devoción de la 'cosa pública' y desinterés, objetividad y lucidez intelectual. La educación proveería el crecimiento de la democracia, según el batllismo. Sin embargo, esto no ocurre.

La resultante fue el tráfico de votos y perplejidad e ignorancia abismal de la cosa pública. El acierto en el voto se transforma en algo lúdico, en rutina y en conformismo servil. En definitiva, lo que no previó el batllismo fue la erupción de "la sociedad de masas" y sus expresiones políticas.

Según el autor, la sociedad de masas queda definida por el infantilismo, la simplificación, la pasividad, el automatismo, la superficialidad, el contagio mental. En suma, la persistencia del batllismo dependía de cierto "tipo humano" distinto al actual.

En la etapa que va de 1958 a 1968, con el triunfo del Partido Nacional se abre otra etapa política nacional. Una redefinición en base a reacciones antipopulistas. Si hasta mediados del siglo la posibilidad de extraer rentas agropecuarias para fomentar el proceso de industrialización (un optimismo fantasioso de los logros estatales) llega a su fin en 1968, con medidas de enorme impopularidad, como ejemplo el congelamiento de los salarios.

Aparece en la escena política lo que Real de Azúa denomina el "intruso político" en cargos de confianza. Los partidos tradicionales han perdido ya en ese periodo una base social coherente y política. La crisis económica y la incidencia de la política exterior (representadas por agencias diplomáticas, financieras y militares estadounidenses) llevan a un proyecto catalogado por el autor como de 'colonial fascismo', el cual se basaba en un tipo de autoritarismo justificado en la necesidad de redefinición y defensa de la 'seguridad nacional', 'paz pública' 'defensa del orden', donde la intervención militar juega un rol fundamental.

Emerge un sector social tecno-burocrático civil y militar como instrumento de proteger el 'status quo' contra la 'contra-sociedad'. Ofensiva contra sindicatos y universidades para erradicar centros de resistencia. "Las múltiples formas de ataque a sus fueros y a la autenticidad de sus procesos han resultado, desde la perspectiva política, el perfil más ostensible. En los tres casos (Argentina, Brasil y Uruguay), la modalidad fuertemente autoritaria y aun autocrática de la política del Ejecutivo involucró la intimidación y aún la represión drástica de todas y cualquiera de las manifestaciones de disidencia que estos procesos tendieron a suscitar.

Los partidos tradicionales no poseen en este periodo la posibilidad de disciplinar y homogeneizar el personal político con vista a un accionar coherente; han perdido su poder dinamizador, ya no son referentes para educar nuevos cuadros políticos, ni para generar procesos de socialización alguna. Sin embargo, no habían claudicado en su papel de activos representantes de los procesos electorales. Se puede observar en el caso uruguayo un claro ejemplo de la fuerza jurídica del aparato partidario.

El sistema de partidos es el resultado de determinantes sociales, económicas y culturales, lo cual explica su capacidad de persistencia, porque la sociedad expandiéndose a través de ellos puede explicar una estratificación social y asimismo las bajas contradicciones extraclásicas de la sociedad tradicional, según afirma el autor; también, la débil conciencia de estas clases, con la excepción de los sectores altos, los cuales tenían muy claro su rol social y político.

De hecho, este bipartidismo estable, con un "voto flotante" y su pertinaz capacidad de supervivencia, comienza a esfumarse con la aparición del Frente Amplio, conjunto de pequeños partidos en el que participan, desde la Democracia Cristiana hasta el Partido Comunista, incorporándose, además, la firma de destacados intelectuales, sumándose la de Carlos Real de Azúa.

Sin embargo, el crecimiento de la izquierda aparecería comprimido frente al conservatismo de la mayor parte de sectores rurales medios y bajos, el conformismo y apatía de las capas medias 'aburguesadas', adaptadas al sistema de producción industrial y complejo de servicios, que participan en el poder político social efectivo.

"Con todo, quizás haya sido la índole conservadora de los sectores medios la que, como factor de amortiguación, haya jugado un papel de más responsabilidad en el proceso" 1973. Ello no pasó, como explica Di Tella, en Argentina porque la clase media nunca había participado del poder político social efectivo.

Los años 1968 y 1969 son momentos de eclosión del Movimiento Tupamaro, lo cual marca una nueva bifurcación en la clase media. Los movimientos clandestinos calaron muy hondo en los movimientos estudiantiles, juvenil e intelectuales; la atención y los ideales fueron como un desafío, un estímulo compulsivo, "... que llevara violentamente a cada componente de la sociedad, al modo de un psicodrama colectivo, a un examen y revisión de sus más íntimas, menos formuladas actitudes respecto al orden vigente" (Real de Azúa, 1971: 237).

La denuncia invariable a la oligarquía nativa y los intereses imperialistas, conjugados contra la libertad, el bienestar y la seguridad del pueblo. Pérdida por

el accionar militar revolucionario, el cual reivindica la figura de Artigas y su lucha revolucionaria, de la que arrancó el proceso nacional, siendo esta otra de las banderas esgrimidas por el Movimiento Tupamaro. La ambigüedad de amplios sectores de la sociedad con respecto al movimiento tupamaro tuvo mucho que ver con su accionar. Exhibieron en un país descreído las violaciones “legales” de los grandes bancos y sociedades financieras; esos fueron los mejores momentos de denuncias y del accionar del movimiento.

La izquierda uruguaya mantuvo una actitud despareja con respecto a los tupamaros; por un lado, un apoyo logístico importante, por otro, una gran distancia con respecto a la metodología insurreccional. De hecho el Movimiento Tupamaro no participó en la fundación del Frente Amplio.

El fin es conocido. El golpe militar logra descabezar tanto al Frente Amplio como al Movimiento Tupamaro. Algunos de sus integrantes estarán 13 años encerrados, en condiciones inhumanas.

La realidad actual dista mucho de la del batllismo fundante. Señalamos a vuelo de pájaro: 1. Existencia de grandes grupos supranacionales, 2. Revolución tecnológica cibernética, 3. Dinamismo de las zonas centrales, 4. Un mundo acreedor de la sociedad de masas y las nuevas formas de organización política y social, 5. Enloquecida explosión demográfica, 6. Organizaciones ubicuas, inescrupulosas, 7. Un mundo donde el hombre recibe las opiniones ya preparadas y simplificadas, 8. Grave tensión entre desarrollo y pobreza, 9. Un mundo en el que se ha fetichizado la filosofía histórica, avance de las culturas “atrasadas”, equivocidad de patrones ideológicos supuestamente universales, 10. Un mundo en que todos los valores que fundan instituciones enflaquecen hasta casi desaparecer, generando no tanto la “angustia” como el “sinsentido”, la indiferencia, la ajenidad.

En conclusión, el proceso antes reseñado derivó en lo que Real de Azúa llamó una *interdependencia asimétrica*, “desarrollo capitalista dependiente”, o sea, nulas posibilidades de crecimiento autogenerado y autosostenido, insuficiencia de inversión, reinscripción en el circuito económico nacional buscando la inversión y el interés de las multinacionales.

Comenzará a aplicarse una política económica neoclásica, recayendo los costos en los salarios como forma de recapitalizar el sector privado. Es el fin de las políticas redistributivas.

El eterno retorno: una “sociedad amortiguadora”

La ideología conservadora apelará a la Iglesia y a la familia en busca de gestos de aceptación disciplinadoras, a la vez que tendrá una postura ofensiva contra sindicatos, universidades, gremio estudiantil, intelectuales. Se inicia la construcción del discurso contra la subversión y la “contrasociedad”. El resultado de este ‘modelo neoautoritario’, cuya imposición no fue abrupta sino gradual, fue el crecimiento de la deuda externa, la renovada inflación, el deterioro de la moneda, la corrupción económica y administrativa. A partir de allí se hará posible justificar, en lenguaje sociopolítico, la intervención militar:

Quando son las fuerzas armadas las que reorganizan el bloque hegemónico y reemplazando una indecisa o literalmente fantasmal ‘burguesía nacional’ y al desconceptuado personal político pueden así, desde las más fuertes, favorables posiciones de negociación, pactar con el poder externo, asegurando al país las mejores, entre las asequibles, relaciones con él.

(Real de Azúa, 1984:85).

El vacío de poder que se genera a nivel social es aprovechado por el ejército profesional y ‘neutral’, que se encarga de reprimir la subversión politizándose. Después de dos tercios de siglo de tradicional ostracismo, el personal armado encuentra una tarea concreta y se considera capaz de cumplirla.

Al elaborar el concepto de amortiguación, Real de Azúa propone la ‘suspensión emocional’, que no sería otra cosa que el esfuerzo de objetivación de la realidad a través del análisis científico. En este sentido, su unidad de análisis es la nación y su ‘método’ (que no reconoce estrictamente como tal) es la comparación, entendida como acto de recortar el objeto de un contexto.

Quando Real de Azúa habla de una “sociedad amortiguada” o “amortiguadora”, no refiere a una sociedad libre de tensiones y conflictos, sino a una sociedad, como la uruguaya, que ha optado por contener cualquier tipo de sacudón. ¿Significa acaso que éstos no ocurran? Claramente, no.

Uruguay se ha especializado en reprimir las ebulliciones socio-políticas que lo han visitado, no para olvidarse de ellas, sino para tomar formas distintas y, en muchos casos, con golpes más fuertes de lo que la no-represión hubiera permitido. El propio nacimiento del Estado se debe a una situación de contención, de amortiguación: el antagonismo Montevideo-Buenos Aires llama a la “intervención mediación” de Gran Bretaña. Se forja así, desde sus orígenes, como un Estado “amortiguador”, que no aminora el conflicto o lo aplaca, sino que pone de manifiesto la debilidad histórica en la implantación de los sistemas de poder político y social que no han podido superar esa especie de karma.

En palabras de Real de Azúa: "...este curso de una sociedad que fue 'casi colonial', 'casi-desarrollada-hacia-afuera', 'casi-democrático-radical-modernizado-Estado de Bienestar; 'casi-populista', 'casi-fascista-colonial'" (Real de Azúa, 1984:13).

En numerosas oportunidades se hace una extrapolación de las variables a la hora de caracterizar a un país, con el fin de simplificar y de suponer, erróneamente, que a pequeño tamaño, sumado a pocos habitantes, la ecuación devendrá, indefectiblemente, en reducidas tensiones. En primer lugar, no significa que no los haya habido, sino que no se han planteado en extremo. En segundo lugar, que la dimensión geográfica del país sea pequeña, no implica necesariamente la apacibilidad a la hora de resolver tirones.

Esto ha quedado demostrado en las fisuras urbano-rurales que ha presentado el Uruguay; arrastrando así una configuración y representaciones políticas particulares que tienen como figura emblemática al caudillo, quien marca una impronta muy particular a la hora de hacer y ser político. El binomio caudillos-patriciado evolucionará hasta la congregación de los mismos en los partidos Blanco y Colorado para cerrar a fuego estas "*subsociedades*".

La política anti-catastrófica de la sociedad uruguaya revela que en esta no han sido extremas las convulsiones en el campo socio-político. "Si hubo un medio regular de participación política multitudinaria fue el que asumió la forma de movilizaciones armadas para la guerra civil y contó con las grandes reservas de apoyo y lealtad partidarias..." (Real de Azúa, 1984:34).

¿Por qué podemos hablar de la sociedad uruguaya como una sociedad amortiguadora? En primer lugar, cabe señalar que la historia del Uruguay es la historia de las guerras civiles, que han sido promotoras del *amortiguamiento*. Más que una rareza, el enfrentamiento armado supo ser la norma, siguiendo el forjado y dividido camino del campo y la ciudad. La etapa del "crecimiento hacia afuera" estuvo signada por una clase dominante burguesa en la ciudad y otra latifundista en el campo, que se vieron acorraladas, incapaces de ejercer su papel consular o dirigente de una modernización incipiente. El proyecto de modernización requiere como condición una élite dirigente capaz de llevar adelante el sector de punta del país en torno a una economía central; para el caso: Gran Bretaña.

En segundo lugar, podemos atribuir la característica de amortiguadora dadas las limitaciones en la base física nacional durante el colonialismo, una genealogía pobre en sustento material, signada por la frontera como catalizadora de un sen-

timiento nacional con escasas perspectivas de continuidad social. Asimismo, el período de independencia contó con este legado, lo mismo que la modernización radical que nunca pudo dar respuestas a un mercado que exigía constantemente la expansión.

En tercer lugar, el bipartidismo permite un "elenco político unificado" que oficia de contenedor. Además, la característica insoslayable del pluriclasismo de los partidos políticos uruguayos abriga toda una gama de diferentes sectores que se ven representados y compartiendo simpatías políticas de lo más diversas. Esto es causa y consecuencia a la vez de la falta de una clase dominante *per se*. El que no se haya forjado como tal, tiene que ver con la "variedad" de matices incluidos en el bipartidismo.

En cuarto lugar, la debilidad de las estructuras de dependencia que hacen del mercado un elemento poco atractivo y muy limitado. Un ejemplo claro de ello podemos mencionarlo con el capricho "*orista*" del Uruguay que, en pleno "crecimiento hacia afuera", tardó dos décadas más que Argentina en la implementación de los frigoríficos.

En quinto lugar, la línea modernizante con un tinte "iluminista", liberal y principista que mostró una acción amortiguadora. El estado de bienestar, promotor de una sociedad igualitaria, distribuidora y burocrática, se arma de un aparato de funcionarios públicos que conformarán una clase media "demasiado heterogénea". La secularización temprana, un ejército sujeto a la autoridad civil y un sistema ideológico como el batllismo, "...vertebró sustancialmente un radicalismo a la francesa" (Real de Azúa, 1984:44).

En sexto y último lugar, podemos sugerir que otra de las claves por las que hablamos del Uruguay como una sociedad amortiguadora es la contención del disenso social y la marginalización de los sectores más pobres. Este elemento apacigua la explosividad social de unos sectores numéricamente importantes. La modernización requirió, por sobre todo, cambios en el latifundio de forma tal que el batllismo pudiera seguir su curso: la explotación intensiva y la diversificación productiva, que no acompañaron la oferta laboral en la ciudad y tampoco contaron con múltiples políticas en el medio rural (más que ser el sustento del despliegue industrial). Como consecuencia, el estrechamiento del mercado y el éxodo rural será una de las principales causas del fin del "crecimiento hacia afuera". Las clases más desfavorecidas seguían bajo el manto del batllismo, situación que permitió la contención de un estallido radical en el momento.

Del conjunto de sus tendencias [batllistas] emergió una nueva sociedad urbana de mediana entidad numérica, de mediano ingreso, de mediano nivel de logros y –puesto que no estaba bombardeada por el “efecto de demostración” de origen externo – de medianas aspiraciones, aunque a la vez sobreabundante de las comprensiones simbólicas que idealizaron su “status”, su país, el sistema. De ella saldrá el discutido, pero inderogado “Uruguay conservador”, compuesto por gentes que ya habían conseguido algo y aún bastante, en el que una buena porción de ese conjunto suponía que ello ya era suficiente y en el que una minoría sustancial pensaba y piensa en que era (en que todavía es) viable el esfuerzo de cada cual para, sin cambiar casi nada alrededor, agrandar su parcela.

(Real de Azúa, 1984:53).

CAPÍTULO VI: Totalitarismo, Latinoamericanismo e Imperialismo

*“Hispanidad... ¡tendrás tu reino!
Pero tu reino no será de este mundo.
Será un reino sin espadas ni banderas...
¡Será un reino sin cetro!
No se erigirá en la tierra nunca.
Será un anhelo... un anhelo
Que vivirá en la Historia sin historia...”*

León Felipe

Totalitarismo

Como una flecha dirigida al pasado, con los ojos desencajados del ángel y las alas tendidas hacia atrás, como en la citada *novena tesis* de Benjamin, nosotros también llegamos al final, recuperando el inicio intelectual de Real de Azúa y desembocando en el concepto de totalitarismo, una más de las ideas-fuerza que lo acompañaron a lo largo de toda su obra.

Tal como hemos afirmado, ese joven sensible, cristiano, alejado de un mundo real, sus sueños lo incitaron a creer en un mundo mejor, poético, justo, con valores morales de justicia. Para concretar ese sueño viajó a España en 1942. El desengaño fue terrible; la negación, la mentira y el fanatismo observado destruyeron en él toda imagen idílica sobre el falangismo. Su desilusión se plasmó en un libro escrito en 1943: *España de cerca y de lejos*.

Viajó con la intención de ver, y volvió decidido a ensayar una reflexión de mayor objetividad (que abandonara el *subjetivismo*, no la *subjetividad*) y que le permitiera comprender el fenómeno totalitario. “De comprenderlo sobre la realidad de un país dado: España” (Real de Azúa, 1943:11).

La búsqueda de la verdad se traza a través de un conocimiento siempre inacabado. “Levantaremos así, el inventario, muy general, de aquellas *verdades parciales*, que hay que librar de la muerte de los dinamismos, y veremos siempre al régimen español, en función de este intento” (Real de Azúa, 1943:15).

Así, Real de Azúa se aleja de la ilusión de una verdad estática y total a la cual se pueda arribar, desconfiando aun más de la forzada imposición de una única verdad para todos los hombres. La objetividad se presenta para el autor más que un punto de llegada, un camino de lucha y combate, un camino “agónico”. Es decir, declara explícitamente su “imposibilidad”, dado que toda reflexión siempre es pensada desde ‘una perspectiva’.

Y desde la suya afirmaba: “España tiene hoy un Estado totalitario. No lo es, en la diatriba que adorna con ese [vergonzoso] adjetivo, toda norma política que salga de los cauces de una democracia ortodoxa. Lo es, por expresa y clara definición de sus actuales gobernantes” (Real de Azúa, 1943:15).

Hoy, con una caudal mayor de acontecimientos por analizar, somos tanto menos dubitativos como más radicales y afirmamos (con otros) que la vocación de totalidad deviene totalitaria.

La curiosidad y búsqueda de claridad llevaron a Real de Azúa a internarse en uno de los temas más controvertidos de su época. Con el fin de batallar los simplismos, provocar nuevas reflexiones y, como dijo, sin apuro por abandonar la posición y condición intelectual de “francotirador”.

Para el autor, la paradoja trágica del totalitarismo falangista fue suscitar virtudes (desinterés, sacrificio solidario, disciplina, etc.) con ingredientes éticos y vitales ‘originales’, pero que fueron direccionados a integrar la fuerza y la grandeza de la comunidad carnífera.

Su temprano reconocimiento a la figura de Primo de Rivera se dirigía a aquella su actitud paternalista con los más desposeídos y no como la piedra angular del pensamiento totalitario. Así, los conmovedores escritos de un ser apasionado que vivió y murió en plena juventud tocaron las fibras íntimas de otro ser sensible, casi adolescente, como Real de Azúa en aquellos años.

José Antonio Primo de Rivera afirmaba en sus elocuentes escritos:

Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente. Porque hay algunos que frente a la marcha de la revolución, creen que para aunar voluntades conviene ofrecer las soluciones más tibias; creen que se debe ocultar en la propaganda todo lo que pueda despertar una emoción o señalar una actitud enérgica y extrema. ¡Qué equivocación! A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas y ¡ay del que no sepa levantar frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

(Primo de Rivera, 1937: 179).

Luego desechado en nombre del despotismo el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera se le presenta, de inicio, como denso y original y finalmente

termina rescatando su poética. “Sus condiciones de comprensión, generosidad y poesía; su esfuerzo encomiable, aunque a la distancia fracasado, por crear una doctrina original y que creía española, le darán un lugar en la historia de la meditación política” (Real de Azúa, 1943: 63).

La Primera Guerra Mundial abre, sin duda, un campo de realismo exacerbado que hace que, después de ella, todo parezca un inocente juego. Lo que Traverso identificó como el *ethos* guerrero, se impregnará en la memoria de los cuerpos y marcará “el inicio de una *barbarización* de la política que modificaría profundamente el imaginario de toda una generación” (Traverso, 2001:16). Respecto a los escenarios que oficiaron de antesala a los totalitarismos, sostendrá —en términos de política comparada— que el caso de la Guerra Civil Española es distinto a las manifestaciones totalitarias posteriores. Erigida sobre una base católica y mitificando la figura de la eterna España, la encuentra demasiado “tradicionalista” como para equiparar franquismo con totalitarismo:

El franquismo parece, entonces, frente al fascismo italiano y sobre todo al nazismo, como la variante autoritaria y violenta (en particular en sus orígenes) de una dictadura militar clásica, sin ideología oficial (por fuera del catolicismo y del nacionalismo), sin pretensiones revolucionarias ni aspiraciones milenaristas.

(Traverso, 2001: 27).

Es obvio que culminado el siglo XX los análisis que proceden cuentan con una (otra) acumulación de los hechos y con nuevos (otros) relatos que los narran. La propia idea de *totalitarismo* encuentra un antes y un después de Auschwitz.

Si como sostienen algunos teóricos, el término totalitarismo puede contener —a la vez— un *hecho* (los regímenes totalitarios como realidades históricas), un *concepto* (el Estado totalitario como una nueva forma de ejercicio del poder, inclasificable para las tipologías elaboradas por el pensamiento político que las precedió), y una *teoría* (un modelo de dominio que permite comparar y analizar eventos concretos), obtenemos un marco para pensar los totalitarismos del siglo XX.

Lo que no obtendremos son todas las certezas que nos permitan zafar del conflicto de las interpretaciones. La *experiencia autoritaria*, si por un lado resiste cualquier demarcación precisa, por otro abre el campo —antes cerrado al fascismo, al nazismo y al stalinismo— a la inclusión dentro de la categoría totalitarismos del siglo XX, tanto al franquismo, como a las dictaduras latinoamericanas de las décadas 60 y 70, para las cuales acuñamos hoy un nuevo término: terrorismo de Estado.

Los diferentes enfoques coinciden en afirmar que los totalitarismos suponen la *no política*, entendida como la dramática operación de aniquilamiento del espacio público, y son la antítesis del Estado de derecho.

Lo cierto es que nos encontramos con que en *España de cerca y de lejos* (1943), Real de Azúa realiza un trabajo de aproximación/compreensión al falangismo franquista que no elude ninguno de estos tópicos; sea bien por sensibilidad, por formación y por opción, su texto conlleva “ese aire epocal” del discurso moral:

Porque el totalitarismo es la abdicación de todos los criterios supremos de ética en la colectividad nacional, en la empresa del Estado [...] Será la ocasión primera en que el dualismo moral, incubado en la disociación de lo religioso y lo económico, de hombre público y hombre privado, sujetos a diferentes normas reguladoras, se hará monismo, y monismo del mal.

(Real de Azúa, 1943:23).

El término *totalitarismo* comenzó a ser utilizado en Italia desde los años 20 por pensadores antifascistas de diverso origen (liberal, católico, socialista) y a partir de allí ha sido central en la teoría política durante varias décadas. Aún cuando las teorías del totalitarismo han perdido la centralidad que poseía en los cincuenta, posteriores experiencias traumáticas como las dictaduras latinoamericanas de los 60 y 70 impiden que se silencie la historia y la memoria, sin agotarlas.

En la interpretación de los autores de la escuela de Frankfurt, los totalitarismos fascistas son hijos de la modernidad y de la sociedad de masas, urbana e industrial, y surgen de la nacionalización de las masas (contrariamente a lo planteado para el caso alemán por los autores marxistas, sobre todo Rosa Luxemburgo, quien había fundamentado la posibilidad del espontaneísmo de las masas). Es por ello que para la sociedad nazi se hace indispensable para la movilización del aparato totalitario convocar, conmover, someter y reclutar a la masa para que esta logre movilizarse en función del régimen. Dicho régimen se alimenta de dos categorías antagónicas y contrapuestas que son el comunismo y el fascismo.

Ese “producto perverso de la democracia” marca un punto de inflexión en la construcción política de los seres humanos [cuestión que desarrollaremos más adelante]. La era de los totalitarismos necesita para subsistir una absorción de la sociedad civil que, envuelta completamente en la edificación estatal, se diluye por completo una vez que este logra devorarla.

Se dispone, así de una de las más grandes paradojas de este tiempo. El Estado omnipotente –voraz máquina de engullir– se torna un *No-Estado*, incapaz de responder a *lo político* como energía vital e impulso humano.

Muy tempranamente, Real de Azúa reconocía en el totalitarismo las fragilidades de las democracias, casi treinta años antes que una ola de dictaduras habitara nuestra región, y advertía que:

América no se salvaría, no salvaría su democracia, si no crece en grupos y personas; la idea de que el totalitarismo no es ‘sólo’ una invención demoníaca de unos pueblos, de unas minorías [...] el totalitarismo ha marcado ausencias, deserciones, señalado insuficiencias, puesto el índice sobre reservas desconocidas [...] El programa falangista, con la derrota del nazismo, será archivado para siempre. Sin embargo, las causas que crearon el totalitarismo, no serán destruidas por la victoria. Una paz demasiado simplista podría no matarlas, podría cortar sus troncos y dejar bajo la tierra, sus raíces siniestras.

(Real de Azúa, 1943:7-9).

Si bien se defiende una originalidad política de España frente al ‘orden nazi’, por el objetivo de ensamblar los principios del nacionalismo totalitario y los valores cristianos y humanistas de la justicia, al mismo tiempo se reconoce desde el principio que las vivencias del catolicismo y verdades evangélicas son irrealizables concretamente frente a un orden totalitario, utilizándose para una seudo justificación teológica del maquiavelismo asociado al mal.

Real de Azúa, al igual que Raymond Aron, negaba al mundo soviético el reconocimiento de “libertad” y “democracia”, ya que la imposición de un único modo de ser, pensar y actuar eliminaba las libertades y hacía de la democracia un artificio. Se entiende, desde el autor, lo totalitario como regulación coercitiva sobre el vivir público y privado para un absoluto.

Lo que lo diferenciaría a España del resto de los totalitarismos, según Real de Azúa, es la propia “entidad dogmática”: el Orden cristiano y el Imperio.

Así, la guerra civil-internacional española fue, para los franquistas, ‘guerra santa’. “Había que crear una paz santa; una nación totalmente informada de las esencias de la Cristiandad; una sociedad regulada por los valores de Justicia y Caridad” (Real de Azúa, 1943:80).

Los resabios de la Primera Guerra Mundial hacen inminente la necesidad de buscar conceptos nuevos para explicar e interpretar los nuevos contextos y desafíos planteados a posteriori de la guerra total: totalitarismo es el término elegido, significado y amado por unos (los antiliberales fascistas), desdeñado y aborrecido por otros (los antitotalitaristas).

De esa Primera Guerra nacieron cuatro experiencias totalitarias: el fascismo italiano (1922-1945), la Guerra Civil Española (1936-1939), el nazismo alemán (1933-1945) y el estalinismo ruso (entre los años ’20 y los años ’50). Cualquiera

de estas manifestaciones políticas tienen particularidades inéditas que hacen difícil establecer cualquier medida comparativa o, por lo menos, hace más difícil su ubicación conceptual. Lo cierto es que, si hay algún acuerdo en cuanto al concepto de totalitarismo, es que este se define por la antítesis al Estado de derecho.

Ahora bien, ¿es suficiente la categoría de totalitarismo para dar cuenta de las complejas realidades, impulsos y devenires de los fenómenos que ubicamos bajo su consigna?

Hay una serie de elementos concatenados (partido único, dictador absoluto, ideología de Estado, monopolio de los medios de comunicación y de coerción, etc.) que reducen e ignoran la evolución de la esencia de cada movimiento particular, su contenido y sus objetivos.

Uno adquiere el poder a través de comicios, el otro nace de una revolución, otro a través de la guerra. Uno con un líder carismático (en sentido weberiano: jefe que necesita de su masa para desarrollar todas sus cualidades), el otro "valiéndose de un mecanismo impersonal". Stalin, ni gran orador ni gran escritor, nace de las sombras, según Trotsky, mientras que Franco es producto de la oscuridad militar.

El exterminio y los mecanismos de coerción y ejercicio de la violencia son, radicalmente distintos en el nazismo, en el estalinismo y en el franquismo. El primero aparece como fin en sí mismo; los campos de concentración se transforman en fábricas de la muerte. Auschwitz carece de toda funcionalidad productiva, además de estar teñido por un determinismo racial. En España el legado fue de oscuridad y penumbras, de una nación en la cual sobrevivió el totalitarismo basado en la anacrónica historia de imperio y una iglesia que quiso ser una aplanadora de cualquier tipo de expresión. Los gulags poseen una naturaleza social y política, en la medida en que intentan provocar un cambio radical en las estructuras productivas soviéticas.

¿Cuál es el vínculo con la modernidad de estos regímenes? Por un lado, el nazismo es, en sí mismo, un proyecto de racionalidad instrumental en sus formas de aplicación del poder (lo técnico, lo administrativo, lo industrial) para un proyecto descabellado de remodelamiento biológico. En el caso de España, el franquismo retomó costumbres casi feudales, donde la figura omnímoda del "caudillo" impregnó toda la sociedad que, finalizada la guerra, sólo pudo sobrevivir aceptando políticas sociales que prometían ser milenaristas. Por otro, el estalinismo —en contraposición— posee objetivos completamente racionales: modernizar e industrializar el Estado, pero valiéndose de medios irracionales como lo fueron el

despotismo agrario, el trabajo esclavista, la represión, etc. Pero también con un ideario milenarista.

En el caso de España, ejemplo discutido y sobre el cual volveremos, el proceso de modernización fue mucho más tardío, lo que significó cambios en la sociedad muy lentos, pero permanentes. Real de Azúa sólo percibió los primeros momentos de la dictadura franquista, pero le bastó para crear un concepto de totalitarismo visionario a su tiempo.

Nada tienen que ver con la justificación de cualquiera de estas atrocidades del siglo XX, pero sí cabe subrayar que la noción de totalitarismo tiende a uniformizar o, por lo menos, a ocultar esta clase de diferencias, pecando con la simplicidad de señalar los elementos en común.

Para Real de Azúa el franquismo rechaza al hombre liberal de sentimientos burgueses y democráticos, va contra todos los valores evangélicos, combatidos como 'sensiblería'. "Una dura moral nietzscheana de bestia de presa, es lo más significativo del 'héroe' totalitario" (Real de Azúa, 1943:15).

¿Cómo han reaccionado las organizaciones sociales y sindicales en España? Para Real de Azúa, la corporatización totalitaria habita dichas organizaciones traduciéndose en España en 'sindicatos verticales' quienes operaban en lo social o en lo estatal, no como órganos de representación sino como productos del 'enquadramiento' disciplinar. Se les acusa de verticales por su dirigismo (dirección desde arriba) y por englobar a obreros, patronos y técnicos.

A esta altura del análisis parece relevante introducir el tema de hegemonía y autoridad, respecto del autoritarismo. Es en este debate que se hace relevante el pensamiento de Gramsci, para quien la hegemonía era la manera en que distintos colectivos formaban agrupaciones más amplias, emprendiendo luchas sociales comunes. Para que dicho proceso sea posible, se necesita el fortalecimiento de los grupos y de su comunicación, el respeto a las relaciones comunales en cuyo marco tiene sentido el sentido común. El diálogo y conformación de espacios comunes sería el mecanismo esencial en la construcción de un proyecto hegemónico emancipador. La difusión de la convicción, más que el terror, es una diferencia con respecto al concepto de hegemonía y al totalitarismo. En el último, la alternativa no se plantea entre el bien y el mal; directamente se liquida cualquier tipo de alternativa, con el propósito de manipular el cuerpo y la mente humana.

La agresividad del totalitarismo no proviene del anhelo de poder, sino de hacer el mundo consecuente con su propia ideología y súper sentido. Así, la imposición de un proyecto se logra masificando, aislando y silenciando a los ad-

versarios, tomando no sólo sus pensamientos, sino sus cuerpos. Se sacrifica los intereses vitales a la ley de la historia y naturaleza.

La definición del enemigo se hace carne en la propia identidad del Pueblo. El pueblo se asocia con la metáfora del cuerpo, vigente desde Lenin, y la campaña es contra los enemigos, identificados estos como la profilaxis social: la integridad del cuerpo depende de la eliminación de sus parásitos. Así, contra los cuerpos individuales que ofrecen resistencia, se propone una identidad de cuerpo en una lucha constante contra elementos extraños o parásitos. De esta manera, la virtud de la organización sería la eliminación del caos y la desorganización, la destrucción de aquellos saboteadores que se propongan destruir el orden 'natural' (Lefort, 1990:49).

Desde el totalitarismo se proyecta una representación del Pueblo-Uno, es decir, se niega a la división, confrontación y conflicto constitutivos de toda sociedad dejando afuera al Otro, al enemigo, quien representa las fuerzas provenientes de la antigua sociedad.

Lo irónico es que para el totalitarismo la existencia de oposición política es utilizada no sólo contra los que atentan contra el orden, sino como pretexto para destruir los derechos civiles de toda la población; la muerte jurídica es un prerrequisito para dominar enteramente. Para un proyecto hegemónico-gramsciano la oposición política es sustancial, ya que la construcción de luchas comunes, alianzas, solidaridades y quiebres debe hacerse sobre el asentimiento libre que resulta del juego político basado en la libre oposición. Para dicho proyecto, la espontaneidad humana siempre será una reserva para hacer de la historia de los hombres un camino creativo.

¿Cómo puede imponerse una parcialidad? La respuesta en nuestro autor es la misma: tiñéndose de totalidad. La ilegalidad totalitaria es pretender haber hallado un único camino, Ley de toda historia humana. Estas concepciones siempre parciales se presentan como generales y aún "científicas". Real de Azúa, desde su posición de intelectual crítico y reflexivo, condena esta utilización de "la ciencia" en manos totalitarias, reivindicando que la verdadera ciencia necesita de pensamientos creativos y múltiples, capaces de refutar y reconstruir las verdades hasta el momento halladas.

Lo irónico sería cómo el totalitarismo es capaz de imponer su pensamiento disfrazándolo de naturaleza "científica". La ciencia pasa a ser propaganda, esa es la decadencia intelectual a la que explícitamente se asigna por ambos autores a los contextos totalitarios.

Para la política totalitaria las ventajas de la propaganda sobre la ciencia es que la primera constantemente suma el poder de la organización totalitaria. A dicha estrategia, los autores contraponen las ventajas políticas de la ciencia, siendo que es sobre ella que descansa cualquier proyecto democrático. Allí coinciden ambas visiones sobre la democracia en contraposición al totalitarismo.

Si bien la propaganda implanta una ideología, esta no puede sostenerse fácilmente, porque la experiencia real contradice constantemente dichos supuestos. Es por ello que se necesita, para tender un puente entre realidad y ficción, la apelación al terror.

La ficción más eficaz de la propaganda nazi fue la historia de una conspiración mundial judía. La concentración en la propaganda antisemita fue el recurso. La voz de la argumentación resulta temerosa a los regímenes que están dispuestos a 'inventar la realidad' si es necesario para que sus hipótesis concuerden con los hechos.

Para Real de Azúa, la filosofía totalitaria es de espíritu sectario, es decir, contra el convencimiento y la discusión libre se impone una parcialidad del juicio. La idea de "comunidad cerrada" es altamente criticada por el autor, desde un espíritu universalista.

El autor denuncia que la represión no sólo ha tenido un carácter partidario o individual, sino regional, siendo los dos grandes núcleos del separatismo Vasconia y Cataluña, mientras el país vasco se habría mantenido en reserva. La humillación regional se mueve y centraliza desde Madrid.

La economía de guerra, junto a la ideología totalitaria, han dado como solución de los problemas estatales y societarios un culto de la homogeneidad.

Además de los sindicatos verticales, se resalta el rol de los medios propagandísticos en monopolio del estado totalitario. Estamos ante una publicidad dirigida, uniformada, nivelada hasta el agotamiento. En el tema de la educación, el totalitarismo educa pero no en problemas, sino en soluciones sectarias que se presentan como unívocas.

La parcialidad de la falange se construye como partido único totalizándose y unificándose con el tradicionalismo. El Partido único será el vehículo entre el Estado y el pueblo, donde se excluye cualquier elemento de representación. La carencia de 'cuadros' hizo que gobernara la mediocridad a partir de burócratas y políticos vacantes a nutrirlos (Real de Azúa, 1943:62).

Real de Azúa ve debajo de la unanimidad del Partido Único que quiere erigir en materia dogmática, introvertida, disciplinaria, una lucha encarnizada de las distintas fracciones que lo componen.

El autor propone la necesidad de una clase dirigente, imagen representativa de la sociedad, ampliamente reclutada, con la función de jefes libremente elegidos, consentidos y responsables; en contraposición al partido único que habría nacido de las necesidades políticas y las tendencias de las viejas oligarquías despoticas. (Real de Azúa, 1943:68).

Aplastamiento de la persona: fin de espontaneidad

El pasaje temeroso que habilita la dominación, y que comienza por la soledad y el atomismo, prosigue con la heteronomía, la coerción y el control; si no se logra así la asimilación, se recurre a la muerte, y aún más, luego de esta la garantía de desaparición se garantiza borrando el recuerdo para que no forme parte de la memoria colectiva.

La muerte encuentra su forma más cínica entre los hombres. No es la lucha por la hegemonía lo que está en juego, es la propia vida, y aún más en aquellos casos ya despojados de esta, se extingue aún la memoria.

La espontaneidad personal y grupal a través de la interacción es eliminada. Así, Real de Azúa decía que “en el Partido único español, reclutado en todos sus dirigentes, sin la menor audiencia de las masas; dirigido desde arriba, férreamente, ninguna expresión espontánea puede llegar nunca al Estado, ninguna manifestación de una necesidad verdadera filtrarse jamás” (Real de Azúa, 1943:65).

Para ambos autores la acción política es pensada como actualización de la experiencia personal y política, centrada en la esencia del hombre. “Mediatizada la persona humana a la comunidad, su dominio singular cae copado. La vida privada, esa fecunda e intransferible vida privada, cede a la exigencia total de la cosa pública [...] Propiedad estatal es el hombre” (Real de Azúa, 1943:19).

La reducción de un hombre a un “haz de reacciones” impide que este sea la base de un proyecto comunitario, ya que se le niegan sus ingredientes constitutivos. La imitación es el recurso. Es por ello que al conformar un proyecto de Humanidad en base al aplastamiento de la real diversidad humana, la única manera de concreción será el control-opresión (y no la seducción) y la eliminación de la diferencia y los diferentes.

“Comenzar” es la garantía de singularidad espontánea, “espacio común” es la condición del compartir político. Al suprimir la capacidad interna de los hombres para comenzar, al destruir el espacio común donde pueden moverse, el terror totalitario garantiza su eterna repetición encarnada en cuerpos exentos de vida.

Así advierte Real de Azúa que el trágico error en el totalitarismo falangista es restaurar los fines éticos “contra” la libertad. Con lo que perdemos todo aquello que se pretendió imponer coactivamente.

El totalitarismo, al llevar al extremo la dimensión nacional sobre lo individual, suplanta por una entera mutilación el plan personal por la comunidad, haciendo que “El optimismo de lo colectivo” se alce sobre el campo muerto del pesimismo en ‘cada’ persona” (Real de Azúa, 1943:34).

De esta manera Real de Azúa demuestra cómo ‘el carácter finalista de la libertad le sirve especialmente al totalitarismo. “Si la persona se realiza en un fin, [al totalitarismo] nada le parece más cómodo que fijarle él mismo este fin a todos y a cada hombre. Queda el fin, pero la libertad ha volado” (Real de Azúa, 1943:34).

La muerte de la individualidad del hombre, de la unicidad conformada en partes iguales por la Naturaleza, la voluntad y el destino, convertida en premisa tan evidente por sí misma en todas las relaciones humanas, inspiran una cierta incomodidad, crea un horror que eclipsa el ultraje a la persona jurídico-política y a la desesperación de la persona moral.

Sin embargo, esta ‘espontaneidad individual’ está directamente conectada con la ‘espontaneidad colectiva’, la ‘autonomía relacional’. La vida de alguien en un sentido particular es una “esencia” que sólo se actualiza en el tiempo de la pluralidad específica de los otros. El “saber íntimo” sólo surge ante la multitud de los otros, lo dado de diferentes que nacen como tales. El quién sólo se revela en “la acción” a la cual está ligado.

En palabras de Honneth:

La autonomía es una capacidad que existe sólo en el contexto de las relaciones sociales que la sostiene y sólo en unión con el sentido interno de ser autónomo [...] La relación de uno consigo mismo, no es asunto de un ego solitario, sino el resultado de un proceso en curso intersubjetivo en el que la actitud de uno hacia sí emerge en el encuentro con la actitud de otro hacia uno mismo.

(Honneth, 2005:131).

Se plantean como enajenantes tanto los extremos que proclaman al individualismo total, como los planteos totalitarios que a través de las mayorías encuentran mecanismos para oprimir y eliminar a las minorías.

Presionando a los hombres unos contra otros, el terror total destruye el espacio entre ellos.

A lomos del societarismo, del mayoritarismo, del individualismo, una mayoría ha pretendido oprimir o aplastar a las minorías sociales, raciales, espirituales, con una versión falsa de la sociedad: racista, o naturalista, o laicista, o economista. Se trata de convertir a la ‘sociedad’,

identificada con la mayoría de ella, en un absoluto, en detrimento de las personas, familias y grupos intermedios que se quiere destruir. Los dos extremos: el individualista y el societario, al desfigurar irrevocablemente la realidad social, llevan implícitos, en forma directísima, la amenaza totalitaria.

(Real de Azúa, 1943:41).

Lo que seduce a Real de Azúa del falangismo es el argumento moral, que si bien no viene del campo totalitario es tomado por él, del esfuerzo por trascender el individualismo en un proyecto 'hacia afuera'.

Lo 'social' se plantea como algo más que el ámbito del hombre, una parte misma de su ser. Una nueva democracia planteará en términos más estrictos la tensión del hombre y lo colectivo, de sociedad-soledad, de comunidad-intimidad.

La sociedad no acaba en nuestra piel y en nuestra sangre. Sigue en nuestros gestos, corre en nuestros pensamientos, mueve muchos de nuestros latidos. Y hasta donde llegue, tiene derechos. Tenemos que defender 'menos' que el individuo del siglo XIX. Pero lo que defendamos, defenderlo incomparablemente mejor.

(Real de Azúa, 1943:32).

Es este sentido último de libertad y democracia que Real de Azúa sintetiza citando a Antoine de Saint-Exupéry

¿Qué soy, si no participo? Tengo necesidad, para ser, de participar. [...] He adquirido el derecho [...] de participar. De estar ligado. De comulgar. De recibir y darse. De ser más que uno mismo [...] Mi amor al grupo no tiene necesidad de enunciarse. No está compuesto más que de lazos. Yo soy del grupo. He aquí todo.

(Real de Azúa, 1943:37).

Este punto entre lo individual-colectivo y el entendimiento de la libertad, parece ser uno de los puntos neurálgicos que han llevado a muchos autores, mediante leída rápida, a criticar y pensar que el autor defiende cierto 'autoritarismo' en nombre de lo social. Sin embargo, lo cierto es que propone que ningún proyecto puede ir contra la libertad, sino partir de ella y buscar trascender la individualidad.

En la defensa del núcleo de la libertad e intimidad que es la persona (a quien distingue del individuo), nuestro autor rechaza tanto al totalitarismo como a los regímenes individualistas sobre formas capitalistas y liberales del siglo XIX. Para él, ni el absolutismo ni la anarquía individualista son salidas válidas y ambos pueden, en el intento de aplastar las minorías e imponer su proyecto, llevar al totalitarismo. Así propone un proyecto en el que "la sociedad misma sea la intérprete de la 'cosmovisión' política (cosmovisión defendida como necesaria), su fuente renovadora" (Real de Azúa, 1943:40).

Desde el planteo de Arendt apoyado en la espontaneidad a nivel individual, pueden retomarse los escritos de Rosa Luxemburgo quien utiliza dicho concepto para referirse a la espontaneidad colectiva, analizando la relación de los grupos y movimientos con el partido.

El eje de la temática es la capacidad de autonomía que individuos y colectivos son capaces de alcanzar. Sin duda, una sociedad de colectivos con altos grados de autonomía se aleja de la concepción totalitaria sobre una fuerza natural histórica que no tropiece contra ninguna acción espontánea.

El carácter interactivo entre los hombres, el eje relacional emerge en su total resplandor. Nuevamente, el poder (y contra poder) se ubica en este espacio de interacción.

Cualquier amistad espontáneamente otorgada, es, desde el punto de vista de la dominación totalitaria, una amenaza. La *superfluidad* se convierte en requisito.

La eliminación de la espontaneidad es el intento de extinguir todo lo que distingue a un hombre de otro. La superfluidad es la igualación que permite al totalitarismo dominar, convirtiendo a la persona en marioneta o animal de reflejos condicionados.

Latinoamericanismo

—¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

—Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

Yo soy un hombre serio y exacto.

—¿Y qué haces con esas estrellas?

—¿Que qué hago con ellas?

—Sí.

—Nada. Las poseo.

Saint-Exupéry

Buscando la generalidad y las raíces del pensamiento totalitario a través del falangismo, Real de Azúa no deja de internarse en la propia especificidad de nuestra región y nuestro país. Podríamos decir que es allí donde reposa su máximo interés.

El recorrido se traza a través de la comprensión de lo particular de un pequeño país como el Uruguay y una compleja región latinoamericana —dependiente e

interdependiente— a la que toma en cuenta dentro del entrelazamiento relacional mundial.

De esta manera, el autor propone adentrarse en las especificidades, apuntando el rol de las elites nacionales y los procesos históricos regionales sin perder de vista que una de las características propias de nuestro continente es la “heteronomía”.

El concepto de heteronomía se refiere a la voluntad. Es un término introducido a la filosofía por Kant para hacer referencia a la voluntad no determinada por la razón propia del sujeto, sino por algo ajeno a ella. Existirían dos fundamentos: la razón o la inclinación. Cuando la voluntad y la acción se rigen por la propia razón estaríamos hablando de procesos con cierto grado de autonomía; cuando se determina por la inclinación sería heterónoma.

Real de Azúa traslada estos conceptos para analizar la ‘voluntad’ de nuestras naciones latinoamericanas. Es consciente de que las explicaciones más profundas de nuestra historia nacional y continental deben encontrarse tanto en los procesos, lastres y características propias como en los procesos internacionales y fuerzas imperiales que nos habitan y atraviesan.

Es así que nos proponemos adentrarnos sobre esta perspectiva en dos de los temas recurrentes y estructuradores de los últimos escritos del autor: el autoritarismo regional y el imperialismo.

Sobre la categoría desprendida de occidente de Helio Jaguaribe que da en llamar a las dictaduras regionales como un “colonial-fascismo”, Real de Azúa devela el desajuste con la realidad latinoamericana. Se marcan los clivajes que delinean divergencias sustanciales entre los sistemas fascistas europeos y las modalidades militares y neo-conservadoras latinoamericanas.

Para el autor, por un lado, el “fascismo-colonial” podría transmitir, con un necesario matiz, la sustancial identidad de sistemas con ciertos hilos de continuidad de formas políticas dadas. Real de Azúa considera sensata la posición de Poulantzas en presentar una línea de conducta de larga duración característica de sociedades capitalistas.

Por otro lado, reafirma que la categoría no da cuenta de la naturaleza de las naciones dependientes política y económicamente del exterior, con sistemas económicos de “enclave”, en algunos casos sin historias de democracia, grandes diferencias de clase y bajo índice de movilización.

La relevancia otorgada a la ‘categorización’ del fenómeno no es casual,

Los rótulos, las denominaciones, valen lo que valen [...] el vocabulario político y social tiene bastante de estipulativo y el uso reiterado social, de una calificación por mucho que pueda parecer descaminado respecto a su previo contenido referencial es en sí mismo un hecho de cultura.

(Real de Azúa, 1971:148).

La preocupación es que los fenómenos por los que atraviesa Latinoamérica queden ‘incómodamente’ identificados con lo que es distinto e inasimilable. La tarea a la que el autor se aboca es distinguir entre lo disímil para penetrar en el espesor de las categorías propias.

¿Cuáles son las diferencias que se remarcan entre los autoritarismos europeos y las dictaduras latinoamericanas?

En primer lugar, el sistema de movilización política. Mientras que los fascismos europeos incentivaron la participación política, atomizada pero compulsiva, el encuadre autoritario en la región es inverso. A nivel regional, la dimensión política de movilización se llevó a su mínima expresión, excluyendo a las minorías y también mayorías de la participación.

En segundo lugar, los valores que justificaban la militarización y totalización estaban basados en el primer caso en valores fideistas, mientras que en los regímenes latinoamericanos se presentaban como “sacrificios para el desarrollo”, contra la “subversión”.

Las modalidades regionales no se apoyaron en la propagación de ideologías sobre nacionalismos de acento misional y reivindicatorio que asumieron los fascismos europeos. La defensa de “la Patria” se basó en la tradición y las repúblicas oligárquicas.

Otra diferencia sería la implementación de un sistema político basado en un partido único, como el caso de occidente. Para el caso latinoamericano, la posición y funciones de un partido único han sido sustituidas por el rol otorgado a las fuerzas armadas como órgano de cumplimiento. Las fuerzas armadas, en muchos casos, no fueron integradas al aparato político latinoamericano, sino que funcionaron como el núcleo de poder casi-fundante, conformando una estructura oligárquico-funcional que ha preservado a la forma caudillesca.

En el contexto latinoamericano, la implantación del sistema totalitario cancela la cualquier tendencia niveladora de distribución del ingreso.

El liberalismo económico, en sus formas más ortodoxas, la doctrina de la libertad empresarial irrestricta constituyen el hilo de oro que vincula las distintas etapas en que se diversificó su

política económica. La privatización del sector público, la desnacionalización de las unidades productivas más valiosas representan corolarios teóricamente aceptados.

(Real de Azúa, 1971:152).

Es así como el Estado adquiere en estos regímenes su condición de organizador en base a intereses de sectores hegemónicos.

Para Real de Azúa, es difícil hablar del caso latinoamericano como estrictamente totalitario; la ausencia de "doctrina nacional" y las diferencias con el sistema de represión marcan distancias insalvables. En el caso regional, la formulación ideológica-doctrinaria se basó en la filiación liberal-capitalista e individualista del sistema en el área cultural.

Por último, un elemento sustancial señalado por Real de Azúa entre las divergencias entre sistemas europeos y América Latina es la fuerza desencadenante que en los primeros tuvieron los sectores medios, resultante de la experiencia de anomia y desarraigo comunitario.

En el caso latinoamericano se encuentran tres sectores:

1. El sector reprimido (motivación represiva sobre sectores con actitud de disidencia, "contrasociedad", militantes que se encontraban en ámbitos sociales, sindicales, universitarios, políticos, religiosos e intelectuales).
2. El sector marginalizado (se deja en su pasividad e incapacidad de articulación a la dirección movilizadora de ciertos populismos, remarginalizando sectores incipientemente activos).
3. El sector fomentado (este sector se componía de ciertos segmentos de las clases medias-altas: técnicos, gerentes, profesionales dependientes sobre los que recaen parte de los concentrados beneficios de un desarrollo desigual y mediatizado).

América Latina: entre rémoras, culpas y conjura

El abordaje del autor hacia nuestro continente se elabora de manera relacional. Así, se sumerge en las discusiones sobre tercerismo y latinoamericanismo.

Se coincide con la perspectiva de Alberto Methol Ferré acerca de que la meta sería crear una América del Sur económicamente unificada, para comenzar la conformación de América Latina como sujeto histórico real, protagonista en el proceso de globalización.

¿Cómo se ha pensado desde Uruguay este tema y cómo lo propone Carlos Real de Azúa desde sus visos de originalidad y su pensamiento fermental en el mundo de las denominadas sociedades periféricas o 'dependientes'?

Nos adentraremos en sus ideas y representaciones acerca del pensamiento latinoamericano, construcción que hace especial énfasis en el esclarecimiento semántico del lenguaje ideológico derivado de la vinculación (o desvinculación) con la realidad desde donde se genera, y las fuerzas externas que lo modelan (fuerzas imperialistas).

La teoría política latinoamericana tiene que preocuparse por servir, en tanto el destino de toda ciencia y toda cultura es ser función de las necesidades del hombre, arma para la liberación del hombre y aún liberadora de sus parciales liberaciones. Pero esa condición no es la única [...] a menudo, tendrá que parecer, no ser, abogado del diablo, poniendo la duda en los estados de fe, aventurando la crítica en los estados de unanimidad, asumiendo la resistencia en las situaciones de compulsión.

(Real de Azúa, 1973:16).

Es por ello que parte de la unidad de análisis latinoamericana sin abandonar las asimetrías y desigualdades existentes. Estas no deben ser ocultadas, sino abordadas según una radiografía del poder que enfrente las relaciones y estructuras opresivas, intentando transformarlas. De lo contrario, cualquier intento de igualdad estará más lejos de concretarse bajo un discurso que la enuncia a la vez que la imposibilita.

Sus construcciones y análisis de las ideas e ideologías, en ciertas configuraciones, no se dirigen a un círculo intelectual cerrado en sí mismo, sino que encuentra su justificación "en el fin de construir un proyecto capaz de inducir y reorientar el juego espontáneo de las tendencias y hacerlas servir a metas claras" (Real de Azúa, 1975:8).

Desde una concepción macro global (asimilable a los ciclos de Kondratieff, tomados más recientemente por Wallerstein (entre otros), Real de Azúa tempranamente asimila el proceso de "occidentalización" a un proceso universal comenzado cuatro siglos atrás.

En dicho proceso identifica una despectiva conciencia de superación basada en el individualismo (entendido en sus dos caras de afirmativo egoísmo y de fe en las posibilidades humanas); lo que implica por un lado el dominio de la naturaleza a través de la industrialización y, por otro lado, las garantías políticas de la democracia.

La mirada profunda y precisa cual bisturí de nuestro autor, se remonta a la expansión del occidentalismo a través del liberalismo para descubrir cómo este apli-

ca a razas y a comunidades nacionales el aval jerárquico que brinda el darwinismo: la supervivencia de los más fuertes, los dogmas de la desigualdad biológica.

De este proceso se derivan categorías, que organizan los pensamientos y condicionan reconstrucciones que nuestros pensadores hacen de las realidades regionales. "Hay [en este occidentalismo] entre lo hombres aptos e ineptos: también habrá pueblos destinados al triunfo y pueblos condenados al fracaso y a la dependencia que el fracaso importa" (Real de Azúa, 1975:52).

La gran paradoja aparece ante la permeabilidad y expansión de una ideología de occidentalización —a través de la fe en el liberalismo y la 'modernización'— y un proceso histórico concreto donde el hombre de Occidente reclama para sí algo que no quiere (o no puede) ser universalizado —salvo a pequeñas minorías de "gerentes"—, dado que implicaría la autolimitación de sus propios derechos y retracción de sus abultados beneficios (Real de Azúa, 1975:52-3).

Sería esta equivocidad de las "ideologías liberales" y su inadecuación a distintos contextos lo que explica un impacto, no pocas veces, contraproducente en América Latina, y de allí se comprende la casi obsesión de Real de Azúa por generar "pensamiento propio".

¿Cuáles fueron las formalizaciones intelectuales que evidenciaron ciertos procesos comunes a nivel regional?

Real de Azúa caracteriza las primeras interpretaciones bajo el nombre de "*Rémoras y lastres*" ¿A qué se refiere con estas rémoras que detienen o dificultan el 'progreso' o los 'lastres' de arena que aún aumentan el peso de América cuando esta quiere dirigirse hacia las alturas?

Dentro de un pensamiento liberal, europeísta y etapista (de orden y progreso) estos primeros 'estados de espíritu' derivados de los primeros tiempos de formación nacional, acordados por las minorías intelectuales, apuntaban a ciertas dificultades a nivel racial, cultural, geográfico, económico y político de nuestras sociedades frente a los países desarrollados.

En este manto de interpretaciones se consideran parte las 'deficiencias estructurales' a través de las cuales propone la CEPAL comprender las asimetrías.

Con profundidad psicológica, Real de Azúa analiza cómo estas interpretaciones centradas en aspectos propios (de carácter étnicos, dificultades de comunicación por la situación geográfica, despotismo, caudillaje, entre otros) parecen acercarse a "la culpa" a través de la mirada del extranjero —él sí 'desarrollado'— que nos identifica como "pueblos corrompidos y desordenados, incapaces para ningún trabajo útil y para el respeto mínimo requerido por una pacífica convivencia internacional" (Real de Azúa, 1975 :23).

De esta manera la culpa no permitiría asumir nuestras rémoras: "... es 'el alma' quien corre el peligro de 'la enajenación', la culpa es la imitación desatentada, el desapego a lo propio, el afán por injertar lo que nos es congenialmente heterogéneo" (Real de Azúa, 1975:27).

El carácter ideológico con pretensiones de universalidad de la "vida civilizada" genera en América Latina, a través de la absorción de nuestras minorías dirigentes e intelectuales, "la culpa" que arrastra a nuestras sociedades a la inautenticidad y descastamiento.

Otra rama de explicaciones y 'estados de espíritu' creados desde nuestras elites dirigentes e intelectuales se agrupan en lo categorizado como "*teoría de la conjura*".

En esta nueva ola de creaciones se evidencia el rescate de 'las culpas foráneas'. Al principio, se les acusa de 'ignorarnos' o 'no civilizarnos'; luego pasa a un estado de ánimo de "complot" como clave de la marginalidad latinoamericana.

En lugar de depositar un cierto contenido de 'responsabilidad' y 'culpa' en la acción de nuestras elites políticas y nuestras particularidades étnico-sociales y económicas, se retoman sin abstraerlas de su contexto, confrontándolas dentro de las relaciones sociales de dominación en las que participan.

Dependencia y conjura se presenta para Real de Azúa como una interpretación esotérica de las 'fuerzas ocultas' que operan desde afuera y explicarían nuestra situación. Lo que emerge fuera de un enclave regional a través de medios económicos e inmateriales gana en el medio nacional la voluntad de los elementos nativos necesarios, como para que no se sospeche —o al menos no pueda probarse fácilmente— la existencia de gestores externos (Real de Azúa, 1975:33).

Las fuerzas imperialistas despojan la inocencia política a nivel nacional y la conectan a una matriz social y cultural donde las relaciones sociales se estructuran a través de relaciones de fuerza.

Nuevamente la lucidez de nuestro autor advierte la complejidad en las tentativas de desarrollo autónomo, ya que las relaciones de explotación imperialista no se ejercen sólo a través de la violencia directa, sino a través de la violencia simbólica y asimilación del dominado: "fuerzas ocultas, secretas, a veces 'discretas'", para decirlo con sus palabras.

"Por el espejismo de alguna promesa dorada y aún por la vía más sutil de la 'ilusión ideológica': en la trampa de las representaciones mentales pueden meter el pie gente de buena fe, cuya integridad en materia personal esté más allá de toda sospecha" (Real de Azúa, 1975:33).

Adoptando categorías occidentales del mundo, y no generando otras, provenientes de nuestro contexto, se adoptaría una 'ilusión ideológica' que viabiliza una 'dominación pacífica'.

¿Por qué América Latina no ha alcanzado un proyecto autónomo? ¿Cuáles han sido las tácticas de explotación imperialista que han incidido para que no hayamos podido 'remontar el peso de nuestras rémoras' y 'enjuagar la carga de nuestras culpas'?

Real de Azúa señala:

El mantenimiento de la condición monocultora de cada nación, el divisionismo político interno, la promoción de gobiernos sólo fuertes para lograr un implacable orden social, el prestigio de formas culturales extranjerizantes, la corrupción sistemática de los elencos dirigentes, el copamiento de los movimientos de raíz nacional/popular, la colaboración con las fuerzas que buscan su desnaturalización y su fracaso, la intromisión que promueve gobernantes venales y obsecuentes.

(Real de Azúa, 1975:37).

El autor se plantea el desafío de la generación de categorías propias adaptadas a nuestra realidad nacional y regional bajo contextos de "dependencia asimétrica" latinoamericanos.

En este sentido, el primer desafío que se les plantea a los intelectuales ante las exigencias académicas de demostración y construcción de pruebas empíricas verificables, es el de no resignar abordajes globales acerca de la lógica del poder; sabiendo que su propia dinámica lo oculta y no deja rastros de la enfermedad, más que de sus síntomas.

Existen, de seguro, más cosas entre el cielo y la tierra que aquéllas que para el historiador "positivo" o "positivista" existen. (...) No todas las decisiones que afectan a la suerte de una sociedad y que, a alguna altura de su ejecución se muestran y movilizan a la luz del día, se documentan públicamente [sin por ello dejar de existir].

(Real de Azúa, 1975:39).

La frustración continua en el intento de una verdadera autonomía en el contexto nacional y regional no puede ser entendida como rémoras y culpas propias si estas no se exponen y confrontan en un análisis relacional que quiebre radicalmente con la idea de etapas graduales para alcanzar el desarrollo del que algunos países ya gozan.

El subdesarrollo que se expone y naturaliza como desfasaje —explicado por causas endógenas o exógenas— de algunos países en un proceso de "modernización" universal; ocultando la lógica del mismo fenómeno de modernización y oc-

cidentalización, comenzado cuatro siglos atrás, que hizo que el mundo se dividiera en dos grandes núcleos: favorecidos y desfavorecidos, premiados y castigados, donde los martirios de unos están desde el arranque anclados a los beneficios de otros.

Ahora bien, si desde un enfoque estructural el reconocimiento de las fuerzas imperialistas puede llegar a minimizar o destruir la fe incrédula en una capacidad de acción política local, tampoco es cierto que nuestra historia no sea otra cosa que 'un juego de fantoches movidos por manos ajenas', como lo propone Simón Schwartzman.

Retomando el estudio de comportamiento infantil de Rosenzweig (1997), quien plantea que la respuesta extrapunitiva es siempre más fácil que la intrapunitiva, Real de Azúa articula estos hallazgos trasladándolos a la realidad "latinoamericana" para identificar los núcleos explicativos en relación con lo foráneo sin caer en la "inmadurez" de que el reconocimiento de la culpa "de otros" invisibiliza las explicaciones de índole endógeno o las "mea culpas"⁽²⁾.

Integración latinoamericana: una cuestión entrañablemente vigente

La búsqueda por lograr mayores grados de integración en nuestro continente ha sido un tema recurrente en nuestros días y aún encuentra visiones opuestas.

Como plantean Gerardo Caetano y Marcelo Vaillant (2004:5), más de una vez en la historia uruguaya se ha planteado la consigna de 'entrar en el mundo salteándonos a los vecinos'. La opinión sobre si resultaría más conveniente para el país tener 'amigos ricos y lejanos' antes que 'hermanos pobres y cercanos' (cuya autoría específica corresponde a Alejandro Vegh Villegas)⁽³⁾ ha constituido una fórmula que ha encontrado defensores significativos en distintos momentos de la historia nacional.

Recordemos que nuestras naciones, luego de la colonización, lograron su independencia, muchas veces mediante guerras con sus vecinos. De alguna manera, podríamos decir que la independencia se logró a través de una identidad fragmen-

(2) A modo de ejemplo, "respecto a los lastres de nuestro régimen agrario, afirmaba Solari que la culpa de él no es sólo del imperialismo, que si defiende el régimen de tierras en otros países no lo hace en el Río de la Plata y que esa culpa lo son también la ineptitud y la imprevisión latinoamericanas, el poder de las clases altas, la falta de organización de las bajas, etc." Max Neff en *Marcha* No. 1347, 7-IV-67.

(3) Ministro de Economía del Uruguay durante la dictadura militar (1974-1976).

tada, basada en la construcción del estado-nación que nos enfrentaba entre 'unos dependientes a otros dependientes'. Los largos y sangrientos conflictos independentistas tomaron parte en nuestra historia y nuestra cultura.

En las últimas décadas del siglo XIX se definieron en la región los Estados-nación adoptando generalizadamente formas republicanas de gobierno (con la excepción de Brasil). Más allá de los análisis que buscaron descubrir las resistencias y lastres que habrían interrumpido el camino ideal progresivo hacia la modernidad liberal, las transformaciones políticas necesitan ser analizadas tanto en lo singular y específico como en lo regional.

A modo de ejemplo, en el Brasil del siglo XIX predominó, en el dominio de la política, el proyecto de una elite entrenada en Portugal (Coimbra) que valorizaba la unidad nacional y que empleó como instrumentos la monarquía y la centralización política. En el trasfondo de esta ingeniería política quedaba la preocupación del mantenimiento de la esclavitud.

La metrópolis portuguesa, en contraste con España, nunca permitió la creación de universidades en la colonia por lo que en Coimbra (Portugal) se formaron y entrenaron brasileños de todos lados del país, asimilando una visión de la colonia como un todo, donde la concepción de imperio era absorbida.

La utopía de una rápida integración al mundo noroccidental, luego de rotos los lazos coloniales, sin duda debió enfrentarse con lo que Tulio Halperin Donghi ha llamado el período de 'larga espera'. *Esperando* que se haya eternizado el objetivo de lograr un proyecto autónomo regional. Recién en estos últimos años comienzan a asimilarse procesos "serios" de integración regional.

Para los estados 'formalmente' soberanos, la incorporación a los mercados mundiales se dio a través de pruebas y ensayos en la implantación de modelos de desarrollo que nunca lograron hacer tambalear las relaciones hegemónicas de poder entre 'el centro' y los países periféricos —siempre dependientes.

Todo un siglo ha transcurrido entre —simplificaciones—: el modelo de 'desarrollo hacia afuera', luego la etapa de 'sustitución de importaciones' que también pareció agotarse, instaurándose por último pautas y políticas de apertura neoliberal, hoy ampliamente deslegitimadas ante la persistencia de desigualdades y exclusión. El supuesto efecto derrame propuesto por el modelo neoliberal para limpiar la cara apenas de un goteo en medio de una creciente polarización y endeudamiento público ha dejado al desnudo la lógica intrínsecamente excluyente.

Los intentos de salir de las crisis más recientes que han azotado a nuestro país y a la región sólo pueden ser entendidas a partir de la triste historia fragmentaria

latinoamericana, una historia que como nos dice Alberto Methol Ferré es entendida desde sus respectivos Estados ensimismados, con conciencia dispersa, ignorantes de espaldas a sus vecinos, desarticulados de su contexto y región.

La mayor integración regional no tendría que ser vista contra el interés nacional de cada Estado, sino logrando un bloque para que se fortalezcan los intereses nacionales y el colectivo regional, evitando el aislamiento y la vulnerabilidad ante el sistema financiero internacional.

Es por ello que el pensamiento de Real de Azúa cobra total vigencia en el Uruguay de nuestros días. Dicho autor busca una nueva 'narración' latinoamericana acerca de la nación y la democracia, es decir, elaborar una narración acerca de quiénes somos, cómo somos y por qué somos como somos, para influir en el proyecto que se sigue de dicha narración.

Para decirlo en palabras de Methol Ferré: "América Latina es una totalidad histórica que no sabe totalizarse" (Methol Ferré, 1997: n°123).

Más allá de que el carácter polisémico del concepto Nación ha llevado en ciertos casos a un nacionalismo conservador, Real de Azúa propone dejar atrás los fanatismos nacionalistas para explorar la posibilidad de llevar adelante proyectos nacionales en América Latina que permitan el propio fortalecimiento de la región.

Como plantea Wallerstein, es necesario pensar los patrones civilizacionales desde el tiempo de larga duración y el espacio a gran escala. La superación de los particularismos nacionales en una visión básica totalizadora, exige un revisionismo histórico latinoamericano y una conciencia abarcadora del conjunto de sus raíces comunes. Este enfoque global se presenta como imprescindible al abordar la dimensión cooperativa de la integración económica, lo que al día de hoy no encuentra ningún actor consolidado que la promueva. Se trata de comprender las estructuras históricas, no para caer en determinismos sino para repensar la acción y los actores e instituciones necesarios para modificarlas (Wallerstein, 1999: 244).

La casi obsesión de Real de Azúa por encontrar explicaciones que, a pesar de las potencialidades derivadas de la diversidad ecológica y cultural que posee América Latina, no se haya podido alcanzar los niveles de desarrollo esperados, es compleja.

Sumergiéndose en todas las teorías desarrolladas en su época, con énfasis en las rémoras, conjuras y culpas latinoamericanas, el autor aborda la temática del "desarrollo" desde una perspectiva de "interdependencia-asimétrica", donde se entiende al subdesarrollo como el desarrollo desigual que se formula en el centro mismo de 'un' único sistema. Es desde allí que parece necesario armar una agen-

da de prioridades propias de Latinoamérica para poder hacer frente a nuestras necesidades y problemas específicos, construyendo un futuro más viable.

La estrategia de desarrollo deberá plantearse desde esta perspectiva global y regional, articulando los aspectos económicos, sociales, culturales, políticos y medioambientales. Hay políticas que de no desarrollarse a escala regional no pueden existir, ya que el poder de negociación de cada estado-nación disminuye al estar en competencia con sus vecinos.

La historia parece demostrar que pensarse según parámetros excepcionales como: 'O mais grande' –en el caso de Brasil– o ser el país de 'las vacas gordas' o 'la Suiza de América' –en el caso de Uruguay– no fue suficiente para alcanzar un modelo de desarrollo sustentable, independiente, de distribución igualitaria.

Más allá de los errores y las contradicciones endógenas, correspondientes a las historias particulares de cada Nación, existen estructuras mundiales que condicionan el desarrollo de los países latinoamericanos, para lo que la integración regional podría ser vista como una herramienta esencial en la negociación y condiciones desiguales de inserción al mundo.

Real de Azúa dedica una creciente atención al rol que ejercen los medios de comunicación en nuestras sociedades. En su perspectiva cualquier proyecto tendrá que ser analizado profundamente sobre el potencial democratizador en la opinión pública y la reflexión acerca del valor para el fortalecimiento de la ciudadanía, a la luz de la imposición y el sistema actual del manejo y control de la información, comunicación e imposición del código a través de los medios comunicacionales. De allí deviene su fuerte vinculación con el pensamiento crítico de la Escuela de Frankfurt.

Para el autor, nos encontramos con especial importancia en la creatividad y rigurosidad de la creación intelectual. Ya que poco o ningún ingrediente original se hace presente en el sistema justificativo de ideas que sostiene el nivel social superior uruguayo, salvo en la 'contrasociedad' que se involucra en la generación del 45. Sin embargo, en la visión del autor los intelectuales de dicha generación pasan a ser 'animadores culturales', con audiencia y resonancia, al crear una cultura masificada.

Los acusa de 'pliegues alienatorios' de una generación que se vuelca a intereses literarios y estéticos, creando una cultura de consumidores y espectadores de cine, novelas y música extranjerías que no se relaciona con nuestra realidad.

Real de Azúa delata la homogeneidad ideológica, manipulación que se apoya en la producción de sentido común, códigos de información, imágenes de repre-

sentación e imposición de la diferencia –el consumo es visto como una necesidad creada de diferenciación social–, des-estructurando la simbología de todas las relaciones sociales, basadas no ya en la propiedad de los medios de producción sino en el dominio de un pensamiento. En este sentido, se conecta directamente con el pensamiento de Tocqueville cuando plantea que en el momento en que "un gran número de órganos de la prensa llegan a marchar por la misma vía, su influencia, a la larga, se hace casi irresistible, y la opinión pública, atacada constantemente por el mismo lado, acaba por ceder" (Tocqueville, 1985, Tomo I: 175).

Desde un análisis contemporáneo, la cuestión mediática y las teorías de desarrollo encuentran un gran punto de convergencia. Como nos dice Immanuel Wallerstein, el capitalismo incita al sueño de la acumulación infinita y el 'desarrollo' se presenta como el logro del "más", se propone para los países subdesarrollados 'equipararse con el líder'. Sin embargo, los países del Sur sabemos de los problemas de muerte y sufrimiento y lo restringido del consumo que para 'algunos' este modelo supone. De ahí la necesidad de cierto pensamiento propio, no alienado con la ideología eurocéntrica.

Real de Azúa aporta a la desmitificación de un fácil tránsito del país hacia la modernidad, a través de 'modelos' de desarrollo de los países centrales. Razones endógenas y exógenas actúan con complicidad.

Un ejemplo en este sentido sería la persistencia de la cultura del bienestar material en Uruguay, la idea de las clases medias, la sociedad amortiguadora, una pasión basada en la percepción de excepcionalidad regional según parámetros europeos que podría negociar derechos, libertades y ciudadanía a cambio de una cierta 'estabilidad'. Se hace imperiosa la necesidad de formular una identidad regional, un nuevo imaginario que nos permita rearmar nuestra historia, no eliminando u omitiendo diferencias, sino reconociéndolas y construyendo a partir de ellas un "nosotros" inclusivo.

El compromiso latinoamericano y no-eurocéntrico desde el que se posiciona Real de Azúa no le hace tomar atajos, identificando que gran parte del pensamiento latinoamericano que intenta no pertenecer al subsistema canónico del colonizador se transforma en una ideología igualmente equivocada, al reafirmar particularismos y "excepcionalismos".

¿Desde dónde cuestiona Real de Azúa la teoría política de nuestro continente?

Además de la pobreza de sus medios y la complejidad problemática, a los límites en sus propios alcances se agregan los que provienen del contexto socio-

cultural (adelgazado al máximo). Cada solución latinoamericana que se afirma como nacional, parte del 'emantismo' y 'peculiarismo', efecto de una especie de secreción sagrada, de emanación material de la realidad, suficientemente reciente como para no haber adquirido carta de naturalización.

Se presenta al nacionalismo como una ideología con elementos míticos que conlleva el riesgo de generar la convicción de una comunidad nacional como invención histórica inamovible, aunque se admita una comunidad de origen occidental y otro latinoamericano.

Real de Azúa critica la etiqueta peyorativa de 'cosmopolitismo' desde la posición proclive a juzgar "la cultura entera con que el hemisferio ha vivido un humillante episodio de artera seducción y pasiva aceptación". Desde este punto de vista la alienación, dependencia e imperialismo se presentan como eslabones de silogismo de hierro que será quebrado por un impulso y rechazo global.

Si bien se reconoce una negación necesaria por terminar con un mimetismo, una recepción demasiado pasiva a patrones 'supuestamente impecables', categorizar como cosmopolitismo y esnobismo una actitud receptiva de corrientes de información extranjera es para el autor negar a la cultura el derecho al máximo de fertilizaciones, contrastes, complejidad y novedad. Reiterando así "la barbarie" (Real de Azúa, 1973:11).

Los intelectuales recobran un rol esencial para Real de Azúa frente a los manipuladores de opinión. Lo que será necesario plantearse, conjuntamente con los nuevos debates sobre los modelos de integración y desarrollo a seguir en la región, nuevos mecanismos que garanticen una comunicación plena y abierta, junto al fortalecimiento de agencias de información y medios masivos con una perspectiva regional, capaz de cuestionar la implantación e internalización de modelos de desarrollo que se promueven desde occidente a través de los medios de comunicación y la sociedad de consumo. De otra manera, la opinión pública no será más que la opinión del público racionante, que no es otro que el compuesto por aquellos que ocupan los roles de poder político y económico de esa sociedad, lo que hace de dicha opinión pública "general" una opinión pública "de la clase dominante".

Imperialismo

*"En el imperialismo nacimos,
crecimos, sobrevivimos, malvivimos.
En el imperialismo hemos flotado,
como objetos en un líquido en suspensión"*

Carlos Real de Azúa

La idea política central del imperialismo es la expansión como objetivo permanente y supremo de la política, como dominación y humillación de los pueblos.

Los totalitarismos se presentan como la antítesis de la democracia y del Estado de derecho. El nazismo es un sistema capitalista, en apariencia coherente, que sigue las líneas del régimen anterior, incorporando las adaptaciones necesarias para su nuevo fluir. Como decíamos más arriba el totalitarismo es, antes que nada, producto de la modernidad.

Las consecuencias de este totalitarismo imperialista dejan un régimen atrapado en sí mismo, sostenido en la figura de su carismático líder, pero sin poder superar las propias contradicciones del régimen. El Estado sigue siendo el instrumento privilegiado para el ejercicio del poder; con él advienen la burocracia y sus modos de operación, que no pierden sus caprichos.

Hannah Arendt, en sus extensos estudios para comprender el totalitarismo, plantea que éstos son, en realidad, un cóctel de diversos elementos (antisemitismo, imperialismo, colonialismo y racismo) que, conjugados todos ellos, dan una ecuación totalitaria. La mutilación de los individuos política e individualmente (literalmente) le permite a esta autora referirse a los totalitarismos como experiencias destructivas de lo político. Uno de sus magnánimos e inolvidables legados son los campos de concentración, que implican una ruptura antropológica.

Auschwitz es mucho más que el nombre de un campo de exterminio, que el lugar en que se focalizó la barbarie genocida del nazismo, Auschwitz concluye el itinerario maldito de un occidente que hizo del judío el paradigma de lo abominable, alquimia de deicidio y contumacia, cómplice del demonio usurero de los poderosos, y apátridas preparados para la traición. (Forster, 2003: 238).

El imperialismo tuvo lugar cuando la clase dominante en la producción capitalista, la burguesía, recurrió a la política por necesidad económica, en afán de

traspasar las limitaciones nacionales para lograr su constante crecimiento económico. La burguesía intentó convencer a los gobiernos nacionales, y en parte lo logró, de traspasar las fronteras y volcarse hacia una política mundial. En realidad, para esta mente expansionista el único objetivo político era la política exterior.

El juego entre Estado-nación e imperialismo se acentúa en los inicios del siglo XIX. En un primer momento, los políticos europeos pensaban en términos de su territorio establecido, con límites claramente definidos y tratando con una población más o menos homogénea. La historia, como es el caso de la República romana, había marcado los peligros de la conquista, y dejado en evidencia la tiranía que se impone intentando integrar a pueblos sumamente heterogéneos implantándoles una ley común. Las instituciones nacionalistas se resistían a las aspiraciones imperialistas.

La burguesía, que hasta el momento nunca se había visto interesada en incursionar en el terreno político, dejando al Estado todas las decisiones políticas, cambia su posición cuando considera que el Estado-nación se vuelve un obstáculo para el desarrollo de la economía capitalista. Quiere romper los límites de lo nacional y expandir su dominio a otros territorios. Las clases poseedoras y dominantes realizan un fino trabajo para convencer a todos acerca de que el interés económico y la propiedad eran una base profunda del cuerpo político. Algunos que hasta el momento habían defendido férreamente sus ideales nacionalistas se ven tentados a incursionar en una interminable sed de expansión, surgida de un común interés económico.

A pesar de que Real de Azúa parezca defender cierta universalidad, también aclara que lo nacional es necesario para defender las comunidades de las fuerzas internacionales, de la mediatización y explotación económica. La idea de nación se defiende como social y popular en sus fines y se propone antagónica al antiimperialismo 'nacionalista' y totalitario, manejado por el sector dirigente.

Algo quedaba de lo nacional, para defender algo así como un ascenso a la "personalidad" desde donde defender la 'independencia' como paso previo a la 'interdependencia' de colaboración mundial; posición que queremos se entienda está a mil leguas de todo estúpido neutralismo, 'dignos aislamientos', 'celosas soberanías' y 'dignidades de nación', esa fauna peligrosa y proliferante. La imbecilidad fundamental de los 'nacionalismos' sudamericanos, del argentino entre todos, es consustanciar esas fuerzas imperialistas con los países que hoy luchan por la libertad; con los países que están destruyendo desde adentro, que es la única forma segura de destruirlos.

(Real de Azúa, 1942:90).

De esta manera, Real de Azúa concluye que un auténtico universalismo sólo podrá ser aquel que no desconozca las distintas 'causalidades' nacionales; deberá insumir las categorías de independencia e interdependencia: grupos con personalidad y autonomía; grupos solidarios. "Ni interdependencia en indignidad, ni independencia presuntuosa, aislamiento robinsoniano" (Real de Azúa, 1942:90).

Retomando a Arendt [que curiosamente, siendo una de las referentes indiscutibles de la teoría de los totalitarismos, escribe años después que Real de Azúa] señalamos el interesante entramado entre nacionalismo e imperialismo, retomando distintas posiciones en la historia. Mientras que el método francés siempre intentó combinar las aspiraciones nacionales con la construcción de un imperio, los británicos se plantaron como directamente imperialistas, aunque conservando las instituciones nacionales democráticas de su país. Estos últimos tuvieron mayor éxito.

El motivo de que las instituciones del país conquistador permanecieran separadas de la administración colonial aunque ejerciendo control, se presentaba como una mezcla de arrogancia y respeto:

(...) la nueva arrogancia de los administradores que en el exterior se enfrentaban con "poblaciones atrasadas" o "castas inferiores", en contraste correlativo con el respeto de los anticuados políticos de la Patria, que consideraban que ninguna nación tenía el derecho a imponer su ley a un pueblo extranjero. [Esta dualidad] logró mantener dentro de ciertos límites la implacable dominación imperialista por decreto.

(Arendt, 1948:190).

Los imperialistas sabían mejor que los nacionalistas que el cuerpo político de la nación no es capaz de construir un imperio. Se mostraban perfectamente conscientes del hecho de que el progreso de la nación y su conquista de pueblos, cuando se permite que sigan su propia ley inherente, concluyen en la elevación de los pueblos a la nacionalidad y la derrota del conquistador.

Real de Azúa, retoma y propone con énfasis la propuesta de Primo de Rivera en relación con la nación y la universalidad, cuando dice: 'el nacionalismo es el individualismo de los pueblos' y 'la nación es un destino en lo universal'".

Para Real de Azúa, España, a través del falangismo, pierde su misión universal por caer en varios errores:

- a. creer que la expansión de la fe católica pueda realizarse por la política nacional en términos de poderío, cayendo en persecución hostil y violenta,
- b. concebir al imperio no como irradiación natural, crecimiento interno y

lógico sino como dolorosa tensión que confunde el mundo de los fines con el mundo de los medios,

- c. haber lanzado al mar este 'imperio' para encallararlo en una retórica ineficaz,
- d. concebir el destino de un pueblo como enderezado fatalmente a fastos de grandeza externa, y
- e. creer en una falsa ilusión historicista de áreas imperializables.

Sólo la imbecilidad subjetivista de los nacionalismos expansionistas puede cerrar los ojos al enriquecimiento que representan estos pueblos al escenario de una vida libre. [...] Hemos sufrido demasiado los imperialismos militares, económicos y políticos. Europa está harta, América inmunizada contra ellos y sus imitadores.

(Real de Azúa, 1943:92).

De esta manera, Real de Azúa toma a Primo de Rivera: "las naciones tienen un destino en lo universal" defendiendo que las naciones sólo ganan el derecho a un papel en la historia, una existencia independiente, si se realizan 'hacia fuera', si dan al mundo algo de sí.

Pero ese destino, aclara, no se alcanza por la codicia y desatando el poderío. A pesar de la forma cristiana del falangismo, cualquier orden impuesto por la espada se vuelve un ideal 'reaccionario'. Se convierte así el destino en lo universal en codicia de tipo expansionista y bélico.

La contradicción se explica: "Porque sólo corresponde al Espíritu, a su eclosión misteriosa, el que tales fuerzas, tamañas energías, nazcan, crezcan y triunfen. En intimidad libre, en vía insospechada" [...] "entidades de irradiación, mónadas abiertas" (Real de Azúa, 1943:95).

Frente a los imperialismos, Real de Azúa propone que no se trata de anarquizar al mundo no sería cuestión de destruir sus estructuras, sino de cargarlas de un contenido nuevo. Nadie, ni en lo nacional, ni en lo individual, se pertenece tanto a sí mismo como cuando salva una misión que lo trasciende.

El trágico equívoco de todo nacionalismo es para el autor pensar que "basta salir de un pueblo hacia fuera para que pueda hablarse de 'una misión en lo universal'. Sin embargo, Nación con ánimo predatorio no sale jamás de sí misma. El orden moral nunca puede imponerse a punta de lanza.

Sobre este tema Arendt propone que "la tiranía, por no precisar del asentimiento, puede dominar con éxito a pueblos extranjeros, solo es capaz de permanecer en el poder si destruye primero todas las instituciones nacionales de su propio pueblo." (Arendt, 1948:187).

Cuando el poder se convierte en un fin en sí mismo, como sucede en el imperialismo, donde se pierde todo objetivo, y la expansión es el único fin, en ese momento se produce una fuerte alianza entre cuerpo político y cuerpo bélico o policial. Para lograr la expansión con éxito deben destruirse todas las instituciones, tanto las de los pueblos conquistados como los de la nación opresora. Esto sucede como consecuencia de que todos los cuerpos políticos son obstáculos para la expansión y la transformación constante.

En el mismo sentido, nuestro autor se plantea que un régimen establecido por medio de la fuerza no puede esperar resultados que garanticen la unidad real con el territorio conquistado. La interdependencia siempre debe respetar la independencia, la autonomía de las naciones.

Unidades de cultura, régimen político y social darán su sello a los grandes grupos superracionales del futuro. [...] La calma y pacífica, la firme grandeza, de sentirse más allá de sí mismas. Esto es lo que le dará a una América unida y férrea, su ya aveniente plenitud de continente rector.

(Real de Azúa, 1943:97).

Algunos estudiosos se refieren a la distinción principal entre el nacionalismo político de tipo francés y el "nacionalismo tribal", místico e inmediatamente totalitario. Establecen que la administración poderosa del Estado-nación se incrustó como "parásito" en el cuerpo político de la nación francesa, y que el pueblo la aceptó como un mal necesario, pero sin cometer el error fatal de permitirle gobernar el país, aunque la consecuencia haya sido que el país no fue gobernado en absoluto. El clima gubernamental francés no ha creado un ambiente de seudomisticismo.

En cambio, en los países de Europa central y Rusia, las poblaciones sin "la menor noción del sentido de la patria y el patriotismo", ni de la "responsabilidad respecto de una comunidad compartida obligadas por la historia a la migración y el desarraigo, segregan un *nacionalismo tribal* que desafía a la organización política y jurídica, a los gobiernos y los parlamentos, para reivindicar solo una comunidad de tradición (Kristeva, 2000:149).

Para Real de Azúa las trayectorias de los países latinoamericanos a posteriori diferenciados de los países imperialistas suscitaron inocultables factores de diversidad que peculiarizaban tanto a un continente como a otro. "Pero los cursos distintos de las dos entidades, la más rápida maduración de Europa, representaba, con este "desarrollo desigual", sustanciales, insoslayables peligros. No se trata, vuelvo a repetir, de encontrar precursores, en este caso al antiimperialismo" (Real de Azúa, 1997: 132).

En el caso de Uruguay la idea de un sentimiento nacionalista exacerbado (tribal) aparece recién con la dictadura militar de 1973, en donde se manipulan símbolos tradicionales que intentan contextualizar los períodos fundacionales del país para “recuperar” una conciencia nacional histórica tardía, impuesta y sin correlato en los sentimientos populares.

Desde una línea de análisis que parte de Tocqueville, sigue a través de Ortega y Gasset, Hanna Arendt, Marcuse y tantos otros [...] el desarraigo del hombre de sus cuadros originarios por obra de la industria y la urbanización, la anomia derivada de la erosión primera –y la desestructuración más tarde – de todo sistema firme de valores y de pautas de comportamiento.

(Real de Azúa, 1990: 283).

Los llamados factores externos que son utilizados para designar una situación de dependencia corresponden, para el autor, a un tipo de análisis que mira a las regiones subdesarrolladas como incrustadas en un contexto determinado en relación con los países centrales. De acuerdo con esta idea, el subdesarrollo o la dependencia no es analizada dada las propias circunstancias o prefiguraciones particulares de cada historia nacional o proceso político específico.

El deber de la ciencia aparece como de enfrentamiento a las nuevas sacralizaciones que el pensamiento crítico-social ha generado, como ser la teoría de la dependencia, según el uso a la que se le somete y el significado que se le atribuye. Haber organizado la realidad haciendo explícita la asimetría entre zonas centrales y desarrolladas es un éxito sustancial, suscitando el imperialismo (como fuerza) o el colonialismo (como tendencia).

Este pensamiento, que pretende homogeneizar el *pueblo* (en sentido despectivo) para poder estructurar y mantener la dominación, ha sido tendencioso según Real de Azúa, por lo que retomando a Cardozo propone que la interdependencia asimétrica debe refractar en la existencia y el comportamiento de fuerzas sociales internas que la sirvan y se sujeten a ella.

Para el autor, no se puede negar que la comunidad nacional está trazada por lazos de interdependencia entre las sociedades nacionales y colectividades pertenecientes a un mismo círculo de civilización. En las regiones marginales, la dependencia es una especie dentro de un círculo mayor, por lo tanto la interdependencia asimétrica establece una relación de subordinación, cuyo grado hay que establecer. Esto no significa que la historia latinoamericana sea clave para su real comprensión.

Para Real de Azúa, la noción de dependencia, en camino a reemplazar la de ‘lastres’ y ‘culpas’, se plantea como estado invariable salvo la ruptura violenta, de

lo que se desprende la teoría de ‘conjura’ y ‘complot’ como única clave del atraso y marginalidad latinoamericanas.

El autor critica así la concepción de historia y vida colectiva esencialmente ‘esotérica’ que ve la dirección de todos los acontecimientos como el resultado de ‘fuerzas ocultas’ que se suponen dotadas de una malignidad y continuidad organizativa, con la meta de explotar y mediatizar a sus víctimas saboteando cualquier tentativa de desarrollo autónomo. La coherencia y articulación se obtienen a partir de interpretaciones que la historia *ex.post*.

Tomamos las afirmaciones del autor en el momento de comenzar su análisis de las clases dirigentes. El poder político no es nunca neutral, se articula con los intereses económicos y la base social. No obstante, su legitimidad depende de que se gobierne para un amplio espectro, y esta es la única forma de hacer viable una sociedad “mínimamente consensual” (independencia relativa del Estado y del gobierno con respecto a los intereses económicos).

Los gestores estables del gobierno, esto es la burocracia, segregan intereses específicos, lo cual se potencia en los estados intervencionistas. Una de las consecuencias de lo anterior es la existencia de “elites funcionales” que, según el momento histórico específico, mantendrán una relación contingente con el sector dirigente “real”, sustituyéndolo, integrándose a él, replicando su dominio o actuando al margen del mismo.

Real de Azúa no cree en la ‘inocencia’ y ‘espontaneidad’ del sector que ejerce el poder, sino que plantea la “sospecha” de que esa minoría (percibida por sus efectos) se cuida de aceptar puestos muy visibles. Se ubica en zonas discretas del espacio social y político, formando con cierta coherencia una especie de súper gobierno que manipula a los gobernantes institucionales. *Ipsa facto* suele otorgar a los hechos, con una determinación que en el momento no tuvieron.

Respecto del imperialismo y la imposición de un particularismo, Carlos Real de Azúa defiende los derechos inquebrantables de la crítica contra cualquier imposición autocrática. El derecho al disenso y a oponer a la compulsión de la unanimidad, el sentido de la relatividad de toda aserción. Contra ese dogmatismo que es el estilo invariable de la inteligencia subdesarrollada; el valor del compromiso frente a la imposición; la diversidad humana social e ideológica contra el monolitismo, la homogenización forzada que es la tentación de gobierno fácil inimaginativo; la condición estrictamente trascendente del hombre que hace que lo empobrezca y mutile cualquier empresa de ajuste o instrumentación –sean la Revolución o la sociedad de consumo—. No obstante, propone la necesidad de

reconocer que esos valores son –también– relativos, es decir, reconocer objetivamente su propia precariedad.

Plantea que “no todo contacto entre una sociedad central y otra marginal, entre una desarrollada (para un tiempo dado) y otra incipiente es ‘imperialismo’; pero nada surge de él sin que el imperialismo lo marque, lo inflexione.” (Real de Azúa, 1966: 10) Y agrega que el proceso imperialista traba absolutamente el desarrollo económico, las costumbres, las ideas, la cultura, las técnicas, los reflejos de aquellos países “conquistados”.

Frente al imperialismo se presenta una corriente antiimperialista. Real de Azúa en este caso, en sintonía con Solari, retoma que el antiimperialismo puede desempeñar también una función conservadora, aunque pueda parecer paradójica. La ideología convoca a una inmensa transformación que depende de la supresión previa de la gran peste: esa supresión está muy distante, entre tanto todo lo que no tiene que ver con esa finalidad es secundario. Nadie da demasiada importancia a cambiar lo que tiene ese carácter.

Refiere entonces a un antiimperialismo que no logra dar una respuesta clara a las distintas problemáticas mundiales; por el contrario, se presenta como bastante vago, abstracto y con tintes de irrealidad. Esto se observa fuertemente en Uruguay.

A modo de reflexión confesional, Real de Azúa propone que la situación del conjunto latinoamericano y sobre todo la de su región atlántica es capaz de mostrar la posibilidad de operar en busca de un proceso democrático y la necesidad de esos valores que se han llamado liberales.

“Cuando las posiciones, los intereses, pasiones se estereotipan en ideologías de choque, esa voluntad de claridad que no es otra que la de la ciencia, debe aceptar ser el huésped incómodo y aún pagar el precio por serlo” (Real de Azúa, 1973:40).

Si bien Real de Azúa comparte la crítica al pensamiento ‘arielista’ por el elitismo que conllevó en sociedades devoradas por la explotación y subdesarrollo, rescata de esta concepción la evidencia a la irremisible limitación e insuficiencia de esa sociedad industrial que la sociología parece considerar como meta final.

Aludo a sus culpas contra los lazos comunitarios que pueden unir a los hombres, contra una relación armónica entre el hombre y su marco natural o entre el hombre y los artefactos inicialmente concebidos para hacer más libre su vida, contra la riqueza emocional y supranacional que encierra la personalidad, contra las posibilidades de pluridimensionalidad y trascendencia que en el ser humano se contienen.

(Real de Azúa, 1973:41).

Sus últimos escritos han estado marcados por una profunda crítica al papel de misionero y celoso guardián de la democracia que se autoadjudicó Estados Unidos. “Si tal acción que no por casualidad coincidía puntualmente con los intereses de los Estados Unidos, puesto que iba dirigida contra la emergencia de los nacionalismos populistas latinoamericanos (Brasil, Argentina y Uruguay)...” (Real de Azúa, 1971: 164).

La secuencia de golpes de Estado en Latinoamérica en los cuales incluimos a Uruguay, nos dice Real de Azúa que las doctrinas que han emergido con respecto a los procesos de represión fueron nada más que en lo sustancial “una desvaída versión” de tales regímenes ocurridos en el resto de algunos países de la región. Estos procesos de ruptura democrática no hacen más que consagrar y perpetuar los intereses imperialistas de una parte del mundo, en la cual podemos encontrar la complicidad no sólo de las fuerzas armadas, sino también de una burguesía atada a los intereses foráneos.

CAPÍTULO VII: Recapitulando una travesía

“Sí, pero Damián, como gaucho tenía obligación de ser Martín Fierro –sobre todo, ante gauchos orientales. En lo que Tabares dijo y no dijo percibí el agreste sabor de lo que se llama artiguismo: la conciencia (tal vez incontrovertible) de que el Uruguay es más elemental que nuestro país y, por ende más bravo...”

Jorge Luis Borges
“La otra muerte”

Al final de este trabajo sería redundante reiterar por qué escogimos a Real de Azúa. A lo largo de las líneas precedentes hemos tratado de plasmar algunas de sus inquietudes científicas, sin dejar de lado anécdotas ricas o cualidades del autor que nuestros entrevistados señalaron y que entendimos necesario rescatar en algún momento de este desarrollo.

Vale decir, nos propusimos comprender el curso de una deriva, vital e intelectual, indagar una trayectoria, contextualizarla, encontrarle un sentido en la doble significación del término: *sentido* en un contexto de inscripción en el pasado reciente y *dirección* hacia un presente que nos convoca hoy, también a nosotros, desde similares preocupaciones y dilemas.

A esta altura ya estamos en condiciones de afirmar que tres dimensiones transverbalizan y estructuran sus obras finales: *identidad, ideología y poder*. En torno a ellas desplegó la mayor parte de sus observaciones, reflexiones y análisis, interesándose específicamente por la cuestión de la nación y sus destinos, nacionalismo e internacionalismo, autonomía y dependencia, clases dirigentes, clases dominantes, sindicatos, liderazgos, elites, Estado y sociedad civil, temas que le son propios a las ciencias sociales, a la teoría y a la filosofía política.

Hemos compartido la idea de que asistimos a un tiempo incierto, del que no es preciso aventurar ni el apocalipsis ni el paraíso. La figura del intelectual ha cambiado, pero mientras trabajábamos esta historia de vida, más nos acercábamos a una narración biográfica que, en tanto incluye a otros actores y acontecimientos, la insertan en la historia social del Uruguay de aquellos convulsionados años que marcaron el fin de la “Suiza de América”, la fragilidad de la “tacita de

plata”, y la fugacidad de las glorias del mundial del 50, aunque ninguna historia social renuncie [ni pueda hacerlo] a los mitos o relatos como conmemoración, porque es a partir de las posibilidades no verificadas del pasado que una sociedad se encuentra, y reactiva las potencialidades del presente.

Si acción y discurso se conectan con la política, es más, son política [cuando *no* nos limitamos a la idea que la define sólo como el juego de las instituciones], entonces podremos concluir que Real de Azúa no estuvo en modo alguno ajeno a ella.

Él fue para nosotros un personaje inasible, de comprensión incompleta, que huye de los análisis lineales y, como consecuencia, no es posible abordarlo sólo desde la lectura lisa y llana de sus textos. No nos referimos solamente a la complejidad de sus escritos, sino a él como intelectual, como “anticipador” de una historia social y como precursor de la ciencia política en el Uruguay de la segunda mitad del siglo XX. Por eso acudimos también a considerar lo que surge del análisis de las entrevistas realizadas a sus amigos, familiares, ex alumnos y colegas, que aportaron trazos de sus propias biografías (una biografía *entre* biografías) en su intento de restituimos la figura del autor. Tarea que nos exigió poner en juego distintos mecanismos de interpretación como forma de allegarnos al horizonte de su móvil pensamiento.

Acercarnos a los conceptos centrales que trabajó – hoy muy utilizados– significó revisar nuestras claves interpretativas, desmontar las lupas con las que nos miramos, no porque creamos en una mirada traslúcida, pero sí para ser conscientes de nuestras deformaciones y nuestros desafíos más actuales.

¿Qué significan hoy los conceptos de *nación, ciudadanía, totalitarismo, democracia y sociedad civil*? ¿Cómo pensar la *diferencia* a partir de los conceptos y categorías con los que usualmente procedemos a efectuar nuestras interpretaciones? ¿Cómo se dieron y cómo se dan hoy, a nivel nacional y supra-nacional, los distintos procesos de *construcción identitaria*? ¿Qué líneas de continuidad podemos divisar, y que hay de nuevo, en las lógicas colectivas de construcción de subjetividad? ¿Cómo se dan las pugnas y conflictos por *el poder*? ¿Cómo éstos moldean los cimientos estatales y su relación con la sociedad civil?

Estas preguntas constituyeron un esfuerzo por ordenar las reflexiones y los análisis de un intelectual que, con su vida y con su obra, cinceló las configuraciones de larga data del Uruguay, contribuyó sustantivamente a la empresa de la ciencia social y en particular al debate sobre el pensamiento social y político latinoamericano.

Desarrollamos algunas de las ideas que nos parecieron sustanciales y, más aún, sugestivas, para la discusión en las que pusimos mayor énfasis: “¿Qué es un intelectual en las naciones americanas: reflejo, imitación, originalidad, emancipación cultural o tradición?” (Real de Azúa, 1964:50) ¿Existe pensamiento latinoamericano o es mero reflejo de su relación con Europa? ¿Recupera el intelectual latinoamericano su sentido, su pasado y su futuro? ¿Con qué madurez afronta esta relación? ¿Es posible que occidente pueda asumir [o subsumir] toda la cultura, toda la civilización, todo lo que es borrosamente americano?

Real de Azúa advertía que “el pensamiento latinoamericano” (que había recorrido y estudiado exhaustivamente) en todas sus variantes, choca con lastres, complejos de inferioridad (como afirmaría Octavio Paz), sentimientos de destierro, conciencia de pecado original, resentimientos raciales y sociales. Y al mismo tiempo afirmaba que es esa lucha por la “personalidad cultural” la que conduce a la larga e inagotable polémica de la cuestión nacional.

Al poner en tela de juicio las interpretaciones de la tradición especulativa y filosófica que hasta su época reflexionó sobre las nociones de *identidad* y *nación* para el caso latinoamericano, lo que hace es abrirnos un espacio de posibilidad.

Hoy, varias décadas después, puede que nos encontremos ante un “retorno”. Pero sabemos que la historia no vuelve a servir los mismos platos, que las configuraciones nunca son similares, y que esos “retornos”, por tanto, cuestionan los anteriores usos, conceptos y escrituras.

Poblado de sucesivos y nuevos acontecimientos, hoy en día es bastante distinto el campo en el que antagonizan los discursos sobre la identidad y la nación, sobre “lo propio y lo ajeno”, “lo local y lo universal”, “lo nacional y lo global”, y es precisamente esa misma lucha la que contiene los términos de *la novedad* en el escenario impredecible de la acción, como acción política.

La antigua querrela entre “cosmopolitas” y “patriotas” estuvo presente en los escritos del autor, aunque los términos empleados (los *nombres*) fueran otros; esta se renovó en los años noventa (particularmente entre algunos de los más lúcidos intelectuales norteamericanos y europeos), transitó por nuevos argumentos y expuso la cuestión re-situándola en torno a la *democracia* y la *justicia social*. Cabe recordar que en los años 60 y 70, contexto en el cual Real de Azúa escribió, el eje de los debates sobre la cuestión latinoamericana era *el cambio*, no *la democracia*; y puede que no avancemos sustantivamente en su dilucidación sin una renovación radical de la forma de pensar y abordar este problema. Las interrogantes que planteamos en párrafos anteriores contienen algunas pistas para re-pensar desde dónde podríamos continuar trabajando estas temáticas.

Si entendemos, como lo hace el autor, que el papel de nuestra *intelligentsia* supone una interpretación general y autorizada del “mundo natural y social”, le otorgamos una función de exégesis del contexto. Lo dicho implica una constante vigilia y responsabilidad para con esa comprensión y transmisión del mundo.

Si bien Real de Azúa no niega que los ‘estados de ánimo’ de nuestra ‘*intelligentsia*’ hayan colaborado, no en pocos momentos, a la dinámica de las clases dominantes, la explicación profunda de este hecho no coincide con la hipótesis de que los intelectuales uruguayos provinieran de la clase alta, y, por lo tanto, respondieran a intereses de clase con su producción intelectual sino, más bien, a una dinámica propia del grupo, a la apropiación y difusión de un pensamiento importado de los centros de conocimiento de los países desarrollados y a una incapacidad propia para crear nuevas categorías analíticas más ajustadas a las realidades empíricas observadas.

La propuesta de Real de Azúa sortea la extracción de clase del grupo intelectual y se dirige hacia la potencial capacidad de este grupo de oponerse al “pensamiento único”, socio del occidentalismo y dependiente de la hegemonía cultural del Norte. [“occidental” sería el término empleado por el autor en el contexto de los discursos prefigurados por los límites de un mundo bi-polar, el de la “guerra fría”, donde lo que cuenta es Occidente].

Cuando señala este proceso de “occidentalización” de las sociedades latinoamericanas, el autor toma distancia tanto de los planteos simplificadores de aceptación indiscutible de la idea de “progreso” planteada por los paradigmas dominantes, como de la interpretación que adjudica la *mimesis* de las culturas iberoamericanas con la cultura occidental, a la acción persistente y exclusiva de las naciones occidentalizadoras. Al adentrarse en este proceso encuentra su espesor temporal (es histórico), su densidad (es complejo) y su contingencia (puede variar según el balance de poder que lo hace posible).

Estas interpretaciones lo alejaban de las ideas más o menos consensuadas en su época y lo dejaban, en su propio medio, como un pensador “en soledad”. Es por estos motivos que nos preguntamos sobre las dificultades que nuestro autor encuentra en su entorno, y que conducen al aislamiento de lo que suele circundarlo. En términos más generales podemos decir que el tema aquí es la incomunicación, la falta de eco entre el intelectual y la sociedad. Este dilema del “espíritu” le parece fundamental a la hora de pensar no sólo las articulaciones entre el intelectual y su público, sino entre el intelectual y la política.

¿Es posible superar el conflicto entre los deberes del grupo intelectual con la sociedad (con la nación a la que pertenece) y los intereses supra-históricos y supra-nacionales sobre los cuales reflexiona permanentemente?

Veía a los intelectuales como portadores de una concepción del mundo y de una sensibilidad contextual del tiempo histórico y también de su imprevisibilidad. Solidaridad y responsabilidad son los términos que emplea Real de Azúa para expresar lo que entiende son sus “deberes éticos”.

La función del intelectual se le plantea como construcción incompleta, en permanente tensión entre alternativas dicotómicas [su forma de razonar acudía permanentemente a esta operación intelectual]: ¿arraigo o evasión, residencia o fuga, fidelidad o indiferencia al contorno? Y se pregunta: ¿qué conformación histórica es la que permite una verdadera creación espiritual?

Aunque reconozcamos que no es exclusivo de él y sus construcciones teóricas, este tema se le presenta particularmente relevante en una región periférica en la cual la problemática cultural y social adquiere una forma ramificada y explosiva. Real de Azúa no está preocupado [o no *sólo*] por la unidad mística u orgánica de la nación, sino por la suerte de las reformas sociales, por el destino de los que están en desventaja y por el futuro de las democracias latinoamericanas, empezando por su propio país.

Sumamos a ello lo que entendió como la lucha por la “personalidad cultural”, la que plantea como inseparable de la emancipación de cada comunidad, y a raíz de lo cual sostiene que no hay emancipación completa de una sociedad sin bases culturales propias.

Real de Azúa es, sobre todo, un *nacionalista*; su crítica al “occidentalismo” tiene un valor político (es anti-imperialista) y un valor moral. Desde ahí va a sostener que la *nación* como tal es particularmente valiosa, dado que mantiene vivas culturas y modos de vida que son importantes para el enriquecimiento y desarrollo de la vida moral de las sociedades y las personas que la componen.

Por ello rechazó todo pensamiento dogmático, de derecha y de izquierda. A este último, Real de Azúa lo considera cerrado en sí mismo, ideología que opera ahogando la expresividad cultural, social y política. Su crítica a la derecha, asociada al totalitarismo, es, por supuesto, muy profunda. La no oxigenación entre teoría y realidad (intentando subsumir la segunda a la primera) lleva a la aceptación y repetición de pensamientos que no se corresponden ni dialogan con nuestra Latinoamérica más profunda.

Los análisis teóricos realizados por el autor, de temas múltiples como la marginalidad (como posición), el subdesarrollo (como índice), el imperialismo (como fuerza inductora), el colonialismo (como tendencia), el factor externo (como abstracción neutra) o dependencia–interdependencia asimétrica (como situación), encuentran su resolución, “ya que es en la acción humana promotora y no en el orden mismo de su teoriedad que estos moduladores deben operar” (Real de Azúa, 1975:43).

Hay en nuestro autor una confianza y una búsqueda por construir un pensamiento latinoamericano original; es decir, más allá de sus duras críticas a la producción científica de la región, existió una apuesta constante a las corrientes que plantearon alternativas al pensamiento liberal-occidental y al marxismo “más tosco”. De ahí sus últimos escritos sobre las corrientes dependentistas que facilitaron nuevas interpretaciones al proyecto regional.

Es a los ‘estados de ánimo’ ideológicos del militante que la reflexión estructural de las teorías de *la conjura e historia esotérica* da elementos para descifrar el revés de la trama. Advierte que el impulso en la búsqueda de autonomía promovido desde la acción dirigida únicamente a la destrucción de los “hilos externos”, encuentra límites insoslayables si no se acompaña paralelamente con una revisión del pensamiento propio. Este reclamo no debe terminar en una ‘culpabilización’ nos dice, sino sostenerse desde la objetivación (no como objetividad sino como operación que se constituye a partir de una distancia) Y sigue, los enfoques estructurales deben tomarse como regularidades acotadas en un espacio y tiempo (condiciones que explican la situación), se tornan válidos en un contexto histórico determinado (de hecho la utilización que Real de Azúa realiza de Aron está siempre remitida a su preocupación por las libertades y la denuncia sobre las desapariciones en el totalitarismo de la URSS).

Lo cierto es que la “dialoguicidad” e intercambio entre el campo político y el campo intelectual le parece no sólo deseable sino un requisito indispensable para alcanzar cualquier proyecto autónomo que encuentre puntos de quiebre con la concepción occidentalista universal que heredamos.

Para algunos enfoques, los intelectuales o ‘creadores de ideas’ tendrán que ser los mismos que ‘movilicen’ las prácticas de acción transformadora (se delinea la propuesta de intelectual orgánico); para otros, la autonomía de los campos políticos e intelectual debe mantenerse intacta. En este sentido, Real de Azúa parece coincidir con la concepción adorniana, marcando el compromiso sin perder la

propia capacidad autorreflexiva; como plantea Forster: “ensambló, yuxtapuso, coordinó, mezcló” (Forster, 1991:174).

Real de Azúa encontró refugio en el ensayo como manera de expresar sus inquietudes y su sentir. Fue el ensayo su voz y su lenguaje predilecto para hamacarse en las ambiguas tierras de la nación uruguaya y de la región latinoamericana. Su recorrido intelectual a través de las diversas interpretaciones sobre el ensayo le permitió interpelar a otros e interrogarse a sí mismo en un mismo movimiento intelectual.

Los años 60 fueron la época en la que proliferó el ensayo crítico en Uruguay, y Real de Azúa responde bastante bien a ese modelo de intelectual de su generación; sin embargo, su pasaje por estos temas y, sobre todo, su forma de abordarlos pretendía demostrar que el ensayismo (antiimperialista, nacionalista y latinoamericano), si no alcanzara a formularse en términos de rigor analítico carecía de argumentos verosímiles. Como diría Forster, “este modelo, este mosaico interpretativo juega con las múltiples significaciones y no se propone anularlas, sabe que trabaja con material histórico, es decir, huidizo, cambiante” (Forster, 1991:119).

Por tanto nos encontramos nosotros en la compleja tarea de intentar acometer los vericuetos realizados por nuestro autor sobre el ensayo, como también comprender su posición y las definiciones aportadas.

Este ensamble alude a un colectivo crítico, capaz de definir por sí mismo y acoplar los temas y fines de sus reflexiones y acciones, oponiéndose a la imposición y regulación de la ciencia a la ideología occidentalista-neoliberal; construyendo, agregaríamos, categorías propias que le permitieran efectuar un análisis relacional como aporte a la construcción de un proyecto autónomo regional.

En la línea de Real de Azúa, uno de los valores socio-políticos más destacables y relevantes del grupo intelectual, es el compromiso con el pensamiento anti-dogmático, con la pluralidad de ideas, con la solidaridad de las acciones y, a la vez, con la vigilancia permanente frente a situaciones de rigidez del *status quo*, especialmente en contextos de avance autoritario. Posteriormente, en una versión más actualizada, Bourdieu expresaría que el compromiso significa el deber ético del colectivo intelectual en la producción y disseminación de instrumentos defensivos contra cualquier tipo de dominación. El compromiso aludido no se refiere a una exhibición compulsiva de causas políticas; lo que se señala es que los intelectuales, de una forma u otra, forman parte de las luchas sociales y relaciones de dominación actuales y que, en tal sentido, la ‘neutralidad’ no existe.

El rol de los intelectuales le parece clave en la generación de categorías y esquemas de pensamiento propios, que viabilicen nuevos análisis de la historia y de las realidades empíricas específicas, aportando lo suyo, podría agregarse, a las prácticas transformadoras.

Ahora, ¿podemos afirmar hoy que existe “un grupo intelectual”? O por el contrario, si *el abandono a la subjetividad* representa una de las características del mundo de hoy, o mejor dicho, de la forma como nos insertamos en él, ¿qué excluye a los intelectuales de ser parte de este proceso? ¿Qué los exonera de la creciente *des-identificación* y, por ende, *des-responsabilización* que parece afectar tanto a los sujetos individuales como colectivos y que nos induce a pensar que actualmente no somos responsables de [casi] nada?

Hay quienes sostienen que las teorías de la responsabilidad (Weber, por ejemplo), precisamente con las que Real de Azúa tuvo contacto, ya no nos sirven, que estas encontraron su límite en los actuales contextos donde las acciones, por sus consecuencias, no son precisamente *limitadas* sino *ilimitadas*; y viene ganando espacios, particularmente en el Norte, un tipo de llamado *a la responsabilidad subjetiva como sujetos individuales*. Hay, quienes sostienen, por el contrario, que los discursos de la acción ilimitada se refieren a la acción humana y no a la acción política, porque de ser lo mismo, estaríamos además ante un gesto violento de *despolitización*.

La teoría del poder ha sido, tal como señalamos, un tema crucial en la obra de Real de Azúa. En esta área, como en tantas otras, examina todas las concepciones existentes, de Dante a Maquiavelo, de Weber a Poulantzas.

El estudio que realiza Real de Azúa sobre la conformación de las elites nos permitió seguir su derrotero, autorizándonos a pensar de muchas maneras la constitución del poder y las elites. En su desarrollo, el autor coloca el énfasis en la *clase política* y el *poder político*.

Encuentra que las contradicciones que sufrió Uruguay en dicho proceso son muy similares a las ocurridas en el resto de América Latina, donde la presencia de un poder interno y otro externo de intervención, impidió los desarrollos autónomos que nuestra región hubiese necesitado para erigirse “conscientemente” como un Estado-nación. Su versión estructuralista, más althusseriana que otras, encuentra puntos de apoyo en las teorías de la dependencia.

El poder no es nunca ingenuo. Lo mismo decíamos de los intelectuales, siempre existe un trasfondo ideológico que sustenta la perspectiva de ideas, al igual

que las acciones. Creer que el poder y sus instrumentos son elementos neutrales es caer en una especie de candor perpetuo.

Pertenece al ámbito de nuestra reconstrucción el tipo especial de legitimación resultante del liderazgo caudillista, elemento de gran relevancia en la historia de nuestros países. En este tipo de liderazgo personal las mayorías se mimetizaron con los caudillos, de una manera creciente y deliberada. Real de Azúa, con su capacidad taumatúrgica, destacó, justamente, el carácter personal y retributivo de dichos liderazgos, a excepción de Artigas, en quien reconoce un liderazgo carismático.

La constitución de la nación uruguaya fue otro de los ejes centrales de las preocupaciones del autor. El nacimiento del país como nación independiente –tema controvertido, tal como hemos afirmado anteriormente– fue motivo de agrias disputas de su parte con amplios sectores intelectuales. La “batalla de los orígenes” no fue exclusiva o una originalidad de Real de Azúa y del círculo de intelectuales críticos; cada tanto esta es una pregunta que vuelve a plantearse, sobre todo en coyunturas históricas donde *el orden social* se vuelve especialmente conflictivo o resulta amenazado.

Real de Azúa, indiscutido nacionalista, dirigió su interés a la extrema debilidad de la base material, social e histórica del nacimiento del país y se preguntó, insistentemente, si Uruguay es el resultado contingente de una cierta coyuntura, o había una experiencia histórica, un perfil de un cierto estilo nacional, destinado a durar.

En búsqueda de explicaciones, recurrió a principios teóricos que, dada su destacada erudición, fue rescatando de diferentes disciplinas de las ciencias sociales y de los más diversos autores. El resultado fue una amalgama entre las tesis kantianas sobre los principios constitutivos de la nación basados en la convivencia en sociedad como fundamento moral, pasando por Tocqueville y los principios democráticos, hasta los últimos pensadores estructuralistas, marxistas y no marxistas.

A partir de allí, intentó construir otra mirada en el tan controvertido tema del ser nacional, apuntando con sus críticas a las interpretaciones clásicas sobre la historia nacional. Se permitió realizar señalamientos serios y fundados a los estudios académicos existentes en el medio, reconociendo, sin embargo, la posibilidad de que este planteo –casi mitológico– hubiese ayudado a conformar otro dinamismo social. En suma, abandonó (nunca del todo) la hipótesis contra-fáctica (de lo que hubiera ocurrido si...) e intentó quitarle al debate histórico-político los

criterios de verdad absoluta de las discusiones decimonónicas sobre la idea de lo que hubiera significado más ventajoso a la construcción de la nación.

Entendió la *nación* desde una combinación de indicadores llamados objetivos (territorio, idioma, costumbres y tradiciones) y de otros llamados subjetivos (la existencia de una historia común que produce una identidad y una cultura, también común, y, sobretodo, la voluntad de constituirse y mantenerse como comunidad política)

Véase que aceptar un margen de arbitrariedad y de indeterminación en la construcción identitaria no le significó exponer la idea de nación a la inconsistencia y la “salva” de la mistificación última a la que la sometieron los regímenes totalitarios.

Siempre subrayó la importancia de lo político, entendido esto no sólo como politización partidaria o grupal, sino como el escenario, siempre conflictivo, de expresión de valores e intereses disímiles.

La constitución de las elites dirigentes se hizo posible gracias al prestigio autoalimentado y reforzado funcionalmente con la distribución desigual del poder. El poder político queda concentrado en una minoría, directora de los destinos nacionales, siempre en función de la conservación de las reglas de juego.

A partir de las ideas arriba señaladas, pudo distinguir nuevos tipos de legitimidad: la personal y la redistributiva; las dos muy inestables, y la segunda de corto plazo en tiempo e intensidad. Los “cortejos” de la clase dominante a los sectores mayoritarios permitieron, a lo largo de muchos años, la circulación del poder dentro de la clase política asentada a inicios del siglo XX. Su extrema proximidad con el objeto de estudio (clases dirigentes, clases dominantes, elites gobernantes) lo llevó a sostener una versión elitista del poder.

Más allá de las contradicciones que suelen señalarse, portó la claridad suficiente para luchar contra los fundamentalismos políticos que podían quebrar –como ocurrió– un camino necesario de democratización y movilización colectiva con criterios de validez común. Se opuso a las rigideces de determinadas formas del quehacer político, al mismo tiempo que advertía cómo determinadas motivaciones ideológicas (de izquierda y de derecha) dogmatizaron la realidad. De ahí su interés por reformular los indicadores de la nacionalidad, tanto en el plano objetivo, fáctico y subjetivo, que validen la construcción de consensos con voluntad nacional.

La contribución de su obra, sus categorías de análisis e interpretaciones, nos permite vislumbrar dimensiones nuevas de nuestra conformación nacional y de

conciencia identitaria, que posibilitan hacer una crítica sustancial a los modos particulares que ha tomado la democracia en el Uruguay, sus logros y sus debilidades.

La compleja idea de nación y el proceso independentista del Uruguay llevó a establecer la primacía, prácticamente invariable, de la tesis de la voluntad autonómica oriental. A ella se opondrá Real de Azúa, partiendo de la idea de que el proceso de la nación oriental se construye mucho más tardíamente de lo que afirman los historiadores tradicionales, quienes, a partir de deducciones forzadas y excesivas, buscan evidencias más allá de lo razonable.

Como consecuencia, el pensamiento tradicional construyó, en el plano simbólico, la creencia de la excepcionalidad uruguaya con respecto al resto de la región. La interpretación no convencional del autor surge desde su mirada de la *contingencia* como categoría explicativa. Efectivamente tal alusión (que asocia a una idea de posmodernidad) suma para refrendar lo original y aventurero que fue su derrotero como lector. Creemos que ello está en la base de sus creativas interpretaciones sobre una América Latina que en la época se debatía, casi en exclusividad, entre las ideologías liberales y marxistas.

La capacidad de cambio, la apertura a nuevas teorías, las búsquedas incesantes, la vastedad de su aventura intelectual, todo ello caracteriza la vida de Real de Azúa. Pero estas capacidades tienen su contra cara, haciendo de nuestro autor una figura ambivalente; en sus rasgos aristocráticos se filtran profundas pasiones por algunos aspectos de lo popular. El fútbol en general y Peñarol en particular, es una de esas pasiones que lo convocan innumerables veces. Esto lo convierte en un ser paradójico donde unir racionalidad, pertenencia de clase y pasiones se hace, como en todos los seres humanos, casi imposible.

Poco amigo de las grandes rupturas, de los grandes conflictos, fue muy consciente de que esa atmósfera "amortiguadora" se estaba esfumando en los años 60 y vivió muy dolorosamente la polarización en los años que seguían.

Si nos quedáramos con aquellos rótulos [*nacionalista, latinoamericanista, tercerismo, antiimperialismo*] podríamos caer en la tentación de decretarles una rigurosa antigüedad. Sin embargo, nada impide que modifiquemos el enfoque y nos preguntemos si no estamos ante un conjunto de problemas de larga duración. ¿Acaso algunos de los desarrollos de Real de Azúa, algunas de sus hipótesis no contienen al menos *las huellas, los síntomas* de los problemas abordados hoy?

Para ello, la (doble) cuestión sobre la que podemos interrogarnos es, por un lado, qué hay de nuevo en la teoría social y en la disciplina histórica que nos

permita explicar (*comprender*) mejor los hechos políticos, actores y acontecimientos, del presente y del pasado. Y, por otro, hasta qué punto ha cambiado la realidad sobre la que intentamos aplicar nuestros esquemas de pensamiento.

El peligro de abandonar las ideas de *Estado* y *nación* (o naciones en plural) es el olvido de que más allá de los seguros límites nacionales no nos volvemos ciudadanos del mundo, sino ciudadanos o súbditos de otra nación, con la consecuencia obvia de que no podremos vivir según nuestra cultura. Terminaremos por ser gradualmente absorbidos dentro de otra cultura nacional (neocolonialismo) o nos volveremos culturalmente anónimos.

Hoy tenemos en América Latina estados que no sólo reconocen su pluralidad cultural y lingüística (Ecuador) sino que por derecho constitucional se definen a sí mismos como *estados-plurinacionales* (Bolivia).

La novedad es que hoy podemos estar más dispuestos a admitir que los conceptos con los que trabajamos, que en cierta forma son arbitrarios, no son conceptos cerrados y podríamos adjudicarle un margen de indeterminación sin que ello implique una pérdida de su poder explicativo. Lo que no es arbitrario, en modo alguno, son sus usos y escrituras.

El conflicto de las interpretaciones no invalida la operación historiográfica. El pasado no está cerrado en sí mismo, cada vez que se incorpora nueva evidencia histórica queda abierto a nuevas interpretaciones y se constata el carácter plural de cualquier búsqueda de verdad.

Dos tesis se confrontan. Por un lado, Uruguay fue un ejemplo de progreso en los procesos de democratización, es decir, un país donde las instituciones funcionaron adecuadamente y donde los principios de participación y voto guiaron la construcción ciudadana; en un proceso casi inverso del resto de América Latina, en Uruguay sólo existieron dos quiebres autoritarios (1933 y 1973) en el siglo XX.

Por otro lado, cierta quietud, cierta previsibilidad que se subvierte con el agotamiento de un modelo, pone en evidencia las contradicciones del propio proceso de modernización, sus costos sociales, y violencia en las formas de vida democráticas.

Pensamos que a pesar de morir casi en soledad, según fue el relato de sus amigos, y en épocas tan tenebrosas del Uruguay, Real de Azúa se permitió vislumbrar un futuro mejor.

¿Cómo recuperar la historia de nuestra América Latina? ¿Cómo reflexionar sobre procesos donde la sobreabundancia de datos, pero también de distorsiones

interpretativas, con sesgos políticos-ideológicos, han logrado opacar procesos tiñéndolos con arbitrarias conjeturas?

La función del intelectual no se reduce a formular interpretaciones abstractas. Es nuestra pretensión anclar las preguntas más importantes en la construcción de ciudadanos solidarios y responsables, de proyectar propuestas político-sociales realistas, que habiliten la participación y asesoramiento a los gobiernos progresistas sin que ello implique transformarse en un intelectual cortesano, sino en un intelectual participante, crítico y que dé respuestas a las acuciantes problemáticas de la sociedad actual.

¿No se justifica, entonces, la creación de redes críticas de intelectuales latinoamericanos comprometidos y autónomos que logren conjugar ideas de *rémora*, *culpa* y *conjura*, relevando su importancia factorial y vigilando sus desmesuras en un enfoque que habilite la acción?

Nuestro objetivo no estuvo (o no estuvo sólo) centrado en la búsqueda de la coherencia de un pensamiento, sino en internarnos en el curso de una deriva intelectual que tuvo sus temas persistentes y también sus grandes oscilaciones. Y, sobre todo, “salvarlo” de aquellas interpretaciones que sostienen (aún hoy) que cultivó una visión estética del mundo.

Desde muy temprano, con *España de cerca y de lejos* (1943), Real de Azúa trabaja con realidades empíricas, y, en este caso, sus preocupaciones se dirigen principalmente a la España franquista.

A pesar de que este fue un ensayo particularmente controvertido y debatible, nos parecería un descuido imperdonable no inscribirlo en su contexto, no interpretarlo como la escritura de un joven que viaja desde (su) Montevideo natal a España en 1942, y a su regreso, entre la indignación y el asombro, se dispone a juzgar lo que vio: un régimen totalitario que despliega su accionar desde una ideología igualmente totalitaria y totalizadora del poder, como expresión “deformada” de los genuinos valores de su otrora España amada: el amor, la piedad, la tolerancia y la libertad. La “España aparte” no se salva del desborde autoritario y, hoy lo sabemos, no se salvaría del horror.

Como expresamente dijera Real de Azúa en este texto, no va a optar por el silencio, sino que va a juzgar. Juicio y reflexión en los que compromete, “a todo riesgo”, su presente y su pasado, sus fugaces enamoramientos políticos anteriores y su lugar “en el mundo”, es decir, sus escritos implican su propia biografía, aunque explícitamente en el texto este aspecto no se haga visible.

Quisimos destacar especialmente que este, su libro *España de cerca y de lejos*, es un alegato anti-totalitario, un juicio severo contra un orden tirano que subsumía personas y organizaciones en la figura del Estado y en la persona de Franco, primero y último intérprete de la “eterna España”.

Plenamente inscripto en el campo de la filosofía política, con este texto lo que hace es discutir ideas, sin obviar cuestionamientos concretos a los discursos sospechosos y las acciones perversas de un régimen que se le presenta reprochable, irreconocible y extraño a sus propios valores.

Justamente, lo que se denuncia del falangismo franquista es hacer de la acción política *una estética* del orden y la moral. Como ya sostuvimos, Real de Azúa es un pensador anti-totalitario. Lo que ocurre con este libro es que el sujeto que narra está, él mismo, al igual que el objeto de su narración (la España amada), ante una elección trágica: entre el orden y la libertad, entre el individuo y la comunidad, dilema clásico. Por otra parte, de la filosofía política, que no habrá de resolverse (enteramente) hasta nuestros días.

¿Cuál sería el punto de encuentro, o de equilibrio, entre un conjunto de valores irrenunciables para la comunidad política y el interés particular de los agentes? O, formulado en otros términos, ¿cuál sería el límite del interés propio y los pre-requisitos del orden democrático?

La guerra civil española fue una guerra santa, con los resultados que todos conocemos. Para nuestro autor es importante analizar cuáles son las líneas por las cuales los valores cristianos se ven atraídos por las edificaciones totalitarias. Así, los totalitarismos son incompatibles con justificaciones religiosas, pero se valen de estas para crear un manto místico que justifique su existencia.

Los elementos fundantes de los totalitarismos no son exclusivos de ellos, sino que su estrategia es hacer de esos elementos su constructo ideológico; se apropia, los integra y les da forma de modo tal que los hace suyos.

El totalitarismo, al llevar al extremo la dimensión nacional sobre la individual, suplanta la persona por la comunidad, haciendo del optimismo un producto colectivo que oculta el profundo pesimismo y la soledad del individuo.

Este planteo entre lo individual y lo colectivo, y la interpretación de la libertad, parece ser uno de los puntos neurálgicos que fomentó la incompreensión del texto de Real de Azúa por los intelectuales de su época. Nosotros pensamos que no solamente el autor no defiende cierto autoritarismo en nombre de lo social, sino que se opone profundamente a los proyectos que atentan contra la libertad. Es a partir de ella que busca trascender la individualidad.

Muy discutido ha sido a lo largo de la historia el concepto de totalitarismo. En páginas anteriores hemos querido poner en el tapete esta discusión, no para inutilizar el concepto, sino para plasmar la necesidad de re-problematizarlo. Los casos emblemáticos del fascismo y el nazismo han impactado de tal forma, dada su atrocidad, que la categoría totalitarismo ha sido prácticamente de su exclusividad.

¿Cuál es la voluntad de las naciones latinoamericanas? ¿Cuáles son las particularidades de los procesos de autoritarismo en la región y cómo se da esa relación con el imperialismo?

Una de las grandes preocupaciones en nuestro autor, que compartimos, pasa por poder desglosar, establecer líneas interpretativas acerca de los procesos dictatoriales en América Latina. Es por ello que esbozaremos algunos puntos que entendemos cruciales a este respecto.

Plantea la discusión acerca de nuestros “fascismos”, llamados “fascismos coloniales”, sin llegar a elaborar una categoría suficiente para dar cuenta de las relaciones de dependencia en materia política y económica de estas naciones. En su discursividad observamos que el fenómeno queda definido por la inhibición de la participación política de las masas; la militarización es justificada como “un sacrificio para el desarrollo”, el partido único es sustituido por las fuerzas armadas como aparato político que preserve a los caudillos como elementos claves del desempeño totalitario.

No existe, para el caso latinoamericano, la presencia de una “doctrina nacional”, pero sí una construcción en base a una filiación a la doctrina liberal-capitalista que hace de la región un ejemplo particular de autoritarismo.

Pensamos que Real de Azúa pone especial énfasis en la necesidad de generar categorías propias para analizar los casos latinoamericanos, ya no sólo en lo referido a los autoritarismos, sino también a la hora de buscar estrategias de comprensión de los diferentes procesos socio-políticos de nuestras sociedades.

Entendemos que nos apremia como latinoamericanos la tarea de crear conceptos y categorías propias para explicar el contexto de la región. “Occidentalización” como proceso y como categoría, nos permite darnos cuenta de los mecanismos de individualización y ferviente confianza en la industrialización como medio de transformación y convivencia con la naturaleza que impregnan la trayectoria colonial de nuestra región.

Esa “occidentalización” que padecemos nos mantiene con la mirada hacia el rumbo equivocado, en una suerte de hipnosis permanente que Real de Azúa lla-

ma teoría de la conjura. Las fuerzas imperialistas despojan la inocencia política a nivel nacional y la conectan a una matriz social y cultural donde las relaciones sociales se estructuran a través de relaciones de fuerza.

Hablamos de una identidad fragmentada, con graves carencias desde lo identitario y desde lo relacional como sociedades integradas a una misma región. La construcción de un “nosotros” como Estado-nación se hace a partir de establecer los vínculos como sociedades dependientes.

Afliándonos a la propuesta de Real de Azúa en busca de una narración latinoamericana, compartimos la idea de poder ser “nosotros mismos” los artífices de esa narración. La ilusión del desarrollo de esa época (pensamiento original latinoamericano) se transforma en un fantasma que busca aliados en conceptos como el cosmopolitismo, u otras formas encubiertas de dominación que emulan un hemisferio.

Cuando el poder se convierte en un fin en sí mismo se produce una fuerte alianza entre cuerpo político y cuerpo bélico o policial. Para lograr la expansión con éxito deben destruirse todas las instituciones, tanto las de los pueblos conquistados como las de la nación oprimida, ya que cualquier prefiguración política se torna un obstáculo.

Es por ello que sostenemos que a los intelectuales les queda la tarea de no resignar interpretaciones globalistas en detrimento de lógicas locales. La homogeneidad ideológica y la manipulación simbólica pueden atentar contra la construcción de un pensamiento latinoamericano que escape de la lógica dependiente que se ejerce en la construcción del cotidiano. Retomamos lo que dijimos en líneas anteriores, la necesidad de que los intelectuales reivindiquen sus críticas frente a situaciones de dominación y manipulación de los medios de comunicación y de formación de la conciencia nacional.

Sumergiéndonos conjuntamente con el autor afirmamos —con énfasis en las rémoras, conjuras y culpas latinoamericanas— que la temática del “desarrollo” desde una perspectiva de “interdependencia-asimétrica” es aquella que entiende al subdesarrollo como desigual y asimétrico, que se formula en el centro mismo de “un” único sistema.

Es desde allí que parece necesario armar una agenda de prioridades propias de América Latina para poder hacer frente a nuestras necesidades y problemas específicos, construyendo un futuro más viable.

La estrategia de desarrollo deberá plantearse desde esta perspectiva global y regional, articulando los aspectos económicos, sociales, culturales, políticos

y medioambientales. Hay políticas que de no desarrollarse a escala regional no pueden existir ya que el poder de negociación de cada estado-nación disminuye al estar en competencia con sus vecinos.

Esta es la noción que hoy día se transmite en variados discursos a nivel político: se percibe una ilusión de lograr mayor unidad respetando las individualidades. Sin embargo, siguen persistiendo desigualdades con respecto al trato entre países latinoamericanos dentro del mismo continente, de acuerdo a si son "gigantes" o "chicos", petroleros o no petroleros, con población indígena o sin ella, etc. En este sentido, adscribimos con Real de Azúa que, mientras que continúe existiendo un tratamiento desigual, estimulando la idea de "castas superiores" y "castas inferiores" (que impulsaba el pensamiento imperialista), seguiremos estando lejos de la verdadera gesta nacional-regional en la construcción de la unidad latinoamericana.

Reafirmando los conceptos más esenciales, los intelectuales y la teoría política latinoamericana debe tener una función vital como es la de servir al destino de toda cultura, función esencial de las necesidades del hombre. Es romper con la conciencia imperialista de una superioridad histórica y no simplemente temporal de la dominación del hombre, de las clases superiores sobre las inferiores, donde los denominados nativos sólo pudieron ver que estaban excluidos y separados para siempre del resto de la humanidad. Apostando a la posibilidad de cambio concebimos, como dice Real de Azúa, a la crítica como arma para la liberación del hombre y aún liberadora de sus parciales liberaciones, pero también deberá pensarse la acción política desde la resistencia en todas las situaciones.

Es por ello que su posición es considerada como la de un 'extranjero', un eterno disidente, porque su mirada siempre escapó a los caminos obvios. La importancia de retomar esta temática queda expuesta a través de los importantes hallazgos de nuestro autor. Sus aportes son tan relevantes como vigentes, sus ideas siguen siendo pertinentes para interpretar los densos recovecos de nuestra América Latina.

*"El científico social y político
está en posición privilegiada para amonestar
que este carácter trágico de la condición humana
no espera plazos para ser percibido".*

Carlos Real de Azúa

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor (1973) *Consignas* Buenos Aires: Amorrortu.
- Adorno, Theodor (2004) *Minima Moralia* Madrid: Akal.
- Adorno, Theodor (2003). "Mensajes en una botella" en Zizek S. Ideología Buenos Aires: FCE.
- Adorno, Theodor & Morin Edgar (1967) *La industria cultural* Buenos Aires: Galerna.
- Adorno, Theodor (1998) *Educación para la emancipación* Madrid: Morata.
- Adorno, Theodor (1984) *Reacción y progreso* Madrid: Tusquets.
- Adorno, Theodor (1969) *Crítica cultural y sociedad* España: Ariel.
- Agamben, Giorgio Homo Sacer (2006) *El poder soberano y la nuda vida* España: Pre-textos.
- Alonso, Luis Enrique (2004): "La mirada cualitativa en Sociología: una aproximación interpretativa". Madrid: Fundamentos.
- Altamirano, Carlos (2006) *Intelectuales: notas de investigación* Buenos Aires: Norman.
- Altamirano, Carlos (2002) *Términos críticos de la sociología de la cultura* Buenos Aires: Paidós.
- Althusser, Louis (1965) *La filosofía como arma de la revolución*. 3ra Edición. Barcelona: Labor.
- Arendt, Hannah (1994) *Los orígenes del totalitarismo*. Buenos Aires: Planeta.
- Aricó José M. (2005) *La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina: Argentina Siglo XXI editores*.
- Aron, Raymond (1983) *El observador comprometido*: Buenos Aires, Emecé.
- Aron, Raymond (1957) *El opio de los intelectuales* Buenos Aires: Leviatán.
- Aron, Raymond (1992) *La política, la guerra, la storia* Boloña, il Mulino.
- Aron, Raymond (2007) *Ensayo sobre las libertades* Madrid, Alianza.
- Aron, Raymond (1999) *Introducción a la filosofía política: democracia y revolución*: Buenos Aires .Paidós.
- Aron, Raymond (1998) *Machiavello e le tirannie la sociedad política y la sociedad moderne* Roma, Seam.
- Aron, Raymond (1980) *Las etapas del pensamiento sociológico* Buenos Aires Siglo Veinte.
- Aron, Raymond (1965) *Cathégories dirigeantes ou classe dirigeantes* en Revieu Francaise de Science Politique. Fevrier XV N. 1.
- Barrán, José Pedro (2004) *Los conservadores uruguayos (1870-1933)* Montevideo: Banda Oriental.
- Benjamin, Walter (1971) *Angelus Novus*. Barcelona: La gaya ciencia.
- Benjamin, Walter (1970) *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayo.s* Caracas: Monte Ávila editores.
- Benjamin, Walter (1980) *Iluminaciones*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, Walter (1970) *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila.
- Bertaux, Daniel (1980) "L'approche biographique. Sa validité méthodologique, ses potentialités" en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol. LXIX, Julio-diciembre pp197-225.
- Bertaux, Daniel (1981) *Biography and Society. The Life History Approach in Social Sciences*. Beverly Hills: Sage.

- Bertaux, Daniel (1986) *Les récits de vie. Théorie, méthode et Trajectoires Types*. Montreal: Saint-Martin.
- Bertaux, Daniel (1989) "Los relatos de vida en el análisis social" en Jorge Aceves Lozano (comp.) *Historia y Fuente Oral* No1 pp87-96 México: Instituto Mora/UAM.
- Bertaux, Daniel (1997) *Les récits de vie* París: Nathan.
- Besse, Juan (1999) "El diseño de investigación como significantes: exploraciones sobre el sentido" *Revista Bibliografía de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona. .
- Block de Behar, Lisa (1987) "Carlos Real de Azúa" en *Escritos* Montevideo: Arca.
- Block de Behar Lisa (1997) *Al margine di Borges*: Modugno (Bari) Edizioni dal sul.
- Block de Behar, Lisa (1996) Azúa: "La visión crítica de Carlos Real de el impulso y su freno". En *O discurso crítico na América Latina*. Tania Franco-Carvalho, editor. Porto Alegre: UNISINOS.
- Block de Behar Lisa (1990) *Dos medios entre dos medios. Sobre la representación y sus dualidades* México: Siglo XXI.
- Block de Behar, Lisa (1984) (1994) *Una retórica del silencio: funciones del lector y procedimientos de la lectura literaria* México: Siglo XXI.
- Block de Behar, Lisa. Rinesi, Eduardo (2007) *Cine y totalitarismo* Argentina La Crujía.
- Block de Behar, Lisa (1995) La visión crítica de Carlos real de Azúa: el impulso y su freno. En *O discurso crítica na América Latina*. Tania Franco Carvalho editor. UNISINOS, Porto Alegre, Brasil.
- Blumer, Hebert (1939) "An appraisal of Thomas and Znaniecki's The polish Peasant in Europe and America" en *Critiques of Research in the Social Science* Nueva York: Social Science Research Council.
- Borges, Jorge Luis (1998) *La otra muerte*. Madrid: Alianza.
- Bourdieu, Pierre (2005) *Una invitación a la sociología reflexiva* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (1999) *Intelectuales, política y poder* Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, Pierre (1993) *Cosas dichas* Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (1990) *Sociología y cultura* México: Grijalbo.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José (1987) "Real de Azúa y la historia" *Cuadernos del CLAEH* Montevideo. No 42 Año 12 -1987/2.
- Caetano, Gerardo y Vaillant, Marcel (2004) ¿Qué MERCOSUR y qué Uruguay se necesitan? Apuntes para entender requerimientos recíprocos. Documentos de trabajo No 15/04. Diciembre.
- Chatterjee Partha (2008) *La Nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires. Siglo XXI- Clacso.
- Cotelo, Ruben (1987) *Carlos Real de Azúa de cerca y de lejos* Cuadernos uruguayos. Montevideo: Nuevo mundo.
- De Ipola, Emilio (2001) *Metáforas de la política* Rosario: Homo Sapiens.
- De Ipola, Emilio (1997) *Las cuestiones del creer. Creencias, lazo social y comunidad política* Buenos Aires: Ariel.
- Dosse, Francois (2004) *La Historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Ducrot, Oswald (1972) *¿Qué es la estructura? El estructuralismo en lingüística* Buenos Aires: Losada.

- Ducrot, Oswald (1986) *El decir y lo dicho* Barcelona: Paidós.
- Ferrarotti, Franco (1988) "Biografía y ciencias sociales" en Joutard et al, *Historia oral e historias de vida* Costa Rica: FLACSO.
- Ferrarotti, Franco (1991) *La historia y lo cotidiano* Homo sociologicus 48, Barcelona: Península.
- Ferrater Mora, José (1944) *Unamuno: bosquejo de una filosofía*. Buenos Aires. Losada.
- Forster, Ricardo (2003) *Crítica y sospecha- Los claroscuros de la cultura moderna* Buenos Aires: Paidós.
- Forster, Ricardo (1991) W. Benjamín, Th W. Adorno El ensayo como filosofía, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Forster, Ricardo (1999) *El exilio de la palabra: En torno a lo judío* Buenos Aires, Eudeba.
- Foucault, Michel (1969/1991) *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1984) *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1984/1986) *Historia de la sexualidad* Tomo II. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1978/1989) *Microfísica del poder*. Buenos Aires: La piqueta.
- Foucault, Michel (1970/1980) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Fraser, Nancy (1989) *Unruly Practices* Polity Press Cap 8.
- Fraser, Nancy (1997) *Iustitia interrupta: reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá: Siglo del hombre.
- Fraser, Nancy (2000) *Nuevas reflexiones sobre el reconocimiento*. En *New Left Review*, Numero 4, setiembre-octubre: 55-68.
- Freud, Sigmund. (1986) "35 conferencia. En torno a una cosmovisión". En *Obras completas. Tomo XIII*. 1a. reedición en castellano Amorrortu editores. Buenos Aires: Amorrortu.
- Friedman, George (1986) *La filosofía política de la Escuela de Frankfurt*. México, F.C.E.
- Geertz, Clifford (2000) *Interpretación de las culturas* México: Gedisa.
- González, Horacio (1999) *Restos pampeanos: cultura, ensayos y política en la cultura política argentina del Siglo XX*. Buenos Aires: Colihue
- González Horacio (2001) *La crisálida: metamorfosis y dialéctica* Buenos Aires: Colihue
- González Horacio (2002) *Retórica y locura: para una teoría de la cultura argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- González Horacio (2004) *Trazos de presente en Ideograma de la Nación*. Bs Aires El Ojo Mocho primavera-verano N* 18- 19.
- Gramsci, Antonio (1975) *Los intelectuales y la organización de la cultura* México: Juan Pablos Editor.
- Gramsci Antonio (1977) *Pasado y Presente*, México: Juan Pablos Editor
- Gramsci, Antonio (1975) *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce* México: Juan Pablos Editor.
- Gramsci, Antonio (1976) *Literatura y vida nacional*: México, Juan Pablos Editor
- Gramsci, Antonio (1977) *Antología Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán* México: Siglo XXI.
- Grüner, Eduardo (2004) *El conflicto de la[s] identidad [es] y el debate de la representación: la relación entre la historia del arte y la crisis de lo político en una teoría crítica de la cultura*.
- Halperin Donghi (1987) *Escritos, Selección y prólogo*. Montevideo: Arca.
- Halperin Donghi (1992) *Revista Iberoamericana de Estudios Sociales*, Pittsburg n° 4.
- Hernández Arregui J.J (1973) *¿Qué es el ser nacional?* Buenos Aires: Plus Ultra.

- Habermas, Jürgen (1990) *Pensamiento post metafísico* México: Taurus.
- Habermas, Jürgen (1999) *La inclusión del otro*. Barcelona: Paidós.
- Honneth, Axel y Anderson J (2005) "Autonomy, vulnerability, recognition and justice", en Anderson and Christman (Eds) *Autonomy and the challenges to liberalism*, Cambridge University Press, Cambridge. Pag. 127-149.
- Honneth, Axel (1992/1997) *La lucha por el reconocimiento* Barcelona: Crítica.
- Horkheimer, Max Adorno, Theodor (1998) *Dialéctica de la Ilustración*: Madrid: Trotta.
- Jay Martin (1991) *La dialéctica negativa* Madrid: Taurus.
- Kornblit, Ana Lía (coord.) (2004) *Metodologías cualitativas en ciencias sociales* Buenos Aires: Biblos
- Kristeva, Julia (2000) *El genio femenino* I. Hannah Arendt. Buenos Aires: Paidós.
- Karmy-Bolton, Rodrigo (2006) "Agamben: Vida, política y Potencia" Tesis de maestría: *Soberanía y biopolítica (notas para una política del gesto en el pensamiento de G. Agamben)* Universidad de Chile http://www.biopolitica.cl/docs/Karmy_AGAMBEN_VIDA_POLITICA_POTENCIA.pdf
- Koselleck Reinhart et al. (1997) *Historia y Hermenéutica* Buenos Aires. Paidós
- Laclau, Ernesto (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* México: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (2005) *La razón populista* Fondo de Cultura Económica de Argentina, Primera edición.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987) *Hegemonía y estrategia socialista- Hacia una radicalización de la democracia* España: Siglo XXI
- Lefort, Claude (1990) *La invención democrática* Buenos Aires: Nueva Visión.
- Löwith, Karl (1984) *Der okkasionelle Deizisionismus von C. Schmitt*, Stuttgart.
- Lozano, Jorge (1989). "Análisis de Discurso: Hacia una semiótica de la interacción textual". Buenos Aires, Cátedra.
- Lukàcs Georg (1969) *Historia y conciencia de clase* México.: Grijalbo
- Mannheim, Karl (1966) *Ideología y Utopía*. Madrid. Aguilar
- Mannheim, Karl (1957) *Ensayos de sociología de la cultura* Madrid: Aguilar
- Methol Ferré, Alberto (1997) "América del Sur ya es América Latina" Cuadernos de Marcha No123.
- Moreira, Constanza (2004) *Final de juego* Montevideo: Trilce
- Maritain, Jacques (1937) *Para una filosofía de la persona humana*. Buenos Aires, Ediciones de los cursos de Cultura Católica.
- Mouffe, Chantal (2007) *En torno a lo político*. México: FCE.
- Nun, José (2000) *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires, México: FCE.
- Nun, José (2005) Reportaje, en Rev. Debate. Año3, No. 138.
- Nun José (2000) *Democracia: ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires F.C.E.
- Nun, José y Grimson, Alejandro (Compiladores) (2006) *Convivencia y buen gobierno- Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*- Buenos Aires: Ensayo Edhasa
- Panizza, Francisco (1986) *Uruguay: Batllismo y después* Montevideo: Banda Oriental
- Piaget, Jean (1981) *Psicología y epistemología* Barcelona: Ariel.

- Portantiero, Juan Carlos (1977) *Los usos de Gramsci* México: Siglo XXI
- Primo de Rivera, José Antonio (1937) *Una bandera que se alza*. Acción Española, Burgos Tomo XVIII N* 89.
- Raiter, Alejandro (1999) "Lingüística y Política" Buenos Aires, Biblos.
- Rama, Angel (1971) "La generación crítica" en *Uruguay hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Rama, Germán (1985) *La Democracia en el Uruguay: Una perspectiva de interpretación* Montevideo: Arca
- Rancière, Jacques. (1993) *Los nombres de la historia: una política del saber* Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rancière, Jacques (2008) *El maestro ignorante* Argentina: Libros del Zorzal
- Real de Azúa, Carlos [Ed. Original: 1943] (1943) *España: de cerca y de lejos*. Ceibos, Montevideo, Uruguay.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1964] (1964) *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* Dpto. de Publicaciones De la UdelaR, Montevideo, 1964
- Real de Azúa Carlos ([Ed. original: 1964] 1964) *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Montevideo. Universidad de la República Departamento de Publicaciones. II Tomos.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. Original: 1969] (1969) *Elites y desarrollo en América Latina* en La sociología subdesarrollante / André Gunder Frank, Carlos Real de Azúa, Pablo González Casanova. - Montevideo: Aportes.
- Real de Azúa, Carlos [1987] (1970) *El poder de la cúspide: Elites, sectores dirigentes, clase dominante*. - Montevideo. (Inédito).
- Real de Azúa [Ed. Original: 1961] (1961) *El patriciado uruguayo* Montevideo Asir
- Real de Azúa, Carlos (1969) "Legitimidad, apoyo y poder político" Ensayo de tipología. Montevideo. Fundación de Cultura Universitaria.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1971] (1971) *Política, poder y partidos en Uruguay hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1972] (1972) *La política como acción: el sistema político* Montevideo: Curso de Ciencia política
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1973] (1973) *La teoría política latinoamericana: una actividad cuestionada* New York, Columbia University School of International Affairs. Institute of Latin American Studies.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1975] (1975) *Los estilos de desarrollo y las pequeñas naciones* Santiago, Chile: CEPAL. División de Desarrollo Social.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1987] (1987) en *Cuadernos del CLAEH 42*, Revista Uruguaya de Ciencias Sociales, Montevideo, 2ª Serie, Año 12, 1987/2
- Real de Azúa, Carlos (1987) *Escritos* Montevideo: Arca
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1973] (1984) *Una sociedad amortiguadora* Montevideo: Ciesu
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1975] (1975) *Historia visible e historia esotérica: personajes y claves del debate latinoamericano*. Montevideo: Arca / Calicanto
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1969] (1969) *La clase dirigente* Montevideo: Nuestra Tierra.
- Real de Azúa, Carlos (1987) *Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo: selección*. Montevideo: DHA/FHCE

- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1953] (1953) Prologo a "Ariel" de José Enrique Rodó
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1973] (1987) *Curso de política internacional*. Montevideo: Ministerio de Relaciones Exterior/Instituto Artigas del Servicio Exterior.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1971] (1988) *Partidos, política y poder en el Uruguay de hoy*. Montevideo: Universidad de la República/Facultad de Humanidades y Ciencias.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1989] (1990) *El Poder*. Montevideo: CELADU
- Real de Azúa, Carlos [1975] (1991) *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Montevideo: Arca/ Instituto Nacional del Libro/Nuevo Mundo
- Real de Azúa Carlos [Ed. Original: 1964] (1964 y 1973) *El impulso y su freno*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1987] (1992) *La Universidad*. Montevideo: CELADU.
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1963] (1996) *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo: una teoría de sus supuestos*, 3 vol. Montevideo: Cámara de Representantes
- Real de Azúa, Carlos [Ed. original: 1967] (1997) *Historia y política en el Uruguay*. Montevideo: Cal y Canto.
- Real de Azúa, Carlos (1966) Solari y el tercerismo (IV) "El antimperialismo, ¿una obsesión?" En *Epoca*, Año 4, No. 1234, Montevideo, 8 de enero.
- Reséndiz, Ramón (2001) *Observar, escuchar y comprender: Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México, Colegio de México.
- Ricoeur, Paul (1988) *El discurso de la acción* Madrid: Cátedra.
- Ricoeur, Paul (2000) *Del texto a la acción* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Monegal, Emir (1987) "Las paradojas de Real de Azúa" en Real de Azúa, Carlos *Escritos* Montevideo: Arca
- Rojas Wiesner, Martha Luz (2001) "Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos" en Tarrés, María Luisa (coord.) (2001) *Observar, escuchar y comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social* México: FLACSO.
- Romero José Luis (1987) *Las ideas en la Argentina del Siglo XX*. Buenos Aires, Biblioteca Actual.
- Rosenzweig, Franz (1997) *La estrella de la redención* Salamanca: Sígueme.
- Sarlo, Beatriz en Leonor Atfuch (1995) *La entrevista, una invención dialógica* Buenos Aires. Paidós.
- Said, Edward W. (1996) *Representaciones del intelectual* Buenos Aires: Paidós.
- Saint-Exupéry (1974) *El Principito*. Buenos Aires: EMECE.
- Sigal, Silvia (2002) *Intelectuales y poder en Argentina- la década del Sesenta* Argentina: Siglo XXI.
- Simmel, Georg (1939) *Sociología* Madrid Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Simmel, Georg (1950 " [402-408] "The Stranger" de Kurt Wolf The sociology of Georg Simmel. New York. Free Press.
- Solari, Aldo (1965) "Elites y desarrollo en América Latina". Buenos Aires, Paidós.
- Tarrés, María Luisa (coord.) (2001) *Observar, escuchar y comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social* México: FLACSO.

- Thomas, William & Znaniecki, Florian & Zaretsky, Eli (1985) *The Polish Peasant in Europe and America*. The University of Chicago Press
- Traverso, Enzo (2001) *El Totalitarismo*. Buenos Aires, Eudeba.
- Unamuno, Miguel de (1947) *El sentido trágico de la vida* Buenos Aires: Austral.
- Unamuno, Miguel de (1950) *La agonía del cristianismo*. Buenos Aires, Austral.
- Wallerstein, Immanuel (1999) *Después del liberalismo* México: Siglo Veintiuno.
- Weber, Max (1984) *El político y el científico* Madrid: Alianza
- Weber, Max (1985) *Ensayos de la sociología contemporánea* Barcelona: Planeta
- Weber, Max (1988) *Sobre la teoría de las ciencias sociales* Barcelona: Planeta
- Weber, Max (1972) *Economía y sociedad* México: Fondo de Cultura Económico.
- Wittgenstein, Ludwig (1987) *Tractatus logico-philosophicus*. México: Alianza Universidad, Madrid.
- Wright Mills Ch. (1978) *La elite del poder* México F.C.E.
- Zizek, Slavoj (2003) *Ideología- Un mapa de la cuestión* Argentina: Fondo de Cultura Económico.

Entrevistas realizadas

- Aguiar, Cesar: Sociólogo, Empresario de Equipos Mori.
- Appratto, Roberto: Escritor, ex alumno de Real de Azúa con el que mantuvo una relación intelectual.
- Arana, Mariano: Arquitecto, ex Ministro de Vivienda del gobierno del Frente Amplio.
- Barrán, José Pedro: de los más prestigiosos intelectuales de Uruguay.
- Barrios Pintos, Aníbal: Historiador con muchos años de estudios y amigo contemporáneo.
- Block de Behar, Lisa: Doctora en Letras y amiga.
- Caetano, Gerardo: Historiador de gran prestigio en Uruguay.
- Cores, Hugo: Político, Profesor de Historia, alumno de Real de Azúa.
- Denis Real de Azúa, Mercedes: Sobrina y amiga.
- Echevarren, Roberto: Doctor de la Sorbona, alumno y amigo.
- Halperín Dongui, Tulio: Historiador.
- Iglesias, Enrique: Colega del Instituto de Economía. Universidad de la República y amigo.
- Methol Ferré, Alberto: Historiador, docente, pensador desde el nacionalismo y amigo.
- Oddone, Juan: Historiador. Amigo íntimo y gran conocedor de la vida y obra del autor.
- Otero, Esteban: Profesor de literatura y alumno del autor en el Instituto de Profesores Artigas.
- Ramírez, Mercedes: Amiga de toda la vida e intelectual, con gran conocimiento de la vida y obra de Real.
- Sabelli, Martha: Doctora. En Bibliotecología. Ordenó la biblioteca de miles de ejemplares del autor y sus escritos inéditos.
- Sánchez, Isabel: Profesora de literatura y alumna del autor en el Instituto de Profesores Artigas.
- Real de Azúa, Santiago: Sobrino, Doctor en Ciencias Sociales. Funcionario de PNUD.
- Zubillaga, Carlos: Doctor en Historia, reputado docente y amigo.

Índice

Agradecimientos	7
RESUMEN	9
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I: ¿Por qué Real de Azúa?	15
CAPÍTULO II: Carlos Real de Azúa: ¿extraño o extranjero?	26
CAPÍTULO III: Perfil de un intelectual inasible	50
CAPÍTULO IV: Poder, Clases Sociales y Estado: algunos de sus insomnios	77
CAPÍTULO V: Los orígenes de la Nación, sus transformaciones y destinos	89
CAPÍTULO VI: El Totalitarismo, Latinoamericanismo e Imperialismo	131
CAPÍTULO VII: Recapitulando una travesía	166
BIBLIOGRAFÍA.....	183

Impreso y encuadernado en **ZONALIBRO**
San Martín 2437 - Tel. 2208 7819 - E-mail: zonalibro@adinet.com.uy
Dep. Legal Nº 357.097 / 11 Edición amparada en el decreto 218996 (Comisión del Papel)

Octubre de 2011

Seducción y desilusión: la política latinoamericana contemporánea, Mallo Susana, Serna Miguel (orgs.) Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2001.

La Larga Espera: La encrucijada de la izquierda en el sur: Argentina, y Uruguay, Mallo Susana, Moreira Constanza (orgs.) Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2000.

Mallo Susana et. al. *Las mujeres y el Mercosur. Apuntes para una cuestión de género*, Trilce-Fesur, Montevideo, 1993.

Ha organizado diversos seminarios nacionales e internacionales.

Investigadora titular del Área de Sociología Política, en los temas partidos políticos, juventud y política.
Decana de la Facultad de Ciencias Sociales.